TIEMPO de HISTORIA

AÑO VII
NUM. 82
150 PESETAS

Indalecio Prieto

EN ESTE NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA

Andrés Cañas



Isabel Martínez de Perón, primera mujer que ocupó la presidencia de la Rep. Argentina, durante una alocución a su país, a través de los medios televisivos, durante su mandato.

Isabel Perón o la frustración de un pueblo

SUMARIO



AÑO VII • NUM. 82 • SEPTIEMBRE 1981 • 150 PESETAS



PORTADA: Indalecio Prieto y Tuero (1883-1962). Su personalidad, el talento y la clarividencia que demostró antes, durante y después de nuestra guerra civil, quedan reflejados en esta semblanza biográfica. (Indalecio Prieto, cuadro de Vázquez Díaz. Cortesía del Ministerio de Hacienda. Madrid).



MONTSERRAT, TRAS LA GUERRA CIVIL. Las vicisitudes por las que pasó la Iglesia española queda simbolizada por el coraje cívico e independencia eclesial de los abades de Montserrat, frente a la Dictadura del general Franco. (Monasterio de Montserrat).

Págs.

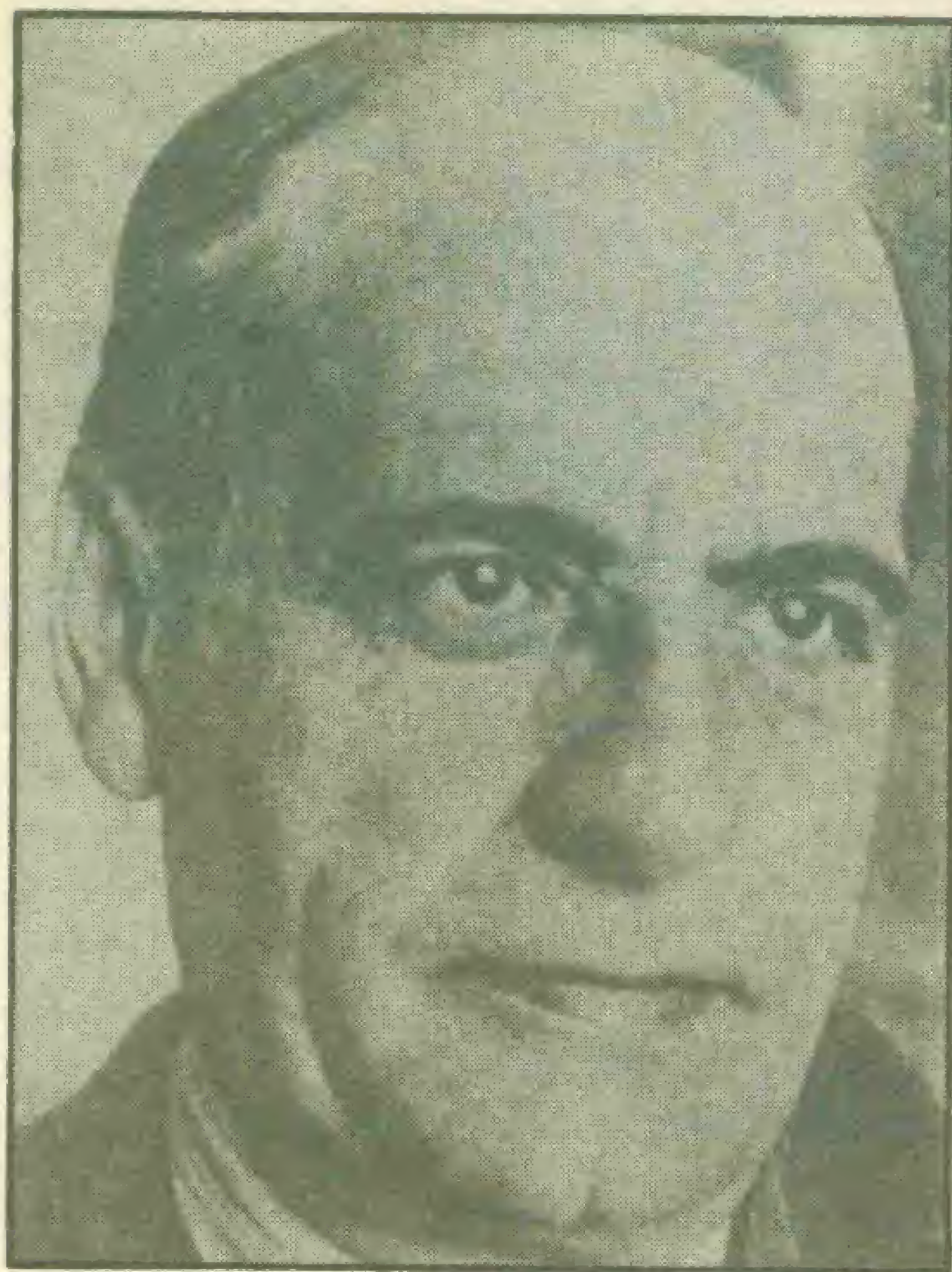
DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN,** SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA,** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA,** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00, MADRID-15. Cables: Prensaper. **ADMINISTRACION:** CEMPRO, Fuencarral, 96. Teléfono 221 29 04-05. MADRID-4. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA, Joaquín Moreno Lago, Rafael Herrera, 3, 1.° A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69. MADRID-16, y Emilio Becker, Av. Príncipe de Asturias, 8, pral. 1.ª Teléfonos 218 42 55 y 218 41 71, BARCELONA-12. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, Km. 13,350, MADRID-34. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: 350 M. 36.133-1974. **ISSN** 0210-7333. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 130. **EJEMPLARES ATRASADOS:** 150 Ptas. Las peticiones de ejemplares de números atrasados deberán ser acompañadas por su importe en sellos de correos.

Indalecio Prieto

1883-1962

José Miguel Naveros

PUEDE deshojarse la vida de Indalecio Prieto y Tuero siguiendo la línea de los años, cronológicamente, o siguiéndole en cualquier momento de su actividad política, periodística o humana. La anchura del personaje —no nos referimos a la física, de elevados kilos ágiles de movimientos— es tal que nos da su dimensión psicológica día a día y hora a hora. Está siempre en acción y en su vida no hay lagunas de descanso. Cuando no escribe hace política y cuando le toca parar para reparar fuerzas se agita viviendo ese descanso. Es una convulsión todo él y no repara en gastar energías ni seguir ningún método. Se compromete en todo y con todo se apasiona. A la amistad no le pone limitaciones y se entregó a ella con pasión y desinterés sin miramientos sociales. Y si tuvo que rectificar errores lo hizo sin limitaciones de ningún género.



José Ortega y Gasset (1883-1955).

¡QUE gran cinta de medir tuvo para los hombres, igual daba que fueran de su ideología que de la contraria! Claro que siempre miraba y se detenía en el valor humano de la persona. En el artículo «El cerco de la fe», publicado el 27 de febrero de 1957 (1), nos habla de una madre , Cecilia Gallarzagoitia, que «venía de recorrer tierras por las que anduvo Francisco de Javier y donde las mercedarias de Bérriz tienen misiones: conforme pronto puede comprobar, era una mujer excepcional, dotada de gran inteligencia, de espíritu finísimo y de voluntad dominadora». La conoció Prieto en el «Normandie» y a través de Ricardo Bastida, gran amigo suyo, católico, y al cual parecía imposible igualarle en bondad. De ahí que el líder socialista —al que se le odió tanto como se le admiró, cogió los dos polos— escriba con anchura de espíritu:

«Es impropio de imbéciles no reconocer en campos opuestos al nuestro altas jerarquías».

Y termina el artículo citado, que llevaba también el subtítulo «Catequismo»:

«Hoy me están vedados todos los sepulcros de España. Si alguna vez tengo acceso a ellos, iré a depositar ramos de flores sobre algunos. Los que elija para mi ofrenda no pertenecerán exclusivamente a personas de izquierdas. Constituiría ingratitud e injusticia grandes de mi parte no visitar el del nobilísimo caballero católico don Ricardo Bastida. Tampoco olvidaría el de la madre Cecilia Gallarzagoitia. Si el recinto dentro del cual se encuentra es inaccesible para mí, espero que alguna de sus discípulas no se nieguen a depositar en aquella tumba un ramo de claveles que yo le confíe».

La misma sensibilidad que tiene Indalecio Prieto para estos dos muertos, alcanzó a tenerla, llevado de la mano del doctor Marañón, uno de sus grandes amigos, reconciliándose con Ortega y Gasset por el que no sentía gran simpatía, escribiendo su artículo «En desagravio - José Ortega y Gasset», al fallecer éste, donde con sinceridad decía:

---

(1) **Convulsiones de España III.** *Ediciones «Oasis», S.A. México, 1969.*



Fachada del Ateneo madrileño.



En el centro de la fotografía, Largo Caballero (sentado, presidiendo la mesa): detrás suyo, Prieto, Besteiro y Fernando de los Ríos, durante una reunión del Comité del Partido Socialista, en diciembre de 1933.

«Con la muerte de Ortega y Gasset, y por haber nacido ambos en 1883, he recibido la sensación de que ya estamos demás en este mundo cuantos somos de su edad, y al batirse la rama más frondosa y bella del árbol que entonces comenzó a arraigar, los recuerdos de toda una época, sin duda la más trágica de España, se apelotonan en mi magín. Si tomo la pluma no es con el propósito de resumirlos, sino para anotar algunos en relación con la ilustre personalidad desaparecida y consignar públicamente mi arrepentimiento por acritudes de que le hice objeto y las cuales me fueron perdonadas. Son, pues, de desagravio estos renglones míos» (2).

Observemos cómo Indalecio Prieto («don Inda» para sus correlegionarios socialistas y para casi todos los españoles) no era ese león que se creían, o hicieron creer, sino un hombre lleno de humanidad, que en ocasiones tuvo que ser duro, o más que duro, dado el egoísmo y estrechez mental del zafio conservadurismo español. En la perspectiva de la historia, regularmente, el ultra español lleva todavía en su mente y en el hueco de su corazón la llama sin apagar de la Inquisición.

LA DUREZA DEL POLITICO Y SU COMPROMISO CON LA VERDAD

Nació Indalecio Prieto en 1883 en la ciudad de Oviedo, y huérfano de padre muy niño, se debatió entre la miseria y la ignorancia. Pero ya desde sus primeros años aparece en él el afán de saber. A los ocho años, enero de 1891, se fue a vivir a Bilbao, ciudad que ya tuvo por suya, y nada más terminar los estudios primarios se puso a trabajar para «contribuir al menguado ingreso familiar» —nos dice— «y me dediqué a repartir entregas de folletines, que fue mi primera ocupación». Estudió taquigrafía con don Miguel Coloma y a los diecisiete años entró de taquígtafo en el diario «La Voz de Vizcaya». Con este puesto y afiliado al partido socialista desde abril de 1899, recibió la entrada del siglo XX ejerciendo su oficio. Oyó a través del hilo telefónico la algarabía que reinaba en Madrid, dado que el teléfono interurbano estaba ins-

(2) *Artículo publicado el 9 de noviembre de 1955.*

El Sol

Diario independiente fundado por D. Nicolás M. Urgoiti en 1917

)ecreta el ministro de la Guerra nuevas y trascendentales reformas relacionadas con la organización del Ejército

ıpresión de las ocho regiones militares.--Supresión de los capitanes generales y abolición del título, honores y pre-)gativas anejos a sus cargos.--Supresión de los Gobiernos militares.--Supresión de la dignidad de capitán general de Ejército y de la jerarquía de teniente general.--Se suprimen las zonas de Reclutamiento.--Otras medidas.

Cabecera del diario madrileño «El Sol», del 17 de junio de 1931.

talado en los bajos de la Equitativa —luego Banco Español de Crédito—, a unos metros de la Puerta del Sol madrileña. El tomó las noticias con destino al periódico de 1 de enero de 1900. Pasado los años escribió un artículo anecdótico titulado «Mi entrada en el siglo XX»:

«Entré en el siglo XX trabajando y al trabajo, que sigue siendo mi mayor consuelo, le dedico ahora, en la medida de mis escasas fuerzas, el mismo anhelo que por iniciativa de tres socialistas españoles plasmó el 31 de diciembre de 1899 en la Marsellesa de la Paz»... «¿Cuántas ilusiones se me han tronchado desde entonces, a lo largo de sesenta años? Su enumeración sería interminable. Desde luego, pese a tantos y tan sangrientos desengaños mantengo una: la de la paz universal» (3).

Estos párrafos agudos de Indalecio Prieto nos sitúan para verlo tal cual fue y cómo lo describe su coetáneo y compañero Santiago Arisnea Lecea, a quien el líder socialista encargó la recopilación de su obra esparcida en diarios y revistas de México y otros países de América y en el semanario «El Socialista», editado en Toulouse.

«El Prieto, socialista y político —dice Arisnea—, fue sagaz, tesonero, luchador infatigable en pos de su idea, exigente consigo mismo...». No dejó nunca de pelear y su voz se fundió tanto en la plaza pública como en los escaños parlamentarios. A Prieto se le temió porque no reparó en medios cuando se trataba de sacar a la luz la verdad.

Probando este hecho hay dos intervenciones de Prieto, una parlamentaria y otra en el Ateneo de Madrid, que retratan su carácter. La parlamentaria se refiere al reintegro solicitado por las empresas periodísticas para la adquisición de papel prensa costeado por el Estado que, como decía el propio Prieto, «jamás habrían de reintegrar, el Estado costeará la enorme elevación en el precio del papel». Consiguió que la Comisión de Presupuestos rechazara la solicitud, de la que era miembro, y luego intervino en el Pleno. Su actitud le llevó a distanciarse de don Miguel Moya, con el que había trabajado en «El Liberal», de Bilbao, y a enfrentarse personalmente con don Torcuato Luca de Tena, senador vitalicio, que en virtud de la cortés reciprocidad entre ambas Cámaras, se sentó entre



Indalecio Prieto en una de sus actitudes oratorias.

los diputados de derechas, acaudillándolos y dedicándose a vociferar donde, por razones del cargo, estaba obligado a callar. Insultados los socialistas por éste, Prieto se levantó y lo abofeteó. El escándalo fue mayúsculo. Los periódicos le declararon el «boicot» a Prieto por su actitud sobre el «reintegro del papel prensa», recibiendo sus redactores en Cortes instrucciones de no citar su nombre. Como Prieto diría con sorna:

«La orden les servía algunas tardes a los informadores de completo descanso, por girar la sesión en torno a intervenciones mías. Pero las cosas habían cambiado y la prensa pudo cerciorarse de que, extinguida su antigua omnipotencia, no era ya capaz, ni toda junta, de matar políticamente a nadie».

Una mañana a principios de abril de 1923 recibió Indalecio Prieto en su domicilio de Madrid la imprevista visita del subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros, don Alonso Agullón. Iba de parte del jefe del Gobierno, don Manuel García Prieto, y quería saber de los labios de Prieto si era cierto, como se decía por Madrid, que en su conferencia en el Ateneo pensaba atacar al rey.

Prieto ni afirmó ni negó que pensara hacerlo. Dependería del tono que diera a su discurso, porque él improvisaba sus parlamentos y, a veces, lo que no pensaba decir lo decía o al contrario. Total: le dio a entender a Gullón que no podía descartarse.

«Dos horas después —nos cuenta Prieto— el

(3) Artículo: «Hace sesenta años - Mi entrada en el siglo XX» (1 de febrero de 1961). Recogido **De mi vida.** *Ediciones «El Sitio». México, 1965.*



Santiago Alba y el general Primo de Rivera, caricatura de Fresno, publicada en el «ABC», de Madrid, del 13 de septiembre de 1923.

rey firmó un decreto disolviendo las Cortes. Desde aquel instante quedaba yo desposeído de la inmunidad parlamentaria al cesar como diputado. El juego estaba claro: se pretendía amenazarme, pues los ataques que yo dirigiera al monarca constituirían delito de lesa majestad, penado con ocho años de presidio. Pero en palacio, donde se discurrió la treta, no calcularon que esto iba a resultar contraproducente, porque yo no podía defraudar una expectación que con aquel decreto disolutorio había crecido de modo enorme. Desde la tribuna del Ateneo, entonces enteramente libre, me ensañé con Alfonso XIII».

«Concluido el acto —continúa Prieto— vino Bagaría a mi casa para hacerme una caricatura que en «El Sol» querían publicar con un extensísimo extracto de mi discurso. Tomó diversos apuntes y ninguno le satisfizo. "Es usted muy difícil", observó con disgusto. "Otros lo saben a estas horas mejor que usted", argüí. Luis recogió lápices, esfuminos, gomas de borrar y papeles para ir al periódico porque el tiempo se le echaba encima. "No sé qué voy a hacer —exclamó al marchar—, porque todos los apuntes son inaprovechables. No doy con la verdadera fisonomía de usted". "Pues diseñe la faz de un emperador romano que es lo mismo", le dije despidiéndole».

Al día siguiente «El Sol» daba la información teniendo en medio la caricatura. Había dibujado Bagaría una bomba de explosión con la mecha encendida y humeante. La bomba tenía los rasgos de un cráneo humano. ¿Quién podría negar que fuera el de don Inda?

A Prieto se le procesó por su discurso, pero, convocadas nuevas elecciones, volvió a salir diputado por Bilbao. La investidura parlamentaria invalidó el proceso. Estas Cortes fueron las últimas del reinado de don Alfonso XIII.

Elecciones en las que se dio la circunstancia que se presentó a diputado don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, marqués de Estella, siendo derrotado. Escribió el general Queipo de Llano sobre este fracaso de Primo de Rivera (4) que, considerando a don Santiago Alba causante de su derrota, «juró repetidas veces en público que se vengaría de todos los políticos, y principalmente del señor Alba; lo que andando el tiempo hubo de ser principal preocupación». ¿Pudo ser ésta la razón que le llevó al golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923? Creemos que no; lo que se proponía con el golpe de Primo fue hacer desaparecer el expediente Picasso. Eran muy serios los hechos recogidos en éste sobre el derrumbamiento de la Comandancia Militar de Melilla en 1921. Demasiadas responsabilidades y a niveles muy altos.

Dijo Prieto en un largo trabajo, «Marruecos - ABD-EL-KRIM»:

«Para frustrarlo —se refería al expediente Picasso— se sublevó en septiembre de 1923 el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, una "sublevación de real orden", según yo la denominé».

CUENTO VIEJO REMOZADO,
por Bagaria
Las derechas dicen que los disparos partieron de republicanos y socialistas (De los periódicos).



EL MAESTRO.—¿Quién fué la que tiró las piedras?
LA NIÑA DE LA DERECHA.—Ella.
EL MAESTRO.—Entonces, ¿cómo es ella la herida?
LA NIÑA DE LA DERECHA.—Por fastidiarme.

Caricatura de Bagaría, alusiva a la situación política de los últimos meses que antecedieron al alzamiento de julio de 1936.

(4) **El general Queipo de Llano perseguido por la dictadura.** *G. Queipo de Llano. Javier Morata. Madrid, 1930.*

LA REPUBLICA: PRIETO, MINISTRO DE HACIENDA Y DE OBRAS PUBLICAS

Bilbao, ciudad de adopción de Prieto, le colocó en los primeros cargos públicos, diputado provincial y concejal, para luego tenerlo reiteradamente como representante en Cortes. Prieto supo corresponder a Bilbao con la fe depositada en él y honró con su presencia el Parlamento español. Su voz de tribuno resonó fuerte y convincente. Alcanzó, por su austeridad e independencia, sin dejar nunca la disciplina socialista, «odios africanos», aunque también la devoción de muchos. El don de su talento le granjeó no pocas envidias, y sus ideas avanzadas levantaron un gran temor. Pero él no miró nunca hacia atrás y caminó voluntario y resuelto. Sabía imponerse. Quizá el escepticismo le invadió no pocas veces, y los hechos le dieron la razón. Azaña no supo comprender la intuición de este hombre que se había hecho a guantazos con la vida. Mejor nos hubiera ido a todos atendiendo a su escepticismo. Escepticismo que decía Azaña le daba un «acento plebeyo». Naturalmente: la vida le había regalado poco, todo tuvo que conseguirlo él mismo, y vivió dentro de aquel Bilbao minero e industrial donde vio de todo.

Ministro de Hacienda o de Obras Públicas —dos de los Ministerios más difíciles— no se vio como otros en una poltrona. Pero aquel talento en él innato y su voluntad de trabajo le empujaron a vencer las dificultades. Ricardo de la Cierva hace del Prieto ministro los elogios más encendidos: le sitúa en la triada de grandes ministros de Obras Públicas, pero no son de verdad dignos de acompañarle los dos ministros que pone a su lado (5). Este hombre, tan natural y sencillo en apariencia, tenía sello de **estadista:** «En cuanto cargo público ejerció, dejó de su paso huella imborrable y beneficiosa». No encontró en esto paralelo con otros ministros de la República, a excepción de la labor de Largo Caballero en el Ministerio de Trabajo, de la que quedó un amplio cuadro de leyes laborales.

En política, gobernando, hay que «arrancar» gradualmente proyectos y obras. Prieto actuó dentro de las necesidades del momento con justeza y tino. Era la manera de actuar de un socialista, aunque no pudiera hacerlo plenamente. Indalecio Prieto era finamente inteligente y valoraba en su realidad el mo-

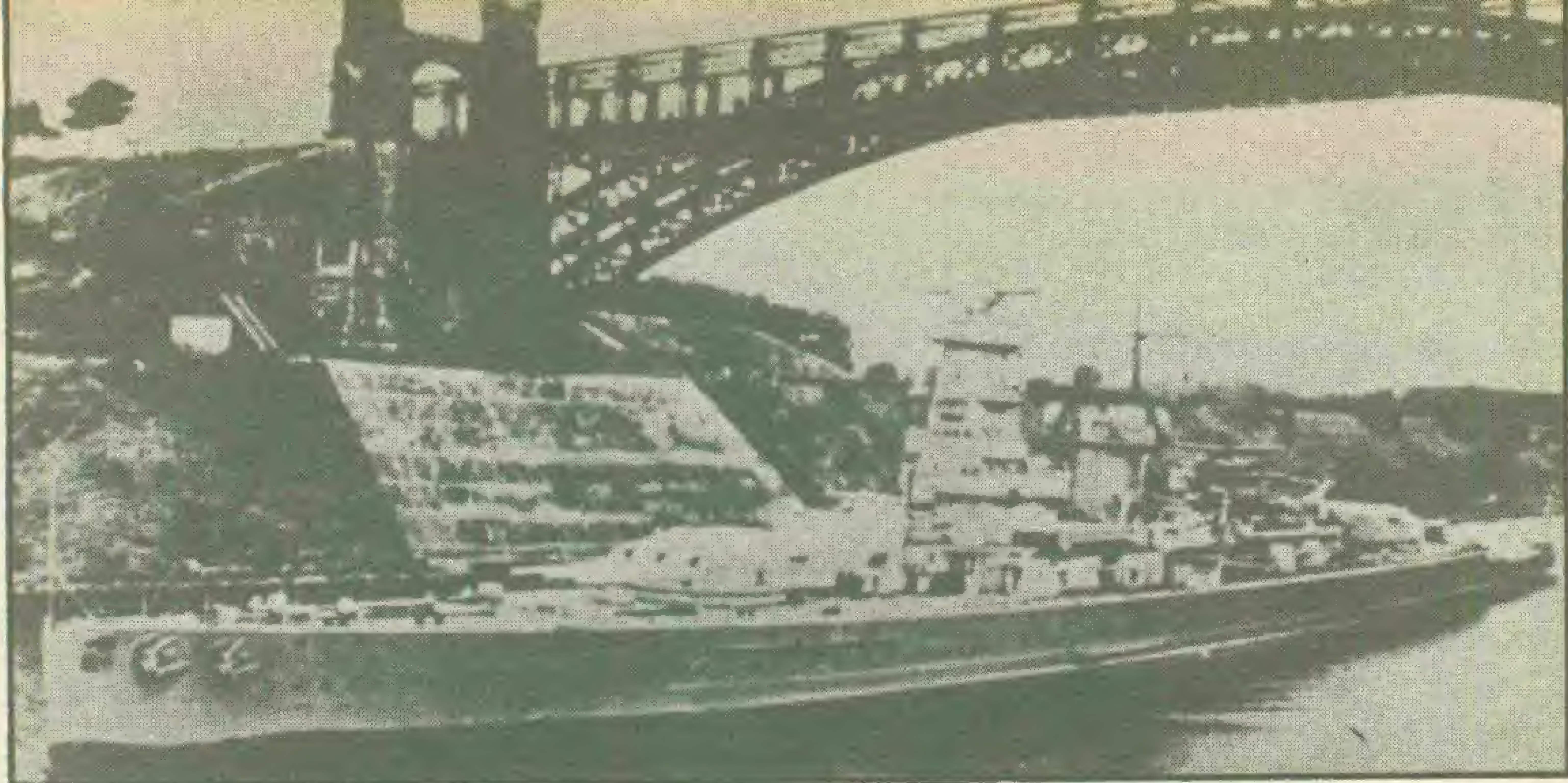
(5) *Guadalhorce y Silva Muñoz. Periódico «El Alcazar», 9 marzo 1970.*



Antonio Maura en compañía del obispo de Madrid-Alcalá, durante una ceremonia oficial, durante los últimos años de la Monarquía de D. Alfonso XIII.



El presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, en compañía del general Franco, a finales de 1935.



El acorazado alemán «Deutschland», en aguas de Ibiza, durante la guerra civil española.

mento político en que se vivía. Pero ni esta ni otras prudencias evitaron a la República el odio de la extrema derecha española y el privilegio de ciertas castas. Algo que había muerto en la Europa de Occidente con la guerra del 14.

El hecho de esta intransigencia de nuestro conservadurismo no era nuevo. ¿Es que en el 1918, como consecuencia de las Juntas Militares de Defensa, no tuvo don Antonio Maura que troquelar una de sus grandes frases: «que gobiernen los que no dejan gobernar»? Y Maura preconizaba desde bastantes años antes «la revolución desde arriba».

Indalecio Prieto, en enero de 1962, en un artículo titulado «¿Ha llegado el momento? - La revolución desde arriba» (6), escribía:

«Ahora se predica la revolución desde arriba en todo el mundo occidental, por el mismo motivo que, ahogado en pro de lo que bosquejó, hubo de aducir Maura hace justamente sesenta años: temores de que un formidable trastorno la realice desde abajo. A partir de entonces han ocurrido varios trastornos cuya consecuencia es la implantación de regímenes comunistas en gran parte del mundo...» ...«El miedo al comunismo engendra las predicaciones actuales. Están sugeridas desde el Vaticano. No hay asamblea mariana ni josefina en la que, dándose de lado a los temas espirituales para lo que parecen exclusivamente convocadas, no surja como principal el de la revolución desde arriba, aunque para anunciarlo no se recurra a estas palabras. La revolución que se preconiza es, como cumple al tiempo presente, mucho más profunda que la esbozada por Maura. Asombra oír en esas asambleas y en otras tampoco genuinamente obreras duras palabras condenando la desigual distribución de riquezas y exigiendo al respecto un trato más justo».

Termina Prieto su discurso «Pregunta contestada» dentro del artículo o trabajo comentado:

«Comencé estos renglones formulando una interrogación. ¿Ha llegado el momento de la revolución desde arriba? Claro que ha llegado. Cuiden quienes vigilan el reloj en que no se les pase la hora».

Ha llovido mucho desde 1902 a 1962 y desde 1962 a 1981. Máxime si tomamos como ejemplo España.

La antorcha política de Prieto ha corrido por la Europa de Occidente y es el testigo que corre hoy por la Europa Comunitaria. ¿Cogeremos nosotros la antorcha? ¿Nos llegará? Todo dependerá de que se gobierne en democracia, de verdad, y de que nadie interrumpa lo que es ley de la historia. El cataclismo que corrió España no puede volver a repetirse. Hay que tener el pulso seguro y gobernar con la inteligencia y con el corazón. La fuerza no es razón de gobierno ni de orden.

EL BALDIO DE LA GUERRA

La guerra «incivil» de España no la querían las izquierdas españolas: ni sus formaciones parlamentarias, ni las extraparlamentarias. Prueba de ello fue el discurso del líder socialista Indalecio Prieto en Cuenca el 1 de mayo de 1936. Este, que sabía que se venía hablando de la candidatura del general Franco para diputado a Cortes en una segunda vuelta por Cuenca, apuntó con tacto:

«Ha desaparecido de la candidatura de Cuenca el nombre del general Franco. Yo me felicito sinceramente de tal desaparición. He leído en la prensa manifestaciones de este general, según las cuales su nombre se in-

(6) *Artículo incluido en* **Convulsiones de España III**. *Ediciones «Oasis». México, 1969.*

cluyóen lacandidatura por Cuenca contra su voluntad, sin su autorización. No tengo por qué poner en duda la sinceridad de estas manifestaciones, aunque he de decir también, no pudiendo recatar la sinceridad mía, que hubiese preferido que esa rectificación del general Franco se hubiera producido con anterioridad al justo acuerdo de la Junta Provincial del Censo, que le eliminó de la candidatura».

Prieto matizó, sin embargo:

«Ahora bien, no podemos negar, cualquiera que sea nuestra representación política y nuestra proximidad al Gobierno —y no lo podemos negar porque al negarlo, sobre incurrir en falsedad, concluiríamos por patentizar que no nos manifestábamos honradamente—, que entre los elementos militares, en proporción y vastedad considerables, existen elementos de subversión, deseos de alzarse contra el régimen republicano, no tanto seguramente por lo que el Frente Popular supone en su presente realidad, sino por lo que, predominando en la política de la nación, representa esperanza para un futuro próximo. El general Franco, por su juventud, por sus dotes, por la red de sus amistades en el ejército, es hombre que, en un momento dado, puede acaudillar con el máximo de probabilidades —todas las que se derivan de su prestigio personal— un movimiento de esta guerra».

El discurso de Cuenca lo pronunció Prieto bajo la preocupación del inmediato estallido de un movimiento militar - fascista que él venía anunciando sin que se le escuchara. Y no fue éste su único aldabonazo. Por eso al producirse pudo decir:

«La circunstancia de no haberse oído mis consejos no me liberara de la obligación de ocupar mi puesto cuando la lucha sobrevino. Y lo ocupé sin vacilaciones ni remordimientos. Fui de los que contribuyeron a implantar la República y acudí a defenderla. Otra cosa hubiese sido una villana cobardía que jamás me hubiera perdonado porque habría equivalido a renegar no sólo de mi significación política, sino incluso de mi españolismo enraizado en mi alma como quien más profundamente lo tenga en la suya» (7).

Prieto supo estar en la guerra y ocupó el cargo de ministro del Aire y Marina en el Gobierno de Largo Caballero, y después de



Indalecio Prieto en compañía de dos aviadores republicanos, durante la guerra civil.

Defensa con Juan Negrín, demostrando nuevamente sus grandes dotes de organizador en ambos cometidos. Nunca ocultó, no obstante, su creencia de que la guerra sería difícil e imposible de ganar. «Su idea —dice Ramón Tamames— fue que sólo un conflicto internacional en gran escala podría salvar la República española» (8).

Cuando el bombardeo de Almería el 31 de mayo de 1937 por el crucero «Almirante Scheer» y cuatro destructores alemanes, Indalecio Prieto propuso buscar a la flota germana en el puerto donde estuviera refugiada, ya fuese Palma de Mallorca, Pollensa, Ceuta, Cádiz o Málaga y bombardearla. El Gobierno republicano se opuso... El mismo Prieto dijo: «Era la proposición de un pesimista, de quien no veía posibilidad de ganar militarmente la guerra...» Quería el enfrentamiento directo con Alemania. ¿Pensaba, quizá, el líder socialista en la respuesta del mundo? (9).

La guerra la perdió la República (leamos España) por estas y otras indecisiones. Sacrificándonos no se evitó la segunda guerra mundial. De haberse adelantado otro hubiera sido nuestro sino. España fue un campo de batalla de ensayos bélicos y persecuciones mosntruosas. Hitler probó aquí sus armas y sus procedimientos de terror.

---

(7) Fragmento de un prólogo: «Discurso de Cuenca - La de Moya», incluido en el libro **De mi vida**, *26 de junio de 1952. Ediciones «El Sitio». México, 1965.*

(8) «La República — La Era de Franco» (1931-1970) Ramón Tamames. **Historia de España Alfaguara VII.**

(9) «El bombardeo de Almería por la escuadra alemana». José Miguel Naveros. **TIEMPO DE HISTORIA**, *Núm. 31, junio 1977.*



Manuel Aznar y Zubigaray (1894-1975).

PRIETO, PERIODISTA Y ESCRITOR TESTIMONIAL

Hemos dicho que Indalecio Prieto y Tuero era taquígrafo de «La Voz de Vizcaya» a la entrada del siglo XX. Después, al crearse «El Liberal», de Bilbao, por don Miguel Moya, que extendía así su periódico «El Liberal», de Madrid, por distintas provincias, Prieto ocupó un puesto en la redacción de «El Liberal» bilbaíno. Está en marcha su vida periodística en aquella cadena de «El Liberal», todavía fiel al programa que le trazó **Fernanflor,** uno de sus principales fundadores: «Nos pertenecemos; somos nosotros mismos. Ningún hombre de Estado, ninguna agrupación política está sobre nosotros...» (10). O sea: Prieto iba a hacerse al mismo tiempo periodista y tribuno, porque ambas actividades enlazó en pocos años.

Nosotros dejamos ahora al Prieto periodista y escogemos el Prieto escritor testimonial, el historiador en artículos y ensayos que fue publicando durante su exilio. Ricardo de la Cierva, que no acumula muchos aciertos históricos, la verdad sea dicha, sí supo encontrar en Indalecio Prieto los ingredientes necesarios para hacer de él un exacto como reconocido elogio:

«Si en España existiese algo parecido a los premios Pulitzer (que no existe: casi todos los premios periodísticos son tan amañados y tan remejidos, que diría Unamuno, como casi todos los premios literarios), Indalecio Prieto y Tuero sería, para este modesto historiador, el candidato al primero de esos premios, con carácter retrospectivo. Pasaba don Indalecio, con razón en vida, por ser el hombre mejor informado de España. En esta recopilación —se refiere a «Convulsiones de España»— se muestra ante quienes no tuvimos ocasión de leer en vivo sus trabajos como uno de los grandes periodistas españoles de todos los tiempos. Por su intención, por su lenguaje de acero y de bolillos, por su dardo directo, por su capacidad evocativa y hasta por esa característica tan definidora del gran periodismo español, que se conoce púdicamente como mala idea» (11).

En su artículo titulado «Antropometría política - La ficha de un perillán» (27 de abril de 1955), Prieto desnudaba moralmente a Manuel Aznar. Este artículo circuló por toda España, Madrid y Barcelona principalmente, y tuvo gran repercusión. Hacía Prieto en su trabajo el panegírico de don Miguel Moya, primer presidente de la Asociación de la Prensa, comparando su honestidad y prestigio con el arribismo del nuevo presidente Manuel Aznar.

De la difusión de este artículo se hizo eco el propio Indalecio Prieto, que en un trabajo titulado «El cuaderno de un ex presidiario» (18 de enero de 1956), dice:

«...Antropometría política - La ficha de un perillán» originó un curioso incidente. Fiché a Manuel Aznar con ocasión de habérsele elegido presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, y la ficha interesó al Ministerio de Información y Propaganda, hasta el punto que Arias Salgado, el ministro, envióselo al Caudillo, quien de ese modo pudo reír por dentro oyendo el ditirámbico discurso que Aznar le espetara cuando fue a presentársele al frente de la cuadrilla directiva de dicha Asociación»... «Enterado el perillán de la jugarreta, escribió al ministro una carta que echaba lumbre, replicó Arias Salgado con palabras no menos candentes y el combate epistolar, al trascender, hizo que la biografía fuese buscadísima, yendo de mano en mano por Madrid y que la gente se divirtiese con los azorosos amoríos de Manuel Aznar y la baronesa de Alcahalí. En fin, pequeños éxitos que no me vienen mal entre tantos y tan grandes fracasos» (12).

Imagine el lector el interés de estos artículos de Prieto. A todos les daba vida y eran testimonio de hechos históricos de la contienda y de la vida española. Al recogerlos después de su muerte, ocurrida el domingo 11 de febrero de 1962, se ha hecho un gran bien, ya que las

(10) Palabras del propio Prieto en su artículo «La carcajada de Moya», incluido en el libro **De mi vida**, *26 de junio de 1952. Ediciones «El Sitio». México, 1965.*

(11) «Sesenta años de testimonio». De la Cierva. «El Alcázar», 7 de marzo 1970.

(12) Este trabajo figura «A guisa de prólogo» en el tomo I de **Convulsiones de España**, *donde se incluye el artículo citado: págs. 327-332.*

juventudes españolas conocerán por ellos tantas y tantas verdades que se ocultaron durante cuarenta años. Prieto ha sido un testigo de mayor excepción y su óptica se extendió a todos los horizontes. Era el hombre veraz, por otra parte, que nunca oculta la verdad. Trata siempre de penetrar en ella y ofrecerla con claridad, adornándola además de una finísima ironía. Por ejemplo, cuando habla de su muerte, transmitida por la BBC de Londres en julio de 1961, y que él mismo desmintió, o se refiere al hecho de romper su partida de bautismo:

«Apenas los falangistas hiciéronse dueños de Oviedo, mi ciudad natal, realizaron la siguiente hazaña que proclamaron gozosos. Repasando en la Iglesia de San Isidoro el libro parroquial de 1883 dieron con mi partida de bautismo y, arrancándola, la hicieron pedazos. Me rompieron, pues, el bautismo. (Nunca se habrá dicho esto con mayor exactitud.) A fin de completar mi aniquilamiento, hicieron lo propio en el Registro Civil con la inscripción de mi nacimiento. Consiguientemente, no existo ni he existido nunca, al menos cristiana y civilmente. Pertenezco a la nada, a lo increado».

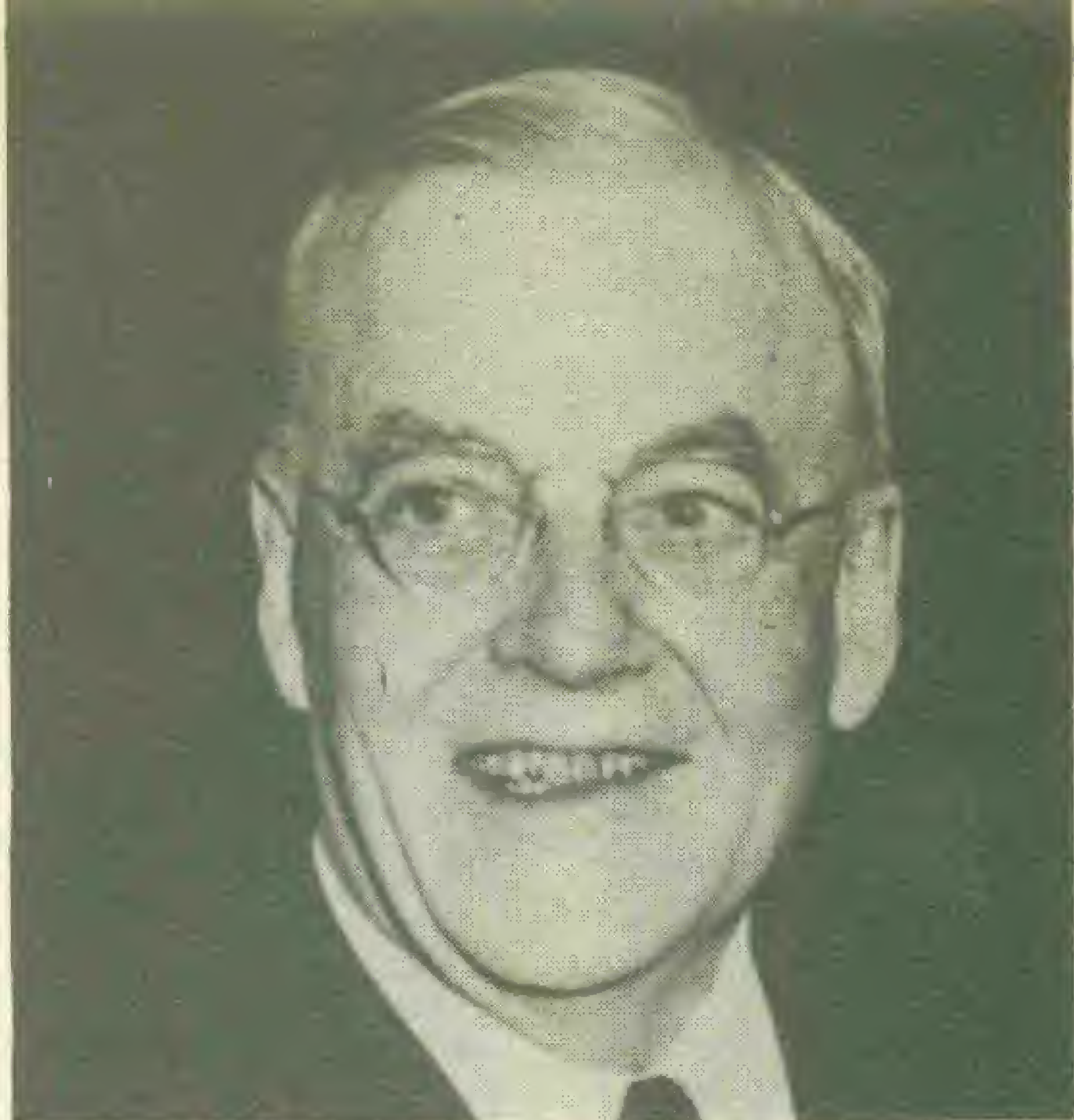
Dos horas antes de su fallecimiento había escrito Indalecio Prieto (el que no había pasado por este mundo de los vivos) un artículo para la revista mexicana «Siempre», de la que fue asiduo colaborador. Se titulaba «El hierro y sus excelencias», que se publicó el 28 de febrero. Era un trabajo emotivo y trataba de un libro de don Modesto Bargalló, profesor en la Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional de México. Libro titulado «La naturaleza de los metales y el beneficio del hierro en los alquimistas y metalúrgicos del siglo XVI», que le recordaba «las ferreterías de ayer y los altos hornos de hoy» y «las entrañas de los montes vizcaínos». Prieto introducía en el texto de su artículo como un recuerdo que le viniera de lo hondo de su corazón, la estrofa inicial de «Vizcaya»:

«Cantábricas montañas
con nubes en las cimas,
con hierro en las entrañas
y al pie, rugiente, el mar».

Algo más que una coincidencia; el recuerdo íntimo de un adiós que perforaba el papel.

PRIETO EN ABIERTA LUCHA DESDE EL EXILIO

Nadie igualó a Indalecio Prieto en su lucha política desde el exilio contra el régimen del



John Foster Dulles (1888-1959), secretario de Estado norteamericano, durante la Administración Eisenhower.

general Franco. Fue incansable en esta labor y apeló a todos los medios por dar la batalla al franquismo. Hizo todo lo posible dentro de una actitud realista. «Ahora bien —como afirma el historiador Max Gallo—, el Gobierno franquista domina España, asegura el orden y sobre todo multiplica sus aperturas en dirección a Washington» (13). Cuando Mr. Kennedy sube al poder, es investido presidente de los Estados Unidos, Prieto lleva tiempo luchando por todas las cancillerías. Se había entrevistado con Bevin en el Foreign Office, acompañado de Luis Araquistáin, en septiembre de 1947, y de cuya entrevista hizo una crónica leída ante los micrófonos de la BBC de Londres; dirige un mensaje al Papa; escribe a Eisenhower («En sobre abierto - Carta de un ex ciudadano español»); apela más tarde a Kennedy, también por carta, 14 de diciembre de 1960, poco antes de ser investido presidente de los Estados Unidos. Carta que publica con el título «Con prosa amarga - Carta de un español» (14). Dice:

«Mr. Foster Dulles, inspirador de la política internacional de Eisenhower —mientras éste lo tuvo, porque luego de morir aquel fanático mantúvose a la deriva—, dijo, con cinismo aterrador, aunque saturado de verdad, que los Estados Unidos no tienen amigos sino intereses. Con arreglo a tal norma, consumaron el sacrificio de los españoles amigos, a cambio de crear nuevos intereses: las bases militares»... «Yo, señor Kennedy, si pongo alguna fe en usted no es a cuenta de su filiación política, sino de su juventud. En vuestra contienda electoral no encontré dife-

(13) **Historia de la España franquista.** *Ruedo Ibérico. París, 1969.*
(14) **Convulsiones de España II.**



Joaquín Costa (1844-1911).

rencias ideológicas entre los contendientes. Acaso haya varias en orden a política interior; en cuanto a política exterior, ninguna». Prieto escribe esto cuando ya tenía dicho con amargura:

«Como socialista español, creí en la solidaridad socialista internacional y ya no creo, desde que nos la han negado desde Francia, Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Noruega; como socialista español, creí en el internacionalismo de los partidos hermanos y ya no creo, al ver la obstinada perseverancia con que el laborismo británico boicotea cualesquiera intentos para federar Europa e incluso para constituir la II Internacional...» ...«Algunos asambleístas de la ONU han pedido a los españoles, impotentes por el terror, que se las arreglen ellos solos para librarse de la tiranía. Tales recomendantes quizás desconozcan esta observación histórica de Seyés: "El vivir, sea como fuere, era el supremo ideal de todas las gentes que atravesaron el terror"» (15).

Amarga es la actitud de Prieto entonces, pero recobra fuerzas en sí mismo, tan delicado de salud como estaba, y vuelve a la carga con nuevos ímpetus. Peleó por España con la pluma en la mano (sí, con la pluma en la mano, porque nunca quiso manejar la máquina de escribir), como ningún otro español.

«ESBOZO DE UN PROGRAMA DE SOCIALIZACION EN ESPAÑA»

Con este título pronunció una extensa conferencia en México, el 1 de mayo de 1946, Indalecio Prieto, y el primer punto a tratar fue el de «Socialismo y libertad». Prieto advierte: «Hace dieciséis años, a contar de 1930, que los socialistas españoles no nos pertenecemos, porque, desde entonces, todos nuestros esfuerzos y todas nuestras energías estuvieron consagradas a la República, primero conspirando para instaurarla, después participando en el Gobierno y en las Cortes Constituyentes para encauzarla, más tarde defendiéndola con las armas en la mano y posteriormente en prisiones y en la expatriación, encadenando ininterrumpidamente los esfuerzos para restaurarla». Exactamente cierto.

El socialismo se había entregado a la República y por ella se debatía más que por las ideas socialistas. Esto fue una visión patriótica que no se le reconoció nunca al PSOE. Prieto lo recuerda y con su carga de españolismo a cuestas, dice altamente satisfecho:

«En los siglos XVIII y XIX tuvimos magnífica pléyade de agraristas, entre quienes se pueden citar con preferencia Jovellanos y a los condes de Campomanes, de Floridablanca y de Aranda, y al frente de ellos, desde luego, dos hombres que deben estar constantemente en nuestra memoria: Alvaro Flórez Estrada y Joaquín Costa. Permitidme que intercale aquí, aunque con brevedad, rasgos de estas dos vidas fecundas»... «La de Alvaro Flórez Estrada duró ochenta y cuatro años. Nacido en 1769, falleció en 1853. En 1814 abogó valientemente por la emancipación de las colonias españolas de América. En 1828 publicó en Londres —también conoció el dolor de la expatriación forzosa— su monumental «Curso de Economía Política», del que se hizo segunda edición en París en 1831 y tercera en Madrid en 1834. ...«Con su "Curso de Economía Política", Flórez Estrada se adelantó en cincuenta años a "Progreso y miseria", del norteamericano Henry George, el libro más difundido en el mundo, después de la Biblia». ...«Joaquín Costa ha señalado muchas coincidencias entre ambos famosos libros. Juzgando las teorías del eximio asturiano, manifestó el insigne aragonés». Comparada con ella la de George, diríase que el libro de éste («Progreso y miseria») no es más que una brillante amplificación de la doctrina de aquél». ...«En 1839 publicó Flórez Estrada su folleto "La cuestión social", defendiendo la nacionalización de la tierra. También en esto se adelantó varios lustros a Henry George».

Entrando en materia, Indalecio Prieto estudia la configuración del Estado y defiende la

(15) *«Soliloquio en el Océano - Humildad y altivez» (30 noviembre 1950).*

«libertad municipal» enraizada en la tradición española, y cita de Costa:

«Mirada España a vista de pájaro, sobre un mapa, con sus infinitos municipios y aldeas, y más aún, mirando un municipio sobre una proyección gráfica, con las manzanas del casco y los barrios y caseríos del suburbio, parecen un tablero de ajedrez; pero no considerando que ese tablero tiene un alma y que en esa alma obran energías potentísimas que no dimanan del Estado, sino que tienen su frente en ella misma, y que esas energías obedecen a leyes objetivas que no dependen de la voluntad» (16).

Prieto afirma en su estudio que éstos «no son, pues, caminos de utopías los que elegimos. Trazáronlos y siguiéronlos nuestros antepasados».

Se ha detenido antes el líder y consecuente socialista en señalar las «Facultades del Estado»:

«Las funciones otorgadas a los municipios no han de anular al Estado. Este subsiste como elemento coordinador, quedándole muchas y muy importantes misiones». ...«En los tiempos modernos se acumulan sobre el Estado tal número de obligaciones que físicamente carece de fuerzas para desempeñarlas. Esa acumulación exige ciertas desintegraciones, de modo que parte de las facultades que el Estado absorbe, sin poder desempeñarlas perfectamente, pasen a los municipios. Pero el Estado no queda sin misión...».

La «declaración de principios» de Indalecio Prieto para un programa de socialización de España es, de verdad, una meditación muy estimable. Estimabilísima. Estas ideas ni con el pasar de los años se han quedado atrasadas. Y menos cuando vemos gobernar con titubeos, y aún no hemos salido de un túnel de cuarenta años de historia.

La política impone una base de sustentación para edificar un programa, una teoría. La política que se pierde en la sola administración, o ni siquiera alcanza a ésta, es una porfía por el poder de los cargos sin interés nacional verdadero para un país y pueblo.

El esbozo de programa de Indalecio Prieto se vierte el 1 de mayo de 1946, cuando el 4 de abril se ha hecho la declaración de París - Londres - Washington condenando a Franco. Prieto siente una esperanza tras los dieciséis años de lucha socialista por la República. Le oiremos:

«...Claro que en el programa del Partido Socialista hay puntos que por fundamentales, resultan inconmovibles y nadie, dentro de nuestras filas, pretende modificarlos, porque son pilares de nuestro ideario; pero conviene que meditemos ya sobre el particular. Yo os voy a ofrecer el fruto de mis meditaciones para que las contrastéis con las vuestras y para que, cuando tengamos ocasión, examinemos unas y otras, estableciendo acerca de ellas controversia a fin de ir creando, aunque sea desde aquí, desde el destierro y a tanta distancia, conciencia de nuestros deberes». ...«Para esto yo parto, como seguramente partiréis todos, de que es imperioso hacer compatible el socialismo y la libertad. Esa fue siempre, además de mi deseo, mi preocupación».

Lejos quedaban las esperanzas... ¿Quién duda que la moral pesa poco en las decisiones políticas, y menos en el orden internacional? Washington venció por segunda vez a España. Siguió a Hitler al segar sus libertades. Indalecio Prieto murió rumiando esta amargura. El había recordado los versos de García Lorca puestos en los labios de Mariana de Pineda:

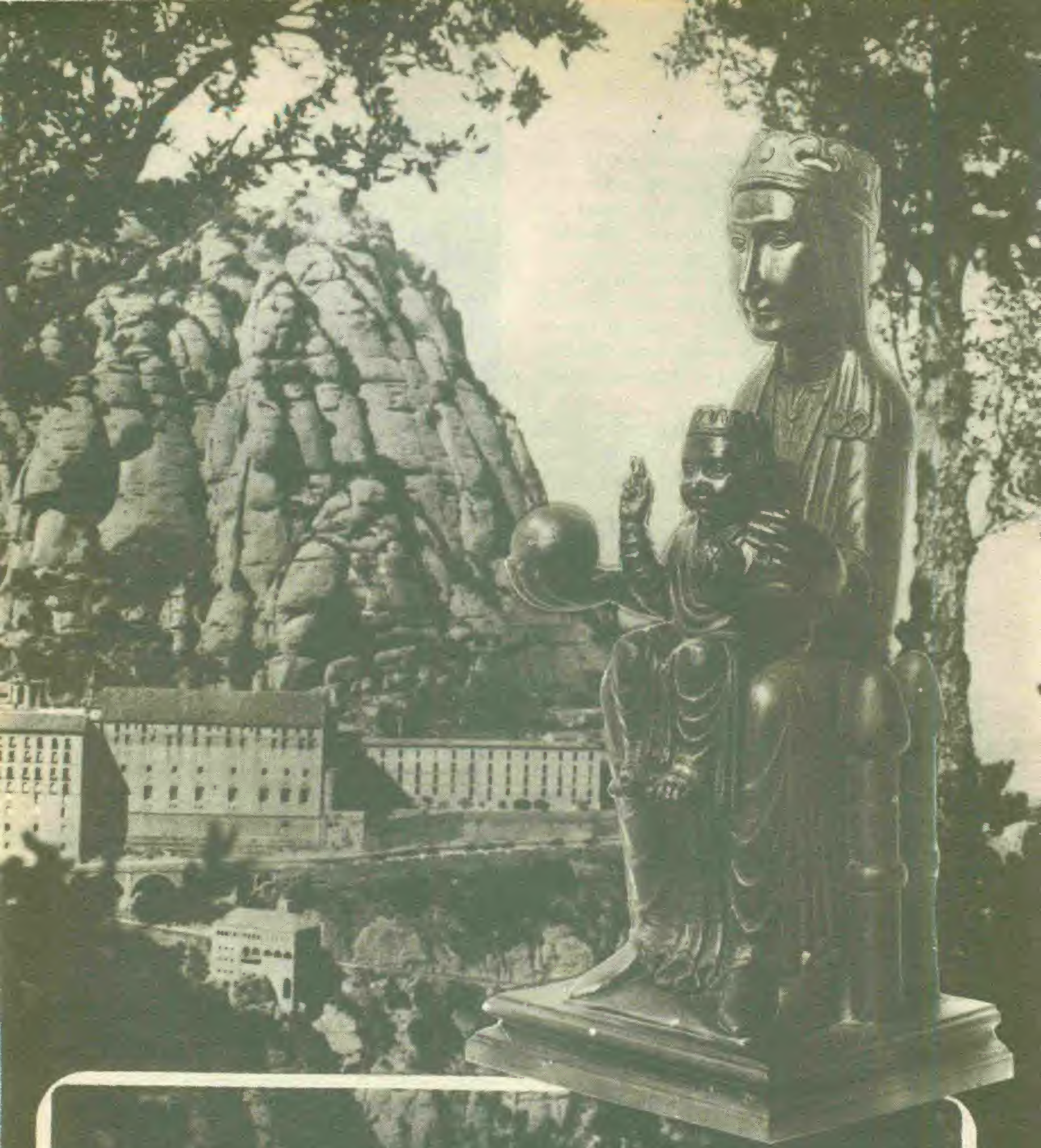
«Libertad de lo alto, libertad verdadera,
enciende para mí las estrellas distantes...»

El no ver la libertad de España fue su gran dolor. Y el corazón se lo atravesó varias veces. Pero por verla, pese a todo, vivió lo que vivió resistiendo años, meses y días a la muerte. Una muerte que le era vecina desde tiempos muy atrás. ■ **J. M. N.**



Indalecio Prieto Tuero (1883-1962).

(16) Del prólogo que en 1885 puso Joaquín Costa al folleto titulado «Materiales para el estudio del derecho municipal consuetudinario», del que eran autores el propio Costa, don Manuel Pedregal, don Juan Serrano y don Gervasio González de Linares.



Montserrat
tras la Guerra Civil

Del fervor franquista a la ruptura

Javier Villan

MONTSERRAT es algo más que un simple monasterio. En las luchas y desarrollo del catalanismo militante, Montserrat ha sido decisivo. La montaña sagrada de los catalanes constituye un común punto de referencia, un determinante factor de cohesión para los distintos grupos que, desde ópticas no siempre coincidentes, han reivindicado la recuperación y ejercicio de la catalanidad. Especialmente en los últimos años del franquismo. En los primeros, el monasterio pasaría por una controvertida situación que terminó decantándose por el apoyo al Régimen que lo había devuelto a manos benedictinas. Veintitrés muertos en zona republicana eran muchos muertos para analizar con frialdad la verdadera naturaleza del catolicísimo Régimen triunfante. La conciencia religiosa se imponía inevitablemente sobre la conciencia catalanista por mucho que las precarias instituciones autonómicas hubiesen sido arrasadas, el idioma perseguido y las denominadas señas de identidad reducidas a ceniza. Poco a poco, el abad Escarré percibirá, como un eco primero y como un clamor después, que Montserrat es algo más que un monasterio, que es un monasterio nacional y que esta adjetivación determinante exige un sujeto: Cataluña. Con el tiempo, el abad, sea Escarré o el actual, Casiá Just, o el mismo Brasó, que cubre el corto espacio de cinco años que media entre estos dos, será una figura religiosa de inevitable proyección política que amarga el imperial fervor mariano del Régimen.

MONTSERRAT se alza súbitamente, emerge de una llanura con un impulso irresistible, en vertical, rotundamente hacia el cielo. Es un desafío pétreo, una grandiosa y abrupta estructura en la que crece una sorprendente vegetación. Su altitud no es excesiva: 1.220 metros el pico más alto, el San Jerónimo, pero su agresiva verticalidad le confiere un aspecto imponente, la alarga hacia arriba, la engrandece y distancia. Sus paredes amuralladas, sus picos, las angostas gargantas la asemejan a una gran fortaleza inexpugnable, lo cual no la apartó de los numerosos hechos militares con que la historia la ha zarandeado. En números más o menos redondos, la montaña tiene diez kilómetros de largo, cinco de ancho y veintiséis de perímetro. En uno de sus pliegues, a setecientos metros sobre el nivel del mar, se acomoda el santuario. Desde su fundación en el siglo XI, a partir de unas ermitas cuyo origen se sitúa en el IX, le fue encomendado a los benedictinos. Momentos históricos ha habido, el más próximo la guerra civil del 36, en que ha estado a punto de cambiar de manos, pero siempre las aguas han vuelto al cauce de la regla de San Benito.



El cardenal Vidal i Barraquer con los reyes de España, Don Alfonso y Doña Victoria Eugenia, detrás el general Primo de Rivera. Eran los últimos años de la Dictadura.

Indicios históricos de catalanismo

Es el abad Muntadas, reabierto el Monasterio después de la Guerra de la Independencia, quien empieza a exigir a los monjes un conocimiento mínimo del catalán, aunque muchos de ellos fueran oriundos de Castilla. No se tiene conocimiento de ningún «manifiesto de los 2300» por la medida, ni hay indicios razonables de que el castellano estuviese amenazado de extinción por las severas reglas de San Benito. En 1880-81 se celebran las fiestas del Milenario, que incluyen un certamen literario en catalán y la ofrenda de una «Corona Poética» a la Moreneta. En el fondo, esta actitud no es un hecho aislado ni confiere a Montserrat una significación especial en el ámbito de la cultura catalana; cierto que el santuario es el santuario de los catalanes, pero por entonces esto era una idea mística, no una referencia cultural o, al menos, no era una idea cultural de significación política. La utilización del catalán por los monjes del abad Muntadas se inserta en el contexto de una compleja corriente: la Renaicença que devolvería a Cataluña buena parte de sus características borradas por el proceso desnacionalizador de Felipe V. A esa «Corona Poética» de la década de los ochenta hacía su aportación lo mejor y más significativo de los poetas de la Renaicença. Pese a todo, la comunidad nunca ha sido monolítica ni uniformista y a los monjes también llegó el reflejo de las tensiones del mundo entre catalanistas y castellanistas. Por lo que se refiere al Monasterio, éstas se harían más evidentes a primeros del siglo XX en torno a la **Revista Montserratina** que se hacía en castellano y que un grupo de frailes quería catalanizar. Esto se conseguiría paulatinamente gracias a la prudencia y mano izquierda del abad Marcet que si bien en 1913 incluye una nota en castellano, «A los bienhechores y devotos de Montserrat», el mismo año publica otra en catalán, «Als aimants tots de la Verge de Montserrat». De esta sorda, y no tan sorda, lucha en el seno de la comunidad, da puntual información el padre Curiel, adalid de los castellanistas, cuyo diario es frecuentemente citado por Massot i Muntaner en su libro «Els creadors del Montserrat Modern». El padre Curiel, refleja obsesivamente en sus anotaciones, y no sin cierta indignación, los persistentes propósitos de redactar la revista en catalán y remata la exposición de sus temores con el relato de algo que le producía tremenda aprensión: que las invitaciones para la bendición abacial eran redactadas por el abad Marcet en latín y en catalán. Cincuenta años más tarde, Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo de Franco, esgrimi-

ría un discurso de este abad, del que presuntamente se desprendería una inquebrantable adhesión a Franco, para condenar a dom Escarré y su presunto separatismo rojo. Lo cierto es que, comparado con Marcet, Escarré podría ser un peligroso izquierdista. Pero también es cierto que aquél, a pesar del factual acatamiento de los poderes constituidos, dentro de un posibilismo político y un supraterrenal distanciamiento religioso, aseguró las primeras piedras de la catalanidad montserratina; que muchas veces estuvo en línea con Vidal i Barraquer, uno de los pocos, de los dos, obispos que no firmó la carta por la que se convertía en Cruzada la sublevación fascista del 36 y que en 1943 había presidido los Juegos Florales celebrados en el Monasterio. Era la segunda vez que lo hacía, pero ésta no en el exilio de Tolosa de Llenguadoc (1924), sino en la clandestinidad de Montserrat. Un exilio propiciado por la dictadura de Primo de Rivera y unas catacumbas labradas por la dictadura de Franco. En definitiva, ambos generales se asemejaron en los recelos a la perversidad separatista del santuario. El padre de una posterior figura nacional, «el Ausente» en la terminología mítica de la época, lo tildaba con rotundidad castrense de «totalmente separatista» y Alfonso XIII se negaba a visitarlo mientras sondeaba la posibilidad de que el Vaticano removiese, es decir desterrase, a incógnitos lugares, a la comunidad o, cuando menos, a su abad Marcet por manifiesta subversión separatista. La opinión de Franco sobre Escarré era también de un extremado rigor: «ideas liberales avanzadas» y «extremismo regionalista».

1947. Las fiestas de la Entronización

En estricta justicia, ambas definiciones parecen excesivas. Escarré ha sido prior y abad coadjutor de Marcet, sabe de la muerte incontestable de veintitrés de sus hermanos y reconoce públicamente que el Monasterio ha vuelto a los benedictinos gracias a Franco. ¿Por qué Franco propició aquel posible foco de catalanismo? Acaso pensara que los avatares a que la guerra había sometido a la comunidad y convertido el santuario en hospital militar, sería suficiente para contar con la adhesión inquebrantable de los monjes. Sorprende un poco esta actitud benevolente que Franco mantuvo durante años respecto al Monasterio. El carácter de «Cruzada contra el comunismo» del Alzamiento se transmutó en Cataluña en «guerra de conquista» y dada la superposición de identidades ideológicas que con frecuencia aplicaba el Régimen, ambas retóricas podían ser muy bien aplicables a Montserrat. En su libro «Cataluña bajo el régimen franquista», Josep Benet constata que, tras la caída de Barcelona, los ocupantes no hablan ni de Cruzada ni de comunismo, ni de anarquismo ni del «martirio de los religiosos. Un solo grito de victoria: Cataluña vuelve a ser España». En este ambiente postbélico, pues, se establecen unas relaciones de cierta cordialidad con la ideología triunfante que en tres cruentos años había laminado el país. Conseguida la legitimación por parte del Episcopado español, Franco pretendía, sin duda, idéntico reconocimiento —por situarse en el ámbito territorial del cardenal exiliado, Vidal i Barraquer, más significativo— por parte de la influyente Abadía. Mas sería aquí donde se iniciaría un lento resurgir



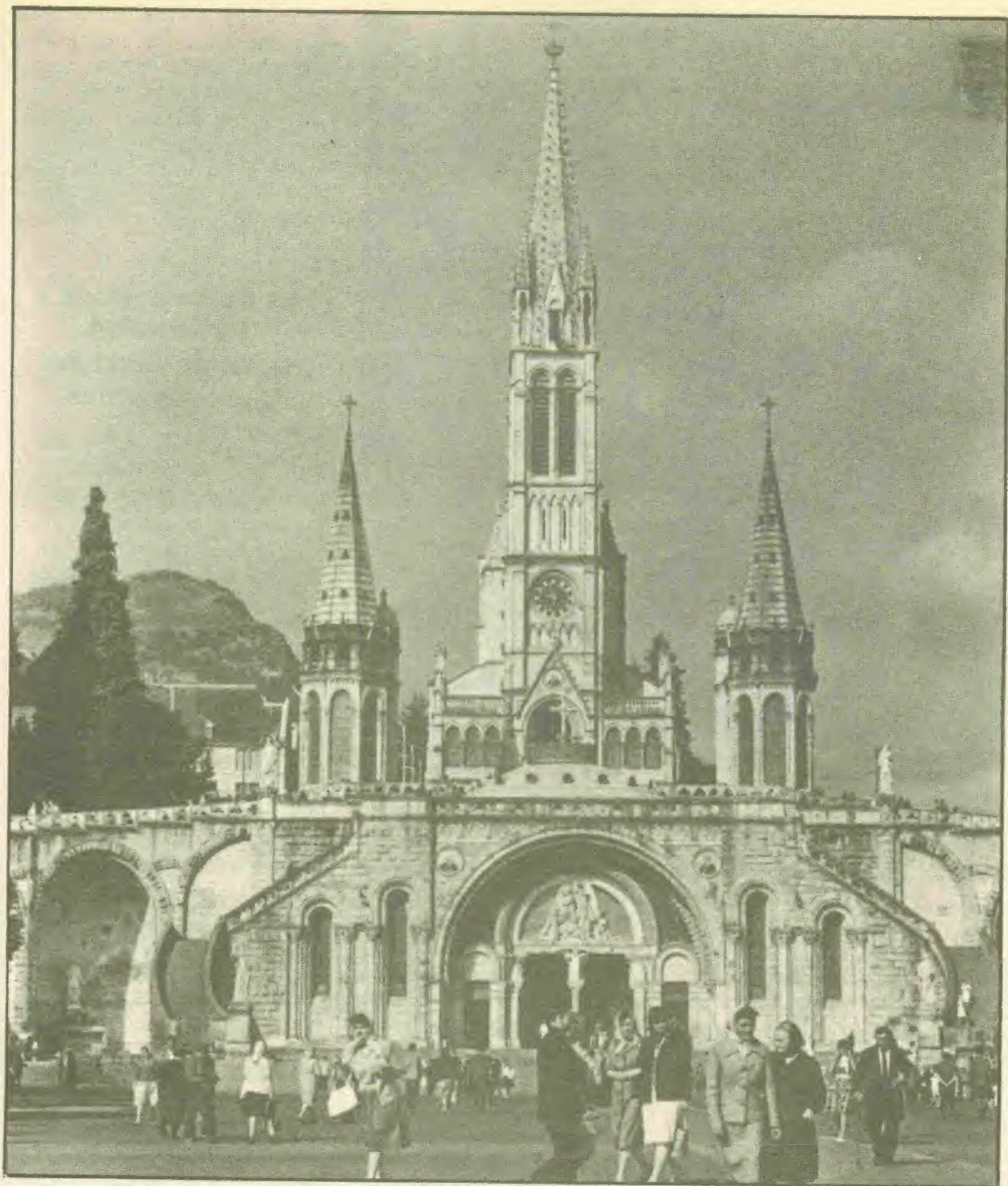
El presidente Azaña, durante su visita a Montserrat, en compañía del abad mitrado, dom Antonio Marcet.

del catalanismo que terminaría provocando el airado encono del Jefe del Estado. El punto de partida fueron las Fiestas de la Entronización, el 27 de abril de 1947, de las que Josep Benet fue el principal artífice. A la sombra de Félix Escalas y Chamení, un ciudadano solvente avalado por su carencia de problemas políticos y por su abundancia de medios económicos, empezó a funcionar una nutridísima Comisión, llamada del «abad Oliba». El Secretariado de la misma correspondía a otra personalidad también libre de toda sospecha, Félix Millet i Maristany, muy católico y muy de derechas, que de hecho dejó todas las iniciativas a un ex escolar montserratino, Josep Benet. Benet ha definido así a Millet: «Era un catalanista moderado, una personalidad católica de antes de la guerra que huyendo de la persecución religiosa se pasó a zona nacional. Era un financiero importante». Por su parte, Massot i Muntaner, en «Els creadors del Montserrat Modern», lo sitúa como «antiguo presidente de la Federació de Joves Cristians de Catalunya, pasado con armas y bagajes al nuevo Régimen, pero protector de la lengua y cultura perdidas».



El cardenal Vidal i Barraquer con el abad Marcet, en Montserrat, durante los años de la República.

A pesar de tan acrisolados avales, hubo que superar muchas trabas y dificultades. Culminada la suscripción popular para la adquisición del trono, se vio la posibilidad de que idéntico entusiasmo podía despertarse con una convocatoria que actuase sobre dos vertientes de segura sensibilización: la espiritual y la patriótica, fervor y cultura. Con la primera, sobre todo, por delante, el abad se dirigía en abril de 1946 al gobernador de Barcelona en estos términos: «Puesto que se trata del pueblo y de las clases más humildes del mismo a quienes deben dirigirse nuestros desvelos en este afán de avivar su devoción a la Santísima Virgen de Montserrat, solicito de V. E. se digne conceder pueda llevarse a cabo esta propaganda también en catalán, asegurándole por nuestra parte la exclusión de todo carácter político...». No debía tenerlas todas consigo el gobernador, Bartolomé Barba Hernández, por lo que autorizó solamente la propaganda escrita, denegando cualquier intento de propaganda radiada. Barba llevaba una política táctica de tolerancia respecto a la lengua y el folklore convencido de que una represión indiscriminada y cerril no haría sino exacerbar los ánimos y «fabricar mártires» que alzarían su cadáver contra los represores. Lo ha explicado él mismo, esta calculada lenidad despolitizadora, en un



La basílica de Montserrat.

viejo libro publicado en 1948, «Dos años al frente del Gobierno Civil de Barcelona». Pero los agravios estaban demasiado claros y demasiado recientes para aceptar paños calientes que, por otra parte, nada o casi nada iban a solucionar. Las reacciones hostiles a su política «de comprensión e integración» las refleja Barba Hernández en su obra. El PSUC sale al paso de las maniobras «catalanistas» del gobernador y en una hoja volandera viene a decir que ello no conseguirá el reconocimiento y mucho menos el afecto de los catalanes desposeídos de su cultura, su lengua y su libertad. A pesar de todo, con sus más y sus menos, las Fiestas se llevaron a efecto y cerca de cien mil catalanes se desplazaron en romería a la Montaña sagrada. Todos contentos, incluso el Gobierno de Madrid que envió como representante el ministro de Asuntos Exteriores, Martín Artajo. A su regreso, éste debió mani-



El gobernador Felipe Acedo Colunga (a la derecha de la foto, con traje claro), a su derecha el entonces Presidente de la Diputación, marqués de Castellflorite.

festar su satisfacción a Francisco Franco, pues al poco tiempo se recibía en el Monasterio una carta que, entre otras cosas, decía: «tanto el generalísimo como el Gobierno quedaron muy satisfechos de la forma feliz en que transcurrieron las solemnidades». No comparte esta opinión Maur M. Boix, director de la revista «Serra D'Or», quien, del cese, quince días después, del gobernador Barba, deduce el malestar causado en el Gobierno de Madrid. Algo de esto pudo haber, pues en julio el abad se queja al censor de Barcelona, José Pardo, del maltrato a que se someten las informaciones sobre cuanto se refiere a las cosas de Montserrat. Como fuere, en mayo Franco visitó el Monasterio, visita en la que volvió a mostrar su complacencia y, él tan parco en palabras, se hizo lenguas del nuevo trono de la Virgen.

Pese a todo, se habían conseguido objetivos impensables en aquellos oscuros días. En síntesis, los resultados de la Entronización los valora así Massot i Muntaner: «Se despertó la conciencia dormida de catalanidad en las comarcas, facilitó reuniones multitudinarias y se hicieron numerosas publicaciones en catalán». A esto habría que añadir el acercamiento entre los catalanes del exilio y los del interior y la potenciación de la idea de comunidad entre el Principado, las Islas y el País Valenciano: els Paisos Catalans. «Aquel día, 27 de abril de 1947, dejábamos atrás una etapa de nuestra historia e iniciábamos otra» (Benet). Por otra parte, Escarré desciende de su nube angélica y entra en contacto con los distintos sectores de la oposición, desde un centro derecha hasta la izquierda. No será, sin embargo, hasta 1958 cuando el abad exponga por primera vez con cierta claridad sus reservas hacia la naturaleza y legitimidad del régimen del general Franco.

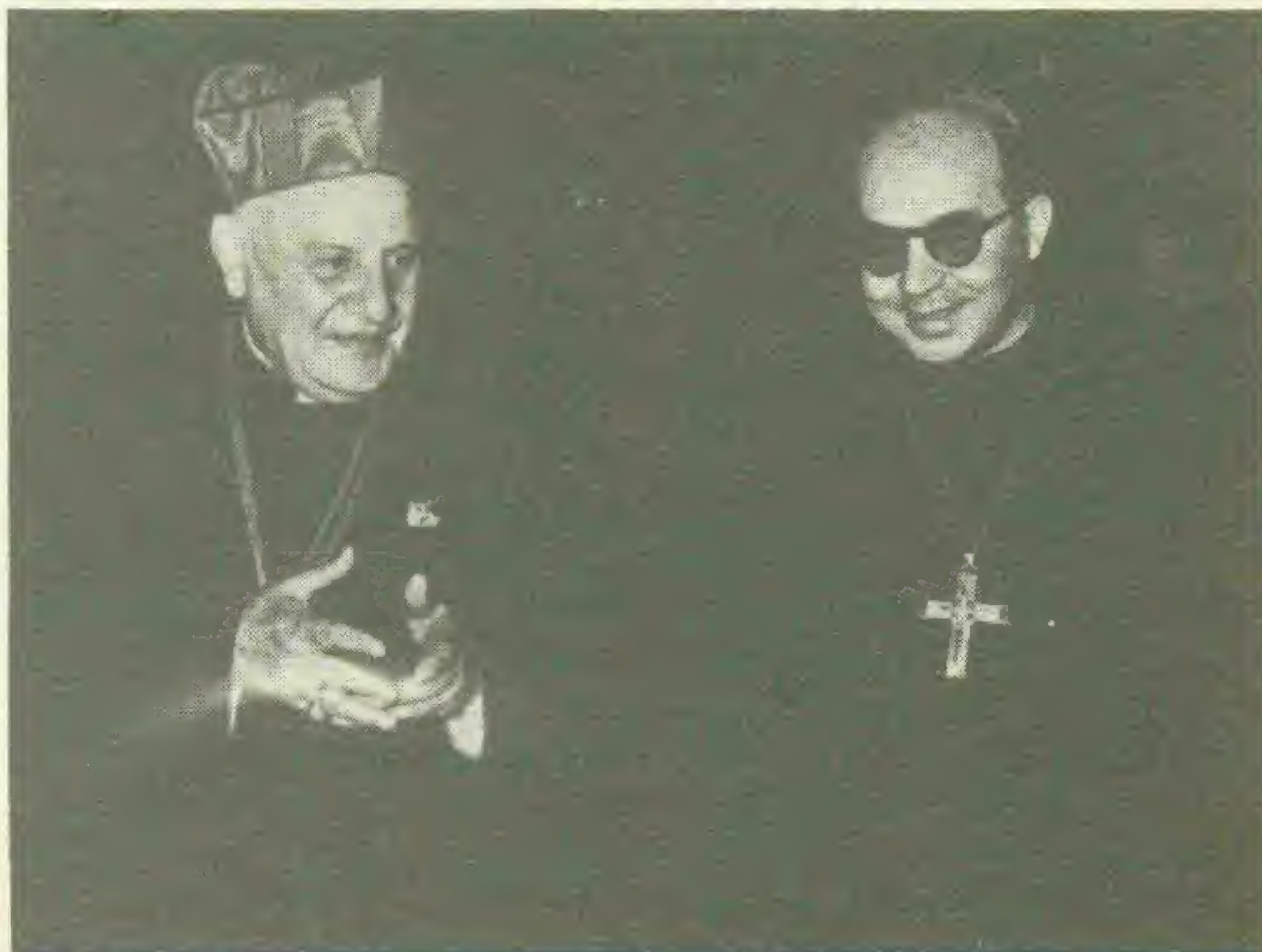
Las declaraciones a «Le Monde». Momento histórico y antecedentes

Pero cuando Escarré tiene una actuación verdaderamente clamorosa es en 1963. El abad de la paulatina evolución hace un solo, un verdadero aria que estremeció los cimientos del Pardo haciendo bizquear la lucecita. Y eligió «Le Monde» entre otras cosas porque elegir otro periódico más a mano no le hubiera sido posible. En honor a la verdad, no pueden considerarse las declaraciones hechas a José Antonio Novais como una iluminación ni siquiera como una improvisación oportunista. Los tiempos, ciertamente, ofrecían una buena oportunidad, pero ése es otro cantar. Fue un año muy agitado para el Régimen que había mostrado contra toda lógica civilizada, contra el viento de las movilizaciones interiores y la marea de las condenas exteriores, su cruenta faz. Efectivamente, la guerra no había terminado. En abril había fusilado a Grimau y pocos meses después zanjó por la tremenda las huelgas mineras de Asturias. La carta que un grupo de intelectuales remitió a Fraga Iribarne, ministro de Información, hablaba de mineros muertos por tortura, de mineros castrados, de mujeres rapadas al cero, de numerosos dete-

nidos. Y para colmo, entre tanto ajetreo y tan burdas conspiraciones masónicas y marxistas, nacionales e internacionales, a Franco se le vino encima la tormenta montserratina. Los antecedentes más directos de estas declaraciones hay que fijarlos en dos momentos claves en los que Escarré había hecho patente su disconformidad con los gobernantes. Calificarlas como lo hizo el semanario «El Español», como la voz a sueldo de Moscú era perder de vista la opinión escasamente favorable al «marxismo naturalista» del abad. Era, por encima de todo, la misma voz que se había dirigido a las más altas instancias del Estado pidiendo que cesase la represión, que se pusiese en libertad a los estudiantes detenidos, que se ejercieran, simplemente, las virtudes cristianas que el Régimen decía defender y representar. La misma que se había dirigido a Camilo Alonso Vega en mayo de 1960 con motivo de los sucesos del Palacio de la Música.

Los sucesos del Palacio de la Música

Sus ecos llegaron hasta el «New York Times», siempre algún periódico extranjero aireando lo que celosamente silenciaba la prensa española: Varias detenciones tras un concierto del Orfeón Catalán en el Palacio de la Música. Entre los detenidos por agitador, el que hoy es presidente de la Generalidad, Jordi Pujol. «Lamento —telegrafiaba escuetamente el abad al ministro de la Gobernación— profundamente detenciones y malos tratos a los detenidos en represión policíaca ocasión sucesos Orfeó Catalá doloroso epílogo estancia Gobierno en Cataluña. Atentamente suyo, abad Montserrat». A lo cual contestó no menos escuetamente, mas de forma un tanto cabalística, Alonso Vega: «Hay que lamentar siempre todo cuanto es lamentable no olvidando que la prudencia en el creer y en el decir es indispensable para formar y emitir recto juicio. Suyo atentamente, Camilo Alonso Vega, ministro de la Gobernación». La nada habitual sutileza de Alonso Vega ¿proponía en este texto una refinada adivinación jeroglífica o era una dolorida respuesta a quien no hacía mucho había calificado de «leal españolista»?. No podía recordar sin amargura, el ministro, los gritos de imbécil y de traidor con que fue obsequiado en una cena en Barcelona, en mayo de 1959, en la que se mostró confiado y sin prejuicios respecto al abad. Franco comisionó a don Camilo para que viajara a Roma y explicara al Papa la conducta de Esrré. Lo cuenta con bastante detalle Franco-Salgado Araujo en sus **Conversaciones...**, y pone en boca del jefe del Estado estas palabras referidas a Pujol: «Los ministros ya se habían marchado y desde las tribunas se empezó a cantar lo que no estaba autorizado (...). Intervino, como es natural, la policía, que hizo varias detenciones. Uno de los principales agitadores fue el señor Pujol al que con mandamiento judicial se le registró el domicilio, encontrándosele propaganda separatista y de agitación subversiva». No podía Alonso Vega rememorar sin inquietud, una a una, las encendidas palabras que poco después de la cena en que lo llamaron imbécil había dicho a Escarré. «Yo tuve confianza en el señor abad (...) y el señor abad correspondió satisfactoriamente a mis esperanzas y di cuenta a quien debía y propalé aquella espléndida jornada llena de emoción y de patria y el discurso del señor abad y todo ello me indujo a felicitarle y darle las gracias, manifestándole que por aquel camino podíamos coger juntos muy buenas cosechas». Pensaría seguramente don Camilo, camino del Vaticano, en las 130.000 pesetas que



El abad Escarré en compañía del cardenal Roncalli (futuro Papa Juan XXIII), durante una visita de este último a Montserrat.

unos meses antes del impertinente telegrama, justo en el mes de febrero, había concedido al Monasterio para instalaciones sanitarias. Y puede que también rememorara el poco caso que había hecho al «informe confidencial para el ministro de la Gobernación» elaborado por el gobernador, Acedo Colunga, hombre enfático, de irreparable y violenta incontinencia verbal, protagonista de más de un encontronazo con el abad.

El acto falangista de Granollers

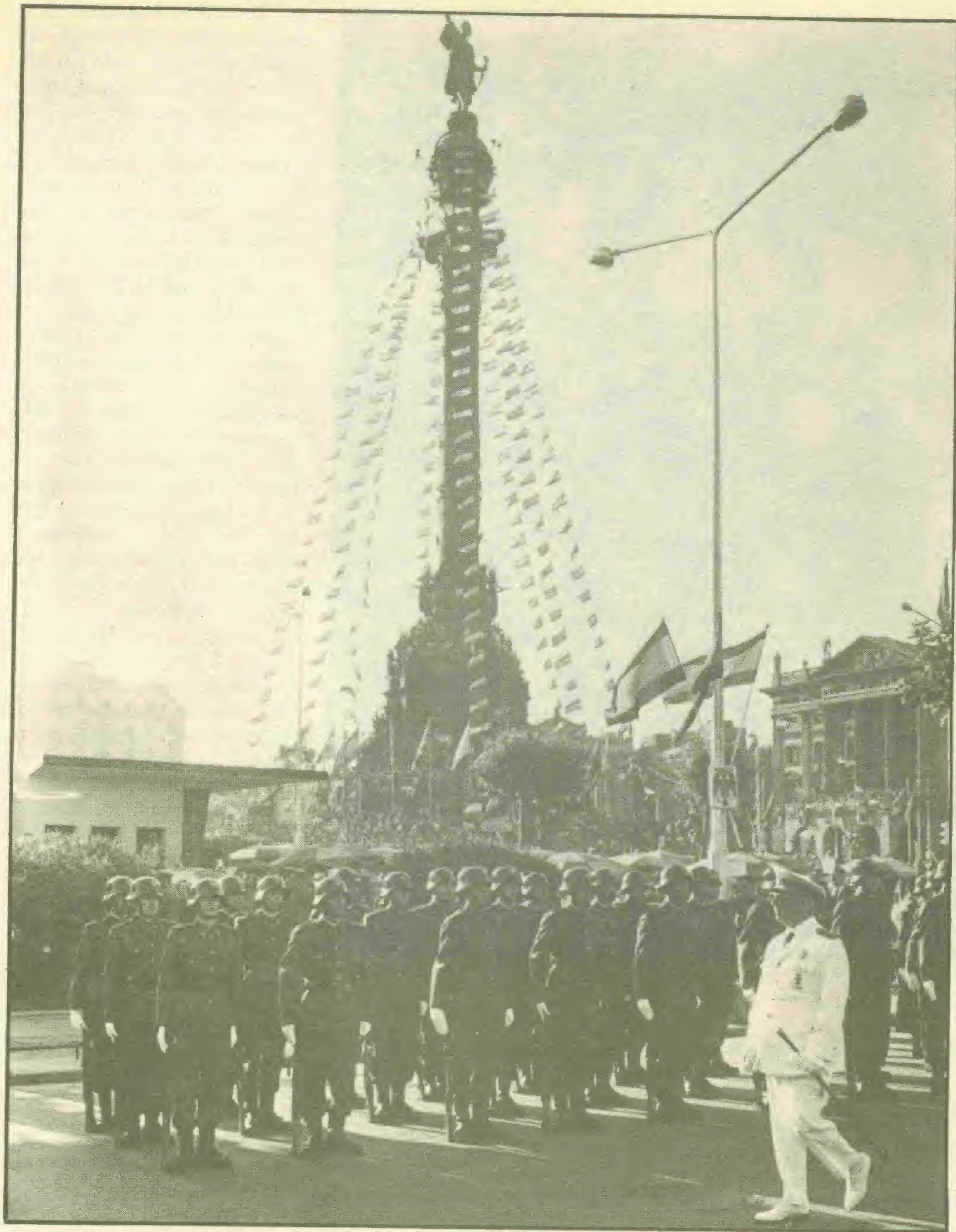
La «Hoja del Lunes» barcelonesa del día 1 de diciembre de 1958 publicó una amplia información sobre un acto falangista celebrado en Granollers que sirvió para que el gobernador disparase su artillería pesada contra el rebrote de separatismos, «el retoño de algo que contribuye a establecer una diferencia entre los españoles». En otras palabras, que Acedo había detectado peligrosos movimientos catalanes; que éstos se nucleaban en torno a Montserrat y que no estaba dispuesto a tolerar, por ninguno de los medios, la subversión. Para que no hubiese duda de por dónde iban los tiros, hablaba Acedo de la impunidad de Fueros concedidos por el Estado y de «sentimientos hondos que están en nuestras raíces y en nuestra alma». Y por si todavía la directa y clara oratoria del general pudiera resultar ambigua o a alguien se le antojase abstrusa, cargaba la suerte en esta verónica de honda raigambre nacionalcatólica: «... nosotros que amamos a Dios, que recibimos la Santa Comunión y que respetamos lo que supone el sacerdocio tanto en el orden espiritual como en el orden español (...) no estamos dispuestos a tolerar...». Parece ser que en un momento de debilidad, el general Gobernador (civil) perdió terreno. «... No sé si estamos en posesión de la verdad», confesó. Mas se enmendó enseguida y remató con esta media: «Pero de la verdad española sí estamos en posesión». Pese a tales arrebatos patrióticos, enmarcados casi siempre en una irreversible devoción falangista, Franco no tenía demasiada buena opinión de



Luis Martínez de Galinsoga, durante un tiempo Director de «La Vanguardia».

Acedo, al que reconocía, sin embargo, su lealtad. Si hemos de creer a Franco-Salgado, el Invicto habría dicho en cierta ocasión: «Acedo es muy buena persona y un gran político, pero a veces dice cosas que debiera tener calladas». Su épica y su lírica y hasta su mística falangista, le crearon algunos roces con el ministro de la Gobernación y con los alcaldes de Barcelona que, aunque contaban con el beneplácito del Pardo, no tenían suficientemente acreditada para el Gobernador su pureza de sangre española. La respuesta de Escarré fue casi instantánea. Aprovechó la Fiesta de la Inmaculada, ocho días después, y empezó diciendo que si se acusaba a la Iglesia de no cumplir como tal que mirase el Estado cómo cumplía él. Defendía la verdad que la Iglesia predicaba —Escarré se mantuvo en esta homilía en el ámbito generalizado de la Iglesia universal— y que «si esta verdad no es agradable a los que gobiernan, que cambien ellos». Es el primer enfrentamiento frontal. Y, aunque matizadas con cierto espíritu pastoral, se expresan ya acusaciones muy concretas, como se deduce de un párrafo en el que viene a decir que no es suficiente comulgar con Cristo, sino también con las ideas de la Iglesia, «que son ideas de libertad (...), de bienestar social».

Y siempre en el terreno, deliberadamente superestructural de «la Iglesia», termina afirmando que ésta pretende estar siempre de acuerdo con todos los poderes, especialmente con el poder del Estado, pero que ello sólo podrá llevarse a efecto en el marco de la «verdad, la libertad y la justicia». Esta vez el temperamental Acedo había hallado una respuesta inesperada. Franco tenía una idea peregrina de cómo conquistar a los catalanes, conquistarlos en el sentido de atraer, que en el otro, en el estrictamente militar, bastaban los hechos de armas del 36-39. Decía Franco que al «catalán se le convence con el ejemplo y la austeridad». Convencer, ¿de qué? De lo que fuere, lo cierto es que la prepotencia del «entourage» franquista que se instaló en Cataluña tenía órdenes muy concretas: acabar con todos los indicios de catalanismo, de-



Franco en Barcelona, pasando revista a las tropas, durante una de sus breves estancias en la Ciudad Condal.

gradar una cultura, sepultar una lengua. Y lo ejecutaba con diplomacia más o menos refinada, pero con objetivos claros. En este contexto podría incluirse el «caso Galinsoga, el del exabrupto «todos los catalanes son una mierda», patología anticatalanista tan evidente y desproporcionada que le costó el puesto. Pero no sino después de una caliente campaña que duró varios meses.

El caso Galinsoga y el informe Acedo

Luis de Galinsoga, director de «La Vanguardia», era, obviamente, un hombre de con-



El cardenal Roncalli (futuro Juan XXIII), en compañía del abad dom Aureli Escarré, en la Biblioteca del Monasterio de Montserrat.

fianza. Lo evidencia una biografía delirante, servilista y hortera que escribió de Franco: «Centinela de Occidente». Era, además, de ese tipo de aduladores o convencidos cuyos actos trasvasan el imposible rubor de sus mejillas a la inocencia sorprendida de los demás. Sólo que también, como Acedo, era de una acusada incontinencia verbal con la que sublimaba una no improbable inclinación a la violencia. El 21 de junio de 1959 no creía Galinsoga que se estaba fraguando su definitiva desgracia y que su autoinmolación ni siquiera le iba a ser reconocida. Su estentóreo grito en la sacristía de la parroquia de San Ildefonso, con el que evidenciaba su disgusto por un sermón en catalán, iba a terminar con su carrera periodística y política o, mejor dicho, con parte de sus cargos. Cuando la cosa se puso imposible, el Centinela de Occidente se inhibió y dejó que lo defenestraran. Incluso, si hemos de creer a Franco-Salgado, se expresó en términos bastante despectivos para el leal biógrafo y panegirista: «... lo que le ocurrió no fue por hacer propaganda a mi favor, sino por su conducta irreflexiva insultando a los catalanes. Es muy cómodo decir que todo lo que le pasa es por las campañas que ha hecho a mi favor. Como si fuera el único periodista que las ha hecho». Fría e imperturbable radiografía del periodismo de la época. Casi ocho meses duró la lucha de los catalanes contra Galinsoga para hacerlo desaparecer de la cabecera de «La Vanguardia». Para ser exactos, cinco. Pues, aunque la primera octavilla redactada en catalán y con el título «Todos los catalanes son una mierda, Luis de Galinsoga» está fechada en julio, fue tirada, según testimonio de Jordi Pujol, en octubre. Boicot del periódico, al que se sumaron muchos vendedores, quema de ejemplares, octavillas manifestaciones... Todo fue válido para que Galinsoga pagase la afrenta. Estaba claro que el clima de perturbación y activismo que su actitud había producido no gustaba en el Pardo y que se le haría pagar. Efectivamente, cuando viajó a Madrid, Franco no quiso recibirlo y cuando regresó a Barcelona había sido cesado.

El Gobierno, sin embargo, no olvidaría fácilmente el hecho ni la claudicación obligada. Tres meses después tuvieron lugar los sucesos del Palacio de la Música, ya relatados. La dureza empleada, especialmente contra Jordi Pujol que tras ser torturado fue condenado a seis años de cárcel, demuestra que la campaña contra Galinsoga no se había olvidado. Pujol había sido el primer responsable de la acción. Una acción colectiva en

cuyo manifiesto final se leía: «La misma voluntad unánime obtendrá mediante una campaña de defensa de la lengua y de la cultura catalana: Escuelas catalanas, Prensa libre en catalán, Oficialidad de nuestro idioma. Cataluña tiene la iniciativa». No estará de más reproducir aquí la carta que el párroco increpado mossén Laquer, dirigió a los pocos días a Luis de Galinsoga, plena del mejor humor y de la más fina ironía. La carta fue ampliamente difundida en la campaña: «Honorable señor: el pasado domingo día 21, mientras se celebraba en esta iglesia la misa parroquial, se presentó en la sacristía un individuo que, utilizando esta tarjeta que lleva el nombre de usted y que le adjunto, en forma grosera e incorrecta se permitió proferir unas frases soeces contra el infrascrito y contra sus feligreses. Como debe tratarse, indudablemente, de un caso de suplantación de personalidad, pongo el caso en conocimiento de usted para que pueda tomar las medidas pertinentes y evitar que en lo sucesivo ocurran escenas de esta índole, que podrían redundar en menoscabo de la buena fama de honorabilidad y caballerosidad de que goza usted entre los ciudadanos de Barcelona. Con el mayor afecto. Firmado: El Párroco». Ni qué decir tiene que Galinsoga reaccionó iracundamente contestando que nada de suplantación de personalidad, que él mismo en persona había expresado la protesta. Protesta que, en aquellos momentos, extendía a las autoridades eclesiásticas.

La **Nota informativa reservada** del gobernador Acedo, aún refiriéndose a la situación general y siendo extensiva a todo el clero catalán, hace especial hincapié en el abad Escarré y en Montserrat a los que responsabiliza de todas las manifestaciones, sea de la índole que sean, contrarias al Régimen y de atizar, so capa de religiosidad, el fuego separatista. Merece la pena transcribir algunos párrafos, cuyo espíritu es idéntico al del discurso de Granollers, ya que de las mismas fechas datan ambos. «La influencia de Montserrat siempre ha sido ejercida en defensa de quienes han sido justamente castigados por su actuación contra el Régimen». Y recordaba que en las huelgas estudiantiles del 56, el «abad Escarré escribió una carta al Generalísimo pidiendo clemencia por los sancionados». De la respuesta se encargó Carrero Blanco que atribuyó los alborotos a turbios manejos de los comunistas. Por lo cual, a partir de entonces, era común idea del Gobierno que en Montserrat se hacía el juego al comunismo. El informe está henchido de una pueril hojarasca retoricista y vacua. E incurre en desatinos que uno no sabe si atribuir a una traición del subconsciente o son, sencillamente, exposición automática de un caos mental. Así cuando dice que el



La esposa del general Franco rindiendo culto a «La Moreneta», durante una visita del matrimonio Franco al Monasterio de Montserrat.

padre Escarré «cree ser el hombre elegido por Dios para dar **la libertad a Cataluña.** Nótese que Acedo habla de libertad, no de separación o independencia. Este desliz terminológico es corregido más adelante al hablar de los objetivos políticos de las maniobras del abad, que se concretarían en «un cambio de régimen para (...) lograr un Estado catalán independiente totalmente del resto de España». La cuestión se enreda un poco más adelante cuando habla del sistema en que se llevaría a cabo esa independencia que sería, «un sistema democrático, dentro del cual, para garantizar su permanencia, y darle un sello aburguesado, es preciso la formación de un «Partit Democratic Cristiá de Catalunya», que agrupe a lo más selecto del Principado y que permita a Montserrat ser el centro político y espiritual del naciente Estado». Las publicaciones de la Abadía tampoco podían salvarse.

Todas tenían un signo católicoseparatista y esto, para alguien que se había públicamente declarado ferviente cristiano, y comulgante diario, debía ser muy doloroso. Porque esa fe se asentaba sobre la política de la unidad a rajatabla, ésta en el Imperio y éste, a su vez, legitimaba su origen divino por su condición de martillo de herejes. Naturalmente entre esas publicaciones estaban las revistas «Germinabit» y «Serra D'Or».

La tormenta de «Le Monde». El trueno de Fraga

Liberado de sus obligaciones abadiales, aunque seguía ostentando el título, en 1961, Escarré mantenía por entonces contactos bastante frecuentes con las fuerzas de la oposición que en los cincuenta había ido conociendo y, en ocasiones, acogiendo. En estos contactos se plantea la posibilidad de que la Iglesia definiera claramente una postura de rechazo al Régimen franquista. Esto, en todo el Estado era imposible y así lo expresó Escarré que entabla gestiones con algunos obispos acompañadas del éxito que puede suponerse. Los pasos de la historia le encaminaban, pues, al compromiso definitivo. El ambiente estaba preparado. Faltaba un leve impulso, una sugerencia. Y, como en otros momentos decisivos, ésta le vino de Josep Benet y de Albert Manent. El día 14 de noviembre de 1963, el periódico parisino publicaba la opinión del abad recogida por José Antonio Novais.

Poco después, Bergamín que, como primer firmante de la carta contra la represión en Asturias, había tenido que salir huyendo, declaraba en Uruguay: «Si las declaraciones hechas por el abad de Montserrat fueran conocidas por los españoles, bastarían para derribar al Régimen». **El Español** recuadró la afirmación y le añadió una coletilla, «vamos a ver si es verdad». Ciertamente la profecía de Bergamín no se cumplió y el Ministerio de Información montó un impresionante dispositivo de propaganda que ocupó varias páginas del semanario y otras más en números siguientes dedicadas a la espontánea exasperación de los lectores. Junto al texto íntegro, que Fraga decidió publicar contra el parecer de parte del Gabinete que hubiese preferido el silencio, una vasta respuesta. Cuenta Franco-Salgado que Franco dijo: «Fraga ha tenido la iniciativa de publicarlas en **El Español** y no queda más remedio que refutarlas». De acuerdo con la teoría de que «nunca tuvo España un Gobierno tan católico como los que ha tenido el Régimen que nació en la Cruzada», se cargaron las tintas en la literatura panegirista de los Papas, de las altas jerarquías de la Iglesia



Josep Benet.

española y en el martirio de religiosos en zona roja. Se incluían informes de los distintos Ministerios aludidos en la entrevista y la tirada de **El Español** se elevó a una cifra récord: 70.000 ejemplares.

Su director, Angel Ruiz Ayúcar, fue el encargado de diseñar la estrategia de réplica y de organizar todo el material. Ruiz Ayúcar ha contado la peripecia con detalle en su libro «Crónica agitada de ocho años tranquilos, 1963-1970». El mismo se encargó de la redacción y algo hace suponer que, bien fuera por las reticencias de Franco a la publicidad del hecho, bien porque algo no marchara del todo bien, Ruiz Ayúcar se vio obligado posteriormente a autojustificarse. Véase si no, una nota discretamente a pie de página en el citado libro que, bajo pretexto de explicar el mecanismo censorial, introduce sutilmente los conceptos de responsabilidad y de lealtad al Sistema: «En aquella época todavía existía censura previa de Prensa. **El Español** no la pasaba, lo que trasladaba a su director la plena responsabilidad de su contenido, incrementada por el hecho de que la «empresa» era el propio Ministerio de Información, a través de la Dirección General de Prensa. La independencia funcional del director del semanario era similar a la de los directores de otras publicaciones institucionales y superior a la de algunas empresas privadas. Independencia perfectamente compatible con la lealtad a la línea política del Gobierno, ya que de no estar de acuerdo con ella lo honesto era marcharse». La resonancia de los asertos de dom Escarré sorprendieron sobre todo, según Ruiz Ayúcar, por proceder de tan alta magistratura de la Iglesia. Ahí radicaba la verdadera y estruendosa novedad «ya que los españoles del bando nacional, clérigos o seglares, eran conscientes de que luchaban a la vez por Dios y por la Patria, por liberar a la Iglesia de la persecución marxista...». Para conservar esta imagen, el abad del Valle de los Caídos salió al paso en unas manifestaciones a **La Voz de Albacete** que fueron profusamente reproducidas por varios periódicos. En ellas calificaba a Escarré de intrigante y enredador y afirmaba que «esta actitud contra el Gobierno de España que sostiene la fe de los españoles, apoya a la Iglesia, y labora por el progreso y la paz, resulta indigna». Con parecidos adjetivos calificaba a Escarré el obispo de Tortosa. Pero éste ya escogió un medio internacional para ponerse a la altura del contestatario abad, **L'Avvenir**, de Italia. Como español y como obispo se lamentaba de que el «solvente» P. Aureli Escarré hubiera hecho esas afirmaciones que lo convertían en «insolvente y parcial». Tres palabras completaban el retrato: intrigante, tendencioso y falso. La carta fue publicada también por el **Times.** Veamos ahora un extracto de la controvertida entrevista concedida a **Le Monde:**



Camilo Alonso Vega, durante las Elecciones Municipales de 1966.

Sobre la guerra civil.—España sigue aún dividida en dos partidos. Tras de nosotros no tenemos veinticinco años de paz, sino veinticinco años de victoria. Los vencedores, incluida la Iglesia, que fue obligada a luchar al lado de estos últimos, no han hecho nada para acabar con esta división entre vencedores y vencidos.

Sobre la catolicidad del Régimen.—Este Régimen se dice cristiano, pero el Estado



Concentración en Montserrat, el 27 de abril de 1947, con asistencia de unas cien mil personas. (Foto publicada en «Serra D'Or», en abril de 1977).

no obedece a los principios básicos del Cristianismo. (...). A la luz de ésta —la encíclica Pacem in Terris— la primera subversión que existe en España es la del Gobierno (...). La falta de información es contraria a la doctrina de la Iglesia y esto debe crear problemas de conciencia a los dirigentes católicos de un Estado que si no cambia de principios políticos no puede decirse católico.

Sobre Cataluña.—El Régimen obstaculiza el desarrollo de la cultura catalana (...). Hemos escrito una carta al Vicepresidente del Gobierno, capitán general Muñoz Grandes, pidiéndole entera libertad para la cultura catalana. Hasta ahora no hemos recibido respuesta (...). Ahora quien le habla es el hombre de Iglesia, no ya el catalán, para el que defender la lengua no es sólo un deber, sino más bien una necesidad. Cuando la lengua se pierde, la religión tiene tendencia a perderse también. Esto ha sucedido ya en otros sitios...

Sobre el pueblo y la situación social.—La legislación es, en general, correcta, pero el Gobierno no hace aplicar la Ley. El nivel de vida se ha elevado, pero no el nivel cultural ni el sentido del respeto mutuo. La falta de justicia social da miedo. He estado últimamente en Andalucía y he podido advertirlo por mí mismo (...). El pueblo español es mucho más europeo de lo que se cree (...). Aunque el Régimen no haga nada por favorecer ese europeísmo.

Las repercusiones se dejaron sentir también en el Monasterio. Una comunidad dividida tenía que producir, necesariamente, situaciones de conflictividad hasta el extremo que llegó a pensarse en una nueva Fundación en Barcelona. Roma intervino y tras una visita al Vaticano del abad coadjutor, Gabriel M. Brasó, se recomendó a Escarré que dejase una temporada el Monasterio y no dificultase las tareas de gobierno de Brassó. Aceptó de buen grado Escarré y hasta se conserva una carta del mismo en la que afirma que fue él quien sugirió la imposibilidad de continuar en

Montserrat. Pero al mes siguiente, marzo de 1965, escribía al obispo de Vich que dejaba Cataluña por las presiones que el Gobierno de Franco había ejercido sobre la Santa Sede. «Esta indicación de la Secretaría de Estado es la única y auténtica causa de mi alejamiento». El citado director de **El Español,** Ruiz Ayúcar, apostilla que la verdadera razón era que un «ochenta y seis por ciento de los monjes», exactamente, le eran hostiles. Esta afirmación porcentual, a pesar de constatar la división de la comunidad por aquellos días, no ha sido posible confirmarla con los datos extraídos de la abadía. Ruiz Ayúcar atribuye a Escarré («Crónica agitada de ocho años tranquilos, 1963-1970») incansables actividades y maniobras en el extranjero para desestabilizar el Régimen. Entre ellas, «destacan los contactos con Alvarez del Vayo que dirigía desde Milán una acción terrorista contra nuestra nación». También afirma que «las primeras declaraciones del ex abad al llegar a Italia fueron a «L'Unitá», órgano oficial del Partido Comunista italiano». Cuáles fueran las causas del brusco viraje de Escarré, al cambiar la voluntariedad de su salida en un destierro forzado, no parece haber, por el momento, elementos serios de juicio que puedan aclararlas. Sólo caben las conjeturas. En este terreno, no parece descabellado suponer que si las actuaciones de Escarré habían estado en los últimos años constantemente politizadas y como políticas habían sido definidas sus declaraciones a **Le Monde,** política habría de ser también su salida hacia Viboldone. De hecho, llegó a tener casi tanta resonancia como aquéllas. «Para interpretar el hecho sin ninguna suerte de dudas tendríamos que disponer de la documentación del Vaticano y de los archivos de la Embajada de España en Roma, del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Nunciatura de Madrid, archivos evidentemente cerrados a cal y canto durante muchos años». Esta es la opinión de quien, posiblemente, con más sistematización y continuidad ha estudiado la historia del Monasterio, Josep Massot i Muntaner. El Padre Aureli M. Escarré, abad de Cataluña, murió en Barcelona, el 21 de octubre de 1968. El 24 era enterrado en Montserrat en olor de multitudes.

Franco sin palio

Tal afición le tenía el Invicto a Montserrat que momentos hubo en que el gobernador de turno amenazaba al díscolo Monasterio, como si de un castigo se tratase: «Franco no volverá a Montserrat». Y volvía. 1966 fue la última visita. *Con Escarré en* el exilio debió pensar que era la ocasión propicia para restaurar un sistema de relaciones excesivamente deteriorado. Era dudoso que se restableciera la paz y ante estas dudas los organizadores recurrieron a un truco constante en las manifestaciones de adhesión franquistas: llenar el Monasterio de autocares repletos de fervorosos que asegurarían una recepción multitudinaria y entusiasta. Pero algo empezaba a marchar mal. El abad Brassó se hallaba de viaje por el extranjero, circunstancia que ninguna autoridad del séquito instalado en Pedralbes se atrevía a comunicar al Jefe del Estado. Por primera vez, el habitual refrigerio que el Caudillo se hacía servir desde Pedralbes se suspendió. El camión de avituallamiento llegó hasta la abadía, pero alguien le dio orden de regresar. En ausencia del abad, Franco fue re-



El dictador durante una alocución ante las Cortes.

cibido por el prior. Cassia Just, al que ni dirigió la palabra. Por primera vez, Franco no entraba en el templo bajo palio. Pero ello no tenía la intencionalidad política que entonces se le quiso dar. Ocurrió, simplemente, que el Concilio Vaticano II había prohibido el uso del palio para menesteres semejantes. A pesar del Vaticano II, el retintín del desaire quedó en el ambiente. Garicano Goñi, cuando poco después se encargó del Gobierno Civil de Barcelona, llegó a preguntar, pesaroso de que hasta la Liturgia se hubiese puesto tan inoportunamente en contra, «¿Por qué tenían que empezar ustedes?». Contrariamente a lo que había ocurrido en anteriores visitas en las que el silencio y el recogimiento eran las notas dominantes, esta vez el público, el entusiasta de los autocares, aplaudió en el templo la presencia del general. Por ello, el padre prior, terminadas las ceremonias, pidió disculpas a Su Excelencia. A lo cual Su Excelencia contestó con laconismo castrense: «gracias». Fue la única palabra que pronunció a lo largo de toda la visita. Y partió. El evidente abandono de la gracia divina lo pagó el Gobernador Civil de Barcelona que fue cesado al poco tiempo. Un joven monje, que por entonces estudiaba en Alemania, recibió una carta de un compañero. En ella se detallaba la presencia de Franco con bastante precisión y, finalmente, incluía el juicio público y rotundo de una de las autoridades acompañantes: «estos frailes de Montserrat son unos cabrones». Y es que se habían dado demasiadas coincidencias: la reforma de la Liturgia, el viaje por extranjero del padre abad, el traslado a Génova de una reunión mundial de abades prevista para aquellos días en la abadía. Y un hecho, no casual sino consecuencia directa de la represión, que, aunque no influyera directamente en el tono de la visita, había alertado la conciencia del clero de Cataluña: los sucesos, aún muy recientes de la Vía Layetana.

La paliza de Vía Layetana

La marcha pacífica y silenciosa que ciento treinta sacerdotes iniciaron el 11 de mayo de 1966 desde la catedral hacia la Comisaría de Vía Layetana terminó en una granizada de golpes. Los hechos golpearon duramente sobre los ánimos, ya bastante tensos, de los curas catalanes. Esto, aparte de que los guardias golpearan precisa e implacablemente tonsuras y sotanas. «Puede que nuestros hermanos policías se indignen», había aventurado cándidamente uno de los oradores en la catedral. Y vaya si se indignaron. El objetivo de la marcha era entregar una carta al inspector jefe de la Brigada de Investigación Social en la que se



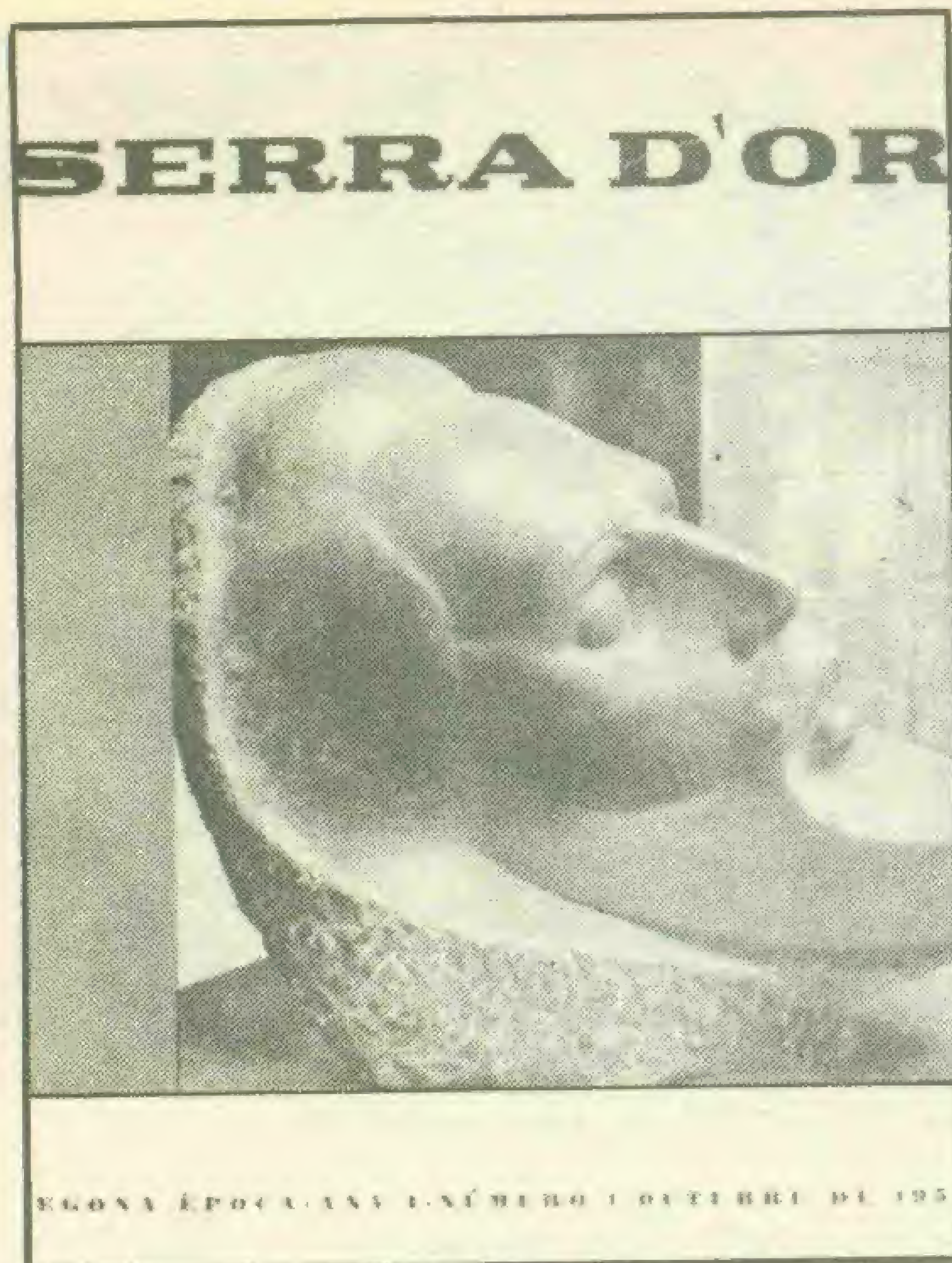
Asamblea de Montserrat, durante los años 70. (Foto publicada en diciembre de 1980 en «Serra D'Or»).

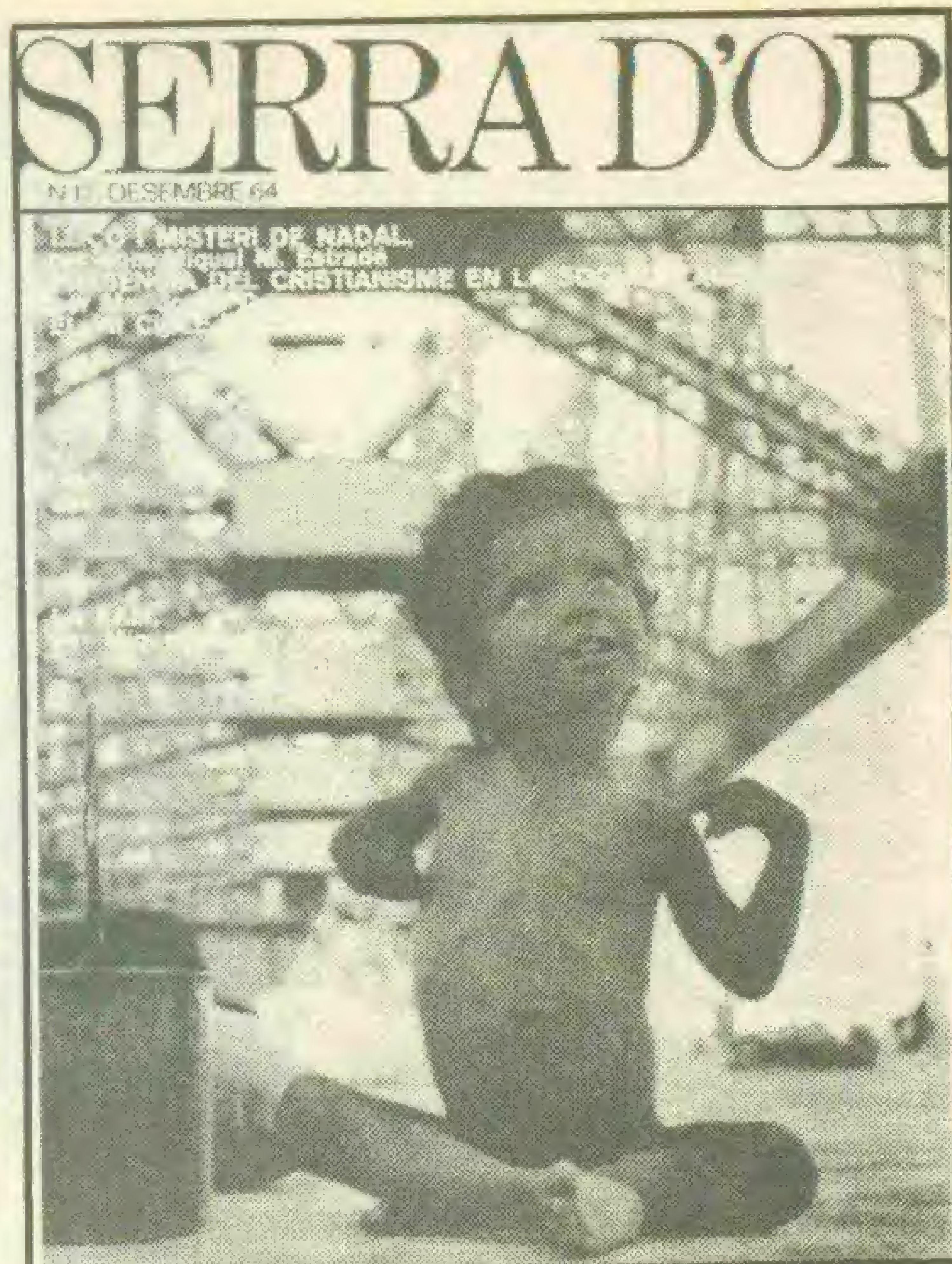
protèstaba por los malos tratos al estudiante Joaquín Boix Lluch. Los periódicos fueron tan rotundos con los manifestantes en su juicio de intenciones, como los policías con la contundencia de sus porras. Por ello y ante la imposibilidad de acceder a la opinión pública se imprimió en Montserrat un informe en el que explicaban los sucesos. Esta especie de pliego de descargo a punto estuvo de ser intervenido por la Policía. Pero cuando los inspectores se personaron en el Monasterio, ya Marcos Taxonera había puesto a salvo el folleto. Este comenzaba: «Con el cuerpo dolorido y atacada nuestra fama con palabras calumniosas...». La carta al inspector jefe hacía hincapié en la dignidad de la persona humana predicada por la doctrina de la Iglesia y promulgada en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, «ninguna persona será sometida a tortura ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes».



El abad Just y Joan Miró, el 12 de mayo de 1975.

Citaba algunos trozos de encíclicas y del Vaticano II y exhortaba al señor inspector jefe a «que también usted promueva para con los ciudadanos un trato que esté conforme con ellas». Paralelamente, se enviaba otra misiva al arzobispo, doctor Modrego, explicándole los motivos de la marcha. «Creemos que ante la perplejidad y aun el escándalo del pueblo, que identifica a la Iglesia con unas formas determinadas de poder, tenemos la grave obligación de ser signos y salvaguarda del carácter de la persona humana (...). Con este gesto no queremos comprometer oficialmente a la Iglesia, pero (...) rogamos a V. Excia. que acepte este compromiso nuestro que, según nuestra conciencia, cae plenamente en el ámbito de nuestras más graves y perentorias obligaciones pastorales...». A continuación, los redactores del informe pasaban a describir los hechos. Transcribiré parte de esta narración, algunos párrafos en catalán para no desvirtuar la capacidad plástica ni la fuerza expresiva de la misma. «Uno de los agentes nos preguntó a grandes gritos qué queríamos. Uno de nosotros contestó que llevábamos una carta dirigida al serñor Creix. Los agentes gritaron que no querían ninguna carta dirigida al señor mos rápidamente. Contestamos que nos retiraríamos de manera silenciosa, pero que cogiesen la carta. Por toda respuesta la fuerza pública comenzó a pegarnos con las porras. Hacía exactamente veinte segundos que habíamos llegado». A partir de entonces, todo puede resumirse en esta sencilla narración: «Aparagueren més policies uniformats i s,uniren als que estaven flagellant els sacerdots i religiosos. Nombrosos agents de la Policía Secreta que, fins alesohores, s, havien limitat a observar, es van afegir també als que pegaven. Erem pegats amb un furor estrany, a la cara al cap, a les espatlles, amb porres, cops de puny i puntades de peu». Sin descanso la policía siguió golpeando a diestro y a siniestro y golpeaba, según el informe que estoy siguiendo, «de la manera més baixa, com la puntada de peu al baix ventre». Las conclusiones del escrito, calificado como «Información privada a los militantes» y con el que se solidarizaban una veintena de organizaciones religiosas, eran claras y terminantes, aún insistiendo en la ausencia de móviles políticos de la marcha. Véanse tres de estas conclusiones, posiblemente las más significativas: «La campaña desencadenada por un gran número de órganos de prensa, por la radio y la televisión, no sólo ha recurrido al insulto, sino que ha sido calumniosa al acusar a los





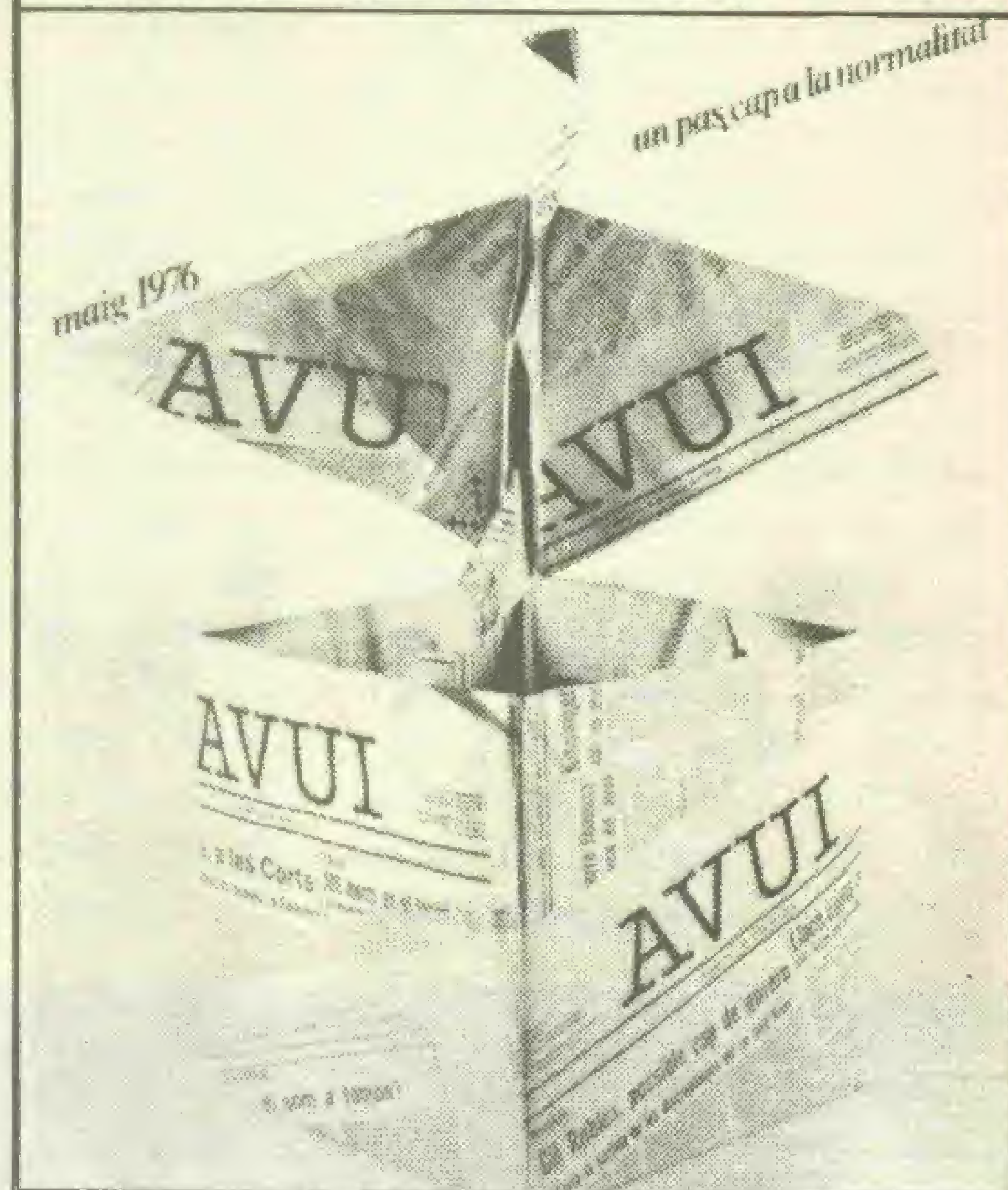
Cuatro portadas de la revista «Serra D'Or». Tres de ellas publicadas durante la Dictadura.

sacerdotes de provocadores»; «es sospechoso que la capacidad de escándalo se manifieste esta vez con tanta profusión y que no haya, en cambio, reacciones semejantes de escándalo nacional ante las sesenta pesetas de salario mínimo, ante la deformación sistemática de la información, ante los abusos legales que impiden los derechos de libre asociación, de reunión, de expresión, etc.»; «si alguno tiene miedo de que el ponerse al lado de los oprimidos puede originar anticlericalismo, que piense si no ha originado más al ponerse del lado de los poderosos. Nosotros, con nuestro gesto, hemos querido adoptar una actitud evangélica a favor de los pobres y de los que sufren». En Madrid, siguiendo las directrices del gobernador de Barcelona, Acedo Colunga, se seguía pensando que las reacciones antirrégimen de los curas catalanes eran cosa de una minoría exaltada, manejada por el abad de Montserrat. Mas lo cierto era que, sin ser un fenómeno generalizado, debido sobre todo a la postura correctora del arzobispo, la contestación y el compromiso político se iban ampliando a extensas parcelas del clero catalán.

Casiá Just, tras los pasos de Escarré

«Este señor es peor que el otro», cuentan que exclamó Franco cuando conoció las declaraciones que Cassiá Just concedió a la Televisión bávara en 1969. Siguiendo el ejemplo de Escarré, cuyos criterios no siempre había compartido, el abad electo en 1966 en sustitución de Brassó denunció la tortura. El Gobernador, a la sazón Garicano Goñi, llamó a capítulo al abad. Se produjo una reunión bastante tensa y el irritado Gobernador conminó a que explicara si aquellas afirmaciones, cuya transcripción tenía delante, eran o no ciertas. El Abad respondió que sí, que en líneas generales aquello respondía a sus palabras, pero que él sólo se refería al País Vasco. Descartada la tortura al ámbito catalán, Garicano Goñi pareció más aliviado. Y para reafirmar su inocencia, según un testigo presencial, mandó entrar a un comisario y preguntó a los presentes, «a ver, ¿tiene este hombre cara de torturador?». A modo de reconvención, Garicano indicó a Cassiá Just que los «trapos sucios se lavan en casa», a lo que el benedictino respondió que lo haría si se le permitiese. No estaba el Gobierno, que aquellos días había decretado el estado de excepción en Euskadi, para tales permisiones. Y, según cuenta Franco Salgado-Araujo en las «Conversaciones» con su primo, éste estaba tremendamente irritado con Just.





Esto es, textualmente, lo que el Jefe del Estado habría manifestado: «En vez de hacerse eco de todas esas calumnias, hubiera debido darme cuenta de todo ello, aportando testigos y pruebas (...) sobre esos supuestos abusos que con tanta ligereza se delatan (...). Jamás el clero y la comunidad de Montserrat se quejaron de ningún atropello contra la Iglesia católica en la época de la Segunda República marxista-comunista y anárquica. Estuvieron callados, vistiendo de paisanos y sin chistar lo más mínimo...» Se pidió permiso a la Santa Sede para procesar a Cassiá Just, pero fue denegado. Casi dos años después, a poco del proceso de Burgos, el Papa recibió al abad a quien comentó en tono humorístico:

«Estoy muy contento de conocer a un hombre tan famoso». Finalmente, le hizo una recomendación: «Recibid siempre a todos». En resumen, Cassiá Just había declarado que «un Régimen que apoya materialmente a la Iglesia, pero que, de un modo imperceptible, la ha amordazado durante treinta años, es la tragedia de la Iglesia española». Uno de los principales pilares de legitimación del Estado del 18 de julio, su catolicismo, otra vez duramente cuestionado. Y sobre el tema crucial de la irritación del Gobierno, la tortura, declaraba que ésta estaba a la orden del día y que conocía personalmente a algunos de los torturados. Al detenido, decía, «no se le permite dormir y luego, atado de pies y manos, se le cuelga cabeza abajo desde un tercer piso y se le amenaza con cortar las cuerdas».

La «tancada» contra el proceso de Burgos

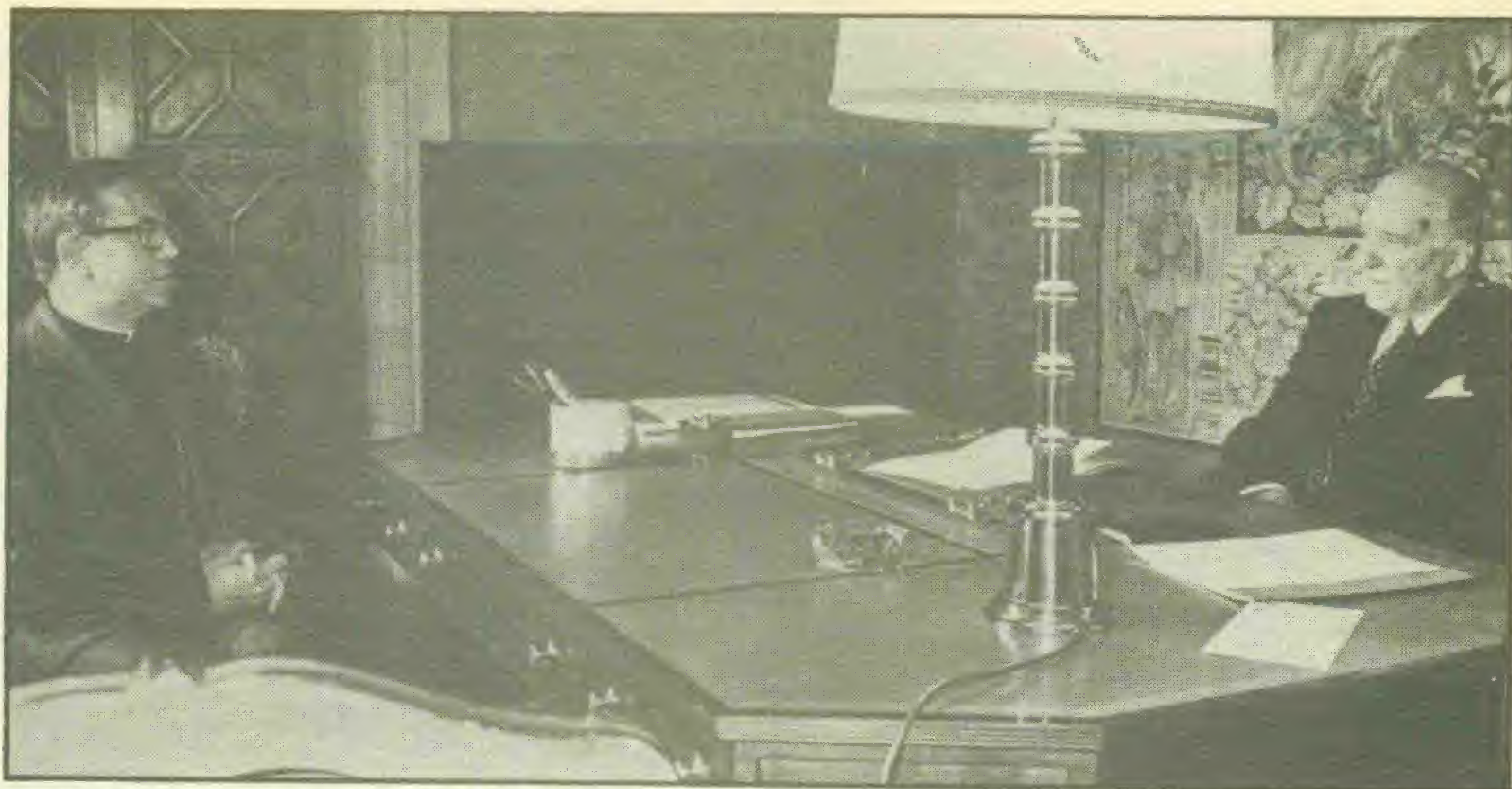
La suerte estaba echada para los procesados de Burgos. De él saldrían contra los presos vascos nueve condenas a muerte y casi quinientos años de cárcel para repartir entre catorce etarras, implicados, según la acusación, en la muerte del comisario Melitón Manzanas.

No España, Europa entera había sido aquellos días de diciembre del 70 un hervidero de pasiones políticas. Al finalizar el juicio e iniciar Mario Onaindía el canto del Eusko Gudariak, los etarras habían, en parte, conseguido trazar en sus distintas intervenciones las líneas políticas de ETA. Lo que empezó siendo un proceso contra el vasquismo, se convirtió en la calle en un proceso al Régimen. Y daría lugar a una movilización de los intelectuales catalanes con repercusiones de largo alcance. Escritores, actores, directores de cine, cantantes y profesionales de distintas ramas hasta llegar al número de 300 se encerraron en Mont-

serrat en señal de protesta. Empezaron a llegar el sábado, día 14, al mediodía y por la tarde ya se habían constituido en Asamblea. Allí permanecieron hasta la mañana del lunes en que el abad negoció las condiciones de la «rendición». Allí permanecieron quienes se quedaron, la inmensa mayoría. Hubo otros que prefirieron pernoctar el sábado en Barcelona y cuando el domingo quisieron reincorporarse al grupo hallaron el Monasterio cercado por la Guardia Civil. Tapies y Miró apenas si permanecieron media hora en el santuario. Miró se sumaría al manifiesto de la Asamblea al día siguiente, desde un hotel barcelonés. Negaría después, en un periódico de Mallorca, su adhesión, para reafirmarla posteriormente. Hacía frío, un frío tremendo, lo que podía irritar aún más a los sitiadores si el encierro se prolongaba. La inclemencia del tiempo no evitó la llegada de algún peregrino contumaz que pasó inadvertido algunos controles, se perdió por alguna trocha y al final, sorprendido y sobresaltado, se encontró con las metralletas. El aislamiento del santuario fue progresivo hasta cortar la comunicación telefónica. Recibidas las primeras adhesiones desde Toulouse y distintos puntos del extranjero, durante varias horas fue imposible hablar con el Vaticano. La comunicación le fue cortada hasta al mismo Gobernador Civil, justo cuando le decía a Cassiá Just: «Esto que le voy a decir se lo digo confidencialmente...». Nunca se ha llegado a saber la naturaleza de la confidencia que Tomás Pelayo Ros iba a hacerle al abad. Con suspicacias dentro y con tensiones dentro y fuera, el abad que había recibido a los asambleístas con las palabras, «sed bienvenidos y permaneced aquí el tiempo que juzguéis necesario», seguía las negociaciones. Cuando se captó en la emisora de la Guardia Civil que se iba a poner en práctica la operación «Mano de pintura», al parecer ocupación del Monasterio, se decidió que era preferible salir.


Pére Portabella.

La Asamblea ya había aprobado un documento que se tradujo al castellano, inglés, francés y alemán. Hubo que unificar el contenido de las distintas versiones idiomáticas, pues dada la heterogeneidad de las tendencias en la Asamblea, se habían introducido algunas variantes reveladoras de esa disparidad. Así, en el texto alemán, la palabra democracia se adjetivaba de popular (la versión publicada por **Le Monde** dice Etat authentiquement populaire), y en la versión castellana, en la frase «nosotros intelectuales catalanes», un misterioso viento barrió el gentilicio. El Manifiesto se solidarizaba con los militantes de ETA «acusados de luchar por el socialismo y por los derechos nacionales del pueblo vasco»; trazaba, en un rápido análisis, el esquema de la situación política en España —legislación represiva, sis-



Tarradellas, siendo presidente de la Generalidad, recibe en su despacho oficial al abad de Montserrat, Casia María Just.

tema político anacrónico, torturas y sevicias físicas y morales, negación sistemática de la libertad de expresión y derechos de los pueblos y de las naciones—, «que constituyen el Estado español, ignorados y reprimidos en beneficio de una pretendida unidad nacional». Finalmente, exigía amnistía general, abolición del decreto-ley sobre bandidaje y terrorismo y de la pena de muerte y reconocimiento del derecho de autodeterminación. Como «un verdadero desafío, un desafío sin precedentes de la intelectualidad catalana», calificó **Le Monde** el escrito. Desafío por desafío, días antes el capitán general de Cataluña, Pérez Viñeta, había sido muy explícito: «El Ejército no está dispuesto de ninguna manera a permitir la vuelta del desorden que ya una vez puso la patria en peligro. Si es necesario se llevará a cabo una nueva Cruzada a fin de limpiar nuestra patria de hombres sin Dios y sin Ley». Acerca de si era posible la entrada de los guardias en el recinto monacal sin violar derechos de la Iglesia, Marcos Taxonera afirma que teóricamente no, pero que en la práctica era totalmente posible. En España, después del Concordato, los edificios jurídicamente menos defendidos eran los de la Iglesia. Aquel dice que éstos no se podían allanar, sino en caso de extrema necesidad en cuya circunstancia se le comunicará posteriormente al obispo. Al no desarrollar en un reglamento qué puede entenderse por «extrema necesidad», esto queda a criterio del Gobernador, extremo sobre el que no puede decidir tratándose de un edificio civil». Las garantías dadas al abad fueron que no habría represalias y que no se retendría la documentación, que bastaría simplemente enseñar el carné a la salida. Salió primero el abad y algunos monjes y después Pere Portabella —decisivo en la iniciativa y desarrollo del encierro— quien, en cumplimiento del acuerdo, se negó a entregar su carné. A partir de ahí, la simple exhibición del mismo fue suficiente. A pesar de todo, algunos prefirieron escapar a través de la montaña y algún otro optó por seguir temporalmente en el Monasterio. No les faltaba razón, pues al poco tiempo empezaron las citaciones, las multas, las retiradas de carné y hasta algún que otro encarcelamiento. Jordi Carbonell, por ejemplo.

Conclusión

Ultimamente Montserrat es menos pródigo en hechos espectaculares como los que aquí se cuentan. En el fondo lo que allí se desarrolló fue una labor de suplencia, una aproximación a situaciones y actitudes imposibles para organizaciones que, o habían desaparecido o se mantenían en una precaria clandestinidad. La relativa normalización de los últimos años ha trasvasado responsabilidades y protagonismos. Tal como van las cosas, afirmar que no habrá que volver a las andadas, a las «suplencias» es una afirmación que yo no me atrevo a hacer. ■ **J. V.**

LIBROS Y REVISTAS CONSULTADOS

L'ESGLESIA CATALANA ENTRE LA GUERRA I LA POSTGUERRA.– Josep Massot i Muntaner.

AURELI M. ESCARRE, MONTSERRAT ES VOSTRE. TEXTOS DE BELOSCOAIN A VIBOLDONE.– Edición de Massot i Muntaner.

ELS CREADORS DEL MONTSERRAT MODERN.– Josep Massot i Muntaner.

HISTORIA DE MONTSERRAT.– Anselm M. Albareda.

CATALUÑA BAJO EL REGIMEN FRANQUISTA.– Josep Benet.

CORONA LITERARIA OFERTA A LA MARE DE DEU DE MONTSERRAT.

CULTURAS EN LUCHA: CATALUÑA.– Félix Población y Javier Villán.

CULTURAS EN LUCHA: EUZKADI.– Félix Población y Javier Villán.

MIS CONVERSACIONES PRIVADAS CON FRANCO.–Franco Salgado-Araujo.

CRONICA AGITADA DE OCHO AÑOS TRANQUILOS, 1963-1970.– Angel Ruiz Ayúcar.

DOS AÑOS AL FRENTE DEL GOBIERNO CIVIL DE BARCELONA.– Barba Hernández.

Revistas

SERRA D'OR
EL ESPAÑOL
LE MONDE

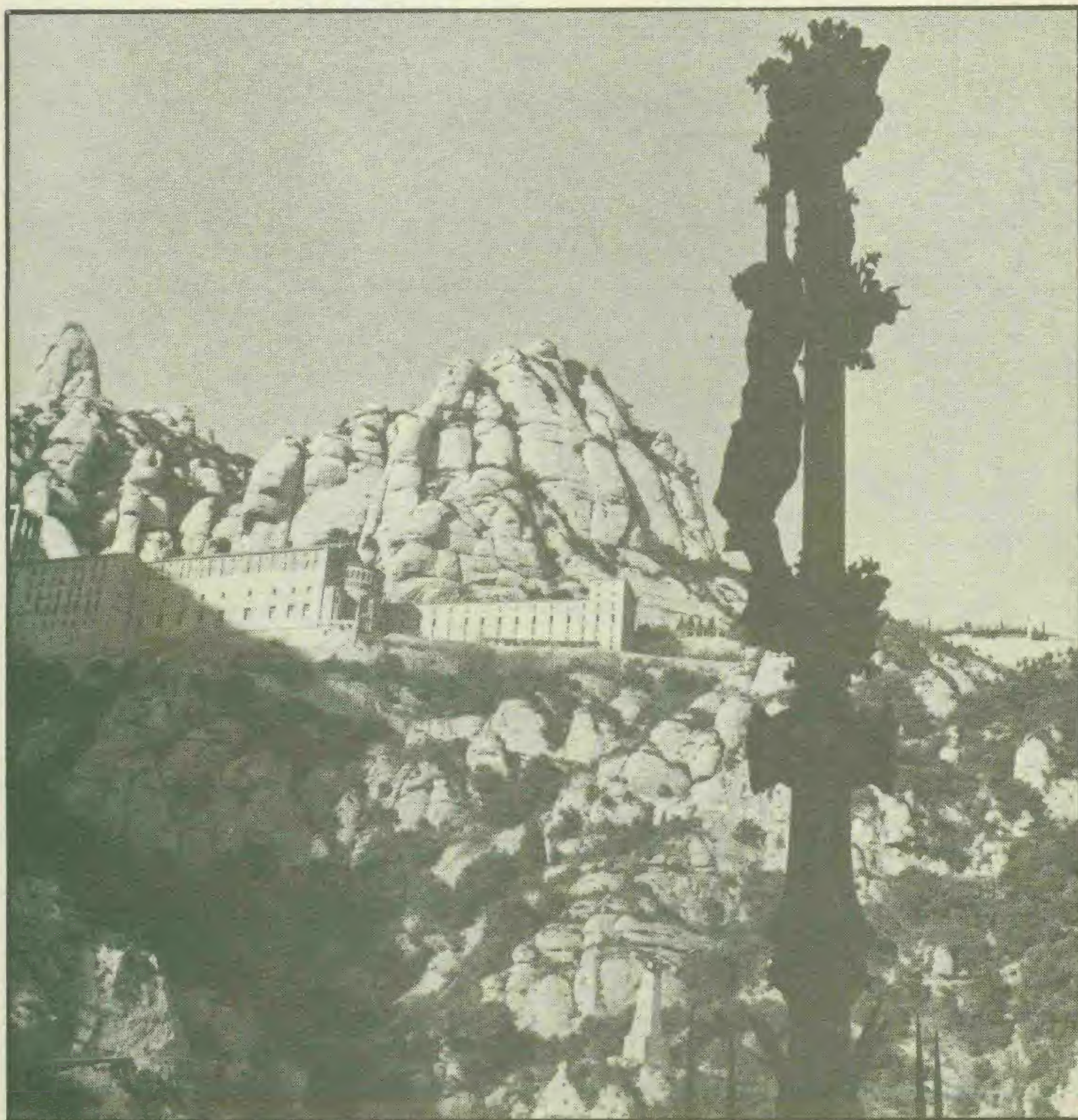
GERMINABIT Y SERRA D'OR

En febrero de 1955 nacía Serra D'Or. Una publicación embrionaria, una circular informativa del Coro de Montserrat, de cuatro páginas. Un acto voluntarista y artesanal debido, sobre todo, al entusiasmo literario y al amor a la lengua de un trabajador del Monasterio, un vigilante llamado Manuel Bardina. Integramente en catalán aunque en números posteriores una elemental estrategia posibilista la convirtiera en bilingüe. Con Bardina, dos empleados administrativos, dos «lletraferits», igualmente tocados de ala por el entusiasmo: Joan Espinach y Ramón Riera. Con alternativas idiomáticas irregulares Serra D'Or, llega al año 1959 en que se funde con Germinabit, de antigüedad del 49 y «órgano» de los antiguos escolares de Montserrat, dirigida por Josep Benet. En el 57 Serra D'Or había reunido ya firmas de cierta resonancia en el catalanismo militante, como Joan Triadú, Maurici Serrahima, Alexandre Cirici, Ramón Muntanyola, Lluis Serrahima, etc. En el 56, Josep Benet, siempre con el objetivo de hacer de Germinabit una revista de información general de largo alcance, incorporó a su redacción universitarios que le dieron otro aire: Albert Manent, Max Cahner, Ramón Bastardas, que progresivamente arrastraron tras de sí un buen número de reconocidos hombres de la cultura, además de los que ya eran habituales, desde hacía poco tiempo, en Serra D'Or.

Las dificultades de ambas revistas en estos primeros tiempos no fueron sólo económicas, sino también de índole gubernativa. En el 59, Acedo Colunga las calificaba en su «informe confidencial» a Alonso Vega como peligrosos focos de separatismo. Antes, en el 57, una antología, titulada «Fragments de poética d, alguns literats de tota Catalunya gran», había motivado una seria advertencia del Gobernador a su antagonista Escarré que se solventó cargando el muerto a la inexperiencia de un joven monje, el hoy abad Cassiá Just, que fue «fulminantemente destituido». Los textos se habían impreso sobre el fondo de un dibujo de los Paisos Catalans, la enseña cuatribarrada y el escudo de Montserrat. Poco después de la bronca con el Gobernador, Escarré llamó a Cassiá Just y le dijo: «Estáis destituido, pero os vuelvo a nombrar enseguida». La importancia de Germinabit y Serra D'Or en aquellos tiempos, fue sobre todo, que introdujeron una cierta normalización, una incipiente normalización embrionaria, en la anormalidad que cercaba la más mínima aspiración catalanista. De ahí que la protección e impulso que les dio Escarré haya sido calificado como «la aportación más importante del abad a la cultura catalana». En la fusión del año 59, Germinabit aportó el equipo literario y Serra D'Or el nombre. Puede decirse que la revista resultante, adquirió un carácter más profesionalizado, periodísticamente hablando, con el consiguiente desplazamiento del equipo fundador. El pri-

mer director de la nueva etapa fue Jordi Pinell que, en tiempos del abad Brassó, fue sustituido por Maur M. Boix, actualmente a la cabecera de la publicación. Serra D'Or aumentó sus problemas con Fraga en Información, año 64, que pretendía que se sometiese a censura como cualquier otro medio de comunicación. A este respecto, Brassó escribía el citado año al delegado provincial de Información en Barcelona, Jaime Delgado, reafirmando los privilegios eclesiásticos de Serra D'Or, «órgano de la Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat (...). Es una publicación que, en virtud del Concordato, se encuentra ya legalizada desde el primer momento y no necesita autorización ni censura para ser editada». En otro lugar de la carta, el abad Brassó, a quien Massot i Muntaner considera decisivo en la marcha de la Revista, manifiesta al poeta funcionario de Fraga su «pesar por su intervención en la tipografía que trabaja para nuestra imprenta, poco antes de nuestra entrevista y sin hablarme para nada de ello».

En la actualidad, la sensación que transmiten algunos medios próximos a Serra D'Or es que ésta, con sus 17.000 ejemplares de tirada, su carácter, todavía de resistencia cultural, continúa haciendo una labor que, en estos tiempos, ya no debiera corresponderle. Lo que pone en evidencia que la cultura catalana, a pesar del Estado de las Autonomías de tan abstracta formulación e invisible realización. está muy lejos de la normalidad. ■



Una vista general del Monasterio de Montserrat.



Glorias y miserias de la improvisación de un Ejército

Felipe C. R. Maldonado

EL volumen que ha suscitado con los recuerdos este artículo encierra, pese a sus cortas dimensiones, un conjunto heterogéneo al que dan unidad el sujeto, Gustavo Durán, y la circunstancia, nuestra guerra civil (1). Comprende una conferencia que leyó Durán en Dartington Hall, Inglaterra, finalizando 1939, de la que se conserva el original castellano, una versión inglesa, «aproximada y bastante reducida», y un fragmento con una serie de apuntes, asimismo en inglés, independiente al parecer de la conferencia en torno al mismo tema. Es una lástima que el editor no haya publicado la totalidad de los textos ingleses, aunque los hubiera utilizado, como hace cuando lo juzga conveniente, para apostillar el original castellano. A título de apéndices incluye el fragmento conservado de un diario de campaña, unas notas de agenda, unas páginas sobre la batalla de Teruel debidas a Durán, y el extracto de una carta que dirigiera éste a Hugh Thomas. Por último, cierra la miscelánea un capítulo del libro Front de la liberté. Espagne. 1937-1938, *en el que Simone Téry reunió las crónicas que había publicado en la prensa francesa, dedicada la que se ha escogido a Gustavo Durán.*

(1) **Una enseñanza de la guerra española. Glorias y miserias de la improvisación de un ejército,** *Madrid, ediciones Júcar, 1980.*



Cavando trincheras para la defensa de Madrid. En esta tarea colaboró toda la población de la capital, durante los primeros meses de la guerra civil.

NO *es mucho,* desde luego, pero tampoco abunda esta clase de material, sin pretensiones autobiográficas y escrito durante la contienda o a poco de haber concluido, cuando ideas y opiniones ganan espontaneidad aunque pierdan ponderación, cuando la realidad vivida y las posturas adoptadas no se han sosegado suficientemente ni están alteradas por la perspectiva ni la profunda reflexión. A estas circunstancias entendemos que apuntan las consideraciones iniciales de Durán acerca de la verdad, la realidad y la objetividad, al abordar la conferencia en Dartington Hall.

La semblanza personal que hace Martín-Artajo, editor del volumen, tiene muchos puntos reales, como corresponde a un conocimiento directo del sujeto, bien que fuera en sus últimos años; sin embargo, cabría señalar su presencia dentro del grupo de músicos y musicólogos —los Halffter, Salas Víu, Salazar— que acompañan en la residencia de estudiantes a la generación poética del 27; la ulterior aventura cinematográfica con Edgar Neville, Benito Perojo e Imperio Argentina en los estudios de la Paramount; sus primeras actividades políticas, de buena voluntad, en los mítines a favor del Frente Popular, poniendo su automóvil y su persona como chófer al servicio de María Teresa León y de Alberti, viejos amigos. Por cierto, que en estos viajes, el de Cuenca posiblemente, conoció a otro personaje histórico-literario, Angel González Moros, obrero ferroviario, miembro del comité de Castilla del PC y, al cabo de unos meses, comisario del tren blindado en que Durán haría sus primeras armas como combatiente. Los azares comunes de ambos se verían luego reflejados en **L'Espoir**, de Malraux, bajo los nombres de Ramos y Manuel, Angel y Gustavo, respectivamente.

De igual modo, hubiera sido útil una sucinta «hoja de servicios» que ayudase a comprender la evolución de Gustavo Durán y su proyección militar. Acaso Martín-Artajo ignoraba los datos, por lo que aportamos una breve noticia que pueda servir de guía, si alguien desea profundizar en la materia.

Abandonó el tren blindado al cabo de unos meses y el mando del Quinto Regimiento le encomendó la creación de la Motorizada; quizás convenga precisar que no era una unidad de combate, sino de un cuerpo absolutamente indispensable en la transición a formaciones militares regulares: se trataba de centralizar a todos los motoristas que servirían de enlace entre los cuarteles generales y los puestos de mando, encuadrando a los hombres y atendiendo al entretenimiento y reparación de las máquinas. No estuvo aquí



De izquierda a derecha, en la foto: el sargento Manzana, Buenaventura Durruti y Francisco Carreño. (Agosto de 1936).

Hasta los niños coadyuvaron a la defensa de Madrid.

Los primeros contingentes de las Brigadas Internacionales desfilan por las calles de Madrid, camino del cercano frente de batalla.



Milicianos, defensores de Madrid, leyendo «Solidaridad Obrera», durante un descanso en el frente de batalla.

mucho tiempo, y tras cumplir esa misión organizativa, la entrada en combate de las brigadas internacionales y sus conocimientos de francés, inglés y alemán determinaron su incorporación al Estado Mayor del general Kleber (Larz Fakeete). A este período corresponden, precisamente, las anotaciones del llamado «diario de campaña» recogidas en el libro.

Estabilizado el frente de Madrid en aquella zona, recibió la orden de organizar la 69 Brigada Mixta, que tuvo como núcleo principal el primitivo batallón de Leones Rojos, voluntarios de la rama sindical del comercio madrikeño, muy diezmado y los destrozados restos de otros dos batallones de milicias. Entendemos que las llamadas «notas de agenda» pertenecen a este período de organización y acoplamiento, que a los pocos días acabó en Carabaña para iniciar su acción en el Jarama en los combates del Pingarrón. Luego habría que subir a Guadalajara, cubrir bajas y participar en el ataque contra Segovia, ocupando Cabeza Grande, donde Durán caería herido. En julio del 37 le llegaría la orden de formar la 47 División con las Brigadas 34 y 69, que entró en fuego a primeros de agosto en Quijorna. Cumplida la misión y apenas retirada la unidad del frente, se produjo el efímero paso de Durán por la sec-

Milicianas desfilando por las calles de la capital de España.

ción madrileña del SIM (Servicio de Investigación Militar), que también se menciona en el libro.

Reintegrado al mando de la 47 División, se trasladó con la unidad a tierras de Cuenca, donde se cubren bajas, los batallones y servicios adquieren sus cupos reglamentarios y, por primera vez, se les somete a una preparación concienzuda, cuya eficacia demostrará la conquista de la muela de Teruel en la madrugada del 1.º de enero de 1938. Luego de un breve descanso en Alcira, se refleja la crónica de Simone Téry, volvió con sus hombres a ocupar posiciones en la serranía de Teruel, defendiendo el Muletón junto a unidades internacionales; duras jornadas en las que Durán hubo de ser evacuado y hospitalizado unos días por agotamiento. Pasos que siguieron casi todos los oficiales de su puesto de mando.

Nuevo relevo, cuando parece que amainan los ataques, y Durán debe salir urgentemente con la 47 División para situarla al norte de la sierra del Maestrazgo, sobre la carretera que une Montalbán y Alcañiz. En Alcorisa, frente al camino que baja de Andorra, y estudiando el mejor emplazamiento para sus efectivos, preguntó a Modesto:

—¿Y ahora dónde está nuestra primera línea?

—Pues, aquí —contestó Modesto sonriendo—: Este, tú, yo, aquél... Y nuestros soldados más próximos, los del último camión que dejamos atrás.

El frente se había hundido y se combatía con dureza en Calanda y Alcañiz. Las primeras fuerzas que se aproximaron al segundo día eran italianas, **Fiamme Nere,** llegaban en formación cerrada por la carretera; los dos motoristas que les precedían rebasaron la primera línea sin advertirlo. Pero no había un frente continuo, sino unidades a caballo de las carreteras que bajan a Morella; una clase de combate muy difícil con los flancos descubiertos, y comenzó un largo repliegue por las rutas del Maestrazgo. Al principio, había soldados que lloraban de ira. En Morella, con la 47 y restos de otras brigadas Durán improvisó una Agrupación de Montaña que al llegar a Vinaroz y quedar dividida la 47, volvió a recomponerse como Agrupación de Costa.

Al sur de Castellón, en Villarreal, se produjo una reacción insólita y esta población se llegó a perder y reconquistar hasta siete u ocho veces luchando cuerpo a cuerpo. Poco más abajo, al norte de Nules quedó por fin estabilizado el frente, apoyado en las alturas que bajan de Espadán. Salvo unas acciones de división en apoyo de la campaña del Ebro, ya no hubo más combates. *Durán, ascendió* a coronel, obtuvo el mando del XX Cuerpo del Ejército.

LA CONFERENCIA

Aunque le demos ese nombre, ya se dijo que es el original básico en castellano, que



El general Rojo visitando el frente de Madrid, a principios de 1937.

Martín-Artajo amplía y apostilla con fragmentos de los otros dos manuscritos. Tiene un doble carácter, narrativo, porque relata la evolución y desarrollo del Ejército popular, y reflexivo, por las consideraciones que a menudo provocan los sucesos o las circunstancias que refiere. Durán no puede sustraerse a su condición de protagonista, cualquiera que sea la dimensión real de ese protagonismo, para limitarse a exponer unos hechos; y si por razones éticas y de objetividad rechaza el comentario justificativo, la clara conciencia de una responsabilidad asumida libre y razonadamente le mueve de

continuo a esbozar juicios, a extraer consecuencias. Cuando en el párrafo inicial afirma que no habla para la Historia, no hace retórica, sino que puntualiza el intento de sinceridad subjetiva con que trata de afrontar el tema. Cuando los fragmentos intercalados de los otros dos manuscritos concretan o modifican algún punto de vista, se pone precisamente de manifiesto ese valor de reflexión en voz alta que tiene la conferencia; reflexión inevitable tras una tremenda crisis a la que cada uno de sus personajes aportó su grano de arena.

Traza una noción retrospectiva del contenido revolucionario que la guerra del 14 tiene para España, para la renovación y ampliación de una conciencia social; subraya la importancia ideológica que adquiere una minoría intelectual burguesa y su fracaso en la política práctica; apunta la represión del 34, el triunfo del Frente Popular y el enfrentamiento social que acaba en oposición armada. Introduce aquí unas consideraciones acerca del **pronunciamiento,** como fenómeno histórico, y de las psicosis de pronunciamiento que precedió a la guerra, en las que se aprecian opiniones altamente sugestivas —sobre todo en los momentos actuales—, porque siendo muy probable que por aquellas fechas preliminares Durán compartiera la postura negativa que denuncia tres años más tarde en la izquierda, su prolongada experiencia militar y la relación personal con Rojo, Menéndez, Laiglesia e incluso con el que fue jefe de Estado Mayor del XX Cuerpo del Ejército durante un año, militares profesionales todos ellos, le hicieron reconsiderar los factores de la situación real y apreciar mejor los errores cometidos.

Sin embargo, las vivencias quedan tan próximas cuando escribe su conferencia, que la narración de los primeros días de lucha está marcada y determinada por factores emocionales, donde el raciocinio trata de poner orden o de buscar explicaciones: «Podríamos llamar al primer período de la guerra el período de la desorganización organizada» (en otro momento vacila y escribe «organización desorganizada»); y prosigue: «En el caos aparente de España, ciertas leyes no formuladas, derivadas del entusiasmo y la esperanza existentes, permitían conjugar —rudimentariamente, desde luego— los esfuerzos individuales... De mí sé decir que durante las distintas fases de mi mando jamás me vi ante una situación que por sí mismo o con la



La lucha en la Ciudad Universitaria (frente de batalla), en noviembre de 1936.



Cartel original de Contreras, publicado por la Junta Delegada de Defensa de Madrid.

espontánea ayuda de los demás no pudiera fácilmente resolver. Nunca me vi desasistido de la colaboración ajena. Nada parecía insuperable. ¿Era la guerra *o lo concreto de nuestros* ideales lo que nos llevaba a obrar así?». Esta idea que debió de acosarle mucho, como veremos al final de la conferencia y que incluso apostilló con el recuerdo de San Marcos (16, 18), se nos antoja un auténtico problema de conciencia en Gustavo Durán, puesto que incluye una crisis ideológica y un profundo sentido de la responsabilidad. Este último, y no el principio de eficacia que apunta Martín-Artajo, entendemos que es el factor determinante de los juicios que le merecen algunas conductas. Por ejemplo, el principio de eficacia cabe aplicarlo al contraste que Durán señala entre la conducta, incluso militarmente organizada, de algunas unidades «cuyos soldados han perdido la guerra sin haber hecho nada por ganarla» y el provecho obtenido por las fuerzas de Franco aplicando las ventajas de que disponían o las que hallaban dispuestas. Durán ilustró este pasaje con un suceso que no recoge en el texto, limitándose a indicar «Anécdota de Arniches y las trincheras». Se trata del hijo del comediógrafo, arquitecto y adscrito a la

Escena de la defensa de Madrid, (al fondo el Hospital Clínico), de la película «Morir en Madrid».



Brigadistas internacionales, en las calles de Madrid, antes de dirigirse al cercano frente de batalla.

Junta de Fortificaciones de Madrid; hubo de intervenir en la construcción de las que se hicieron en el sector del Jarama, y comentaba luego lo contrariado:

— Chico, hacemos unas trincheras estupendas, con sus casamatas, sus refugios, sus líneas de evacuación, perfectas. Pero apenas las terminamos, zas, se nos llenan de moros. ¡Mala suerte, chico, eso es lo que nos pasa, que tenemos muy mala suerte!

La eficacia de Arniches y sus hombres, quedaban a salvo, su responsabilidad también; pero no sucedía lo mismo con los que debían ocupar y defender aquellas obras, ni con los responsables, convertidos en oficiales, que les mandaban. Léase despacio el párrafo de la conferencia transcrito arriba y se apreciará el valor que concede a la voluntad responsable. Corrobora esta interpretación otro suceso cuya veracidad puedo garantizar. En diciembre de 1937, poco antes de acudir a Teruel, Durán estuvo recorriendo las líneas propias en los Montes Universales; uno de los sectores le dejó muy bien impresionado por la calidad de las fortificaciones y por el acierto con que se había estudiado y establecido el plan de fuego de las armas automáticas. Al retirarse, preguntó al oficial que sirviera de guía y acompañante quién tenía el mando de aquellas posiciones. La contestación fue terminante: Nadie, aquí somos de la FAI. Comentando la respuesta, ya de vuelta, Durán distinguió: Políticamente y desde su punto de vista, correcta; pero militarmente, un desastre. El Ejército no es Fuenteovejuna.

Atribuye Durán al general Rojo las líneas maestras de la organización del ejército popular, y juzga que llegó bajo su dirección «al límite de eficacia» que podíamos alcanzar; aunque la sustitución del regimiento por la Brigada Mixta no rindiera cuanto se esperaba (2), la «disciplina llegó a ser casi perfecta en el Ejército». Desde luego, la batalla del Ebro resulta inconcebible de todo punto en términos del año 36. De la que pudiera llamarse disposición formal, pasa Durán a examinar el estado de ánimo de los hombres que formaban las unidades. Frente a la que fue contestación habitual en una sucesión de adversidades: «No pasa nada, y si pasa, no importa», que considera símbolo de una «heroica y consciente indiferencia», duda si era fruto de la naciente disciplina, de la pérdida de fe (que conlleva la pérdida de la noción del valor de las cosas, incluido el de la propia vida), o si precisamente nacía de que la fe en sí mismo era más acendrada que nunca en la desgracia. Cita una frase de Napoleón: «la moral lo es todo», pero la desvirtúa cuando identifica moral y fe, afirmando que «la fe en la causa por la que se lucha puede recompensar (¿a veces?) la desventaja de estar mal equipados»; o bien, «las batallas se pierden,

(2) En este pasaje Durán intercala una cita de Virgilio en latín, **amant alterna camoena** *(las musas gustan de la alternativa), que parece haber desconcertado al editor.*

no en el campo donde éstas se libran, sino en la imaginación del general y del soldado. La derrota es una pérdida de fe». Se entiende que esto suceda dentro de una cierta correlación de fuerzas; sin embargo, insisto en que Durán parece identificar dos virtudes militares distintas: la moral y la fe en la causa defendida; la adversidad puede hundir la primera sin alterar la segunda, en tanto que, a la inversa, cabe mantener la moral en razón de los éxitos aunque la fe desaparezca por motivos personales.

Más arriba hemos señalado la importancia que Durán concede a la fe, pero al llegar a estas apreciaciones finales no es fácil deslindar cuándo son juicios objetivos y cuándo afloran sus propios problemas de conciencia en la valoración general. En una de las frases con que cierra la conferencia en su versión inglesa, dice que la historia de la guerra civil en el campo republicano «es la historia de un país dirigido por un Gobierno que alcanzó por primera vez su plena capacidad de rendimiento sólo unas pocas horas antes de su muerte». Tal afirmación, aunque discutible, se corresponde con la visión de un ejército popular casi maduro poco antes de abandonar las armas. Y Gustavo Durán es consciente de que él es uno de los que ha contribuido, dentro de unos límites, a ese perfeccionamiento gradual. Los hechos y juicios expuestos pueden estar deformados por la inmediatez, pero el sentido de responsabilidad compartida interfiere también a la hora de concluir la conferencia y de extraer unas conclusiones.

Pocos días antes de abandonar definitivamente el Cuartel General del XX Cuerpo del Ejército, hubo de viajar una noche a Valencia. Durante el trayecto hizo con el oficial que le acompañaba un apresurado análisis de la situación militar: pérdida de Cataluña, decisión de Casado en Madrid con la inevitable fisura política en los mandos, y moral de las propias fuerzas en aquellas circunstancias. ¿Hasta qué punto los veteranos voluntarios mantenían alguna esperanza, y en qué medida el grueso de las unidades procedente de reclutas conservaría la moral teniendo que combatir y retroceder? El Partido Comunista proponía una retirada lenta y dificultosa para dar tiempo a que Alemania comenzase su agresión militar en Europa. Durán y otros jefes convocados rechazaron tal posibilidad. En efecto, la idea de la derrota militar estaba en la mente de todos y no era fácil percibir que la batalla por la libertad había cambiado de frente, y que la fe necesaria exigía otros fundamentos que la surgida el 18 de julio.

DIARIO DE CAMPAÑA

Ocupa 19 hojas de bloc y corresponde a los días del 11 de noviembre al 1.º de diciembre de 1936, aunque falten datos de los días 26 a 29 y la información del 21 remite a «las órdenes y partes adjuntos». Esta expresión así como el contenido y forma de las notas, hacen sospechar que no pertenecen a un diario personal sino más bien a un guión para componer el parte del día o para dar un informe. No son tampoco los apuntes propios de un jefe de posición, sino del oficial de operaciones de un Estado Mayor. Lacónicos y expresivos, se refieren a las operaciones que tuvieron lugar en la Ciudad Universitaria, Puente



Ernest Busch (a la derecha de la foto) con el escritor y periodista checo Egon Erwin Kisch, durante la guerra civil española, (ambos pertenecían a las Brigadas Internacionales).

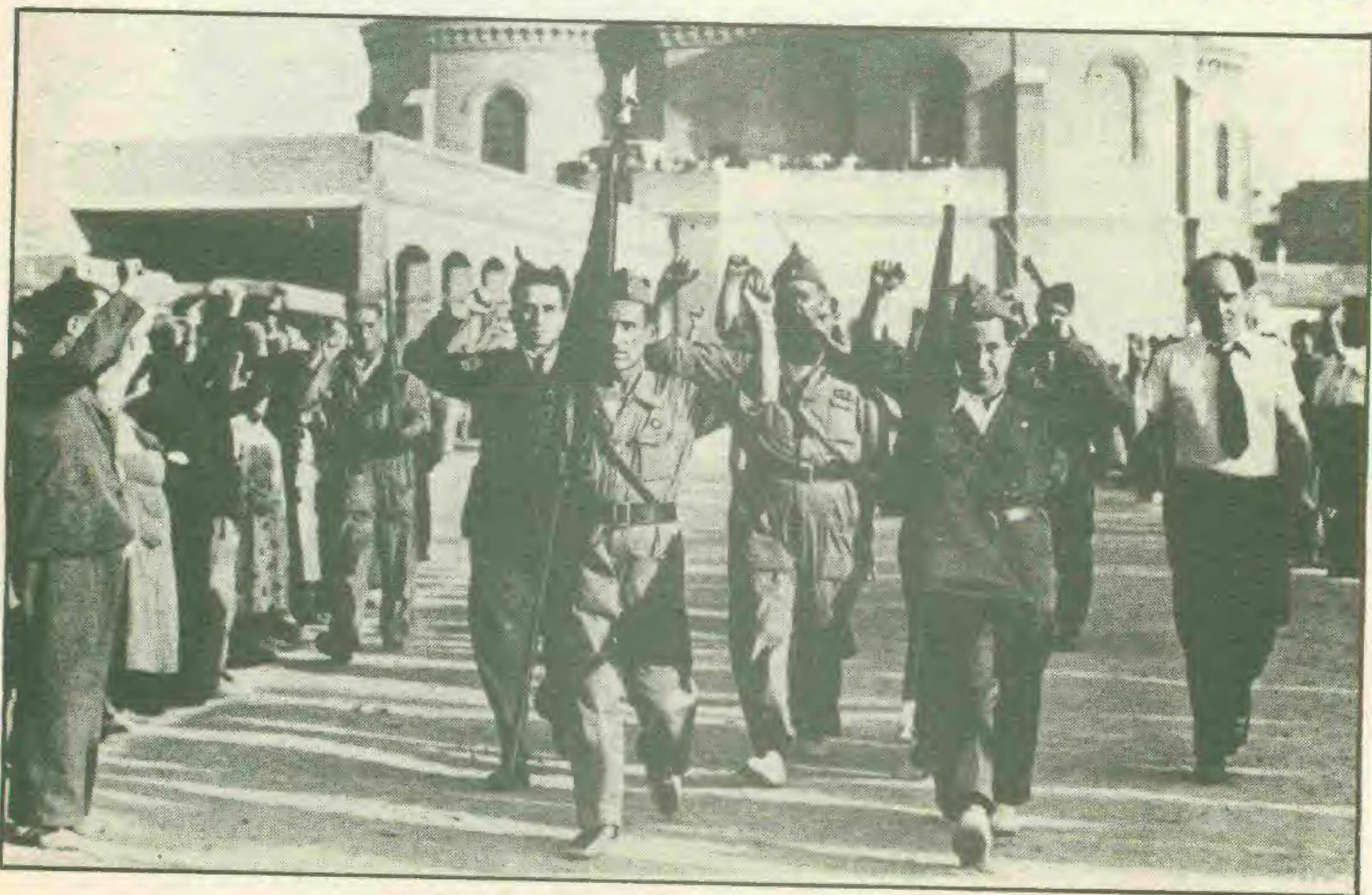
de San Fernando y Casa Quemada. Los españoles que nombra son todos conocidos, unos más y otros menos; los brigadistas, en cambio, ya no son tanto, aunque Hans Beimler, Kleber o Ludwig Renn sean familiares, con todo es fácil identificarlos en el libro de Andreu Castells, **Las Brigadas Internacionales de la guerra de España;** incluso el Adam citado en la hoja 10 (17-XI-36) es Ernst Adam Raabe, luego jefe de Estado Mayor con Durán en la 69 BM y en la 47 División.

Las llamadas **Notas de Agenda**, seis hojas escritas por ambas caras, tienen distinto contenido; la primera corresponde a la última etapa de Durán en el sector Oeste de Madrid, ya estabilizado, con el enemigo en Brunete, Navalagamella y Chapinería, mientras las fuerzas al mando de Barceló se situaban en Valdemorillo, Villanueva del Pardillo y Boadilla del Monte; son anotaciones sucintas, con indicación de fuerzas y armamento. Las hojas 2 a 5 son una noticia elemental, casi un estadillo, de la tropa y servicios adscritos al cuartel general de la 69 BM y del armamento y vestuario de los tres batallones iniciales. La hoja 6 sólo contiene cinco líneas preparatorias de la entrada en combate en el sector del Jarama el 23 de febrero de 1937.

Es el banco de prueba para un mando y un conato de unidad que no está completa ni conjuntada. Entre los olivares, el fuego de fusilería y ametralladoras era tan intenso que arrancaba las hojas de los árboles. Está lloviendo verde; dijo alguien, y esa pincelada poética la recogió Malraux en **L'Espoir**, aunque inexplicablemente la sitúa en la sierra, donde no encajan los olivos ni el terreno enfangado. Las órdenes eran severísimas, había que impedir a toda costa que el enemigo dominase la carretera de Madrid a Cuenca. Una tarde comenzó a flaquear uno de los batallones y a dar la espalda los milicianos. Fueron retiradas dos compañías, se las hizo formar, diezmando se sacaron tres hombres que fueron fusilados en el acto. Vueltas las unidades a sus posiciones y Durán al puesto de mando, pidió línea telefónica para dar parte de lo sucedido. No puedo hacerlo, la emoción le había dejado completamente afónico.

PAGINAS SOBRE LA BATALLA DE TERUEL

Este fragmento apenas requiere comentario, ya que supone una mínima parte del libro de Robert Payne, **The Civil War in Spain**, y su valor intrínseco está en lo que escribiera Durán y en el hecho de que algunas frases reflejan situaciones y sucesos perceptibles sólo para quienes lo vivieron. Por ejemplo, ha-



Miembros italianos de las Brigadas Internacionales.



El coronel Modesto, uno de los jefes del Ejército de la República.

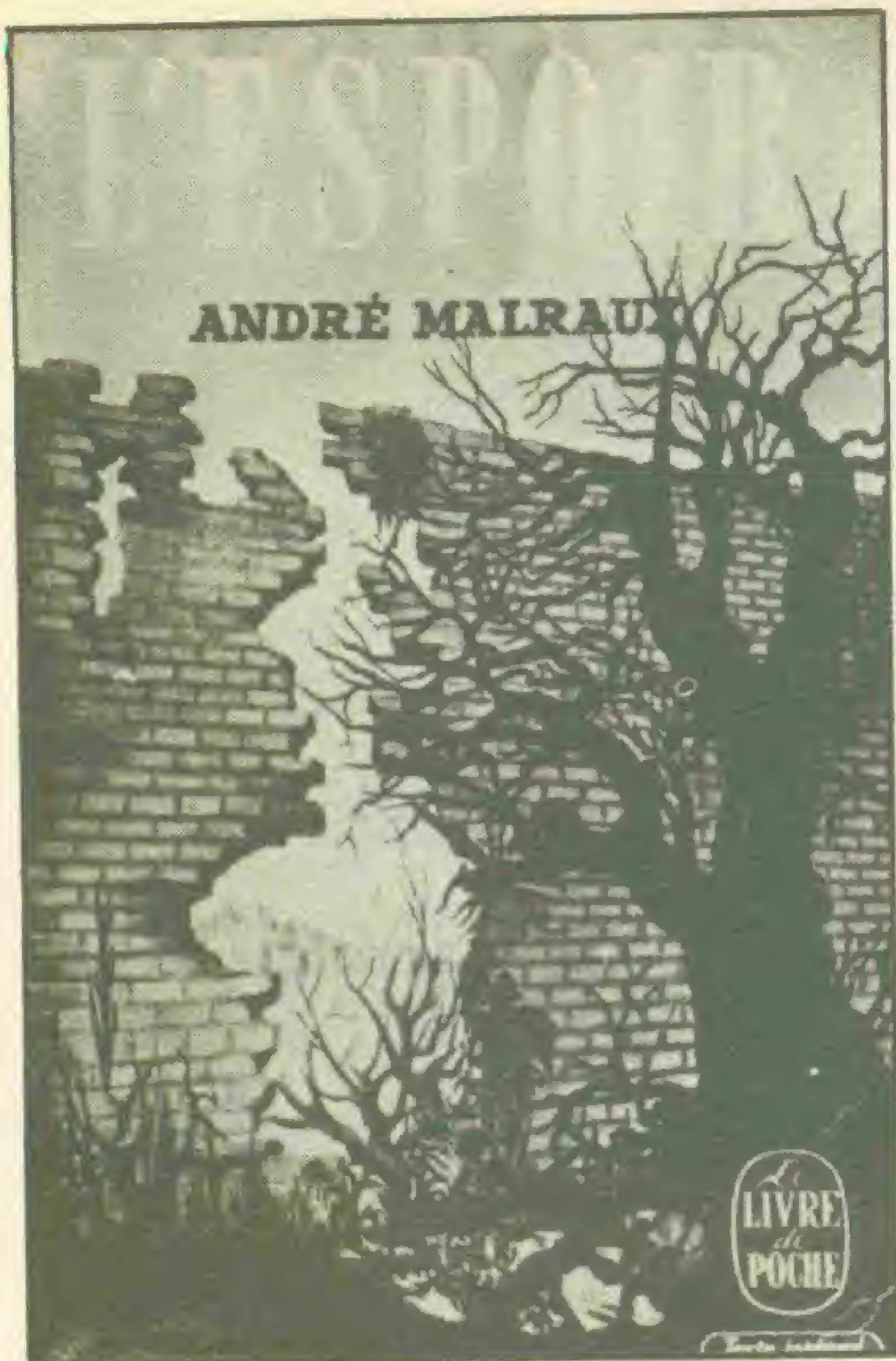
blando del paisaje irreal que ofrecía la carretera de Cuenca a Teruel en su último tramo, dice de las gentes: «parecían haberse perdido en sí mismas en la reclusión de sus montañas, y sus gestos, su manera de estar mientras nos hablaban con una tímida dignidad, evocaban de algún modo su absoluta lejanía. Era agradable sentir el olor de la comida que cocinaban a fuego abierto..., era agradable hablar con ellos». El encadenamiento de las ideas de dignidad, distanciamiento de las gentes y olor de comida hecha en la chimenea, está sin duda relacionado con los dueños de la casa de Villaespesa, en cuya cocina y al calor de la lumbre se recogían para dormir Durán, Adam y los oficiales que no quedaban de guardia en el puesto de mando durante la noche. El abuelo, noventa años o más, guardaba un silencio absoluto sentado en un sillón cerca del fuego; la dueña preparaba la cena para ella, el viejo y dos criaturas, mientras hablaba sin cohibirse con los suyos, o discretamente con los extraños. Apenas comían, se retiraban a dormir. Los intrusos hacían por sacudirse el frío acumulado, secarse las botas y, ya solos, Durán dictaba el parte del día y la orden de operaciones para la jornada siguiente. Una de las noches, la relativa placidez quedó rota por el violento fuego de mortero, fusil y armas automáticas. El abuelo se irguió afirmando las manos en los brazos del sillón:

— Los carlistas, ya están ahí los carlistas. ¡La escopeta!

Y de nuevo se dejó caer en el sillón, silencioso pero con la mirada inquieta. Por unos momentos, los gestos, las palabras de aquel anciano surgido de otro tiempo, de otra realidad, de una lejanía concentrada en su reclusión.

EXTRACTOS DE UNA CARTA A HUGH THOMAS

En la primera edición del libro de Thomas, **The Spanish Civil War**, y a causa de las fuentes utilizadas, el autor publicó unas páginas en las que se vertían graves calumnias contra Gustavo Durán. Para ningún español, en la inmensa multitud de los vencidos, ni para quienes antepusieran, entre los vencedores, un estricto sentido de justicia, cabía el conceder rigor histórico a la **Causa General** abierta por el franquismo contra sus adversarios, ni mucho menos imparcialidad. Apenas apareció el libro, Durán escribió a su autor una carta rechazando de plano aquellas infamias y reprobando las fuentes de que se había servido. Me consta que hubo problemas, pero el historiador acabó reconociendo su error, retiró las páginas insidiosas de la primera edición y nunca volvió a reimprimirlas. Modernamente incluso ha informado a Martín-Artajo de otra documenta-



Portada de una edición popular francesa de «L'Espoir», la gran novela de Malraux sobre la guerra de España.

ción hoy asequible que corrobora la reivindicación que hizo Durán de su dignidad. La puntualización que éste hace de su efímero paso por los servicios madrileños del SIM, instalados a espaldas del Ministerio de Marina en su esquina con Montalbán, es rigurosamente cierta. No llegaron a veinte los días en que abandonó el mando de la 47 División, a poco de haberla retirado del frente de Quijorna, y antes de que se trasladara con sus hombres a tierras de Cuenca.

EL ARTICULO DE SIMONE TERY

Está escrito en dos tiempos que corresponden a dos entrevistas separadas por más de cinco meses. La primera tuvo lugar en Valencia, septiembre de 1937, apenas reincorporado Durán al mando de la 47 División y, muy posiblemente, cuando fue llamado por el general Rojo para reorganizar la unidad y prepararla convenientemente con vistas a su participación en la batalla de Teruel. Aunque otras personas intervengan en la conversación, es un diálogo vis a vis en el que la periodista trata de fijar a su personaje, de analizar su condición bifronte, pero el hall de un hotel y en una situación relajada no eran las condiciones más favorables, por lo que ha de cerrar esa primera imagen con una anécdota.

Soldados del Ejército de la República, durante un alto en el frente de batalla.

La segunda entrevista tampoco le fue favorable al principio. Finalizaba febrero de 1938, la 47 División había sido retirada de Teruel y reponía fuerzas en la zona de Alberique, Manuel y Carcagente. El cuartel general de la División estaba en Alcira, que tal es el «soleado pueblo de Levante» que describe Simone Téry. No era el frente que ella deseaba como escenario —ni Durán admitió nunca periodistas en su puesto de mando—, pero siquiera le encontraba en el ambiente distendido de su Estado Mayor. De ahí que no pudieron vivir y observar la tensión del combate, ni lograr que Durán o cualquiera de sus oficiales hablasen del pasado inmediato, la periodista hubiera de manipular un tanto la situación; de literaturalizarla, creando un extraño climax con unas canciones que, realmente, se cantaron durante la cena, junto con otras bastante desenfadadas, en abierta complicidad con su jefe y escamoteando cualquier información sobre la guerra.

Creo que Simone Téry no acertó a percibir el pudor de quien vivía la guerra con plena responsabilidad, con una voluntad total, sintiéndose incapaz de minimizarla, de convertirla en anécdotas personales. Cuando confiesa defraudada que hubiera deseado una conversación seria, sobre Teruel, por ejemplo, la contestación de Durán no puede ser más clara:

— «La próxima vez... Esas cosas necesitan contarse con tiempo..., que salgan por sí solas... El heroísmo de los soldados... y de los oficiales también..., el frío, dieciocho bajo cero..., la nieve hasta las rodillas..., tantas cosas». Una clara conciencia del esfuerzo colectivo, del sacrificio de todos. Durán se sentía solidario y responsable de todos sus hombres, y exigía idéntico sentimiento a sus inmediatos. No era un jefe fácil; pero Adam, su jefe de Estado Mayor, lo fue desde los primeros momentos de la 69 BM hasta la repatriación de los internacionales, y todos sus oficiales, socialistas, comunistas, anarquistas, le guardaron idéntica lealtad. El problema de Simone Téry estriba en que Durán era muchísimo más que el músico-general que ella estaba buscando. ■ **F. C. R. M.**

Tiros en el Hemiciclo



Algunos apuntes históricos

Carlos Sampelayo

NI los artilleros de Hanriot, en el **termidor** de 1793 se atrevieron a disparar sus cañones apostados frente a la Convención, el recinto donde se hacían las leyes, desobedeciendo las órdenes de su jefe.

Cuentan Lamartine y otros cronistas que ante la primera voz de fuego, algunos diputados se lanzaron fuera de la sala; pero Collot d'Herbois apresuróse a ocupar el sillón presidencial. Este asiento, situado junto a la puerta, era el que debía recibir los primeros disparos.

—*Ciudadanos* —exclamó Collot, cubriéndose y sentándose—, *este es el momento de morir en nuestro puesto.*

—*¡En él moriremos!* —respondió la Convención en pleno, sentándose todos para esperar el golpe.

El público de las tribunas, electrizado por esta actitud, se levantó jurando defender a la Convención, salió en tropel y se esparció por los jardines, los patios y los barrios inmediatos, gritando:

—*¡A las armas!*

La Convención aprobó inmediatamente un decreto declarando fuera de la ley a Hanriot. El diputado Amar salió escoltado por sus colegas y arengó a las tropas.

—*Artilleros* —les dijo—, *¿deshonraréis a la patria después de haber tantas veces merecido bien de ella? ¡Ved a ese hombre; está borracho! ¡Sólo un borracho puede mandar hacer fuego contra la representación de la patria!*

Los artilleros, conmovidos por estas palabras e intimidados por el decreto que acababa de promulgarse, se negaron a obedecer a su jefe. Hanriot, casi abandonado, condujo con trabajo las piezas a la plaza del Ayuntamiento, y Barras fue nombrado comandante de la Guardia Nacional y de todas las fuerzas

de la Convención para reemplazar al general borracho.

UNA PISTOLA EN EL SENADO ESPAÑOL

Creo que fue un día de 1922 —no tengo referencia de la fecha exacta, aunque sí recuerdo el hecho— cuando se produjo en el vetusto palacio de la Marina española, la tarde más escandalosa de su historia. Hasta entonces, ese hemiciclo o paraninfo había sido como un casino donde viejos señores discutían apaciblemente. Pero en aquella jornada se esperaba un violento debate entre el general Aguilera, sostenedor de unas Juntas Militares que se habían formado hacía poco, discriminadoras del poder civil; y el presidente del Consejo de Ministros, don José Sánchez Guerra. En uso de un derecho establecido recíprocamente, los diputados del Congreso invadieron expectantes los escaños de la Alta Cámara sentándose donde podían, pues los senadores puede decirse que estaban todos.

El prólogo de aquella sesión se había verificado en los pasillos. El presidente del Consejo le había preguntado al general si era suyo cierto documento ofensivo para el Gobierno, y al responder afirmativamente Aguilera, Sánchez Guerra le dio tan tremenda bofetada que le tumbó sobre un diván, afirmando a su vez en una frase simbólica la supremacía del poder civil sobre el militar.

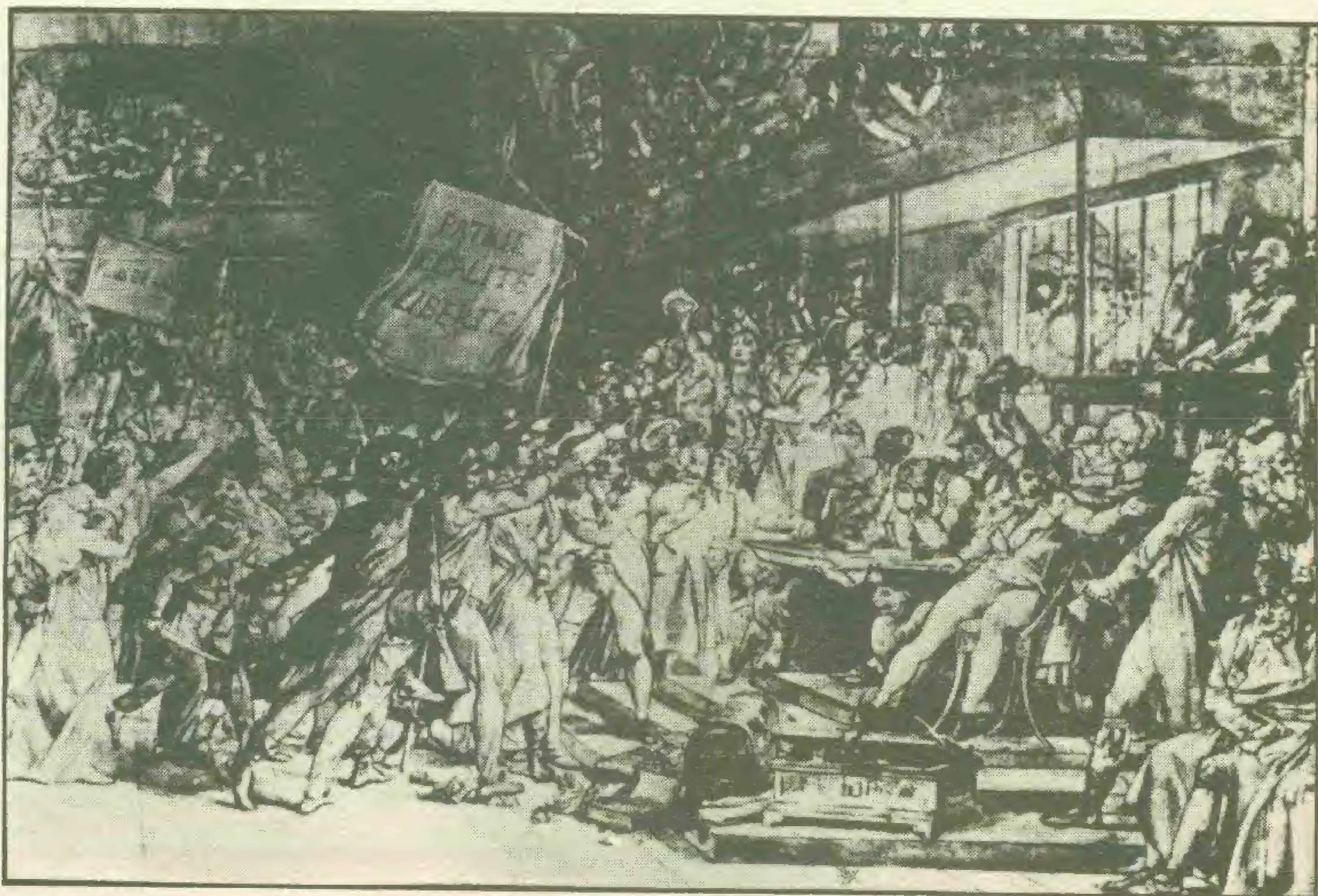
Se abrió el debate, pues, en una tensión no-apta-para-cardíacos, como dicen los cronistas deportivos. Comenzó a hablar el general Aguilera, cuando entró sigilosamente por una puerta lateral el diputado por Salamanca, Diego Martín Veloz, un legendario jaque de la política «ultra», a quien llamaban «Martinillo», que había promovido numerosos escándalos y desafíos en el Congreso. Miró a ver dónde se podía sentar y fue a ocupar el único asiento vacío, junto a Marcelino Domingo, diputado republicano, e Indalecio Prieto, el parlamentario socialista más batallador de su partido.

—*¿Qué ha dicho el general en sus primeras palabras que no he podido oír?* —preguntó el tal Veloz a un senador delante de él sentado.

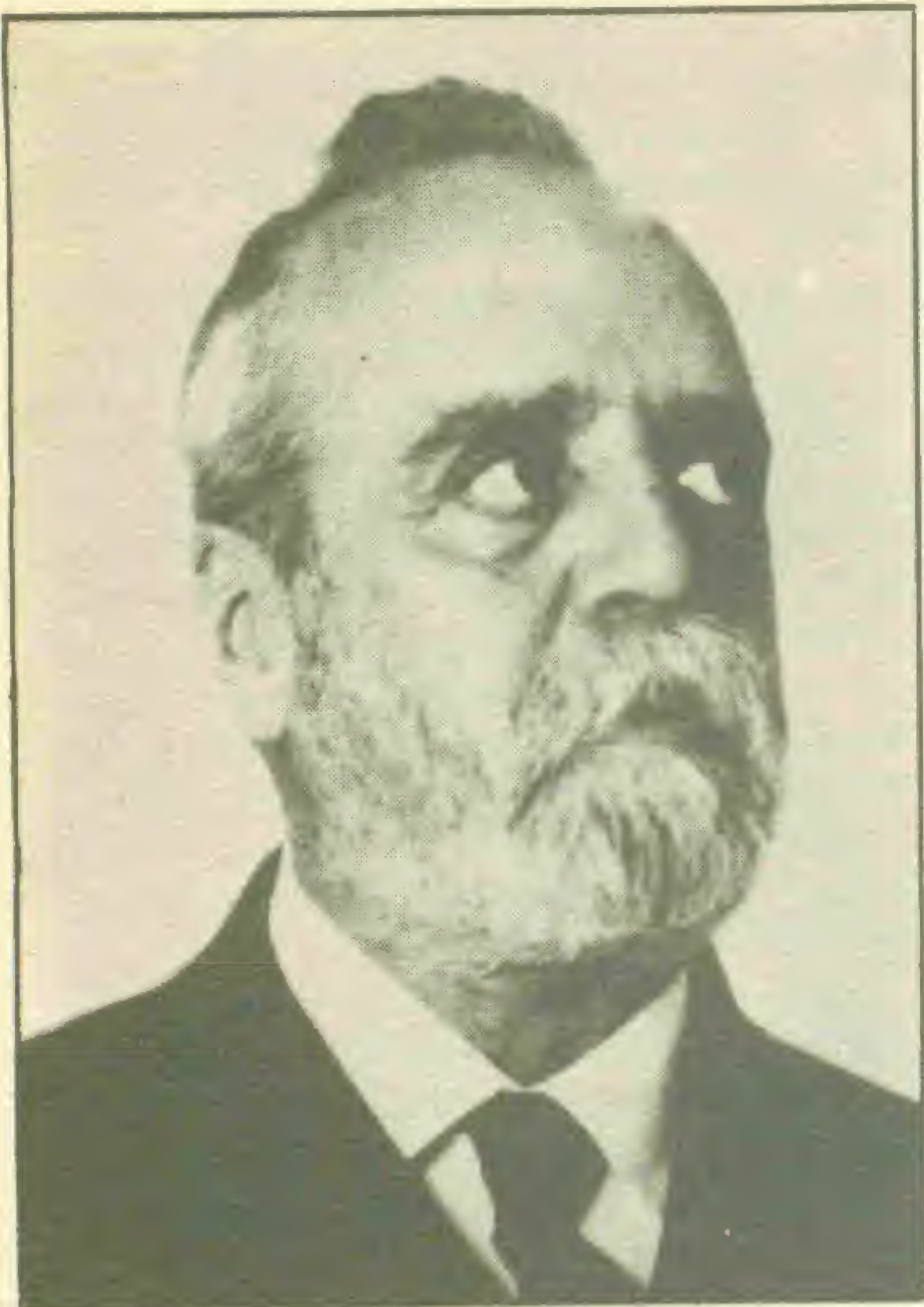
Este, de espaldas, y sin saber quién le preguntaba, respondió con amabilidad:

—*Ha dicho que sostiene en todas sus partes el documento.*

—*Ese es un hombre y no usted, que es un hijo de puta* —añadió Diego, que estaba borracho como siempre.



La insurrección del 10 de agosto de 1792, durante la Revolución Francesa.


José Sánchez Guerra (1859-1935).


El general Francisco Aguilera Egea (1857-1931).

El insultado se levantó y volviéndose asestó un gran «uppercut» en el rostro de Martinillo. Era el diputado católico Mirat, que había derrotado en la circunscripción de Salamanca a Veloz, quien reaccionó echándose mano a la cintura para sacar una pistola que siempre le acompañaba. Indalecio Prieto dio un salto y cayó de golpe, con sus cien kilos, encima de él, inmovilizándole sobre el escaño y sujetándole el brazo en cuya mano blandía ya la pistola. Apretó el gatillo, pero se le encasquilló el tiro. Forcejearon Prieto y él, y fue al fin reducido y desarmado, mientras el conde de Romanones, presidente de la Alta Cámara, gritaba con su voz chillona característica:

—*¡Aquí no se admiten pistoleros!*

Lo mismo hubiera gritado el dueño de una taberna cualquiera.

«BALACERAS» EN EL HEMICICLO

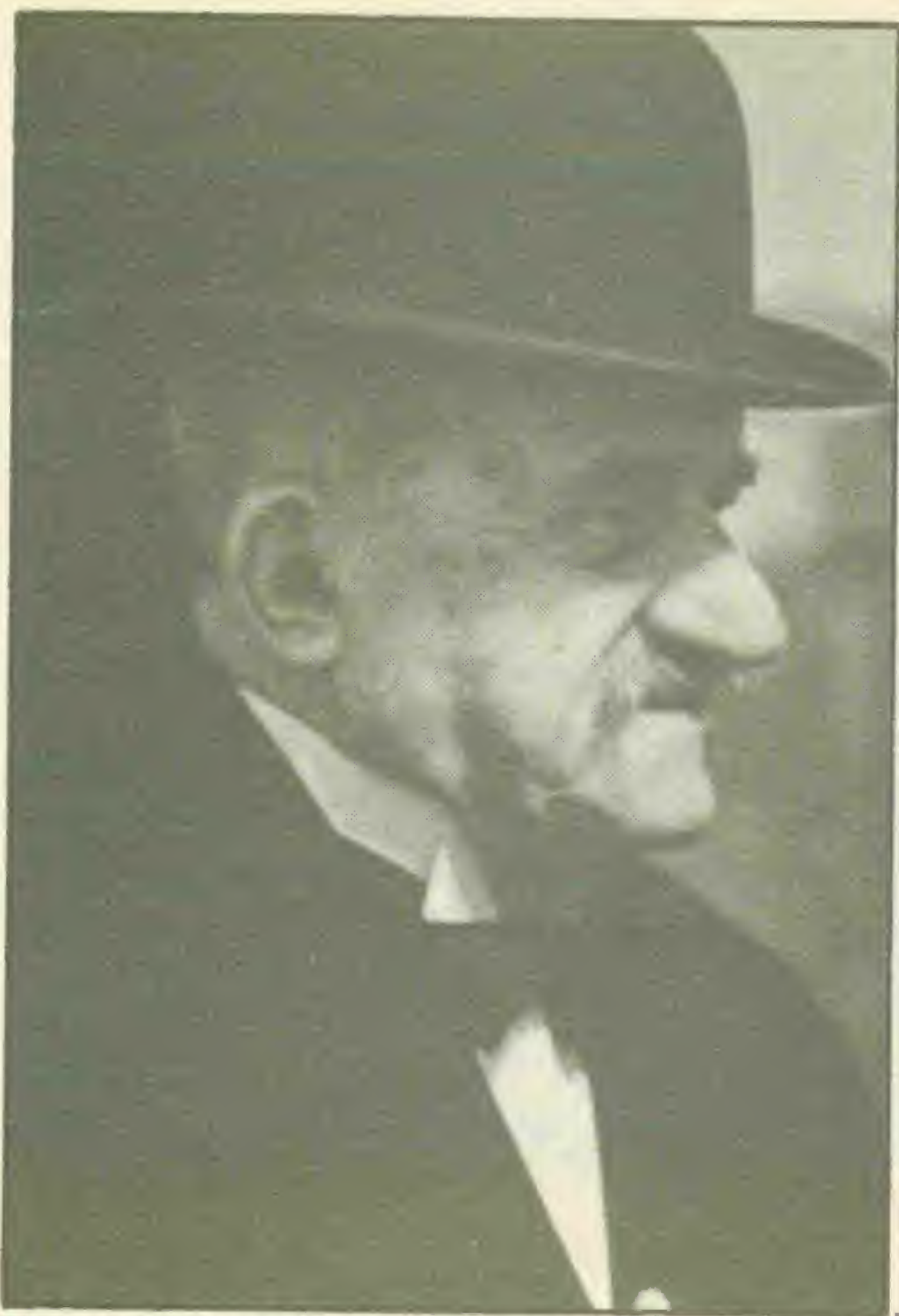
Durante los años 20 también, la Cámara de Diputados de México era continuamente un campo de tiro, pues no pocos debates terminaban a pistoletazos. En uno de ellos murieron varios «padres de la patria» y un periodista.

Pero el caso insólito e impresionante en este hemiciclo ocurrió el 18 de agosto de 1943, hallándome en la tribuna de prensa en misión informativa. Tras unas elecciones dramáticas, las más sangrientas y apasionadas de todos los tiempos en México, se iban a discutir los dictámenes de las Comisiones Revisoras de Credenciales. Una de las actas dictaminada en contra era la del diputado de la legislatura anterior Jorge Meixueiro, a quien los indios de aquella región adoraban. Se mostraba inquieto y se acercó a la tribuna de prensa para hablar con un célebre redactor de la crónica parlamentaria en el diario «Excelsior».

—*Y bien, maestro, ¿qué noticias me tiene?* —le preguntó al periodista.

—*Malas, Jorgito* —le respondió el periodista—. *El dictamen viene a favor del general Leopoldo Gatica. Lo redactó personalmente Pancho López Serrano, presidente de la Primera Comisión Revisora de Credenciales, y estuvieron de acuerdo dos comisionados más.*

Y dio los nombres, que no hacen al caso.


Alvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones (1863-1950).


Indalecio Prieto Tuero (1883-1962).

—¿*Qué cosa podía esperarse de ese miserable López Serrano?* —dijo Meixueiro—. *Un «mendigo». Siempre a disposición del mejor postor.*

—*Así es esto, Jorgito* —terció otro periodista—. *Yo tuve en mis manos el dictamen. Te hace trizas. ¡Y pensar que eres el legítimo vencedor, pues Gatica es un desconocido que ni siquiera hizo campaña en el Distrito! ¿Qué vas a hacer?*

Meixueiro se dirigió a la **curul** (1) que ocupaba un diputado, cuya acta ya había sido aprobada. Hablaron, y llegó hasta nosotros la voz fuerte de éste:

—*¿Por qué no le llegaste al precio? Era cosa de pesos más pesos menos.*

—*Pero yo soy pobre, Raúl* —se oyó decir a Meixueiro—. *A nadie he vendido, ni he lucrado con las conquistas agrarias. ¡Ni modo!*

Alguien subió a la tribuna de oradores y defendió el dictamen de una de las Comisiones. En las galerías del público hubo murmullos y gritos.

—*¡Aprobado! ¡Aprobado!* —gritaban los presuntos diputados desde sus **curules.**

Luego, los abrazos al nuevo diputado.

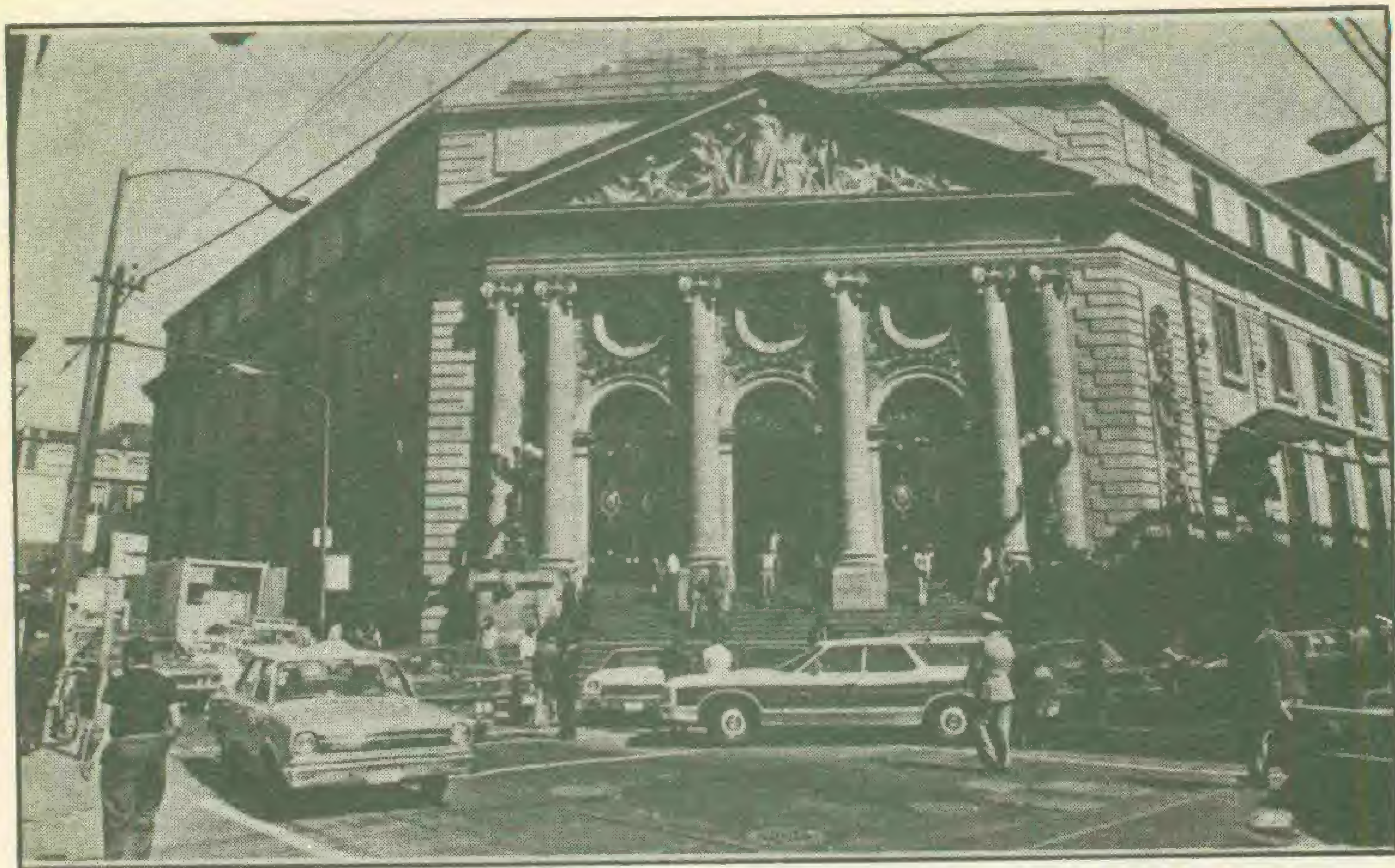
Jorgito Meixueiro sacó su agenda y escribió algo que no le gustó y que tachó. Volvió a escribir, y cuando terminó —ya le tocaba el turno en la tribuna de oradores para defender su caso que en ese momento se discutía y ya se había dado a conocer el dictamen adverso— dio a uno de aquellos dos periodistas su agenda, con la súplica de que se la diera a su esposa (la de Meixueiro, se entiende), porque no tendría tiempo de ir a comer.

Luego subió uno a uno los escalones pausadamente, hasta llegar a la tribuna de oradores. Era bajito y apenas sobresalían sus hombros del pupitre. Estaba sereno. Guiñó un ojo a alguien, y a otro le hizo un saludo con la mano izquierda.

Miró al auditorio. ¿Qué podría hacer cuando el fallo de la Comisión le condenaba? Localizó a su rival, el general Gatica, y le echó una mirada de desprecio. Se hizo el silencio.

—*Esta tribuna me conoce* —comenzó Meixueiro, pasando las manos por la madera del pupitre, como saludándole—. *Esas* **curules**

(1) En el Congreso mexicano los puestos de los escaños se denominan **curules**, *como en el Senado romano de la época cesárea, y son sillones individuales.*



Edificio del Congreso de Diputados de México.

me conocen... Ese artesonado también me conoce... y también sus galerías...

Señaló a uno y a otros, provocando el aplauso del público, que así lo alentaba, pues había oído la lectura del dictamen adverso, y creía que la oratoria pudiera cambiar la derrota por victoria, dadas las simpatías que albergaba el orador entre los nuevos diputados ya proclamados.

Volvió a mirar Meixueiro el espectáculo de un Colegio Electoral expectante. Todos pendientes de lo que diría. El presidente se limpiaba la frente con el pañuelo. Sudaba por el calor y los nervios.

—Sí, esas galerías me conocen y... ¡son mis amigos! —agregó el orador para corresponder a aquel aplauso que acababan de tributarle—. *Me conocen y también me quieren en la sierra de Oaxaca; y me conocen los campesinos de todo el Estado y de la República. Mi nombre es pequeño como mi cuerpo, pero es conocido y bien querido. Pero ¿el de ese señor?*

Y señaló despectivo al general Gatica, que se removía en su **curul,** ya que ni los que iban a dar su voto por él, siguiendo la consigna del dictamen, le tenían afecto. En el fondo, todos hubieran preferido a Jorgito. Pero había que cumplir con la disciplina de partido.



El político mexicano Jorge Meixueiro defendiendo su elección a diputado anulada, al final de cuya defensa se suicidó en el mismo podio de oradores.

Hubo un sonoro abucheo, que en vano pretendió acallar el presidente, protector del general.

Siguió hablando largo rato el oaxaqueño. Estaba inspirado. En sus ojos se advertía como un chispazo siniestro de algo imprevisible. Dijo que había prometido a sus indios, *«de los que soy parte, pues soy tan indio como ellos»*, que no les sería arrebatado su voto. Que no representaría a ese distrito un desconocido, un favorito de los capitalistas. Y volvió a señalar al que tenía el dictamen a su favor.

Se presentía un drama. Habría tiros. La sesión olía a pólvora. Empezaron a agruparse los que pertenecían al bando de Meixueiro, y yo tuve miedo. Era seguro que el chaparrito, hombre de armas tormar, iba a liarse a tiros con Gatica, general que había ganado sus ascensos en las batallas revolucionarias y tenía fama de **bragado.** Y si se acometían los dos habría tiroteo general, como en aquella sesión de los años 20.

A los periodistas se nos secó la boca. Habría crónica, si alguno sobrevivía para escribirla, crónica que pasaría a la historia parlamentaria de México.

Algunos de los posibles diputados que esperaban la lectura de sus dictámenes había perdido el hilo de las palabras de Meixueiro, más preocupados por las consecuencias a que podrían llevar. Esperaban el final. El orador, después de haber explicado su victoria en todos los frentes de su distrito, afirmando como todos sabían que «Gatica sólo repartió unas cuantas octavillas y no visitó ningún pueblo ni ranchería», volvió a sus parrafadas líricas, que arrancaban aplausos en las galerías y en los políticos del hemiciclo partidarios suyos.



Tribuna presidencial y parte del hemiciclo de la Cámara de Diputados de México.



Diputado muerto a balazos en pleno hemiciclo, durante una sesión de los años 20, en México.

Bebió agua. Se había crecido. Parecía más alto de estatura física, como si se hubiera puesto de pie sobre un asiento o de puntillas.

—...*Pero esperar que en México haya justicia, que se respete el voto del pueblo, es tanto como querer derretir con la lumbre de un cerillo las nieves eternas del Popocateptl.*

La ovación de las galerías del público fue clamorosa. Esta vez ya no aplaudían los diputados ya nombrados o por nombrar, pues hubiera sido ir contra el partido al que le debían el acta o contra el poder mismo. Pero todos tenían puesta la mirada llena de emoción en la figura del oaxaqueño.

—...*Por eso, como sé que es imposible que reconozcan mi triunfo electoral, sólo me queda este recurso...*

Y echó mano a la pistola 45, que esgrimió un instante desde la tribuna. Todos, instintivamente, esa vez sin que nos lo mandara nadie, nos tiramos al suelo, o detrás de las **curules.** Seguro que iba a disparar a diestro y sinies-

Vista parcial del hemiciclo de la Cámara de los Diputados de México.

tro, contra el presidente de la Cámara, contra el de la Comisión dictaminadora, contra el general, y quién sabe contra quién más. Los segundos se prolongaron angustiosos, y de pronto una fuerte detonación, que repercutió en la cúpula y en todos los rincones del hemiciclo.

¿A quién había matado?

Luego, el golpe seco de un cuerpo que cae sobre el pupitre y el ruido de un Colt 45 que rueda por la escalarilla de la tribuna de oradores.

Jorge Meixueiro se había suicidado.

Cumplió la postrer promesa a sus indios de la Mixteca oaxaqueña. No figuró por aquel distrito un falso representante. Se nulificaron las elecciones. La **curul** quedó vacía los tres años que faltaban del período legislativo.

«EL CAPITOLIO» TAMPOCO ES INVULNERABLE

El Capitolio norteamericano, el 2 de mayo de 1954, fue escenario también de un ataque a balazos contra los diputados que en el hemiciclo en esos momentos discutían el articulado de un proyecto de contratación de braceros.

Habían invadido las galerías de la Cámara de Representantes más de veinte puertorriqueños que una hora antes llegaban a Washington a bordo de un autobús, dirigidos por Lola Sebron, una guapa independentista de 34 años, quien, enarbolando la bandera de la estrella solitaria de Puerto Rico, dio la señal para que dispararan sus pistolas aquellos veinte seguidores borincanos al mismo tiempo que gritaban:

—*¡Puerto Rico no es libre! ¡Queremos que nos reconozcan como nación libre!*

Los representantes alcanzados por los proyectiles fueron: Alvin M. Bentley, Ben F. Gensen, Clifford Davis, Kennet A. Roberts y Georges H. Fallon. Casi todos los diputados, gritando también nuestro grito ya familiar de «¡todos al suelo!», se tendieron rápidamente en el piso o debajo de los asientos, humillando al poder legislativo más fuerte de nuestros días. Pero contra las balas no hay fortaleza que valga. La sesión de la Cámara fue suspendida, naturalmente.

La policía civil y uniformada del Capitolio, que no habría servido tampoco para evitar la invasión, logró detener, sin embargo, después del hecho, a la hermosa cabecilla del grupo Lola Sebron y a tres más de los pistoleros que la seguían: Irvin Flores, Andrés Figueroa Cordero y Rafael Concel Miranda.



Fachada de la Cámara de los Diputados mexicana.

Las autoridades judiciales impusieron condenas de 20, 21 y 25 años a los respectivos acusados, con fianzas de 10.000 dólares a cada uno, que no quisieron o no pudieron pagar.

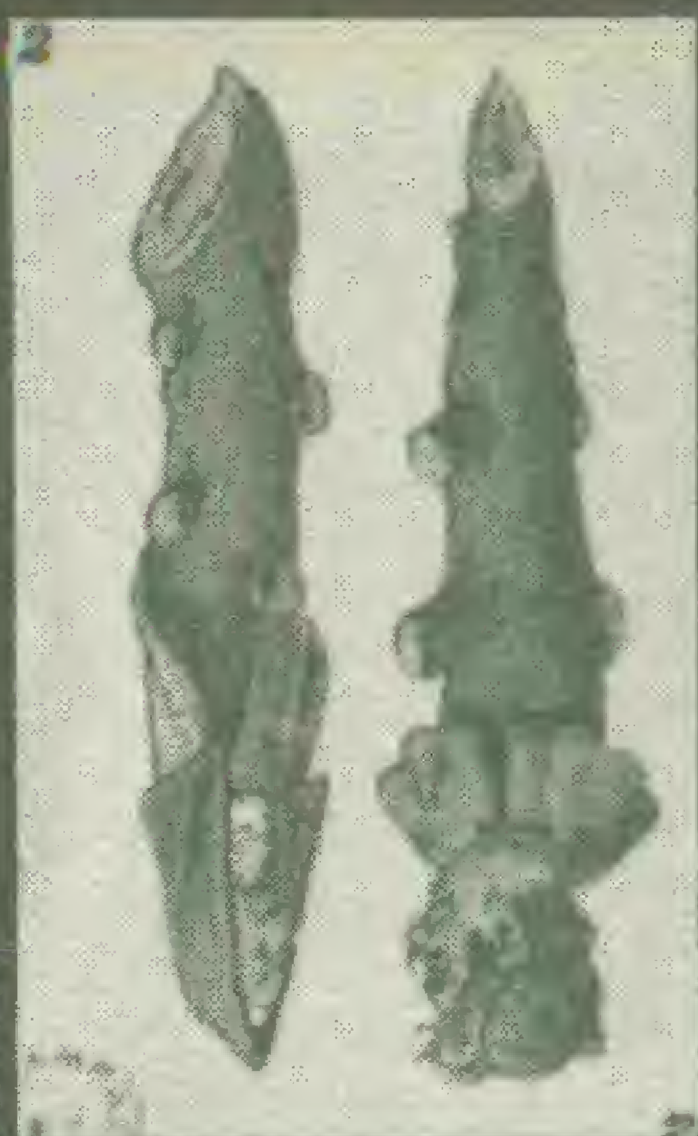
Hace dos años salió de la cárcel el último de los condenados, siendo recibido por los independentistas en la isla borincana con todos los honores.

COLOFON

Y, sin embargo, no se han disparado tantos tiros en un hemiciclo, aunque sea sin víctimas, como en el español. Tanto los «soldaditos de Pavía» como los **tejeringos** (2) —aquel tableteo de metralleta que nos puso los pelos de punta a los que lo oímos por radio— el 23 de febrero de 1981. ■ **C. S.**

---

(2) Nombre de otro buñuelo andaluz, éste dulce, azucarado, que suele tomarse en el desayuno, postre o merienda. Característico de la comarca de Los Pedroches (Córdoba).



La desamortiza






El Obispo de





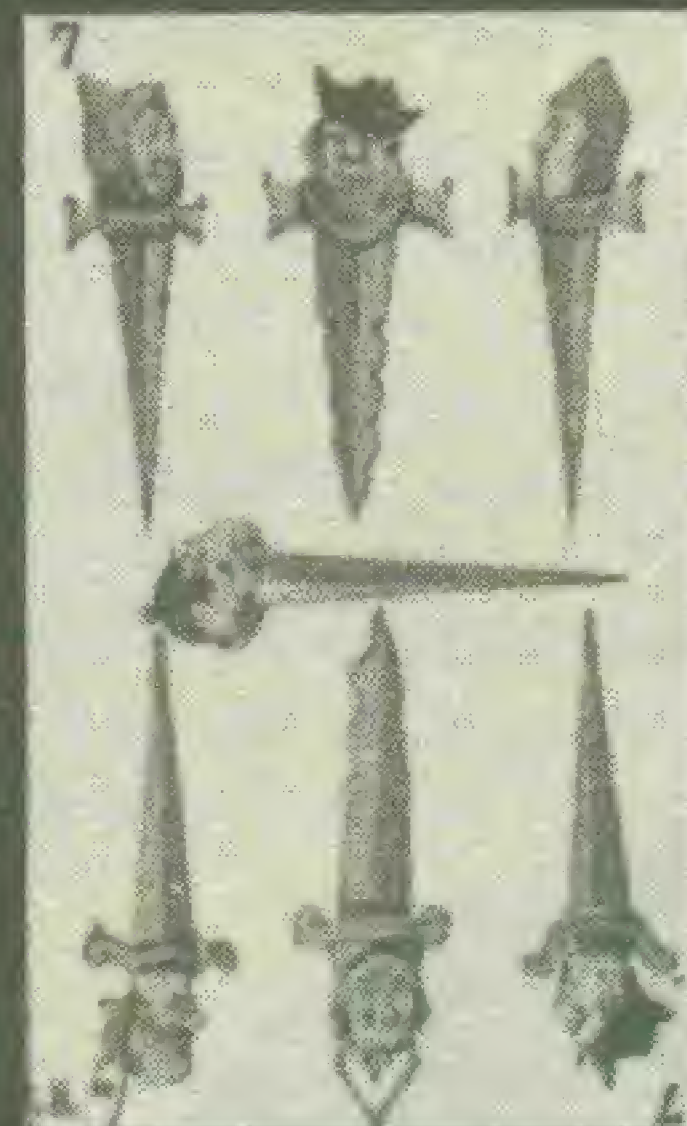






ción de 1855:





Osma

Manuel Fernández Trillo





LA Iglesia a partir de la guerra de 1808, momento en que entra en crisis, verá que sus estructuras tan eficaces en la sociedad del antiguo régimen, se vuelven obsoletas, perdiendo de este modo parte de la preeminecia social e ideológica que le era característica. La sociedad estaba cambiando, y debía por todos los medios acoplarse a las nuevas transformaciones o perecer con la sociedad del siglo XVIII. Expresión irrefutable de estos cambios son las cláusulas de reforma consignadas en el Concordato de 1851 (1), y que la Iglesia, siempre a la cola de toda renovación, «obedecía sin cumplir». En los debates parlamentarios en las Cortes de 1855 sobre la desamortización, se señalará este rechazo o incumplimiento del Concordato, siendo, por el contrario, muy celosa en los temas concernientes a su patrimonio.

LOS años que van desde el Estatuto Real y la Constitución de 1837 al final del período isabelino, supone un corte con la sociedad anterior, dando entrada a nuevos elementos sociales. Esto atañe también a la Iglesia, en tanto que representaba ante el Estado al pueblo católico, evidenciado en la instancia ideológica y en la política, de la cual formaba parte como integrante activo de las instituciones reales de poder (en las Cortes de Cádiz era el grupo más numeroso con sus noventa y seis diputados).

A la muerte de Fernando VII y durante la Regencia de María Cristina, se produce la ruptura entre el pueblo y la Iglesia, siendo exponente más que suficiente los ataques que sufre por parte de éste en las revueltas de la mitad de la década de 1830. Como señala Vicens Vives, «incluso la burguesía, que poseía el aparato represivo suficiente para evitar los desmanes de la masa, dejaba actuar a ésta, con ojos si no complacientes, por lo menos escépticos».

En 1854 los pilares del catolicismo español se hallaban en Cataluña, Navarra, País Vasco, Castilla la Vieja y Valencia. Mas será durante este período, cuando surjan los teóricos y defensores de una Iglesia acompasada a los tiempos, alejada del ultramontanismo, considerando la necesidad de ajustarse a una nueva sociedad que ya no era la de los siglos pasados. Esta integración en las estructuras del Estado moderno tendrá su punto álgido en el restauracionismo a partir de 1875.

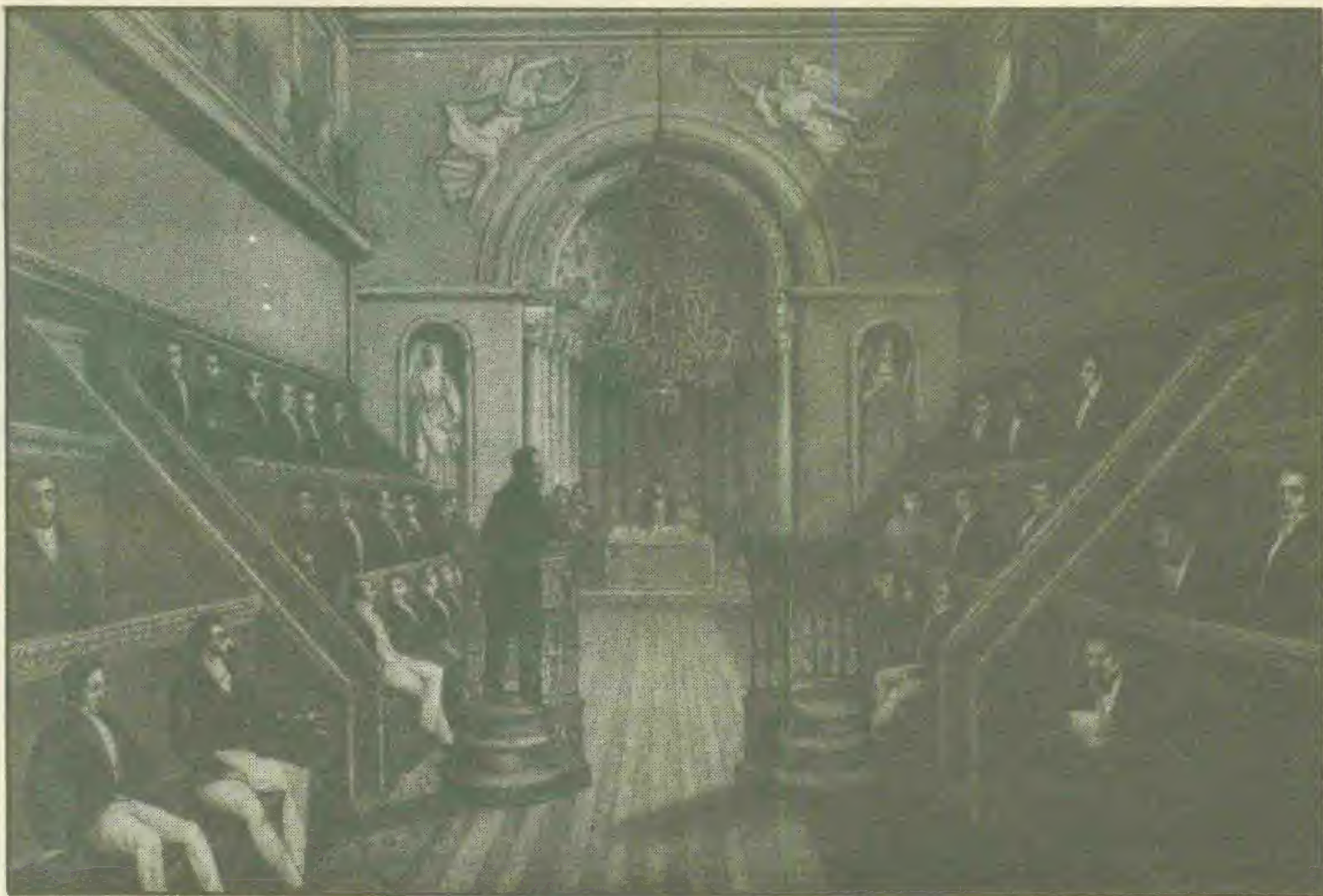

Fernando VII (1784-1833). Rey de España de 1808 a 1833. (Cuadro de Vicente López. Museo del Prado, Madrid).


María Cristina de Borbón (Palermo, 1806. Sainte Adresse, 1878). Cuarta esposa de Fernando VII. Reina de 1829 a 1833. Regente de España de 1833 a 1840. (Cuadro de F. Decraene, en el Museo Municipal, de Madrid).

En lo que respecta a la desamortización de los bienes de la Iglesia, que en la valoración global de las desamortizaciones primó sobre los de propios y comunes, el afán desamortizador de los bienes eclesiásticos hunde sus raíces en el pensamiento de la ilustración y en la situación financiera del antiguo régimen. Madoz, en 1855, durante su ejercicio como ministro de Hacienda, sometió a las Cortes un Proyecto de Desamortización que declaraba estos bienes como objeto de desamortización.

Nada más conocerse el proyecto enviado a las Cortes en febrero de 1855, la prensa católica y conservadora comenzó sus ataques. Los diputados neocatólicos, encabezados por Nocedal, y los moderados narvaístas; por Claudio Moyano, así como las jerarquías eclesiásticas, se pronunciaron en contra de tal medida. Estos últimos remitieron 37 exposiciones parlamentarias a las Cortes, que con distintas estimaciones descalificaban la que habría de llevar el nombre de «Ley de Madoz».

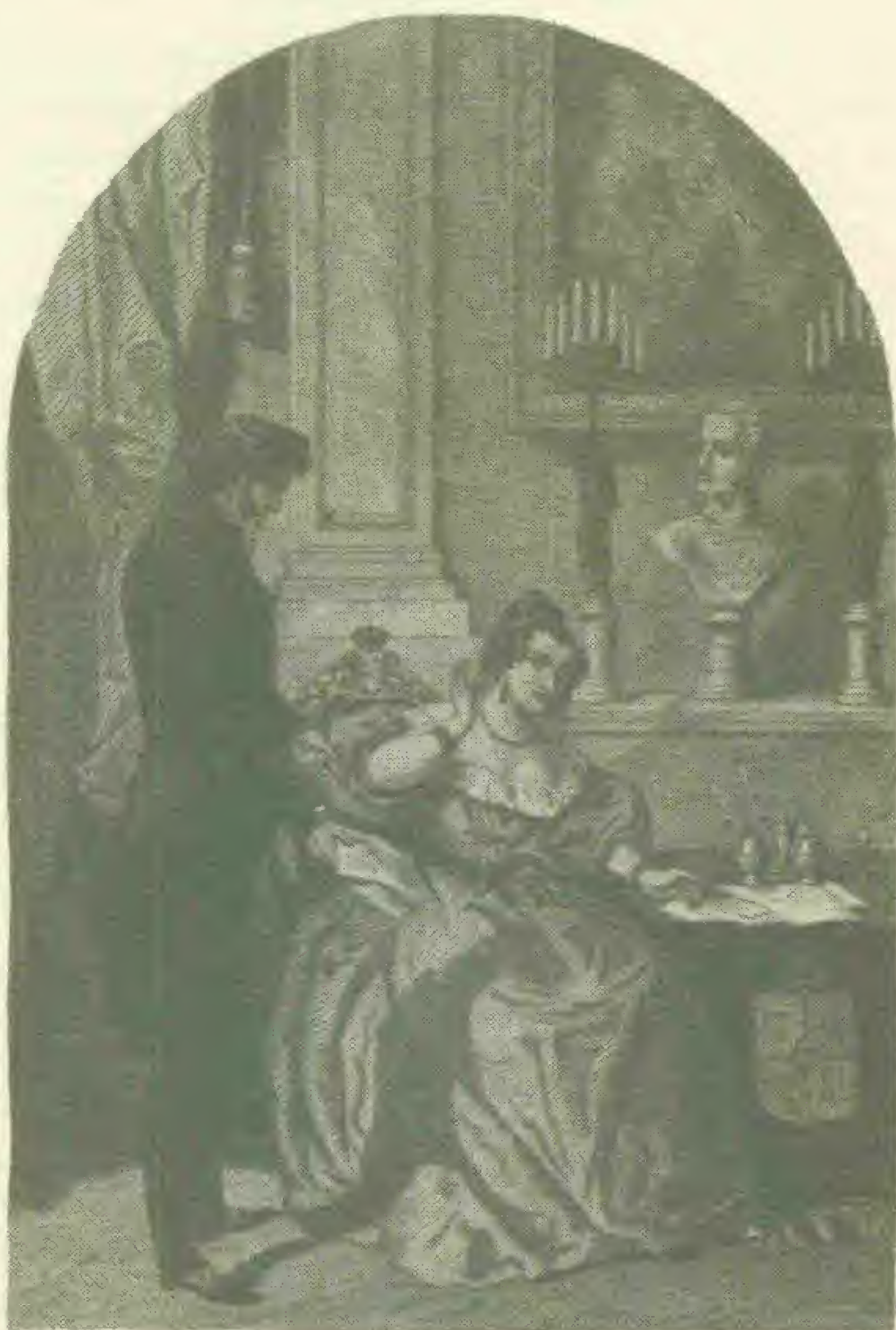
Estas exposiciones representaban en el conjunto total de las remitidas por los ayuntamientos y particulares el 17,1 por 100. En el tiempo que media entre la presentación del proyecto a las Cortes y el inicio de los debates parlamentarios sobre el mismo, se manifestaron un 45 por 100 del total de las remitidas por los obispos españoles. Mientras en el período dominado por los debates parlamentarios representan el 55 por 100, un 10 por 100 más. Esta diferencia de diez puntos entre ambos períodos no muestra la hostili-



«Interior del Parlamento de ilustres próceres». (Ilustración de Faure, en el Museo Municipal, de Madrid).

dad de que en todo momento llevaron a cabo las jerarquías eclesiásticas. Obispos y arzobispos, jerarquías máximas en el ámbito nacional, poseían una vía que utilizaron tan profusa y contundentemente como pudieron a través del derecho de petición. He aquí la polémica —como ejemplo— que suscitó el destierro del obispo de Osma, motivado por una sanción directamente promulgada por el ministro de Gracia y Justicia, Joaquín Aguirre, regalista convencido y anticlerical, al considerar los términos en que había sido redactada la exposición del mencionado obispo.

Desde un punto de vista metodológico, no puede considerarse a la Iglesia como un grupo de presión, pero sí a las dignidades eclesiásticas, incluso a la mayoría de ellas como ocurre en la desamortización de 1855, si se toman las exposiciones parlamentarias. La desamortización vino a despojar a la Iglesia de su privilegiada base económica; sin embargo, la posterior reacción del estamento eclesiástico y la relación de fuerzas con la sociedad española presentes en las instancias políticas vinieron a ultimar un pacto con el Estado liberal que se configuraba en esos momentos, recibiendo como contrapartida un respaldo político y el refrendo de una jerarquización económica-



«La Reina gobernadora y Mendizábal» (Museo Romantico, de Madrid).

mente *estratificada*. Era como la sombra de la nueva sociedad de clases proyectándose con trazos firmes sobre el estamento clerical.

¿Era esto lo que buscaban con las exposiciones ante la ineludible ley de desamortización? Hace falta tener muy buena fe, o no ver la historia más que parcialmente, para admitir que estos planteamientos los tuvieron a priori. No se puede sostener tal cosa a la vista de la exposición del obispo de Osma. Los obispos como grupo de presión —fundamentalmente ideológico— defendían únicamente el derecho de la Iglesia a poseer bienes «temporales», y la capacidad para seguir adquiendo aún más. Otra cosa es lo ocurrido en 1859 con la revalidación del Concordato de 1851.

El primer miembro del clero que remite exposición a las Cortes es precisamente el obispo de Osma, siendo el último el arzobispo de Toledo, cuya exposición quedó registrada el mismo día de la aprobación de la Ley de Desamortización.

De sesenta y cinco arzobispados y obispados se pronunciaron aproximadamente la mitad, algunos de ellos respaldados por sus cabildos eclesiásticos, como es el caso de Osma, Barcelona, Salamanca y Palencia.

Examinando detenidamente la vida social de estas diócesis se encuentra el motivo de su comportamiento ante la Ley. No es la Iglesia en bloque quien se muestra como grupo de presión, pero sí lo más significativo y relevante de la misma, a la vez que su sector más capacitado para responder a hechos como la desamortización, dado por su organización y otra potencia tanto a nivel social como dentro del propio aparato eclesial; y por qué no



Pascual Madoz (1806-1870).



«El padre cura». (Biblioteca Provincial, de San Sebastián).

para defenderse de un nuevo despojo, que a nivel local —de diócesis— supondría un quebranto. ¿No son Valencia, Toledo, Sevilla y Salamanca las cuatro diócesis más importantes en cuanto a bienes desamortizables, y no se muestran claramente en contra de la desamortización? Es justo decir que las diócesis remiten sus exposiciones individualmente, pero en contra de lo que pudiera calificarse como particularismo o localismo, aparecen desestimando la desamortización a nivel general y, por tanto, con una visión amplia de lo que suponía tal medida. Dos razones fundamentan esta hipótesis: primera, la inutilidad que se derivaba de pedir la exención de la venta de los bienes de tal o cual diócesis, sabiendo que eso era inadmisible en la Ley (la realidad era que o se desechaba el proyecto para todo el país en lo que a los bienes de la Iglesia se refiere, o éstos serían desamortizados como realmente ocurrió). Segunda, la Iglesia tenía una gran capacidad de organización interna, y aunque nada se sabe con certeza, sería interesante conocer si se había reunido en el período anterior a la discusión de la Ley, a fin de unificar criterios sobre el tema. No sería de extrañar que esto hubiera ocurrido, aunque por la misma naturaleza de esta institución —las letras eclesiásticas, derecho canónico, y el Concordato de 1981 definían cuál debía ser el pensamiento de los prelados— la oposición sistemática al proyecto de Ley estaba asegurada, puesto que unos mismos principios regían a todas las jerarquías eclesiásticas. Por tanto, el localismo que se pudiera atribuir a los obispos no tiene cabida considerado el asunto en su globalidad.

LA EXPOSICION DEL OBISPO DE OSMA

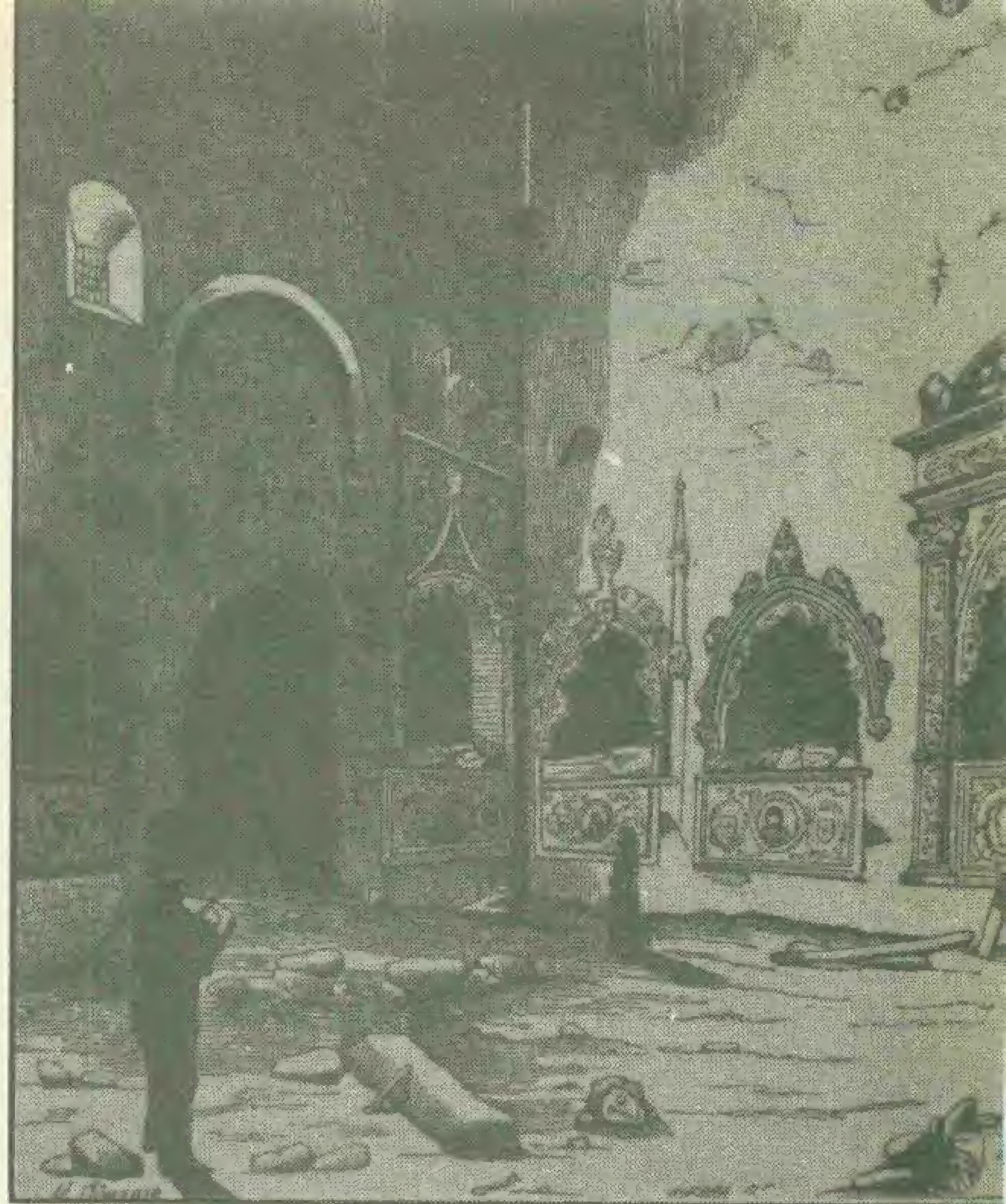
La «Exposición del ilustrísimo señor obispo de Osma», fue enviada a las Cortes el 1.º de

marzo de 1855, y publicada en «El Católico» el 16 de marzo, periódico que defiende el pensamiento más conservador sobre la desamortización, nos muestra su programa en el largo subtítulo de la cabecera: «Periódico religioso y social científico y literario: dedicado a todos los españoles y en especial al clero y amantes de la religión de sus mayores y de su Patria». Dirigido por Manuel Moreno Sacristán, será quien abra la campaña de prensa contra la desamortización el 6 de febrero (un día después de que Madoz presentara su proyecto en las Cortes). Periódico de una gran difusión en provincias, y de una tirada media, tenía una clientela adscrita al pensamiento moderado, cercano al «ultramontanismo» de los seguidores del conde de Montemolín.

La intención de este prelado se evidencia al observar que no sólo ha enviado su exposición a las Cortes, sino que la publica en la prensa íntegramente, tal como lo habían recibido los diputados. Sin embargo, parece que éstos no querían darse por enterados de que tal exposición había sido presentada en la Mesa del Congreso, conteniendo acusaciones y amenazas graves para el Gobierno y la situación surgida de la revolución de julio de 1854. Tan sólo la actividad de algunos miembros de la Cámara no pertenecientes a la Comisión ni al Gobierno exigieron de éste que cumpliese con sus atribuciones ejecutivas y resolviera en consecuencia sobre las responsabilidades que se podían derivar de la exposición del mencionado obispo. Sólo así se entiende el largo período transcurrido entre la fecha de presentación de la exposición y la de destierro, el cual motivó una interpelación de Tomás Jaén el 21 de abril, provocando una discusión violenta entre los diputados «moderados», por un lado, y los progresistas y el Gobierno, por otro.

El espíritu de la exposición se consigna en el pensamiento sobre la desamortización; según el obispo de Osma, ésta va contra las «leyes divinas» que los concilios han legislado, y esto es castigado con la expulsión de la comunidad de fieles. Sus propios términos condujeron al Gobierno a decretar su destierro temporal, primero a Cartagena y posteriormente a Canarias. Esta medida no se hubiere dado en un ciudadano común, pero siendo representante y autoridad de la Iglesia, el ministro de Justicia, Joaquín Aguirre, no podía en tanto que tal proceder de otra manera.

Todo hubiera acabado sin mayor transcen-



«Monasterio abandonado y saqueado después de la desamortización». (Ilustración de M. Jiménez Sierra. Col. particular).

dencia si en el Parlamento no le hubiese interpelado al Gobierno sobre el tema del destierro. Esta interpelación presentada por Tomás Jaén (diputado progresista) provocó las protestas de unos y las risas de parte de los miembros de la Cámara, tras el discurso de apoyo a la misma, quedando bien delimitados los campos ideológico-político de la misma. Aun así, la interpelación quedó pendiente de discusión, provocando en su día un enconado debate. El objeto que el mencionado se había propuesto se cumplió con largueza, pues no sólo fue publicado, sino que el debate parlamentario enfrentó a tirios y troyanos en la Cámara, a través de los muy distintos argumentos de cada tendencia política.

Es interesante consignar las distintas lecturas que de la exposición hicieron los partidos presentes en la Cámara: por el partido progresista, Joaquín Aguirre, Escosura, Gómez de la Serna y el interpelante Tomás Jaén; por el partido moderado, Nocedal.

Ataca Jaén al partido progresista por su incoherencia entre los principios proclamados y las prácticas políticas cuando se halla en el poder, considerando que el anhelo del mismo está muy lejos de querer servir al país, acercándose mucho más al «menguado fin de satisfacer ambiciones mezquinas, bastardas y miserablemente despreciables».

«Nadie dudará de que los obispos están reves-

tidos del derecho de petición; ese derecho les ha sido reconocido y conservado por los monarcas absolutos, lo mismo que a todos los españoles, no sólo contra los proyectos de ley, sino también contra las leyes promulgadas; y este derecho de exponer no lo ha usado sólo el obispo de Osma, porque todos los prelados de España han elevado exposiciones análogas, y en idénticos términos en cuanto al fondo (...), y también hay algunos que se han adherido a la exposición de ese señor obispo. Debo, pues, suponer que el procedimiento usado con este prelado tiene por causa, más bien que el fondo, la forma de exposición.»

Ciertamente es en cuanto a la forma, pero también de su contenido: por un lado, despreciaba al Gobierno progresista con sus irreverencias; por otro, acudía a fórmulas que ponían en entredicho la misma legitimidad del poder político.

Dos puntos se consideraron extremadamente graves y de los cuales Joaquín Aguirre pedía explicaciones: primero, porqué el obispo de Osma había apoyado su exposición en la Bula **In Caena Domini**, que no tenía el



El general Espartero. (Ilustración de Rico para «La ilustración española y americana». Biblioteca Nacional, de Madrid).

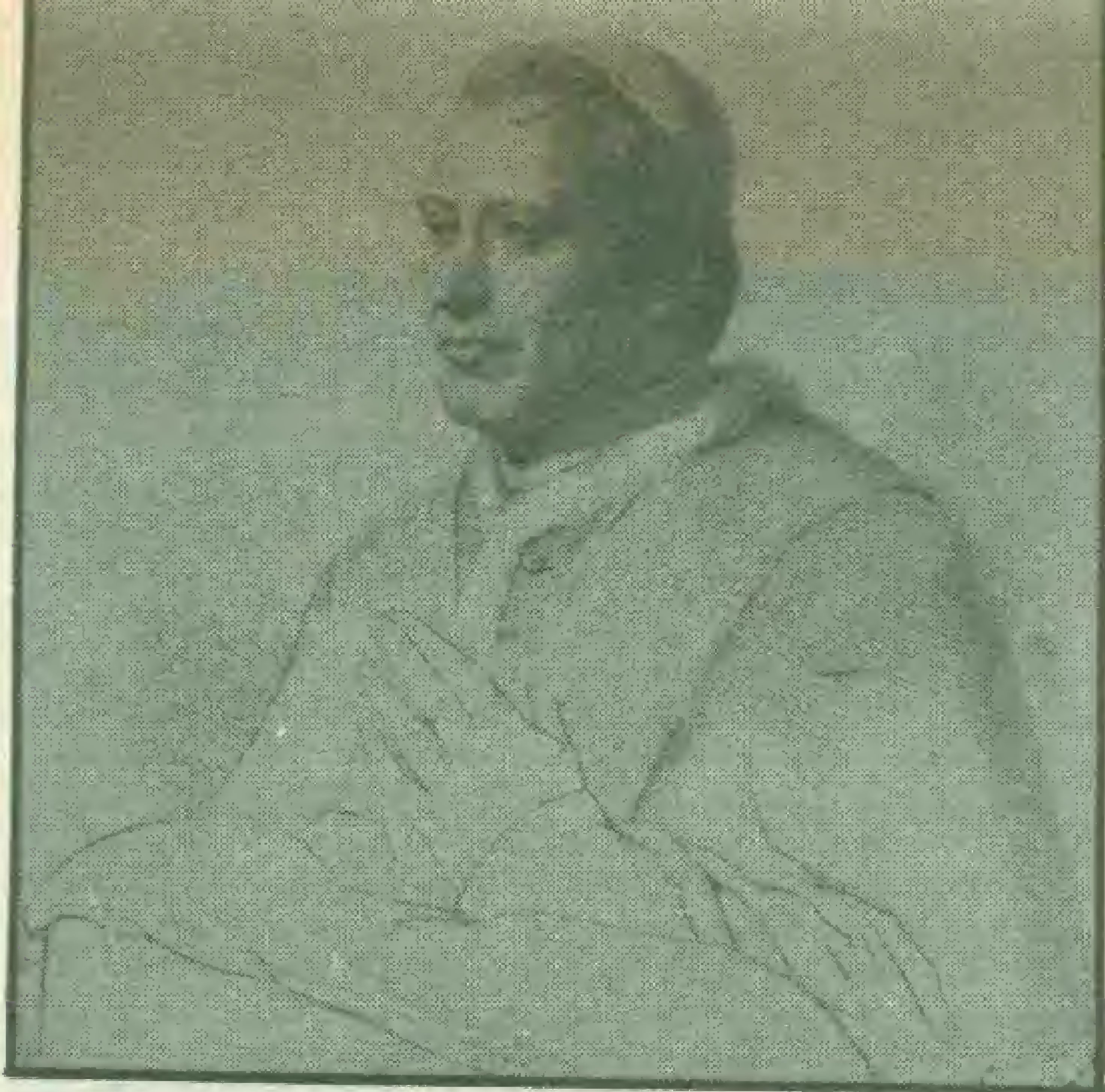


«Isabel II, Reina constitucional de España». (Ilustración de A. Guglielmi. Museo Municipal, de Madrid).

pase real; segundo, como se explicarían algunas expresiones de carácter vago y equívoco, y de interpretación peligrosa que se habían vertido en la exposición.

Para Jaén, ninguna de estas acusaciones pueden tomarse como objeto de condena, dado que la Bula **In Caena Domini** tan sólo estaba suplicada por cláusulas que pudieran perjudicar las regalías de la Corona. Y añade, en consecuencia, una valoración política de la actuación del Gobierno: «Magníficamente progresamos, mañana tal vez se quiera castigar hasta las intenciones». Pide a continuación la dimisión de Joaquín Aguirre como ministro de Gracia y Justicia puesto que «no puede sostenerse en esa silla porque carece de la mayor parte de las circunstancias para ser un ministro aceptable. El pretender intimidar a los obispos es un empeño ridículo, pues llenarán su deber a pesar de las tropelías y no enmudecerán por las persecuciones».

La descalificación no puede ser más absoluta, y Aguirre, saliendo al paso, rechaza el concepto de persecución contra los obispos, no compartiendo ciertos artículos de la prensa



«S. S. Pío IX». (Ilustración de F. Laporta, para la obra de Fernández de Córdoba «Mis memorias íntimas»).

periódica que «sin duda ha escrito el señor Jaén», de que la Iglesia ha sufrido ahora más persecuciones que en los tres primeros siglos de existencia. Justifica con un principio general la medida tomada contra el obispo, «ante Dios y ante los hombres quizá sea un acto grande de religión la medida que el Gobierno ha tomado con el obispo de Osma, para impedir mayores males a la Iglesia».

El conflicto entre la Iglesia y el Estado no era nuevo; dos poderes que coexisten a lo largo de la historia, se habían enfrentado en anteriores ocasiones, y siempre a causa de la imprecisión de los límites de cada uno de los poderes, inmiscuyéndose demasiado en asuntos que concernían a uno de ellos de forma exclusiva. A juicio de Aguirre, la exposición podría haber llevado a tal enfrentamiento una vez más, «pues no se puede negligentemente llamar usurpadores y ladrones a los poderes legítimos del Estado; (...) que nosotros estamos fuera del gremio de la Iglesia, y que estamos privados de sepultura eclesiástica (...). Según el señor Jaén, tiene derecho con su carácter sagrado para insultar a un Gobierno y a todos los poderes legítimos del Estado».

La Cámara eclesiástica en su momento consideró punible la exposición, ya que en la misma había culpabilidad, quedando decidido por unanimidad completa.

«El obispo al citar la Bula de la Cena, bien procedió con alevosía y no respetando el cuerpo legal de España, o bien es un ignorante en lo que a derecho canónico se refiere. Por su rango en la jerarquía eclesiástica está claro que conocía perfectamente las observancia de tal Bula, con la que no queda otra solución: su intención era provocar a los poderes del Estado. Este era el primer punto en liza, en el cual el obispo prescindía de tal observancia de la Bula, lo que indica una falta de respeto a las leyes».

La segunda cuestión se relaciona, una vez vista la forma en que fue presentada, con el contenido de la misma, analizado por Aguirre fue discutido posteriormente —entrando en una serie de «dimes y diretes»— por el neocatólico Nocedal.

«El obispo de Osma —dice Aguirre— nos dice que el Divino Redentor derramó su preciosa sangre para tener bienes temporales (la Iglesia), y nos dice también que la libertad e independencia de la Iglesia consiste en esos bienes (...). Pues con esa libertad e independencia que quiere el obispo de Osma, no hay más que una línea, y muy corta hacia la libertad de cultos. Y el señor Jaén, que tanto defiende al obispo de Osma, y que por otro lado tanto abogó por la unidad religiosa, ¿nos quiere llevar ahora hasta ese punto que tan poco dista de la libertad de cultos?

La libertad e independencia de la Iglesia no es posible que nadie sostenga que consiste en te-



El general Leopoldo O'Donnell (1809-1867).


«Cardenal Antonelli» (Ilustración de la obra de Fernández de Córdova «Mis Memorias Intimas»).


El general Narváez (1800-1868). (Biblioteca Nacional, de Madrid).

-ner bienes inmuebles; (...) por lo que es una libertad y una independencia muy singular la de que el Gobierno haga cuanto quiera la Iglesia, y la Iglesia nunca haga lo que quiera el Gobierno».

Este es el caballo de batalla que se encuentra en casi todas las exposiciones de los obispos: bienes temporales e independencia de la Iglesia. La desamortización, ¿acabó con alguno de ellos? Los bienes quedaron muy menguados, pero aún siguieron disfrutando de algunos, a parte de los casi doscientos millones de reales que se asignaba al clero del Presupuesto General del Estado. En cuanto a la independencia, esto habría que tratarlo con sumo cuidado, por sus complejas relaciones. En cierto modo, llevaba razón el obispo de Osma, los bienes temporales conferían una independencia que disfrutaron durante siglos —muy distinta de la que proporcionaban los millones de reales procedentes del Presupuesto— y que les permitió configurarse como un poder espiritual y temporal dentro de la sociedad del antiguo régimen.

El tercer punto se refiere al grado de acatamiento de esta dignidad eclesiástica al ordenamiento político del Bienio.

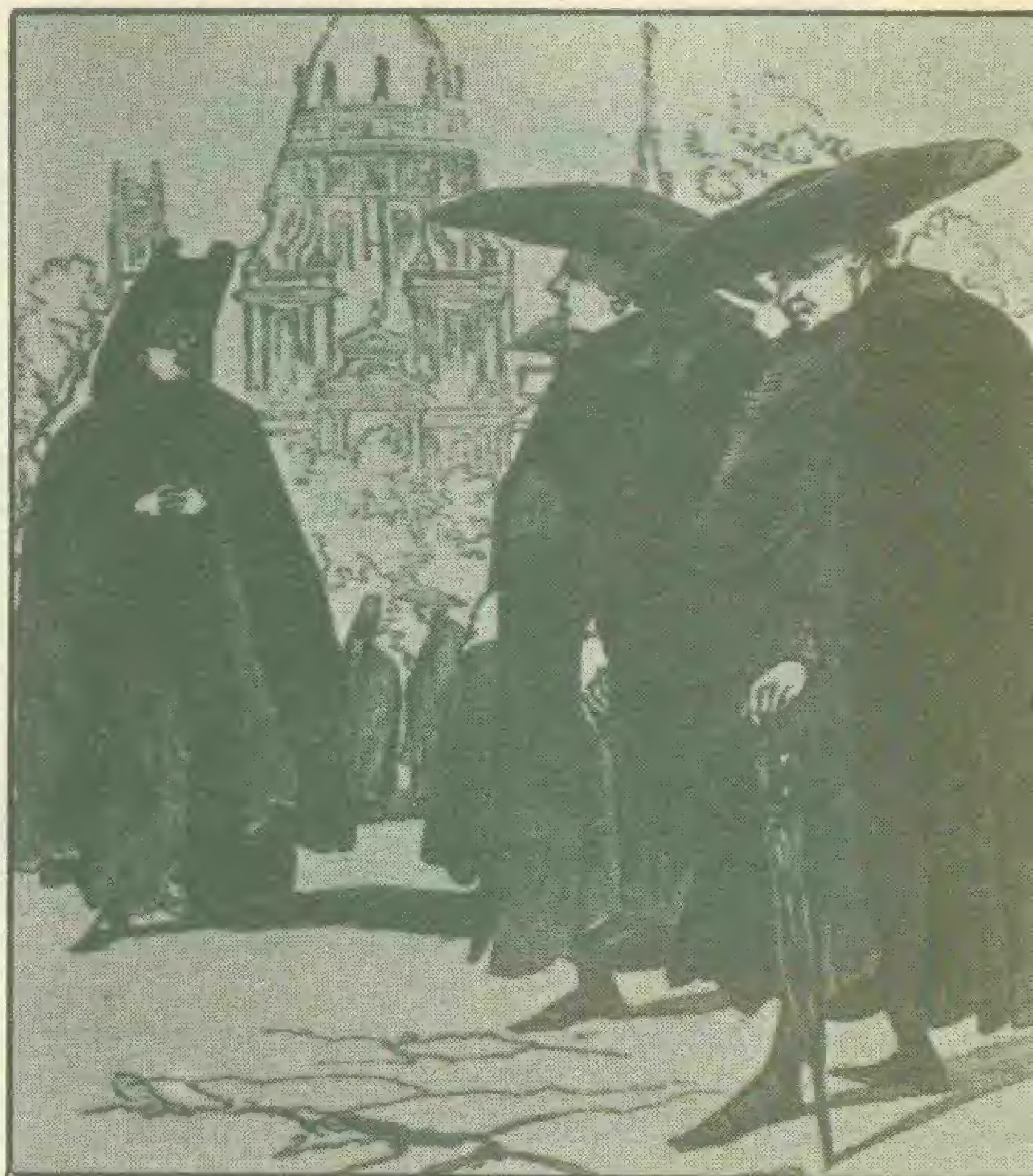
«No faltaba más —decía Joaquín Aguirre— que el obispo de Osma hubiese dicho: no reconozco la autoridad del Gobierno y planifico la rebelión en mi diócesis para que no se obedezca al Gobierno.»

La cuestión radicaba en los imprecisos límites que separaban las competencias propias de ambos poderes, y que nadie se atrevió fijar; y en este caso concreto o se llegaba a un conflicto o aun convenio entre ambas potestades. El obispo de Osma siendo un ciudadano español y una jerarquía eclesiástica con jurisdicción especial no respetó el convenio tácitamente establecido, entrando en conflicto con el Estado. La medida gubernativa venía a dulcificar lo que tenía todas las trazas de derivar en un conflicto abierto entre ambos poderes. El Gobierno progresista estaba en la línea de los gobiernos moderados y de los absolutistas, cuando se vieron obligados a proceder de igual forma.

Hasta aquí el contencioso queda resuelto si no fuera porque Nocedal, defensor de las prerrogativas de la Iglesia, introdujo algunos elementos que harían replicar primero a Escosura y a Gómez de la Serna, además del propio Aguirre.

Las valoraciones de Nocedal sobre el asunto del obispo de Osma, que las encamina hacia una polémica de jurisprudencia, se entremezclan con las opiniones sobre la desamortización, el derecho de petición, los gober-

nantes del Bienio, la propiedad y la independencia de la Iglesia, y el Concordato, enriqueciendo sobremanera el conocimiento que se pueda tener sobre estas cuestiones fundamentales. Recrimina al Gobierno las limitaciones impuestas a la utilización del derecho de petición, amenazando con enviar todas las exposiciones a los tribunales para que sean examinadas, la prohibición de ejercer tal derecho contra las leyes existentes tanto las reflejadas en el derecho civil, como las votadas en las Cortes. Pero a pesar de estas críticas valora positivamente el intento del Estado de obviar toda oposición ante sus dictámenes, máxime cuando se halla en un proceso de acomodación a la sociedad que está surgiendo, como resultado de la entrada en escena de nuevas clases sociales. Aquí puede observarse el intento por parte de todas las clases sociales y fuerzas políticas por levantar un Estado que se ajustase a las condiciones socioeconómicas existentes. Sin embargo, las relaciones de estas fuerzas políticas con la Iglesia variaban sustancialmente, y si los moderados realizaron el Concordato de 1851, los progresistas lo rechazan como una ley ominosa para el Estado.

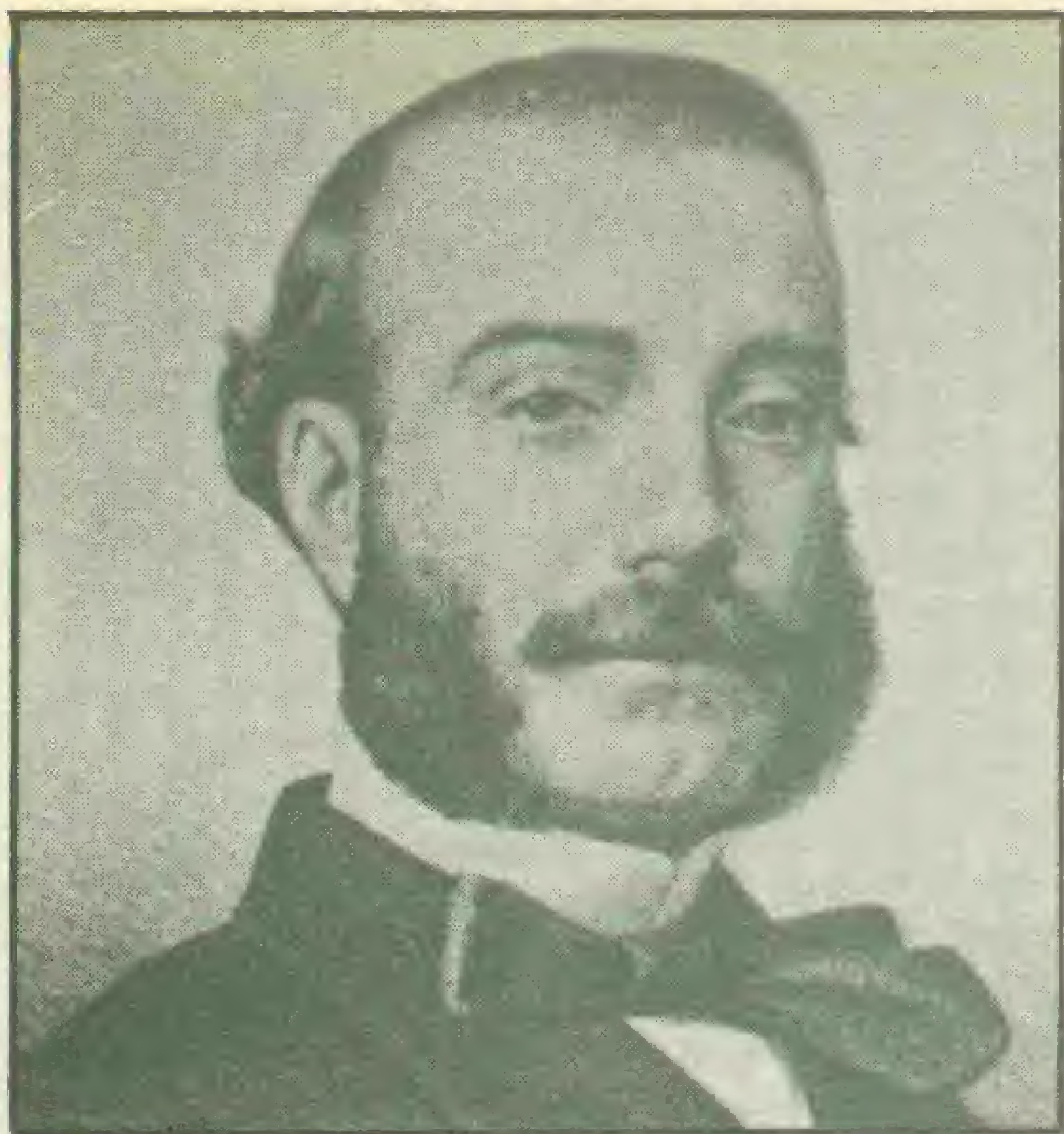

«Madrid. El Clero en un paseo matinal por la Villa». (Col. particular).

En este contexto los obispos se hallan perfectamente defendidos por los neocatólicos, los cuales consideran que aquéllos callaron durante demasiado tiempo en una actitud conciliadora y prudente, con el fin de exasperar los términos, y afirma Nocedal en este punto que «quizás, quizás si no hubieran callado tanto, no hubiéramos llegado al caso en que hoy estamos». A su juicio el obispo de Osma está en su derecho de protestar por la Ley de Desamortización, primero porque como cualquier ciudadano posee la capacidad jurídica para ejercer el derecho de petición; en segundo lugar, porque su calidad de obispo tiene unos deberes episcopales que le impone el cumplimiento de un juramento hecho en el momento de su consagración, cual es el de no permitir en manera alguna que se enajenen ni se empeñen los bienes de la Iglesia. Otro punto de apoyo de la exposición que analizamos en el Concordato de 1851, el cual en su artículo 45 previene que si en lo sucesivo a partir de esa fecha, ocurriese alguna dificultad con respecto a las propiedades de la Iglesia, la autoridad romana y la Corona se pondrían de acuerdo **ad rem amice componendam**, para resolverla amigablemente. Lo que trascendía era el desprecio del Vaticano hacia los poderes públicos españoles, privándoles de competencia para entrar en ciertos asuntos; se negaba en realidad la misma soberanía de las Cortes —y por tanto de la nación—, dejando en definitiva a los secretarios del Vaticano el gobierno de los asuntos de trascendencia.

Nocedal coincide plenamente con el obispo de Osma, hasta el punto que llega a decir, dirigiéndose a Aguirre:

«Yo le respondo que sostengo todas y cada una de las doctrinas económicas que se sientan en la exposición del reverendo obispo de Osma. La sostendré como particular para darle el gusto al señor ministro de Gracia y Justicia de que, si lo tiene por delito, me persiga a mí también por la comisión de ese delito.»

La actitud de la derecha no podía ser más hostil; la desamortización era combatida; combatido el Gobierno, y combatida asimismo la situación política creada en la revolución de julio de 1854. Especialmente sensibilizado ante estos ataques se encontraba el tránsfuga Patricio de la Escosura, que califica a la desamortización como «ley de la revolución, y prueba de ello es la guerra crudísima que por todas partes se le hace, guerra del que este debate no es más que un episodio». Tilda de facciosa la exposición del obispo de Osma, por la amenza explícita de excomunión o interdicto, la cual aplicada a un Gobierno significa absolver a los súbditos del juramento de fidelidad y obediencia. No



Cándido Nocedal (1821-1885). (Biblioteca Nacional, de Madrid).

hay duda que la legitimidad de los gobernantes del siglo XIX se basaba muy especialmente en la confesionalidad del Estado. La cuestión era especialmente delicada, y la medida del Gobierno de desterrar al obispo estaba en consonancia con la amenaza que pesaba sobre los poderes del Estado.

La exposición en su parte más conflictiva estaba redactada de la siguiente manera, de la cual entresacamos lo más significativo. Decía el obispo de Osma:

«No se trata de la conservación de los bienes materiales que los prelados españoles miran con bastante indiferencia, y que abandonarían en silencio a la ambiciosa codicia de los ***usurpadores*** *(...). Si bien no usará (la Iglesia) del hierro y el acero, porque no son estas las armas que les confió el Divino Redentor para su custodia y defensa, tiene una espada espiritual, acaso de mejor temple que aquéllas, que desenvainará si necesario fuese, para proteger su propiedad contra las* ***usurpaciones sacrílegas de los usurpadores*** *(...) ¿Se dará lugar a que los centinelas más avanzados de la Casa de Israel, en cumplimiento de su espinoso ministerio, y obedeciendo a lo que se dispone en los sagrados cánones con especialidad en los Concilios generales de Constanza, sesión octava contra Wicleff; el de Trento, sesión 22, cap. II,* ***De Reformatione,*** *y multitud de Bulas pontificias, señaladamente la de* ***In Caena Domini;*** *se dará lugar a que los obispos esgriman esta espiritual espada, contra los usurpadores de los* ***bienes de la Iglesia,*** *declarándoles* ***separados de la comunión de fieles*** *como miembros podridos, privados de la entrada en el Templo, de la participación de los sacramentos, y de la sepultura eclesiástica en la hora de la muerte?*

(...) Pero los señores diputados son demasiado cuerdos para que yo pueda presumir que quieran crear tan grave conflicto entre las autoridades civiles y eclesiásticas, poniéndolas en abierta pugna a unas con otras, cuando nunca es más necesaria que ahora la comunión y buena armonía entre ellas; antes bien me lisonjeo de que se apresuren a negar su aprobación a un proyecto cuyas tendencias nada tienen de católicas, que es también ***anticlerical,*** *porque barrena y destruye la propiedad y la justicia, sin las cuales no puede existir ni aún concebirse la sociedad, y que además dejaría mal parados a los que en la revolución pasada se apoderaron de los bienes de la Iglesia y que sólo han hecho suyos en virtud del tantas veces citado último Concordato, cuyas principales bases se destruyen por el presente proyecto de desamortización eclesiástica.*

(...) Y en este gravísimo pero inevitable conflicto, si se aprobase el proyecto de desamortización y se tratase de llevarlo a cabo sin el consentimiento de la Santa Sede, volverían otra vez las persecuciones, los destierros contra los ministros del santuario por la sola razón de que cumplirían con su deber negando la absolución en el tribunal de la penitencia a los compradores y detentadores de dichos bienes.»

La exposición es agresiva e inteligente en la medida que acude a los resortes donde la sociedad pudiera estar sensibilizada, la cual siendo en su totalidad católica, no era de extrañar que sirviera de revulsivo contra la desamortización. La pretensión del obispo no era descabellada, y en su misma línea se hallaban no pocos «liberales» que exigían se cumpliera el Concordato, y se consultara al Pontífice. Esto era inadmisible para los progresistas y los demócratas, incluso para el Gobierno, puesto que suponía una cesión de competencias que les incumbían exclusivamente a los poderes del Estado. Y como manifestara Escosura, el obispo de Osma con sus ideas ultramontanas «quiere someternos no a la autoridad de la Iglesia, que reconocemos todos, sino a la voluntad omnímoda de todo el que vista sotana».

Para el clero la desamortización suponía la culminación de un proceso exasperante, pues hacía tan sólo un mes —en febrero de 1855— tuvo que combatir ardua y tenazmente contra la libertad del culto, recogida en la Base 2.ª de la Constitución. Se consideraba atacado por todos los extremos, y siendo consciente de ello no duda en amenazar con la utilización de las medidas más



«Sacerdote revestido». (Cuadro de J. Benlliure. Museo de Bellas Artes, de Valencia).

drásticas que tiene a su alcance, sensibilizando a la sociedad desde el púlpito o desde la prensa. La exposición de este obispo es buena muestra de la actitud hostil del clero hacia la desamortización, en realidad Narváez estaba en puertas con el decreto de suspensión de la Ley del 1.º de mayo. La Iglesia no triunfó por la vía de las peticiones por más agresivas que fuesen, ni por la vía de los sermones incendiarios en los púlpitos, pero consiguió que una vez eliminado Espartero por el otro general del Bienio, O'Donnel, disolviendo las Cortes a cañonazos, se impusieran sus pretensiones de anular la desamortización. La Iglesia aún tenía el suficiente poder institucional, y esto se corroboró con el pacto hecho en 1859-1860, por el cual el Concordato seguía vigente y servía de base a las negociaciones. En definitiva, el conflicto entre esta entidad y el Estado se resolvió a favor de aquélla. Ello se debía a la debilidad del Estado, reflejo de la situación en la que se hallaba la burguesía destinada a controlar todas y cada una de sus instituciones. Todavía la estructura socioeconómica del antiguo régimen pesaba demasiado sobre la sociedad de mediados de siglo, y el resultado fue el fortalecimiento de una Iglesia que setenta años más tarde de la guerra de 1808 había superado la crisis de los inicios del siglo.

Por tanto, la actitud del obispo de Osma distaba mucho de ser testimonial, ya que a la larga las doctrinas «escasamente canónicas», como calificaba Gómez de la Serna, el contenido de la exposición acabaron imponiéndose sobre los postulados de los progresistas salidos de la revolución de julio. Todavía en 1959 el contencioso de la desamortización eclesiástica perduraba, y el Concordato, arreglado gracias a la actividad diplomática de Ríos Rosas durante el Gobierno de la Unión Liberal, seguía en pie. Esto dio lugar a que se revisara la petición del clero en la época del general Franco, haciendo efectivo el pago de todos los intereses no satisfechos desde su suspensión en el siglo pasado, incluyendo en el Presupuesto General del Estado para el bienio 1960-1961 una partida de cerca de 1.200 millones de pesetas.

Concluyendo, Estado, Iglesia, desamortización, Concordato, propiedades eclesiásticas, legitimidad del Estado, actitud del clero, propietarios territoriales, adquirentes potenciales de bienes nacionales, y todos los componentes sociales relacionados directamente con la desamortización se veían afectados en alguna medida por la explosiva exposición del obispo de Osma. Reflejo evidente de las fidelidades que aún conservaba la Iglesia en pleno período de liberalismo isabelino. ■ **M. F. T.**



El general Franco saludando al Nuncio de S. S. monseñor Riberi, en una recepción al Cuerpo Diplomático, durante los años de su Dictadura.

Salvatore Giuliano, una leyenda siciliana

C. A. Caranci

¡QUE lejana está, o parece estar, para el italiano «europeo», consumista y comunitario de los años 80 aquella Italia de la derrota, de la ocupación y del cambio de hace 35 años! Una Italia cerrada todavía como un pequeño mundo diferente, que poco tenía —y quizá tiene— que ver con otros países más al norte, donde el extranjero podía asombrarse todavía con la extremada pobreza, con la violencia, la austeridad y la dureza de la vida, con el imperio masculino, el honor sexual, donde la mafia era una realidad, donde el bandidaje, como veremos, no era algo insólito.

TODO esto era cierto entonces —y sabemos en qué medida lo sigue siendo hoy— sobre todo para el sur de Italia, y en particular para Sicilia.

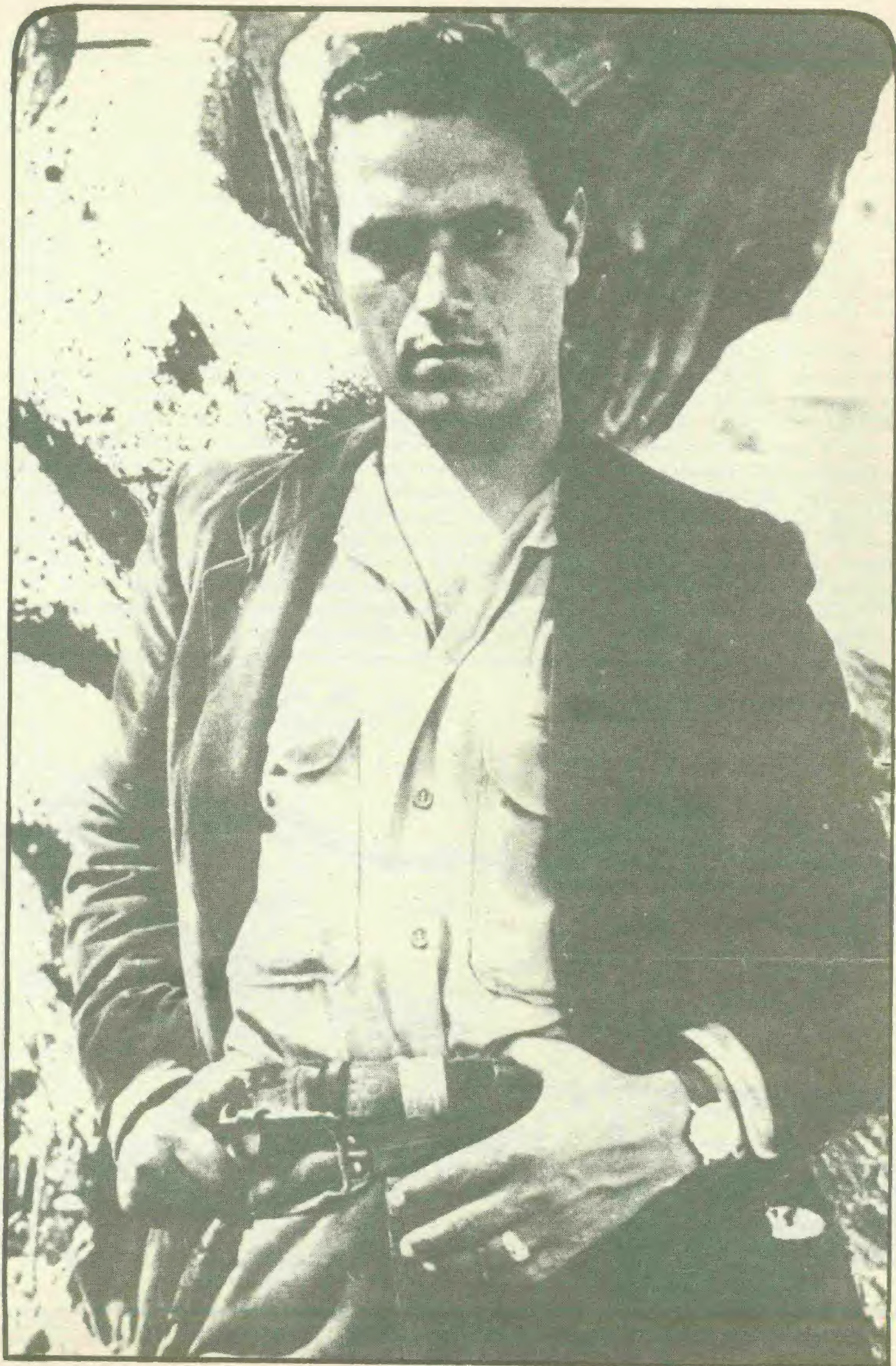
Pero la Sicilia de 1943, la que va a presenciar las actividades de Giuliano, es un poco excepcional en la historia contemporánea de Italia: primera porción del país ocupada por los aliados, ausencia de una «resistencia» contra los nazi - fascistas, separatismo, renacimiento del bandidaje y de la mafia, primera región autónoma y primera reforma agraria de la posguerra, y objeto, entre 1943 —caída del fascismo— y 1950 —consolidación de la vía política actual— de una verdadera carrera entre Roma y los poderes locales y entre estos últimos, unos contra otros, por su control.

Hemos aludido al bandidaje: Giuliano es fruto improviso, pero no imprevisible, de la Italia de posguerra y de la alta política interior y exterior, pero también, y sobre todo, de la historia y la sociedad local, de su civilización particular. Y para comprenderlo es imprescindible presentar su paisaje histórico, sociológico y cultural, no muy diferente del que produjo antaño el viejo bandidaje mediterráneo.

EL MEDIO

Sicilia, precisamente, es algo así como una reproducción a escala reducida de ese mundo que solemos llamar mediterráneo: superposición de poblaciones diversas —muchas veces afines—, invasiones extrañas incapaces de penetrar el duro caparazón de esta tierra donde las gentes conocen una muy recortada alegría de vivir, acostumbradas a un rigor impuesto, sí, por las clases dominantes, pero, sobre todo, por sus propia cultura; donde son serias, sin grandes risas, vigiladas por tabúes férreos y rígidas fidelidades y jerarquías.

El latifundio, el trigo, el olivo, la vid, el contraste entre campo y ciudad, el numeroso proletariado agrícola, la exigüidad de las clases medias, los restos de la nobleza, sirven como fondo a una organización social caracterizada por una acentuada conciencia de parentesco, de linaje, donde la familia incluye a parientes de sangre y «artificiales» —piénsese en la figura del compadre—. La preocupación primordial del siciliano —y del mediterráneo— es la defensa de la única institución realmente viva en su conciencia, la familia, sentida más como «dramático nudo contractual que como agregado natural y sentimental» (Hess): es su «Estado». Ello queda simbolizado en la defensa del honor familiar y del individuo, del buen nombre, por mandato de la **omertà** (hom-



bría); y sin tener que recurrir al Estado para recuperar la honra, aun a costa de cometer actos que el Estado considera delictivos, pero que no lo son para el siciliano. El concepto del honor se relaciona estrechamente con la mujer y el sexo, cuya pureza debe defender el hombre de bien, al ser depositaria aquélla, pese a su posición supeditada, de los valores sociales y familiares.

La solidaridad de clase o la obediencia al Estado son sustituidos por la solidaridad familiar y por la referencia a un tipo de poder personalizado en un «hombre importante». Desobedecer al Estado, además, es una virtud. De ahí que el bandolerismo tenga fuertes componentes sociales y culturales. Si el Estado existe en Sicilia, es algo superpuesto, y fuera del ámbito familiar se depende políticamente de instancias de tipo clientelista, de un sistema de patronato, que algunos califican de caciquil y otros de mafioso, o de feudal. La historia de Sicilia —y no sólo de Sicilia— es en gran medida la de la conservación de esta estructura, pese a los envites del Estado.

LA HISTORIA

Por eso, se dice, la historia no ha alterado mucho el esqueleto cultural siciliano; su estructura profunda se ha mantenido en pie contra viento y marea. Y no sólo por la incapacidad o por el absolutismo borbónicos; también por una especie de conservación espontánea de lo propio, que se da en todas las clases sociales y que un individuo del Norte llamaría «inercia», frente al Reino de Nápoles y luego frente al de Italia. Lo que no quiere decir que la defensa de la estructura económica no sea también cosa de los feudatarios, ni que el propio pueblo no quiera reformas. Demuestra esto las explosiones sociales periódicas de los campesinos, muy violentas, pero que tienden más a la desobediencia social que a la toma del poder, y van dirigidas más contra los abusos que contra el sistema.

Asimismo, cuando el feudalismo es abolido oficialmente en 1812, el latifundismo y el clientelismo parecen que van a morir. Pero nunca morirán del todo, y menos su espíritu. La abolición no produce ninguna revolución social, porque los feudos son dejados en libre propiedad a los antiguos barones.



Mapa de Sicilia. Síntesis, reserva y santuario de la antigua civilización mediterránea, Sicilia ha dado algunos de sus productos más característicos: el latifundio, el sistema de patronazgo (base del sistema mafioso) y el bandolerismo, cuyo representante más conspicuo será, en la Sicilia contemporánea, Salvatore Giuliano.

Tras la aventura napoleónica (el Reino de Nápoles de Murat), las revueltas políticas liberales sicilianas de 1820, 1837 y 1847-48, sacuden la isla, pero resuelven poco.

Con todo, la historia ha cambiado algunas cosas, ¡y cómo! El más grave golpe contra la sociedad isleña proviene de un reino norteño y de unos revolucionarios nacionalistas de mentalidad norteña: Piamonte y los garibaldinos. Cuando Garibaldi y sus «Mil» conquistan el Reino de Nápoles en 1860, Piamonte se lo anexiona sin pestañear, tras un plebiscito discutible, iniciándose entonces una nueva etapa para el Sur de Italia.

Pero la tajada no es tan buena. Los funcionarios norteños se encuentran ante un país pobre, relativamente atrasado (al menos desde su óptica burguesa e industrialista), diferente por civilización e incluso por lengua. Los unitaristas indígenas sureños, que esperaban una verdadera revolución social y política, ven frustradas sus esperanzas.

Para los del Norte —que lo ignoran todo sobre la notable vida intelectual del Reino de Nápoles antes de la anexión—, los sureños son «feroces beduinos», y Sicilia, «un pozo lleno de fango». La ocupación, la incomprensión y la dureza de la explotación piamontesa provocará una sangrienta guerra de guerrillas —la «guerra contra los bandidos» de la historia oficial— de casi cuatro años (1861-1863), que, entre otras cosas, lanzará al monte a numerosos jóvenes, y no será la última vez (1).

Esta guerra y la rebelión de 1866 acentúan el autonomismo siciliano. Aunque las clases dominantes, que un día fueron autonomistas y antinapolitanas, no dudan ahora en acercarse a Piamonte, temerosas de los revolucionarios locales.

El cambio arruina la economía de la isla, convertida, como el resto del ex reino de Nápoles, en «un mercado colonial» (A. de Vitti de Marco). La unificación del mercado nacional rompe el «espinazo al Sur» (Zitara). El librecambismo hunde la modesta e incipiente industria. La disgregación del latifundio libera, sí, a grandes masas campesinas, pero éstas quedan sin protección feudal y sin integrarse en el nuevo sistema. La reforma agraria de Roma queda neutralizada por el desmenuzamiento o por la recompra efectuada —como en la España de treinta años antes— por los burgueses o los propios latifundistas, y por una fiscalidad más dura.

La conscripción militar —de la que antes los sicilianos estaban exentos— hace desertar a miles de isleños y alimentará también el bandidaje.

Nace ahora el llamado «problema del Mezzogiorno», ya que el Sur, con Sicilia, no parece haberse recuperado del trauma de 1860. Para el Sur, el **Risorgimento** y la Unidad representan una involución.

CAMBIOS SOCIALES

Sociológicamente, la disolución del mundo feudal se acentúa ahora. La nobleza feudal pierde mucho de su poder oficial tradicional. Perdedores, en mayor medida, son los campesinos y, en particular, los braceros. Ganadores, la burguesía urbana y una particular «burguesía agraria» que ha ido prosperando al servicio de los terratenientes, y que ha comenzado a autonomizarse, a encajarse entre aquéllos, a quienes trata de sustituir, y los campesinos, a quienes a su vez frena en su ascenso social (2). Para ello, estos campesinos aburguesados se sirven de los mecanismos que conocen, los del clientelismo, y llegarán a convertirse en hombres influyentes, respetados, un poco como sus antiguos amos; en hombres de valor, de honor, de gran capacidad de comunicación, capaces de servir a su grupo de amigos y clientes —la **cosca**— y, a veces, a toda la comunidad en la que viven, a cambio de y gracias a su poder, del que pueden llegar a abusar. Estos personajes han sido capaces, además, de establecer relaciones con otros centros de poder e incluso con los representantes del Estado, creándose un **partito**. Pero saben también actuar fuera del Estado y enfrentarse a él con éxito. Se dotan así de sus propios mecanismos de poder y continuidad. Realizan así una pequeña «revolución burguesa» a la siciliana. El Estado reconoce su ascenso económico, pero no su actuación extraestatal ni su

(1) *La guerra tendrá gran apoyo popular, pero la dirigirán las clases dominantes desposeídas y la Iglesia; se les unirán numerosos intelectuales y garibaldinos de izquierda decepcionados. La guerra hizo casi cuatro mil muertos, sin contar las víctimas posbélicas.*

(2) *La «nueva clase» está formada fundamentalmente por* **gabellotti,** *empleados de los terratenientes, por lo general guardas, administradores, cobradores, guardaespaldas, a veces ex bandoleros «regenerados», o simples campesinos hábiles o no iletrados, a quienes los barones absentistas ceden, previo pago, la explotación de sus latifundios y que suelen enriquecerse a costa de los campesinos.*



Sicilia fue la primera porción de Italia ocupada por los aliados. Si para todos los sicilianos significó el fin de la guerra, para muchos representó también el fin —momentáneo— del centralismo de Roma. (En la foto, soldados estadounidenses en Palermo, en 1943).

función económico - administrativa y jurídico - política, consideradas ilegales.

Campesinos (y ciudadanos) sicilianos no dejan de ver en esta clase un fruto de su propia cultura, algo comprensible para ellos. En dialecto siciliano hay una palabra para designar a este personaje: **mafioso.**

Estos caciques de nuevo cuño son depositarios en gran parte del poder isleño hasta el advenimiento del fascismo en 1922, de manera fragmentaria y difusa hasta su caída en 1943, y de una manera nueva y vieja al mismo tiempo, hasta hoy, compartiéndolo, a su pesar, con el Estado y ciertos partidos.

La historia reciente de Sicilia está marcada por el sistema mafioso. Y algunos mafiosos tendrán un papel decisivo, más tarde, durante la ocupación aliada, y en el caso de Giuliano, como veremos.

La imposibilidad de Sicilia de seguir el ritmo de crecimiento del Norte, la explotación y la miserabilización desencadenan nuevas revueltas y represiones, que lanzan al monte a sucesivas hornadas de jóvenes. Otros buscarán la protección de los mafiosos. Otros más, emigrarán a América. El proteccionismo, en 1887, produce nuevas alteraciones sociales. Los Fasci di Lavoratori («haces de trabajadores», que nada tienen que ver con el fascismo posterior) exigen la supresión del **gabellotto**, base del sistema mafioso, el reparto de tierras, la demo-

cratización. Sus tendencias anarquistoides atemorizan a Roma, pero la guerra mundial distrae la atención de todos.

Durante el conflicto, el poder estatal parece afianzarse un poco más, al tiempo que numerosos mafiosos —como don Calògero Vizzini— hacen su agosto, gracias en parte a la corrupción de los gobiernos de Roma. El sistema electoral, el control de votos y las fidelidades clientelistas proporcionan gran poder a algunos mafiosos que apoyan a los liberales.

Pero la supresión de las elecciones por parte del fascismo les arrebata ese poder, y casi en seguida son barridos por la dura represión del prefecto fascista Mori en los años 20. Pero el fascismo sólo es capaz de reprimir: los intentos de reforma fracasan.

El mundo siciliano sigue en pie también por debajo del Estado fascista. A su caída, los mafiosos recuperarán su poder, y con creces.

SICILIA Y LA OCUPACION ALIADA

El 10 de julio de 1943 los aliados ponen pie en Sicilia, es decir, en Italia. El 25, el rey y el general Badoglio llevan a cabo un golpe de Estado contra Mussolini. El imperio fascista se derrumba. La autoridad de Roma desaparece. La sustituye la de los aliados. Importantes mafiosos norteamericanos, como Lucky Luciano, y sicilianos, como don Calògero Vizzini, han facilitado —hoy en día no se sabe aún en qué medida— la invasión aliada, en especial la estadounidense en Sicilia centro - occidental (3). Como remate, el coronel estadounidense Charles Poletti, agente de la OSS (predecesora de la CIA) y con oscuras relaciones con los ítalo - norteamericanos, es nombrado jefe del Gobierno Militar aliado en Sicilia (AMGOT). y don Calò, cacique de Villalba, es nombrado alcalde de su ciudad por un oficial de Patton, en los mismos días de la invasión, estando presente un representante del obispo de Caltanissetta.

Con la ocupación aparecen la corrupción, el mercado negro, el deshilvanamiento institucional y legal, favoreciendo actitudes y modificaciones que van desde la creación o revigorización de viejos poderes apartados por el fascismo (partidos políticos, mafiosos) hasta la multiplicación de bandas, delitos, negocios sucios. El **intrallazzo** (comercio improvisado e ilícito, mezcla de contrabando y estraperlo) enriquece a muchos, incluidos oficiales norteamericanos. Mientras, los aliados progresan en su avance a lo largo de la península, donde, aquí sí, operan ya los partisanos.

Por encima y por debajo de todo esto, muchos grandes



Charles Poletti, jefe del Gobierno militar aliado en Sicilia. La ocupación aliada precipitó, y favoreció, el resurgimiento de algunas mafias importantes y del bandolerismo.

(3) Los mafiosos indicaron a los aliados movimientos de barcos de guerra y tropas, y presionaron sobre los soldados sicilianos del Ejército italiano para que abandonaran sus unidades y volvieran a sus casas. En el oeste de la isla, los aliados apenas tendrán que combatir, al contrario que, en el este, los británicos.
El senador Kefauver aludirá en cierta ocasión a los «inestimables servicios» prestados por Luciano a las Fuerzas Armadas estadounidenses.



Lucky Luciano. Este capomafia estadounidense prestó inestimables servicios a la causa aliada a través de sus conexiones con los capimafia sicilianos. El Gobierno de Washington le reconoció que su ayuda había sido determinante para una más fácil invasión aliada de la isla.

mafiosos —los menos afectados por el fascismo— se reorganizan, con la ayuda del AMGOT, y de la Cosa Nostra estadounidense, es decir, de las «familias» mafiosas de allende el océano (4). Como dice Salvatore Francesco Romano, «la mafia es investida por primera vez de una función política en pago por los servicios prestados a los aliados». Entre 1943 y 1944 se encuentran en Italia grupos gangsterianos ítalo - americanos, algunos de los cuales, como los de Luciano, Vito Genovese o Genco Russo, se mantenían relacionados con algunas **cosche** isleñas, como la de don Calò. Si hasta ahora los mafiosos habían buscado la alianza con el poder, desde este momento irán identificándose, a la americana, con el poder mismo (Gaja), y como hará, hasta su muerte, don Calògero.

En cuanto a los negocios, los mafiosos proamericanos acaparan el mercado negro, protegidos por el AMGOT. Para ello tendrán que eliminar la competencia de comerciantes e **intrallazzisti,** y la de los bandidos, nacidos como hongos, éstos, en un ambiente de desmoronamiento y brutalidad, en el que las represiones de la policía apuntan más hacia humildes contrabandistas campesinos que hacia los grandes capitostes de los negocios. Surgen así las bandas de Capitano, de Alfaro, de los hermanos Ongrao, de Turrisi, de Trabona, de Giuliano.

De Roma se teme el frente popular —la izquierda está participando en el Gobierno—, la reforma agraria, la reafirmación del centralismo. Bajo el ala del AMGOT, la derecha tradicional (monárquicos, liberales, pronto democristianos) se reorganizan. Y se organizan, ¡cómo no!, algunos grandes mafiosos, autónomamente, o como colaboradores de esa derecha y de los feudatarios en sus querellas con los campesinos: don Calògero Vizzini será llamado a proteger el feudo Micciché. Algunos mafiosos apoyarán a las izquierdas, pero serán eliminados rápidamente. Así, las mafias van a llevar sus ataques, junto a la derecha, contra los movimientos campesinos, que toman gran auge desde 1944, desesperados ante las reformas que no llegan nunca. Uno de sus líderes, Li Causi, será asesinado ese mismo año. Un mafioso, Lucio Tasca, escribirá un libro sintomático sobre las nuevas andaduras de los «hombres de respeto»: **Elogio del latifundio,** un aviso contra las veleidades campesinas.

Durante un tiempo, además, los mafiosos se introducirán también en los ambientes separatistas, e incluso los dirigirán. Luego lo veremos.

Junto a las mafias y a las derechas, utilizado por ambas, aparecerá siempre, desde ahora, el bandolerismo, y en especial una figura pronto notoria y afamada: Salvatore Giuliano. Para los amigos, Turiddu.

GIULIANO

Giuliano aparece en la historia con el separatismo. Antes, su biografía es irrelevante, «normal». Nace el 2 de noviembre de 1922 en Montelepre, pueblo pobre con fuerte caciquismo, al su-

(4) Las «familias» estadounidenses habían conservado ciertas formas, pero habían perdido su carácter mafioso genuino y se habían convertido en verdaderos empresarios más o menos legales e incluso en meros gangsters.



El abogado Andrea Aprile fue durante la segunda guerra mundial, el mayor exponente del separatismo siciliano. (En la foto, es el segundo por la derecha, haciendo el saludo separatista, tres dedos abiertos que simbolizan el escudo de Sicilia).

roeste de Palermo. Es educado —a los 13 años deja la escuela— en un ambiente de rebeldía social e incomunicación con el Estado, en un mundo de doble moral: una, que trata de cumplir o rodear las normas estatales; otra, que se atiene a la moral social siciliana, el caos posbélico lo lleva al contrabando. Un conflicto con un carabinero, que pretendía requisarle un saco de trigo que llevaba al mercado negro, empuja a Turiddu al bandidaje: Turiddu mata al carabinero y se echa al monte. Es el 2 de septiembre de 1943. No tiene aún 20 años.

En noviembre mata a otro carabinero. La policía interroga brutalmente a familiares de Giuliano. Una represalia desencadena la siguiente. En enero de 1944 libera a varios presos de la cárcel de Monreale, con los que forma su primera banda. Giuliano vive de los «impuestos» en dinero y especie cobrados a los terratenientes, que luego distribuye en parte, ostentosamente, entre los campesinos. Algunos «listillos» se hacen pasar por él y cobran «impuestos». La justicia de Giuliano acaba con ellos.

Por ahora Turiddu es sólo un representante más de ese tipo social, habitual en todo el Mediterráneo, que es el bandolero, el «bandido generoso» de la tradición, que no debe confundirse con el simple ladrón o con el gangster; ni mucho menos con el mafioso, que no es un delincuente en rigor de términos. El bandido que se lanza al monte suele ser un fugado de prisión, un huido tras una revuelta campesina o tras una venganza de sangre, o un prófugo, acciones todas contrarias a la justicia estatal, pero no a la moral siciliana.

Por eso la familia, los amigos, los vecinos del pueblo —en la banda siempre hay algún pariente o algún paisano del jefe— lo ayudan, e incluso, lo elevan a la categoría de héroe socio - político, y a veces, algunos representantes nativos de las fuerzas del orden locales cierran un ojo. Si el bandolero, y Giuliano está en ese caso, poseyera una ideología política más estructurada, menos local, si aspirase a conquistar el poder, se convertiría en un líder político. Pero Turiddu es demasiado joven, inexperto e ignorante. Y, además, pronto va a caer en las manos de poderes formidables que saben muy bien lo que quieren.

En un primer momento, Giu-



Don Calógero Vizzini, el más importante mafioso de Sicilia en 1943, el cual fue investido por los aliados —por consejo de Lucky Luciano y otros mafiosos americanos— como colaborador supremo del Gobierno militar aliado en Sicilia.

liano va a dirigir sus armas también contra algunos mafiosos y sus matones, que protegen feudos y haciendas.

Sin embargo, demasiado pronto, Giuliano va mostrándose más prudente con los **capimafia**, muchos de ellos ya poderosos, que son los únicos que pueden llegar a ayudarlo o, al menos, a advertirlo sobre los movimientos de los carabineros, que ya le siguen los pasos. Comienza a abandonar el bandidaje social. Se dedica ahora al secuestro de empresarios urbanos, por los que pide un rescate, conectado quizá con algún mafioso.

EL CORONEL GIULIANO

Ya presente de algún modo en el pasado, reforzado después de la Unidad en el siglo XIX, el separatismo ve su oportunidad con la caída del fascismo y el apoyo aliado, en 1943. Revitalizado por Andrea Finocchiaro Aprile, por Várvara y Cánepa, el separatismo es alentado por los británicos y, sobre todo, por los estadounidenses y por los «grandes» de la Cosa Nostra. Todos esperan hacer de Sicilia «la Malta del futuro» (Huré). El coronel Poletti será uno de sus propulsores.

En la isla, el apoyo al separatismo proviene de los sectores nacionalistas sicilianistas, de ciertos utopistas de izquierda y de numerosos terratenientes, **gabellotti** y mafiosos, todos ellos reunidos bajo la bandera roja y amarilla, con las tres piernas en estrella, símbolo de Sicilia.

Ya un poco antes de la ocupación de Sicilia, agentes estadounidenses habían penetrado en la isla para preparar el futuro movimiento

secesionista. Ya en plena ocupación, en 1944, mientras en Roma se piensa ya, también, en conceder la autonomía a la isla, los aliados, a través de Charles Poletti, y aprovechando la hostilidad hacia los peninsulares, lanzan de nuevo el separatismo, al que dotarán de dinero y armamento durante tres años.

Un sector del separatismo, en el que se hallan mafiosos locales aliados a la Cosa Nostra —ser mafioso significa ser ya un poco sicilianista, como dice D. Mack Smith—, aspira nada menos que a unir Sicilia a Estados Unidos como el «estado número 49» de la Unión, con el fin de neutralizar las reformas de Roma. Para las mafias, en concreto, significará actuar autónomamente y ligar definitivamente a las grandes **cosche** de la isla a la Cosa Nostra.

El autonomismo tradicional, la miseria y la irritación ante la indiferencia de Roma harán el resto. Los grandes mafiosos quieren su propio separatismo. Para ello, con ayuda aliada, ponen en pie su propio ejército, el GRIS-EVIS (5), a cuyo frente hay sicilianistas, caciques, obispos, nobles y bandidos. Entre todos éstos estará Giuliano, con el grado de coronel. Inicia la lucha Sicilia oriental, dirigida por el bandido Avila, de Niscemi. Giuliano lo imita en Sicilia occidental. Se combate contra el Ejército central y se ejecutan numerosos golpes de mano. La guerrilla dura hasta abril de 1946; y con ella, los mafiosos pro - americanos logran dos objetivos: controlar el bandidaje y utilizar a los

(5) *GRIS:* Gioventù *Rivoluzionaria per l'Indipendenza della Sicilia. EVIS: Esercito Volontario per l'Indipendenza Siciliana.*



Giuliano en acción. La OSS (predecesora de la CIA), los monárquicos de Umberto II, los democristianos, el Vaticano y los latifundistas sicilianos lo aprovisionaron y apoyaron durante años, mientras les fue necesario.



Primer Gobierno de De Gasperi, en 1947. La Democracia Cristiana triunfó en las primeras votaciones gracias al apoyo de bandidos como Giuliano y de las mafias. (El tercero por la izquierda, con traje más claro, es Scelba, que tendrá una destacada intervención en todo el affaire Giuliano).

guerrilleros para sus fines. De paso, fortalecen a la derecha, su aliada. Finocchiaro Aprile y Várvaro son detenidos por la policía; Cánepa, que se había aproximado a la izquierda (por «una Sicilia socialista y autónoma») es muerto por la policía. Conseguido esto, el separatismo se extingue.

Paralelamente, para dificultar la reforma agraria, los hombres de las mafias asaltan las sedes de los partidos comunista y socialista, disparan contra concentraciones de campesinos y asesinan a sus dirigentes. Por su lado, la policía hace lo que puede, y reprime con las armas las manifestaciones campesinas, como la de octubre de 1944, con un saldo de 107 muertos. Pero a su vez, y hasta 1947, unos 800 carabineros de los destinados a proteger la aplicación de la reforma agraria, son muertos o heridos por los mafiosos.

La reforma queda así en suspenso casi dos años, hasta la victoria de la izquierda en las elecciones regionales de 1947.

De semejante experiencia Giuliano sale reforzado. Ha dado pruebas de inteligencia, valentía y dotes de mando, y el paso de bandido generoso a coronel amigo de la derecha apenas ha sido entrevisto por sus admiradores (que le escribirán incluso unas coplas, como las de Cicciu Busacca, **Ballata di Giuliano, Re dei Briganti,** «Balada de Giuliano, rey de los bandoleros») y admiradoras, sobre todo extranjeras, inglesas, norteamericanas o suecas, como María Zilliacus, que iban a visitar al «héroe latino», al «bandolero siciliano», o a acostarse con él.

METAMORFOSIS

¿Cómo es Giuliano? El bandido, dice un autor, muestra cualidades de jefe, implacabilidad, chulería, aparatosa generosidad, instinto publicitario (amén de útiles nexos políticos), tentando a la suerte con su impermeable blanco que se veía de lejos —¿quién no recuerda el film de Rosi?—, comiendo en público a veces, charlando con todos y moviendo ostentosamente las manos llenas de grandes anillos, visitando a su familia en Montelepre y concediendo entrevistas.

Giuliano encaja perfectamente en el sistema cultural siciliano. Su ideología es sumaria, como correspondía a su situación y contexto.



Los carabineros rastrean un pueblo siciliano en busca de Giuliano.

Sabía que los pobres no podían ser amigos de los ricos, y que aquéllos debían tener derecho a apropiarse de las riquezas de éstos. Su reformismo, como aclara Lewis, era «político» y pretendía adecuarse a lo que creía que era la idea del cambio social de Roma, del Norte, como en sus primeros tiempos, y se había adherido con sinceridad, además, al separatismo. Su idea central era la **justicia para los pobres,** y él iba a ser su instrumento contra los «malhechores», entre los que incluía a ladrones de gallinas, **capimafia,** políticos y feudatarios, y más tarde «rojos». Así, en su actividad, se cuentan ejecuciones de otros bandidos, de violadores de mujeres, de **gabellotti,** de estafadores, de desahuciadores, de algún rico y algún mafioso: «Un rico —decía— no echa de menos un millón, pero si a un pobre le quitáis un saco de trigo lo dejáis en la miseria».

Si Giuliano aceptó alianzas con mafiosos, terratenientes y políticos fue con entera repugnancia, y con la esperanza de romperlas en la primera ocasión. Pero él, pobre paleto, muy por debajo de los entresijos de la política nacional, y no digamos de la internacional, apenas se dio cuenta de hasta dónde se metía y de cómo le iba a ser imposible salir. Por otro lado, la liquidación de bandidos de izquierda en otras zonas por parte del Estado o de los mafiosos, quizá lo afianzó en su idea de que el camino adecuado era la colaboración con los más fuertes que decían querer lo mismo que él.

Un rasgo curioso de su personalidad de siciliano es la atracción que siempre ejerció sobre él **l'America,** es decir, Estados Unidos, típica de la tradición emigrante del Sur. Pensó incluso en establecerse en aquel país, y su alianza con el AMGOT y con los funcionarios estadounidense, y luego con la Cosa Nostra, le pareció siempre natural (6).

Sobre todo ahora, a mediados de 1947, cuando se creía que la izquierda iba a vencer en las elecciones de 1948, lo que asustaba a las derechas y a Washington.

ALTA POLITICA

De cara a las elecciones de 1948, pues, hay que hacer al-

(6) Delante de él no se podía criticar negativamente a Estados Unidos. En una ocasión mató a un sindicalista de izquierdas porque, en un mitin, había hablado de «los tentáculos americanos sobre Italia».

go. El Vaticano, los monárquicos de Umberto II —que se juegan el cuello y quieren cambiar de imagen tras su larga alianza con el fascismo, pero que, sin escarmentar, insisten en su postura reaccionaria— y los democristianos —que gobiernan, con De Gasperi, desde 1945, y a los que en Sicilia se les suman numerosos ex separatistas y ex liberales— van a poner toda la carne en el asador, mientras que la izquierda, en la euforia de la victoria sobre el fascismo, se muestran moderados y conciliadores.

En Sicilia, los restos del Partido Liberal (repleto de mafiosos) y los monárquicos se unen. El democristiano De Gasperi olvida delitos y separatismos y perdonan a demasiados bandidos y **capimafia**, como don Calò, que desertan del separatismo y del liberalismo y se pasan en bloque a la Democracia Cristiana. Los curas sicilianos (con la DC en el Gobierno, los católicos del Sur y los terratenientes se recuperan) tratan de influir sobre sus feligreses más tibios a través de sus mujeres y de la confesión. ¿Denominador común en tanta diversidad? El anticomunismo, que va desde el rechazo del marxismo - leninismo hasta la negativa a construir escuelas o a repartir tierras.

De 1944 a 1948 las mafias democristianas, que han desarticulado el movimiento campesino, son elevadas por la DC, como pago, al rango de «elemento fundamental del nuevo renacer italiano», con la aquiescencia de Estados Unidos.

La cosa se complica un poco cuando en 1946 Roma, acabado el separatismo, concede a Sicilia la autonomía regional. Pero ello no impide que los bandidos, los mafiosos (y muchas veces las fuerzas del orden) sigan atacando sedes comunistas, asesinando a sindicalistas y aterrorizando a los braceros, haciendo, en suma, una campaña electoral a la italiana.

El momento culminante de los atentados es la feroz matanza de campesinos de Portella della Ginestra, el 1 de mayo de 1947, con ocasión de la romería que en honor del Día del Trabajo se celebraba siempre, incluso durante el fascismo, en la zona de Piana dei Greci. Ese año se celebraba, además, la victoria electoral de las izquierdas en abril de ese año sobre la coalición latifundistas - mafias - DC; aquéllas habían obtenido 29 escaños de ésta en la Asamblea Regional insular. En tres minutos hay 67 víctimas (11 muertos y 56 heridos), ametrallados por la banda de Giuliano. La repercusión del hecho es enorme.

Pero hay más responsables: el ministro del Interior, el democristiano y siciliano Scelba —y su ayudante el inspector de policía Mesana, antiguo «protector» de Giuliano—, el príncipe Alliata, el monárquico Marchesano, los capimafias Bernardo Mattarella y Calogero Vizzini, el cardenal de Palermo y el obispo de Monreale... (7). El Ministerio del Interior concede pasaportes a los ejecutores que quieran «alejarse». Se dice que la alegría de Truman es grande. El presidente norteamericano se carteó, después de la matanza, con Giuliano, reconocido como jefe del Movimiento para la *Anexión* de Sicilia a la Confederación Americana (MASAC). En las cartas pueden leerse frases como «contra el peligro comunista en el Mediterráneo», o «los jefazos han sido elegidos gracias a mí [Giuliano] y ahora la mafia me está utilizando», o bien, «...poder irme a Estados Unidos... Querría un salvoconducto». Además, ¿Scelba no había prometido acaso: «Si Giuliano hace esto [el atentado de Portella] por nosotros, podrá pedirnos lo que quiera»? El ex bandido social comienza a entender algo, pero todavía poco.

EN PAGO A LOS SERVICIOS PRESTADOS

En el período que corre entre la autonomía (1946) y el comienzo de la reforma agraria (1950), los bandidos y sus amigos acaban con cualquier veleidad de las izquierdas: apartados los comunistas del Gobierno en 1947, en las elecciones nacionales de 1948 la DC obtiene el 156 por 100 más de votos que en 1947. Truman va a luchar contra la «vieja» mafia local tradicional, para dejar sitio a la Cosa Nostra americana y a los nuevos mafiosos indígenas americanos, y ello, con la ayuda de Giuliano e indirectamente de Roma.

Sobre todo después del 18 de abril electoral, Salvatore cree que su cometido ha concluido. En consecuencia, pide la recompensa y, temeroso por su actividad anterior, garantías de impunidad o la salida del país.

Pero es un elemento peligroso. Sabe demasiado. Ha hecho demasiadas cosas que la derecha, preocupada ahora por su respetabilidad, debe

(7) El inspector Ettore Messana, hombre de Scelba, fue quien ordenó disparar en Riesi contra campesinos de izquierda. Saldo: 20 muertos y 50 heridos.

enterrar. ¿Quién puede ayudar a Giuliano precisamente ahora? De los amigos parece no quedar nada. Turiddu, que sigue siendo joven, pero que ha hecho una larga experiencia en tres años, inicia una verdadera campaña de supervivencia entre 1948 y 1949, desahogando su rabia impotente contra dos blancos. Uno, acertado, los mafiosos y los democristianos: intenta secuestrar a don Calò y a Matarella, sin éxito; Santo Flores, capomafia democristiano de Partinicol corre peor suerte, pues es acorralado y muerto, con su hijo de tres años y algunos colaboradores (1948). Otro, equivocado, los carabineros: su banda de 60 hombres es perseguida sin descanso. Para «vengarse del Gobierno» que lo ha engañado, se ensaña con los sufridos «números» del cuerpo de Carabineros, ajenos a los manejos de la policía romana, que ya no están a salvo ni en sus cuarteles. En una ocasión caen dos, en otra cinco, o nueve, como en Bellolampo. Los secuestros, robos y asesinatos indiscriminados se suceden vertiginosamente, mientras le siguen llegando algunas armas de la CIA, heredera de la OSS.

Pero el fantasma de Portella, o más bien, el de sus consecuencias, lo persiguen.

Scelba, que en su día había dado el macabro visto bueno del 1.º de mayo, da ahora otro para acabar con el matarife. Se crea el CFRB (o Comando delle Forze per la Repressione del Banditismo), dirigido por el duro y hábil coronel Luca. La vida del bandido ha quedado insoportablemente ligada a la matanza de Portella. Giuliano lo sabe ya y envía fuera, con su cuñado Sciortino, un memorial en el que se desahoga y en el que hay datos comprometedores para muchos.

Pero de Estados Unidos le llega la noticia de que el memorial ha sido robado. Esto puede ser la sentencia de muerte para Giuliano.

Mientras los carabineros le dan caza de manera tradicional y poco eficaz, la policía se le acerca por detrás. Se ha puesto precio a su cabeza, y el coronel Luca entra en



Giuseppe Genco Russo, «sucesor» de Calógeno Vizzini a la muerte de éste. Fue candidato democristiano en las elecciones municipales sicilianas de 1960. En su día se sirvió de Giuliano y apoyó la causa de las derechas isleñas.

contacto con los propios hombres de Giuliano, especialmente con Gáspare Pisciotta, su cuñado. Estamos a fines de 1949. El ex bandido generoso tiene los días contados. La red de confidencias y ayudas mutuas se tupe. Luca, con el apoyo de don Calò y otros mafiosos, le sigue la pista. Luca cree que en los pueblos se encubre a Salvatore: de ahí, registros brutales, palizas, destrozos, tiroteos, pequeños campos de concentración, reparto de salvoconductos firmados por Scelba a los miembros de la banda que prefieran abandonar al jefe... Se contrata a un pistolero, «El Turco», para que mate a Giuliano, pero no consigue dar con él.

El bandido contraataca cada vez más sangrientamente. Hay, pues, que acabar con él de una vez. Pero no debe ser detenido. En el juicio lo soltaría todo.

Así, se va deteniendo a los peces mínimos, a simples colaboradores, que son encarcelados o puestos a salvo. Luego, a los medianos, en parte por la traición de un hombre de Giuliano, F. Mannino, «el Americano», ligado a la Cosa Nostra: A. Guarino, V. Ofanto, R. Candela, G. de Lisi, A. Terranova, que se van al extranjero o a La Legión. Poco después, un pez gordo: G. Cuccinella, lugarteniente de Turiddu.

Este, aislado, aún espera, a veces, un «milagro»: ¿por qué no a él?

En la primavera de 1950 sólo quedan él y dos o tres más. Entre ellos, Pisciotta. Ha llegado el momento.

Policía y carabineros olvidan por un momento su mutua animosidad y establecen un plan con Pisciotta —que está saturado de muertes y traiciones y desea salir de aquello como sea—. Este atrae a su jefe a una casa de Castelvetrano. Tras charlar y cenar, Giuliano y Gaspare se van a dormir. Por la noche Gaspare se acerca a la cama de su cuñado y lo mata. Mientras él sale rápidamente, la policía, apostada en los alrededores, entra en la casa, viste al bandido, saca el cuerpo al patio y el capitán Perenze le dispara una ráfaga de metralleta. «La policía acaba de eliminar a Giuliano».

SICILIA EN ORDEN

Pero el affaire Giuliano no ha terminado. Un asunto tan podrido tiene que envolver con su hedor a mucha gente. Hay demasiadas preguntas sin respuesta. Hoy conocemos ya muchas, como hemos visto. Otras quedarán para siempre en pie.

Muchos de estos interrogantes, con todo, iban a ser planteados en el peligroso, para demasiada gente, proceso de Viterbo, que juzgaría a los restos de la banda de Giuliano, y en particular a Pisciotta. Iba a ser una explosión.

El proceso se abre finalmente en 1954, cuatro años después de la muerte de Giuliano. En las primeras sesiones se sabe que en alguna ocasión Giuliano había sido







Durante los primeros tiempos de la ofensiva del coronel Lucca contra la banda de Giuliano, se prodigaron mucho las fotografías como ésta, en la que aparece el bandido siguiendo con unos prismáticos los movimientos de sus perseguidores. (Fotos Cifra.)



Los hermanos Francesco y Prieto Briguglio, secuaces de Giuliano, que se entregaron, acompañados de su madre, a la Policía.

HA MUERTO GIULIANO

Le mataron los «carabinieri» en una emboscada

Después de un año de persecución, las fuerzas del coronel Lucca han matado al tristemente célebre bandido Salvatore Giuliano. El encuentro entre éste y los "carabinieri" se produjo en la región de Castelvetrano, cerca de la costa Sureste de Marsala, a más de ochenta kilómetros de la zona de Palermo, donde se desarrollaron la mayor parte de sus fechorías. Se cree que Giuliano trataba de emigrar en un barco.

Con este episodio concluye la trágica aventura de un joven campesino siciliano que ha tenido en jaque a las fuerzas del Gobierno por espacio de diez años. Mucho se ha escrito en este tiempo sobre su persona y sus hazañas. Giuliano había sabido rodearse de la popular aureola del bandido generoso y romántico, colocado al margen de la ley por una injusticia, defensor de los oprimidos y ardiente partidario de la independencia siciliana. La realidad es, sin embargo, que en su haber se calculan alrededor de trescientas muertes y no todas causadas en el calor de las refriegas en los montes. Muchas de sus víctimas fueron sentenciadas y ejecutadas con la mayor sangre fría. Un año ha durado la gran ofensiva del Gobierno italiano contra el bandido. A lo largo de este tiempo han ido cayendo, uno tras otro, la mayoría de sus secuaces más importantes. Varios de ellos se han entregado voluntariamente a los representantes de la ley. La aventura acaba de terminar ahora como tenía que terminar.



El cadáver del bandido Rosario Candela, lugarteniente de Giuliano, muerto en la ladera del Monte Montelepre, en las inmediaciones de Palermo, después de un encuentro con las fuerzas de Policía italianas. Había dado muerte a 47 personas, entre ellas, a 18 agentes de Policía.

El «Rey de Montelepre» —como llamaban a Giuliano— ha muerto (foto de la izquierda). Su cuerpo yace en el suelo: el montaje de la policía surtió efecto durante un tiempo, y la misma prensa italiana y extranjera se hizo eco de la «hazaña» del capitán de Carabineros Perenze (en la fotografía, el «ABC» recoge la muerte del bandido).



Reconstrucción cinematográfica de la vida de Giuliano: Giuliano muerto, rodeado por los carabineros y la policía. La película «Salvatore Giuliano», de Francesco Rossi, es un intento afortunado de desmontar y aclarar la versión oficial.

acompañado al médico o a un mercado por el capitán Perenze —su posterior «matador»—, y se sabe que el magistrado E. Pili mantuvo contactos con aquél. En una de las sesiones, Pisciotta, que ha amenazado con decir todo lo que sabe, lanza que los monárquicos y los democristianos «nos decían que si triunfaban en las elecciones quedaríamos libres, y si no triunfaban, que podíamos refugiarnos en una finca que el príncipe Alliata tenía en Brasil». Es demasiado. Pisciotta acaba de firmar su sentencia de muerte.

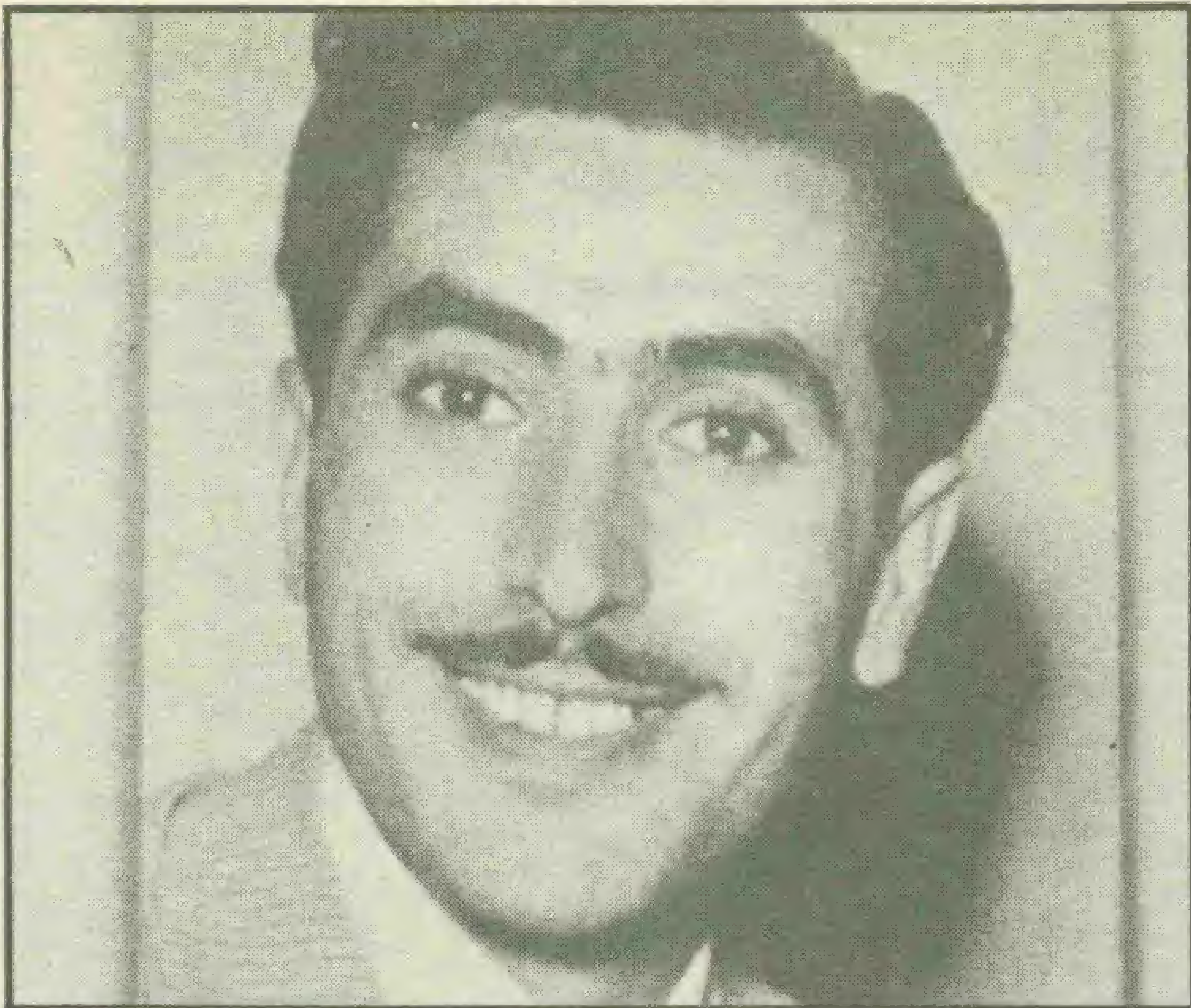
Pese a las extraordinarias medidas de seguridad —su propio padre le prepara las comidas en la celda—, un café envenenado acaba con la vida del cuñado y lugarteniente de Giuliano. Estamos en la prisión de Palermo, feudo de las grandes mafias. El resto del proceso revela bastante poco, salvo lo que ya se sabía: que existía una maraña de complicidades y que las fuerzas del orden había tenido una «extraña» actuación. Finalmente, para el público, se sacó el comodín de «la Mafia» (con mayúscula), sobre la que recayeron algunas grandes culpas no concretadas. Los mafiosos democristianos como don Calògero, Michele Navarra o Luciano Liggio, no fueron molestados. Este último gozó de total libertad de movimientos durante 25 años (hasta 1970), gracias a que, como se supo, conservaba el memorial de Giuliano con los nombres de los instigadores de la masacre de Portella, luego publicados.

Años después del proceso, algunos peces pequeños y medianos fueron eliminados: Minasola, en 1960; Riolo, en 1961. Quizá por alguna mafia o por la policía.

Aquí concluye la historia de Giuliano, quizá, durante un momento, el último bandido generoso, pero no el último asesino de campesinos y sindicalistas. Fueron seis tremendos años de la historia siciliana e italiana.

Al año de la muerte de Giuliano (¿coincidencia o consecuencia?) comienza la reforma agraria. Y en las elecciones regionales de 1951 las derechas, pese a confirmar su control del poder, pierden significativamente el 40 por 100 de los votos de 1948.

Desde esos turbulentos años la DC, a través de sus mafiosos, de sus funcionarios y de la Iglesia, controla la región siciliana, una vez apartada «democráticamente» a la izquierda, aplacado el separatismo con la autonomía y desviada la atención del proletariado y campesinado con la industrialización salvaje, la emigración y el consumo.



Gaspare Pisciota, pariente de Giuliano: fue él quien lo mató en 1950. Para que no hablara, la gran mafia de Palermo lo envenenó en la cárcel.

Beneficiados por el mecanismo parlamentario, los mafiosos democristianos han derrotado a la vieja mafia aldeana o urbana tradicional, y han pasado a ser, de humildes «hombres de respeto», empresarios más o menos legales, «a la americana», diferenciándose cada vez menos de los Agnelli o los Olivetti.

¿Y el bandidaje? El bandidaje parece haber desaparecido de Sicilia, «prohibido» por las grandes mafias y los políticos. Hoy, los **capimafia**, los políticos democristianos de Roma o el Vaticano de Pablo VI o Juan Pablo II, y los amigos de Washington, no necesitan de pequeños bandidos generosos que convertir a su causa. Pero, salvo en esto, quizá la Italia de 1945 no esté tan lejana de la de 1980... ■ **C. A. C.**

BIBLIOGRAFIA

Villari, R.: **Il Sud nella storia d'Italia** *(Laterza, Bari, 1974).*
Alianello, C.: **La conquista del Sud** *(Rusconi, Milán, 1972).*
Huré, J.: **Histoire de la Sicile** *(P.U.F., París, 1965).*
Mack Smith, D.: **Storia della Sicilia medioevale e moderna** *(Laterza, Bari, 1976).*
Romeo, R.: **Il Risorgimento in Sicilia** *(Laterza, Bari, 1973).*
Guichonnet, P.: **Mussolini y el fascismo** *(Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 1970).*
Romano, S. F.: **Historia de la mafia** *(Alianza, Madrid, 1970).*
Varios: **Los verdaderos padrinos: la Mafia** *(Historia y Vida, Extra 2, Barcelona, 1974).*
Kermoal, J.: **La «Onorata Società»** *(Plaza-Janés, Esplugues de Llobregat, 1977).*
Lewis, N.: **La virtuosa compañía (la mafia)** *(Seix Barral, Barcelona, 1969).*
Pantaleone, M.: **Mafia y política** *(F. Torres, Barcelona, 1972).*
Sin autor: **Los gangsters: Salvatore Giuliano** *(Sedmay, Madrid, sin fecha).*
Pierini, F.: «La guerra nel Sud: Il separatismo in vagone letto» **(Oggi).**
Fornari, F.: «Gli ultimi separatisti siciliani» **(La Stampa,** *14-VIII-1979).*



Luciano Liggio fue «sucesor» de los grandes mafiosos, por su importancia y por «lo que sabía» sobre el affaire Giuliano. Esto lo «inmunizará» durante 25 años.



Isabel o la frustración

Andrés Cañas

¡SE van, se van, y nunca volverán! ¡Se van, se van, y nunca volverán!; gritaban al unísono millón y medio de personas al asumir la presidencia el 25 de mayo de 1973, Héctor J. Cámpora. La consigna tenía como destinatarias a las FF. AA., que dejaban el poder después de haberlo detentado

EN Argentina se vive una explosión de júbilo popular. El pueblo se lanza a las calles, las casas se cubren de banderas, los presos políticos son arrancados de las cárceles; el primer intento corporativista de los militares ha sido derrotado.

Los actores del triunfo popular hay que buscarlos entre los jóvenes. Jóvenes obreros, jóvenes estudiantes, jóvenes peronistas, jóvenes marxistas. Los primeros, hijos de la resistencia peronista, nacida con posterioridad al golpe de Estado de 1955, han adoptado una metodología diferente a la que emplearon sus mayores y se forjaron en épocas de dura clandestinidad. Los segundos, más que padres tienen abuelos, los inmigrantes europeos de principios de siglo munidos de vasto repertorio ideológico; socialistas, comunistas, anarquistas.

Esta juventud puso en retirada a las FF. AA. y su proyecto monopolístico... Mas no supo presentar alternativa alguna ante el pueblo. Los jóvenes marxistas descreían, que luego de siete años de férrea dictadura, pudiesen llevarse a cabo elecciones. Los jóvenes peronistas creían en Perón, que desde Madrid, reflexionando sobre el futuro socialista de la humanidad decía: «Con la caída del sistema capitalista, han caído también los políticos que lo sirvieron y sostuvieron. El nuevo político, obedece hoy a nuevas estructuras y nuevos sistemas, se llamen como se llamen. En esa evolución es en la que se ha inspirado el justicialismo (peronismo). Otros han optado por el comunismo o por distintas formas de socialismos nacionales, pero las finalidades no difieren mucho de sus objetivos».

En estos álgidos momentos de la historia, la burguesía argentina optó por Perón. Como siempre, Estados Unidos fue informado al respecto. En 1972, al visitar Buenos Aires David Rockefeller, Antonio Cafiero, hombre del aparato peronista y posteriormente ministro de Economía durante el mandato de Isabel, dio garantías al banquero norteamericano de que a pesar de sus declaraciones públicas, Perón no iba a atacar al capital extranjero. Aunque el proyecto no es el ideal para la defensa de sus intereses. David Rockefeller, aconseja vehementemente al gobierno estadounidense que apoye el retorno de Perón como «la última esperanza contra la revolución comunista en Argentina».

La burguesía nacional, clase hegemónica en el proceso, anhela lograr la paz social merced al carisma del viejo líder. Conseguida dicha paz social, atraer la atención de los inversionistas árabes y europeos; ampliar mercados

Perón
de un pueblo

siete años a través de diversos generales.
Dos ilustres visitantes; el presidente de Chile, Salvador Allende, y el presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós, simbolizaban dos opciones, dos caminos a seguir: transformaciones revolucionarias emprendidas por la vía electoral, o cambios profundos logrados por métodos más radicales. El peronismo gobernante desecharía ambas alternativas.



intensificando el intercambio comercial con los países socialistas; negociar la dependencia con las transnacionales norteamericanas, avalada por el apoyo popular y los nuevos vínculos establecidos. El plan es lúcido. El gabinete, una Torre de Babel: la burguesía por mediación de Gelbard, dirige la política económica; el peronismo revolucionario ha sido compensado por sus luchas con los ministerios del Interior y Relaciones Exteriores; en bienestar social, aparece un oscuro y desconocido personaje, José López Rega.

«La primavera democrática» se vive en profundidad. En la universidad se licencian los profesores más reaccionarios, entre otros, José Martínez de Hoz, y los alumnos colaboran en la elaboración de los planes de estudio; los obreros toman fábricas por decenas exigiendo sus derechos; el presidente Cámpora, da un discurso ante el alto mando de las FF. AA. y los acusa de haber servido a los intereses de las multinacionales norteamericanas. Las palabras de Perón «todo en su momento y armoniosamente» son desoídas en la práctica. Se impone un cambio de rumbo y la presencia del líder en Argentina se torna impostergable. El regreso definitivo se efectivizó el 20 de junio de 1973..., la sangría también.

La más grande manifestación popular, de dos o tres millones de personas, espera en el aeropuerto de Ezeiza a Perón. Prevalecen los contingentes juveniles identificados con las consignas «por la patria socialista» y llevando en alto las banderas de las organizaciones combatientes. Y otra vez la tragedia signando la jornada argentina. Más de mil mercenarios equipados con armas de todo calibre, establecen un cerco de sangre alrededor del palco presidencial. Las bandas armadas responden directamente al secretario privado de Perón, López Rega, actúan bajo la dirección del coronel Osinde, jefe de la guardia personal del caudillo peronista. Mientras la guardia pretoriana asesina y tortura, Perón desciende en una base militar —Morón— situada a varios kilómetros de Ezeiza. Esa misma noche habló por televisión y reprendió amistosamente al pueblo por lo acontecido, había llegado el momento de poner orden.

LA HORA DE LA VERDAD

Carlos Villar Araujo, historiador peronista, estima que a partir de la llegada de Perón comienza en Argentina una comedia de equívocos: «Los burócratas de la última CGT, al frente de sus bandas de matones y esquiroles, jugaban a desempeñar el papel

de los obreros «descamisados» del 17 de octubre. Los empresarios nacionales sobrevivientes, meros proveedores o socios pobres del capital extranjero, se disfrazaban con el lenguaje de la burguesía revolucionaria del 45. El ejército purgado y teledirigido por el Pentágono, hacía como si fuese aquel ejército nacional-industrialista de los años cuarenta. María Estela Martínez, gracias a las brujerías de López Rega, estaba convencida de que ella era la reencarnación de Evita Duarte. Y lo más espantoso de todo: Perón se creía Perón».



Propaganda del Partido Justicialista, presentando la candidatura de Perón a la presidencia de la República, en agosto de 1973, en las calles de Buenos Aires.

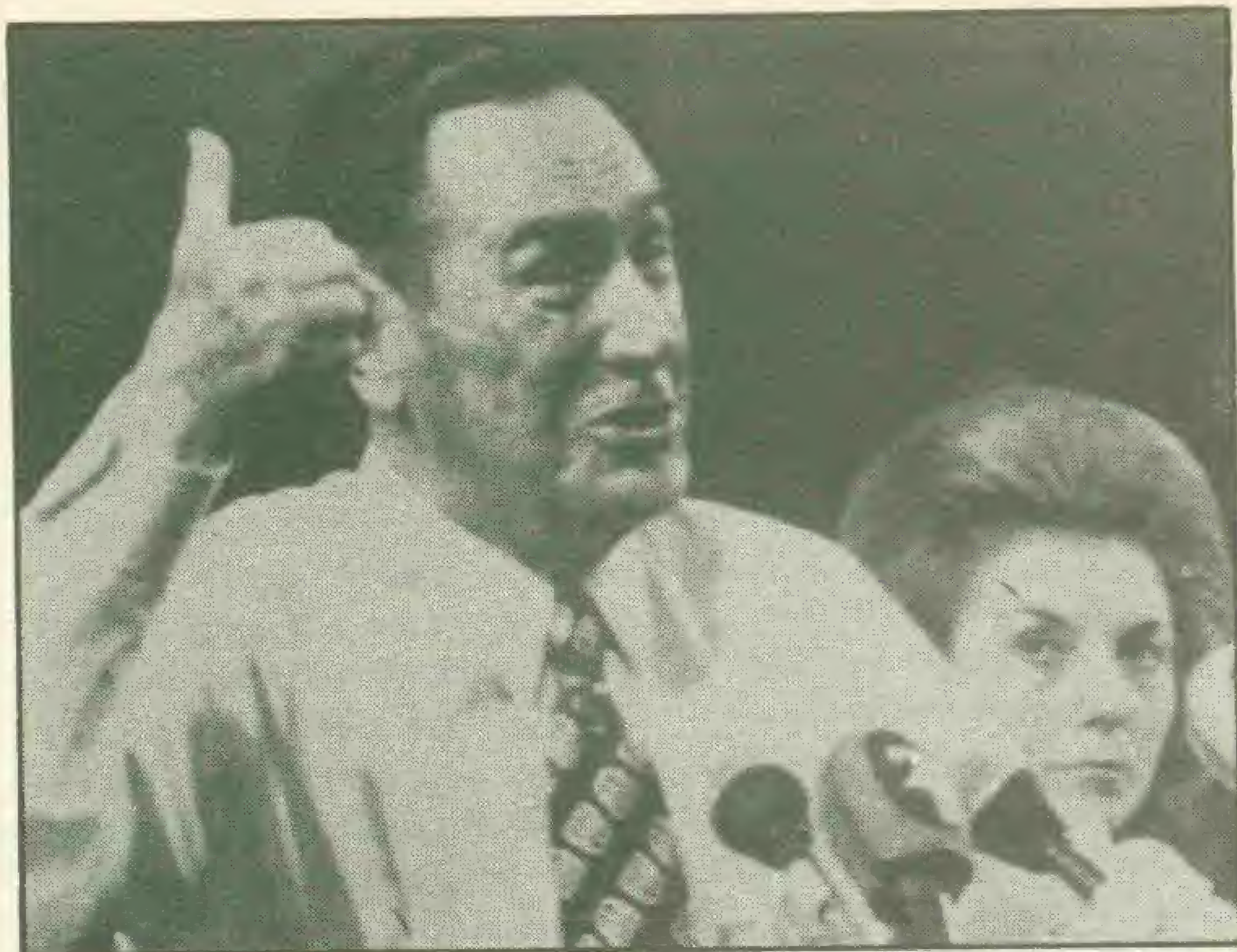
Villar Araujo, se equivocaba; Perón seguía siendo Perón. Lo que había cambiado diametralmente es la coyuntura económica y social, obligando al líder justicialista a quitarse la máscara y desactivar las fuerzas que él mismo ha contribuido a forjar. Si alguna duda quedara sobre esta caracterización, basta formular la siguiente reflexión: ¿Podría la reacción gorila haber consumado con tanta facilidad la entrega del país a los yankis y el aplastamiento de la clase obrera, si las relaciones de producción no hubieran sido exactamente iguales el 16 de septiembre de 1955, que el 17 de octubre de 1945? ¿Podría Estados Unidos haber penetrado tan rápidamente si no hubiera empezado a hacerlo antes del 16 de septiembre?

Julio de 1973, rumores de toda índole circulan por Argentina, y lo esperado se produce: Cámpora que había sido «arrastrado» por el peronismo revolucionario, es derrotado mediante un golpe palaciego y obligado a renunciar. Algunos románticos hablan de renunciamiento heróico que posibilitará a Perón acceder a la presidencia postulándose como candidato en las elecciones a celebrarse en septiembre.

¿Quién acompañará a Perón en la fórmula presidencial? La juventud peronista todavía cree en él y lanza la candidatura de Cámpora como vicepresidente. El caudillo unge con los óleos sagrados a Isabel, ella será vicepresidente y heredera. Las FF.AA., que en la década del 50 cuestionaron y se opusieron a la candidatura de Eva Perón a la vicepresidencia, propician el encubrimiento de Isabel. El entorno (nombre dado por el peronismo revolucionario a la camarilla lopezreguista) y ha hecho una demostración contundente de su poderío al desplazar al sucesor constitucional de Cámpora, el presidente del Senado, y ubicar en su lugar al yerno de López Rega, José Lastiri.

Sobre un total de catorce millones de electores, Perón-Isabel, apoyados por el Partido Comunista, el Frente de Izquierda Popular y otros agrupamientos menores, acumulan siete millones y medio de votos. Un millón y medio más que Cámpora.

La derechización del proceso es evidente: las organizaciones armadas marxistas son declaradas ilegales, los funcionarios progresistas defenestrados de sus cargos, los gobernadores provenientes de corrientes populares intervenidos. A este respecto, el caso más notable se registra en la provincia de Córdoba, donde el jefe de policía —coronel Navarro— depone a las autoridades legítimamente elegidas por el pueblo. Atilio López, vicegobernador y dirigente obrero de límpida trayectoria, no cree que Perón esté al tanto de lo acontecido en la provincia y viaja a Buenos Aires a entrevistarse con el presidente. Este se niega a recibirlo. Cuando regresa a su terruño, Atilio López, es un cadáver político y ha decidido abandonar toda militancia. Poco tiempo después la «triple A» lo asesinaría. La juventud peronista se debate en múltiples contradiccio-



Juan Domingo Perón (en segundo término, Isabel Martínez de Perón), durante el discurso a los delegados del Partido Justicialista, tras la aceptación de la candidatura a la presidencia de la Argentina, en agosto de 1973.

nes. ¿Acaso Perón los ha traicionado? o ¿está rodeado de un entorno que no le permite conocer lo que sucede en la patria? La segunda tesis se impone, a pesar de que la juventud y sectores del peronismo tuvieron en esta etapa más muertos, que durante 18 años de dictadura militar.

Brevemente resumida, la postura de la izquierda peronista es la siguiente: la realidad nacional indica claramente que el pueblo trabajador es masivamente peronista: por tanto, todo quehacer revolucionario debe pasar necesariamente por el peronismo. En sus objetivos finales, la izquierda peronista no se distingue de la izquierda marxista, pero en su táctica sí. La confusión ideológica y política de los jóvenes peronistas de izquierda es tal, que un militante de base se dirigirá a la dirección en estos términos: «...Se ha llegado a la conclusión de que no sabemos si somos nacionalistas revolucionarios, cristianos revolucionarios, socialistas, peronistas o socialdemócratas».

La relación Perón-Juventud Peronista no conoció términos medios; los niveles de acatamiento fueron totales y los grados de enfrentamiento antagónicos.

El 12 de junio de 1974, Perón que ya ha roto con los «imberbes» y gobierna en un país que se torna ingobernable, convoca al pueblo a la Plaza de Mayo. La derecha ha ganado espacios que no hace mucho eran ilusorios; el código penal tipifica como delito las huelgas y amordaza a la prensa, célebres torturadores como Villar y Margaride han sido restituidos a sus puestos de antaño. El anciano líder, en un discurso plagado de galimatías, reparte culpas por doquier y amenaza con su renuncia, intentando recomponer el disminuido consenso. Este sería su último discurso, cerrado con palabras premonitorias y felices: «Me voy llevando en mis oídos, la mejor música, la voz de mi pueblo». Millones de dolidos argentinos desfilarán ante su cadáver. Intelectuales de toda laya, teorizaron sobre las alienaciones del subdesarrollo para explicar el fenómeno del peronismo; un obrero de la construcción, con la irrebatibilidad que tienen las palabras impregnadas de sabiduría popular, lo sentía así: «Cuando niño fui poco a la escuela, ya que era necesario ganarse el pan. La maestra daba clase en una chabola y siempre le debían varios meses de sueldo. Comía gracias a lo que le regalaban los padres de los alumnos. De adolescente trabajé en el campo. En las noches dormía en un establo, tapándome con una agujerada manta.

En 1945 me trasladé a Buenos Aires y escuché a Perón decir que se acabó la época de los explotadores y los abogados chupa sangre. Viví en una pensión y dormí en una cama. Con lo que ganaba en una semana, me alcanzaba para todo el mes, hasta aprendí a divertirme. En los meses de vacaciones, volvía al pueblo y veía a los niños asistir a una escuela confortable. La maestra cobraba todos los meses.

De viejo me retiré del trabajo, y percibo una jubilación. Por todo esto soy peronista».

Suficiente para la Argentina del 40, demasiado poco 30 años después.

EL TURNO DE ISABEL

El peronismo corrió igual suerte que el resto de los movimientos populistas latinoamericanos. En la hora del ocaso aparecieron todas sus falencias, la dirigencia se encarnó en personajes corruptos y aventureros, los grandes y pequeños negociados suplantaron a las propuestas políticas, y fundamentalmente se volvieron contra sus sostenedores: las masas obreras.

Isabel Martínez, es bailarina de cabaret, y un séquito compuesto de magos, hombres de farándula, mercenarios, lumpenes y aventureros se lanzaron al abordaje de Argentina.

En diciembre de 1973, el presidente Nixon nombró a un ex-agente de Inteligencia, Robert Hill, embajador en Buenos Aires. Hill, aparte de exhibir un frondoso curriculum golpista, siendo embajador en España, jugó un importante papel en las negociaciones por el retorno de Perón. Nada más llegar el regordete diplomático, se abraza con López Rega. En mayo de 1974, aparecerán juntos ante las cámaras de televisión para firmar un pacto anti-drogas entre Estados Unidos y Argentina. El discurso de López Rega, no logró ocultar el verdadero transfondo del pacto: «Esperamos exterminar el tráfico de drogas en Argentina. Hemos capturado guerrilleros, después de ataques, que se encontraban altamente drogados. Los guerrilleros son los mayores consumidores de drogas. Por lo tanto, esta campaña contra las drogas será, asimismo, automáticamente, una campaña contra la guerrilla».

La puesta en ejecución de esta campaña, manejada desde la embajada de Estados Unidos, coincide con la súbita aparición de los eficientes y brutales escuadrones de la muerte formulados por el Ministerio de Bienestar Social. La prensa popular de aquellos días decía: «Mientras tanto las organizaciones parapoliciales y en especial la triple A siguen llevando a cabo olas de asesinatos y amenazas. Dos propietarios de una librería céntrica de Bahía Blanca fueron encontrados en la Hormiga, a unos 15 kilómetros de esta ciudad acribillados a tiros con más de 140 impactos de bala en ambos cuerpos. En la capital de Tucumán, fue encontrado el cadáver del abogado izquierdista Dionisio Fagalde; 100 kilómetros al sur, en la localidad de Aguilares, aparecieron junto al camino dos cadáveres que presentaban numerosos impactos de bala y evidencias de haber sido torturados.

En el departamento Sarmiento, Mendoza, fueron hallados los cadáveres carbonizados de un hombre y una mujer. También en Buenos Aires otros cinco cadáveres calcinados fueron hallados al sur de esta capital, las víctimas, cuatro hombres y una mujer habían sido ejecutados y luego transportados en un rodado en el cual fueron abandonados. Todos estos casos han ocurrido en los últimos días».

A su vez el peronismo de izquierda, en el periódico «La Causa Peronista», se preguntaba: «¿Sigue siendo peronista este Gobierno?». Mezclando sentimientos y elementos políticos conceptualizaban: «Mientras el pueblo y los peronistas sumamos un mes de ausencia de Perón, el lopezreguismo cuenta treinta días de un nuevo Gobierno. Y esta ruptura está marcada por la avalancha imperialista; la misma que intentó frenar Perón el 12 de junio y que se desató, ya desbocada, a su muerte. Esa avalancha que venimos mostrando en cada número. Los objetivos de la oligarquía y el imperialismo son múltiples, pero apuntan a un mismo fin: acumular poder. Los ganaderos quieren mejores precios, frenar una legislación que los afecta y limpiar la conducción económica para poner a sus personeros más obsecuentes».

El deterioro económico del país y el avance de los monopolios, son dos caras de la misma moneda. La Comunidad Económica Europea reduce drásticamente sus compras de carne argentina: del millón de toneladas que adquiría en 1970, se pasa a unas exiguas 289.000 toneladas en 1974. La producción de trigo desciende en pocos años, unos tres millones de toneladas y la deuda externa asciende a 9.200 millones de dólares. El último hombre



El presidente de la República Argentina, Héctor Campora (a la derecha de la foto), en compañía del líder del Partido Radical, Ricardo Balbín, (a la izquierda de la foto), poco antes de su renuncia al puesto de primer mandatario de la Nación, en beneficio del general Perón. (Julio de 1973).

de la burguesía nacional, José Gelbard abandona el Gobierno. El proyecto reformista ha expirado. Gelbard es reemplazado por Gómez Morales, quien de inmediato viaja a Estados Unidos llevando como carta de presentación la promesa de derogar la Ley de Inversiones Extranjeras. La gestión de Gómez Morales fracasa; los dólares no afluyen al Río de la Plata: los monopolios estiman que en Argentina no hay condiciones para invertir. «Carece de la paz social», diría un representante de las transnacionales.

LA GUERRA

La violencia se ha enseñorado del país. Se libra una guerra de vanguardias: por un lado los que anhelan profundas transformaciones y han optado fundamentalmente por la lucha armada; por otra, los que desean mantener el sistema utilizando como metodología preferida la tortura y el asesinato.

Montoneros secuestra a los hermanos Juan y Jorge Born, dueños y ejecutivos de la compañía Bunge y Born, la empresa argentina más importante convertida en consorcio multinacional, que opera en 60 países por un monto aproximado a los dos mil millones de dólares anuales. El precio del rescate es importante: 60 millones de dólares, y una solicitada a página entera publicada en las principales capitales del mundo.

PRT-ERP asalta cuarteles y comisarías y logra una importante cantidad de armas que les posibilita en lo militar iniciar la guerra rural en los cerros tucumanos. Desde allí una guerrillera enviaba a sus padres cartas donde se notaba sus esperanzas de triunfo: «Queridos papá y mamá. Cómo les va. ¡Yo estoy muy bien, contentísima. Les quiero confirmar que estoy en la compañía del Monte no más, y contarles cómo es nuestra vida aquí... No sé si llegaré a ver vuestra patria liberada y socialista. Pero desde ya, sólo con esto que estamos viviendo, siento una parte del mundo por el que peleamos. Y además, ya no me cabe duda de que venceremos y de que la Compañía del Monte vencerá».

Aunque las organizaciones armadas sostenían lo contrario, el grueso de la población permanece angustiada y expectante observando el desarrollo de las acciones bélicas, sin participar de forma activa en ellas.

El ejército acrecienta su presencia y en febrero de 1975, cinco mil efectivos rodean los cerros trucumanos. Según informe del Tribunal Russel II, hasta noviembre el ejército ha atrapado 2 guerrilleros, matado 19 y herido 7; sus bajas ascienden a 236.

El Parlamento cumple un rol meramente decorativo, «es una hoja en medio de la tempestad». Los representantes de los partidos tradicionales intentan lograr el desplazamiento de Isabel y el «entorno» y la posterior designación de un presidente provisional que conteste a las FF. AA., evitando así la asonada militar que ya se respira. Otros, pocos, bregan por rescatar lo que aún queda del programa de liberación nacional y social que el pueblo votó. Estas serán blanco predilecto de la triple A. Una de las primeras víctimas de la organización parapolicial fue el tribuno del pueblo, Rodolfo Ortega Peña. El semanario «Hombre Nuevo» decía: «Porque si nos preguntamos a quién sirve esta muerte la respuesta es clara, a los que preparándose a reforzar la represión necesitan silenciar al diputado del pueblo, que haciendo de su banca una tribuna nacional, denunciaba permanentemente los crímenes de los militares populares y apoyaba la dura lucha de los trabajadores».

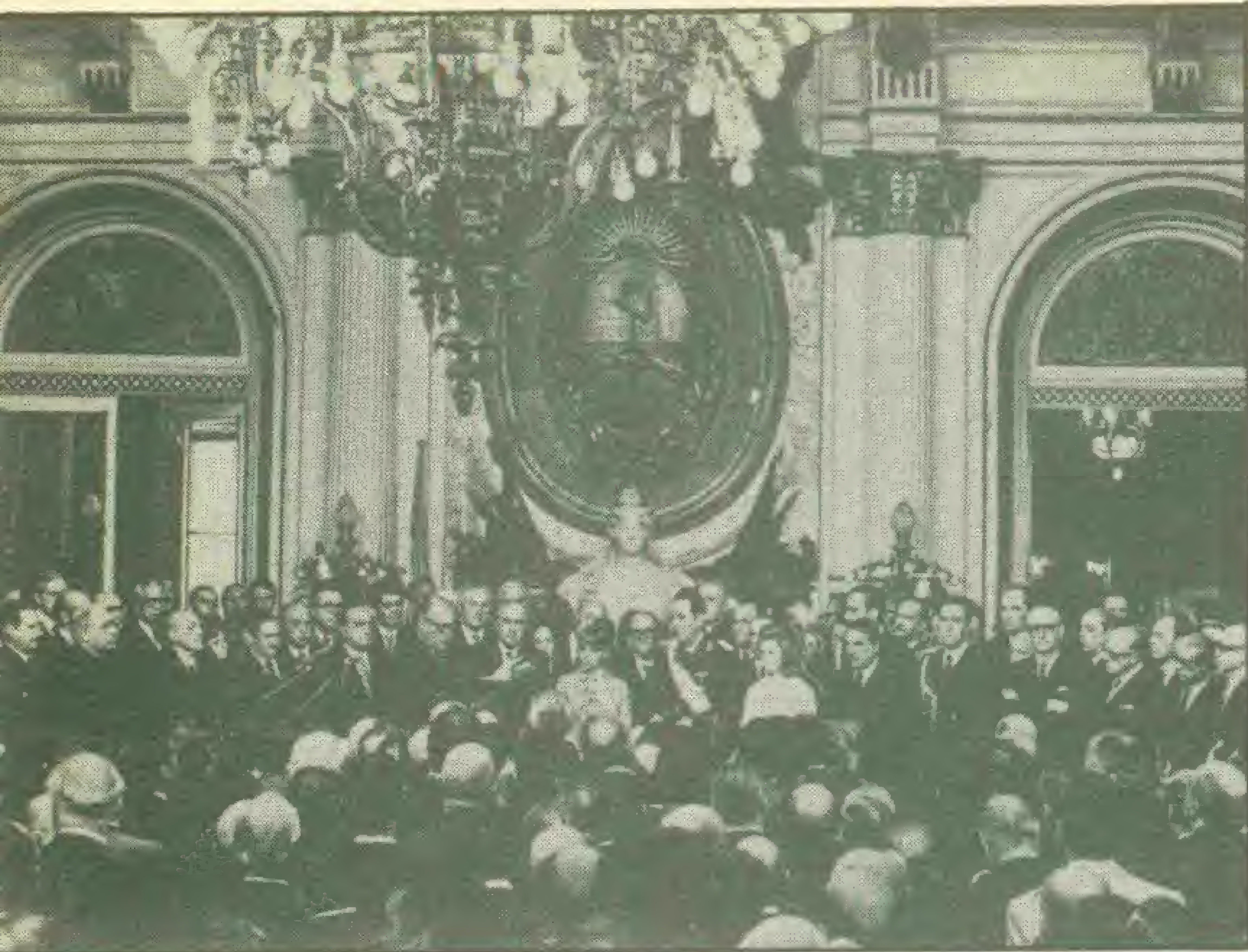
TERRORISMO IDEOLOGICO

Los modos empleados para desplazar a los funcionarios de sus cargos, no son políticos, pero sí eficaces. Raúl Laguzzi, rector de la Universidad de Buenos Aires, es amenazado por la triple A y conminado a dejar el país. Laguzzi se niega, la policía retira la escolta y manos anónimas colocan una bomba en la casa del rector, que asesina a su pequeño hijo de tres meses.

Han transcurrido sólo dos años, desde que la Universidad Argentina se convirtiera en fábrica generadora de una interesante producción cultural y científica, y ya la noble oscurantista se cierne



Héctor Cámpora (a la izquierda de la foto), presidente electo de la Argentina, con Juan Domingo Perón, en el aeropuerto de Roma, el 26 de marzo de 1973.



El nuevo presidente de la Argentina, Juan Domingo Perón, y la nueva vicepresidenta, Isabel Martínez de Perón, juran sus cargos, el 14 de octubre de 1973.

sobre ella. Laguzzi se asila en la embajada mexicana. Su alejamiento coincide con la ofensiva sin precedentes lanzada sobre el sector académico, por el ministro de Educación Oscar Ivanisevich —hombre proveniente del peronismo fascista—, con el propósito de eliminar a todos los elementos progresistas que habían irrumpido en la Universidad Argentina durante el gobierno de Cámpora. Se cesó a miles de profesores, se suprimieron Departamentos enteros, como el de Humanidades, Economía y Geografía de la Universidad del Sur, en Bahía Blanca. Se liquidó la participación estudiantil en el gobierno universitario, se obligó a los alumnos a presentar un certificado de «buena conducta y costumbres» para ingresar en la Universidad, y no faltaron los secuestros y asesinatos de profesores y estudiantes que impusieron en el ámbito universitario un clima de verdadero terror.

Los bajos salarios impulsaron a los intelectuales a buscar otros lugares donde ejercer su profesión con mayor tranquilidad y mejores perspectivas. Para dar un ejemplo, diremos que la mitad del personal profesional de la Comisión Nacional de Energía Atómica, había emigrado antes de marzo de 1976.

La desenfrenada represión se basó en una ideología seudo-nacionalista de rasgos fascistas que hace apología de la autoridad y la familia a lo cual hay que añadir ciertas connotaciones antisemitas. En ese contexto se deben inscribir las palabras del decano interventor de la Facultad de Filosofía y Letras, el sacerdote Sánchez Abelenda: «...Arrancar de raíz las hierbas perniciosas que envenenan la nacionalidad y la familia argentina, por ello los profesores devotos de Marx y Freud tendrán que ir a enseñar a Moscú o a París, porque en Argentina se les acabó la aventura sionista, libertaria y destructora de los valores de la nacionalidad».

La política represiva en la Facultad de Filosofía y Letras se cimentó en la idea de que las carreras de Sociología, Psicología y Ciencias de la Educación formaban un «tipo especial de profesional» que se convertía en «cuestionador ideológico nato»; por lo tanto se separaron de Filosofía y Letras esas carreras y las colocaron bajo la administración de Medicina.

No hubo Facultad que no sufriera el azote reaccionario. El segundo ministro de Educación, durante el Gobierno de Isabel, Pedro Arrighi, se pronunció en contra de la Reforma Universitaria de 1918 pues, a su juicio, la Reforma se realizó bajo la inspiración directa de la Revolución Bolchevique de 1917, para romper «la paz del mundo académico» y en «contra de la estabilidad de la nación». Como se recordará, algunas de las conquistas logradas por este movimiento fueron: la libertad de cátedra, prioridad de la misma, concurso de antecedentes para optar a un cargo de profesor, autonomía universitaria, gobierno universitario—participación de estudiantes y profesores en el gobierno de la Universidad— y gratuidad de los estudios.

En lo que respecta a los Institutos Estatales de Investigaciones, en el transcurso del Gobierno peronista se dio un anticipo de lo que ocurriría después en forma más intensificada: 8 investigadores del Instituto Nacional de Física y Tecnología de San Miguel, provincia de Buenos Aires, fueron amenzados de muerte por la «triple A». Como re-

sultado, algunos de ellos se fueron del país y otros se clandestinizaron por un tiempo. Además, a un gran número de investigadores se les cesó o inhabilitó por el término de cinco años para ejercer su profesión, «es que no se logrará un verdadero triunfo contra la subversión si no se hace una verdadera limpieza en el sector académico para que todos los profesores sean cristianos en pensamiento y acción».

El Gobierno de Isabel debió afrontar tres conflictos gremiales que sacudieron los cimientos mismos del aparato gubernamental. El primero de ellos fue protagonizado por los obreros de la empresa Ika-Renault, en la ciudad de Córdoba. El cordobés es un proletariado nuevo, nacido en la década del 60, cuando la influencia ideológica del populismo peronista ha disminuido.

Es destacable en el avance ideológico del proletariado cordobés, la fecunda labor de Agustín Tosco, el sindicalista de más talla que diera la clase trabajadora argentina.

Los mecánicos de la «docta» exigieron aumentos de sueldo, que cuestionaban el pacto social firmado por la dirigenta porteña, e intentaron frenar el avance de la derecha en la provincia luego del «petit» golpe de Estado dado por el jefe de policía, coronel Navarro.

Tosco (marxista) caracterizaba de la siguiente manera el conflicto: «Esto forma parte del proceso que se inició con el «navarrazo», o sea, que esto es la pretensión de consumar los objetivos que tuvo el «navarrazo», en el sentido de aplastar a la clase obrera y al pueblo trabajador en sus derechos económicos, sociales, políticos y culturales. Lo que no consiguieron con el «navarrazo» lo quieren conseguir con una provocación que está instrumentada a través de la empresa Ika-Renault y que en el plano superior de la política está conducida por el ministro de Bienestar Social, López Rega; por el ministro de Trabajo, Otero; y consecuentemente por quien instrumenta el aparato político. Es decir, se trata de frustrar definitivamente un proceso que votó el pueblo el 2 de marzo por la liberación nacional y social». El enfrentamiento sostenido por los obreros cordobeses, tuvo éxito en el plano reivindicativo, pero el aislamiento a que fue sometido por la burocracia enquistada en la CGT nacional, permitió en un breve lapso de tiempo la intervención del gremio y la obligada clandestinización de los dirigentes locales.



El presidente de la República Argentina, Juan Domingo Perón, de cuerpo presente, el 5 de julio de 1974. Le sucedería en la primera magistratura de la Nación su esposa, Isabel.

La huelga de Villa Constitución duró algo más de dos meses. En esos sesenta y cuatro días, la cuota de violencia fue muy elevada, siendo las masas finalmente derrotadas mediante una intensa acción represiva. Acindar, una de las empresas afectadas por la huelga y de la cual es dirigente José Martínez de Hoz, obtuvo del FMI un préstamo de 100 millones de dólares, en momentos en que los sucesivos ministros de Economía del país fracasaban rotundamente en sus gestiones ante el organismo internacional.

Esos fracasos determinaron el alejamiento de Gómez Morales y su reemplazo por un empresario amante de la magia y amigo de López Rega: Celestino Rodrigo. A poco de asumir Rodrigo hizo gala de un humor negro envidiable, afirmando que debido al alto poder adquisitivo del pueblo se observaba «un desmesurado consumo de alimentos y bienes durables», motivo principal de la creciente inflación. Las medidas dispuestas fueron trágicas; devaluación del peso con respecto al dólar en un

160 por 100 en el mercado comercial, 100 por 100 en el mercado financiero, y 80 por 100 para los turistas. No menos vertiginosos resultaron los aumentos de las tarifas de los servicios públicos y los combustibles; la gasolina aumentó en un 172 por 100, el gas experimentó un alza del 60 por 100, el transporte ferroviario y automotor el 100 por 100, el metro un 150 por 100, y los productos semielaborados crecieron en un 140 por 100. Para completar el cuadro, Rodrigo anuló los aumentos obtenidos por los obreros en las discusiones paritarias con los empresarios.

La respuesta dada por los trabajadores, originó el tercer gran conflicto laboral en el interregno isabelista. Durante estas masivas jornadas pudo observarse cómo un movimiento huelgüístico, motivado por claras reivindicaciones económicas, adquirió en su desarrollo un profundo contenido político antigubernamental. Las masas salieron a la calle en defensa de los convenios colectivos ganados en las Comisiones Paritarias, que Isabel y Rodrigo pretendieron vetar y terminaron produciendo una crisis ministerial con la caída de tres carteras; Otero, de Trabajo; Rodrigo, de Economía, y López Rega, de Bienestar Social, haciendo tambalear peligrosamente a Isabel.

Este formidable empuje de las movilizaciones hizo que la crisis ministerial dejara un vacío de poder, elevándose a la orden del día esa cuestión. La burguesía atravesaba serias dificultades para sostener el poder, y el proletariado y el pueblo no estaban en condiciones de asumirlo.

...lla: por una C.G.T. peronista, clasista, anti-...alista.- John W. Cooke: radiografía del ...ata.- La vicepresidencia y el imperialismo.

LIBERACION

Año I Número 7 2,00 pesos

LA JP CONTRA LASTIRI-LOPEZ REGA Y CIA

XX ANIVERSARIO DEL M. R. 26 DE JULIO

EVITA Y LA REVOLUCION.

LAS FAP AL PUEBLO

Portada del órgano de la Confederación General de Trabajadores Argentina, «Liberación», claramente hostil a la política gubernamental de Isabel Martínez de Perón.



Isabel Martínez de Perón saluda al pueblo argentino, tras su proclamación como presidente de la República. A la izquierda de la foto, su hombre de confianza, López Rega.

LA SUERTE ESTA HECHADA

La burocracia sindical, liderada por Lorenzo Miguel y Casildo Herrera, enfrenta un duro trance; la combatividad de las masas la lleva a adoptar la política de los hechos consumados y apoyar sus protestas; por otro lado, debe disputar espacios al lopezregismo dentro del peronismo y frenar la alianza de otro burócrata (Calabró) con las FF. AA.
Miguel instruye a sus huestes en la defensa de Isabel, Herrera avizorando que las «vacas gordas» se diluyen, apuesta fuerte en los Casinos del Plata y Montevideo, sus palabras son elocuentes: «me borro».
Sectores del peronismo burgués desean prolongar indefinidamente las vacaciones de Isabel y compartir con las FF.AA. el poder, hasta la realización de las próximas elecciones. Las FF. AA. permanecen expectantes, es necesario ajustar la superestructura jurídica política a la estructura económica, dominada por los monopolios, y por tanto, dar por tierra con todo viso de democracia parlamentaria. El peronismo será utilizado como «chivo expiatorio», y los uniformados no desean compartir el poder con nadie.
A pesar de todo, los partidos tradicionales insisten, la Unión Cívica Radical por boca de su presidente Ricardo Balbín, propugna «un gobierno de coalición entre el peronismo, la UCR, la CGT y las FF.AA., para lograr la estabilidad del marco de las instituciones». Balbín, también hacía mención al vacío de poder, «las instituciones no lucen por lo que no lucen sus representantes, nunca fue más fácil entrar en la Casa de Gobierno que ahora porque está vacía».

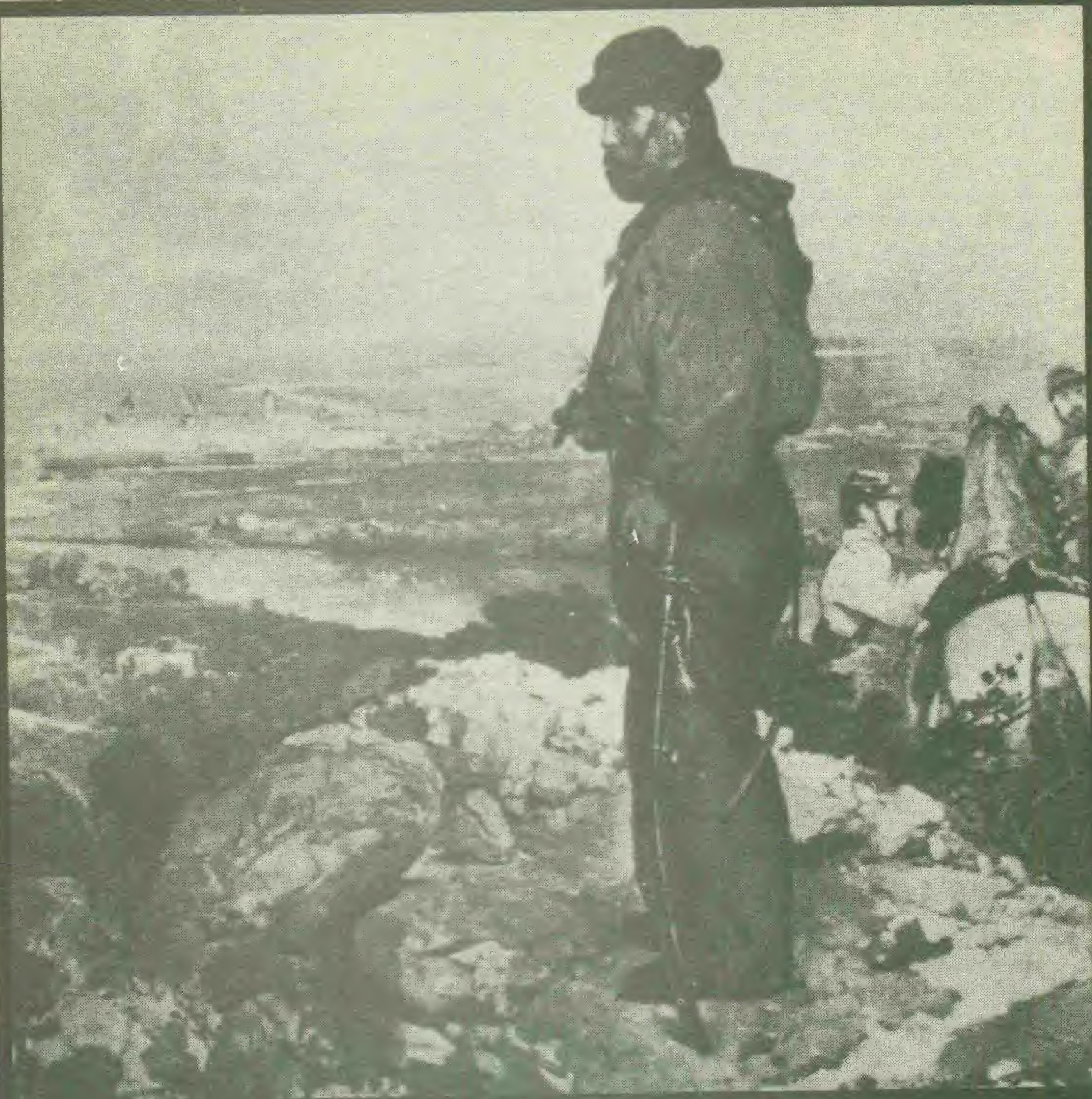
El 18 de diciembre de 1975, se realiza el ensayo para entrar en la Casa de Gobierno.

La aeronáutica se rebela y exige la renuncia de Isabel y su reemplazo por el general Videla. Al cabo de tres días los rebeldes disponen de actitud sin recibir sanción alguna y el alto mando ha calibrado la reacción de la población ante la sublevación. La asonada fue dirigida por el brigadier Capellini, un hombre que luego plantearía problemas al sistema de los detenidos desaparecidos, ya que los cuerpos de las personas fusiladas no recibían cristiana sepultura.

Isabel está inmersa en la restructuración de su décimo gabinete y en la designación del ministro número 55; el salario real ha descendido un 58 por 100; la inflación a fines de 1976, será del 1.100 por. 100; y todo indica que para abril se producirá la cesación de pagos al exterior, las reservas del país son de 600 millones de dólares y las deudas a saldar inmediatamente totalizan 2.000 millones de la misma moneda. El desprestigio del Gobierno es total, el golpe de Estado está a punto. La noche del 23 de marzo, Isabel y su secretario González, son detenidos y llevados al Aeroparque Metropolitano. El preludio del genocidio ha terminado, comienza la primera parte...
Oscar Alende, presidente del Partido Intransigente, sintetizaría con claridad la etapa: «La caída del Gobierno peronista demostró la insuficiencia de una doctrina cuyas limitaciones quedaron bien perfiladas, sobre todo en la imposibilidad de pretender la equidistancia del Estado de los factores económicos, su desinterés en afectar las causas profundas de la dependencia, el definitivo fracaso de la llamada burguesía nacional para conducir un proceso de cambio de estructuras y la frustración que ocasionan las burocracias vacías de representatividad. El final apareció como inevitable, cerrándose así un ciclo en la historia política argentina».
■ **A. C.**



La pancarta sintetiza la crisis del Peronismo, antes del golpe militar.



Garibaldi o la exportación del romanticismo

Nelson Martínez Díaz

«Es un hombre de mediana estatura, rostro quemado por el sol, pero con líneas de una pureza extraña. Estaba sentado sobre el caballo, tan tranquilo y firme como si allí hubiera nacido; bajo su sombrero, de alas anchas y copa estrecha, ornado de una pluma de avestruz, se esparce una floresta de cabellos; una barba rubia le cubre la parte inferior del rostro; sobre su camisa roja trae un poncho americano blanco, ornado de rojo, como la camisa».

Garibaldi, según el suizo Gustavo de Hoffstetter, en: Garibaldi, *Memorias*

GRANDEZAS Y MISERIAS DE LA CONCIENCIA ROMANTICA

Europa conocía, en los primeros años del siglo XIX, la eclosión del período inicial del romanticismo. Este movimiento, que presagia el tiempo futuro de las revoluciones nacionales y liberales, surge como reacción. Esta reacción aparece, en su primera fase, dirigida contra una corriente que con el triunfo de la revolución de 1789 plasma en el estado nacional burgués, resolviendo a favor de esta clase social una lucha librada contra los poderes señoriales durante un extenso período histórico. Movimiento de prolongada gestación, el romanticismo se mostró al comienzo menos dirigido a una afirmación de nuevos valores que a la negación de aquellos que consideraba rígidos y dogmáticos. Respondió a la consolidación burguesa con una sensibilidad aristocratizante, rehabilitadora de temas caballerescos y galantes, así como de todo aquello que caracterizaba al «elegido». Exaltación de valores aristocráticos y la conciencia católica constituía, sin embargo, uno de los extremos del fenómeno. La concepción organicista y dinámica del romanticismo configuró, en definitiva, un elemento favorecedor de los cambios sociales, porque si existieron un Chateaubriand o un Xavier de Maistre, también surgieron un Byron, un Larra y un Víctor Hugo. Si hubo una frecuente mención al «mal del siglo», entendido, en suma, para algunos como la herencia atea y racionalista del siglo XVIII, también emergió una corriente que contenía agudos comentarios sobre las circunstancias históricosociales, con una cabal toma de conciencia de los problemas que traía consigo el nuevo siglo. No debemos olvidar que Wordsworth redactó volantes políticos, que William Blake fue amigo de Thomas Payne, que Byron mantuvo una activa vida política hasta su muerte en las murallas de Missolonghi, que Larra vivió el exilio, que madame de Staël publicó **De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales**, que Heine se refugió en París, con sus obras prohibidas en Alemania.

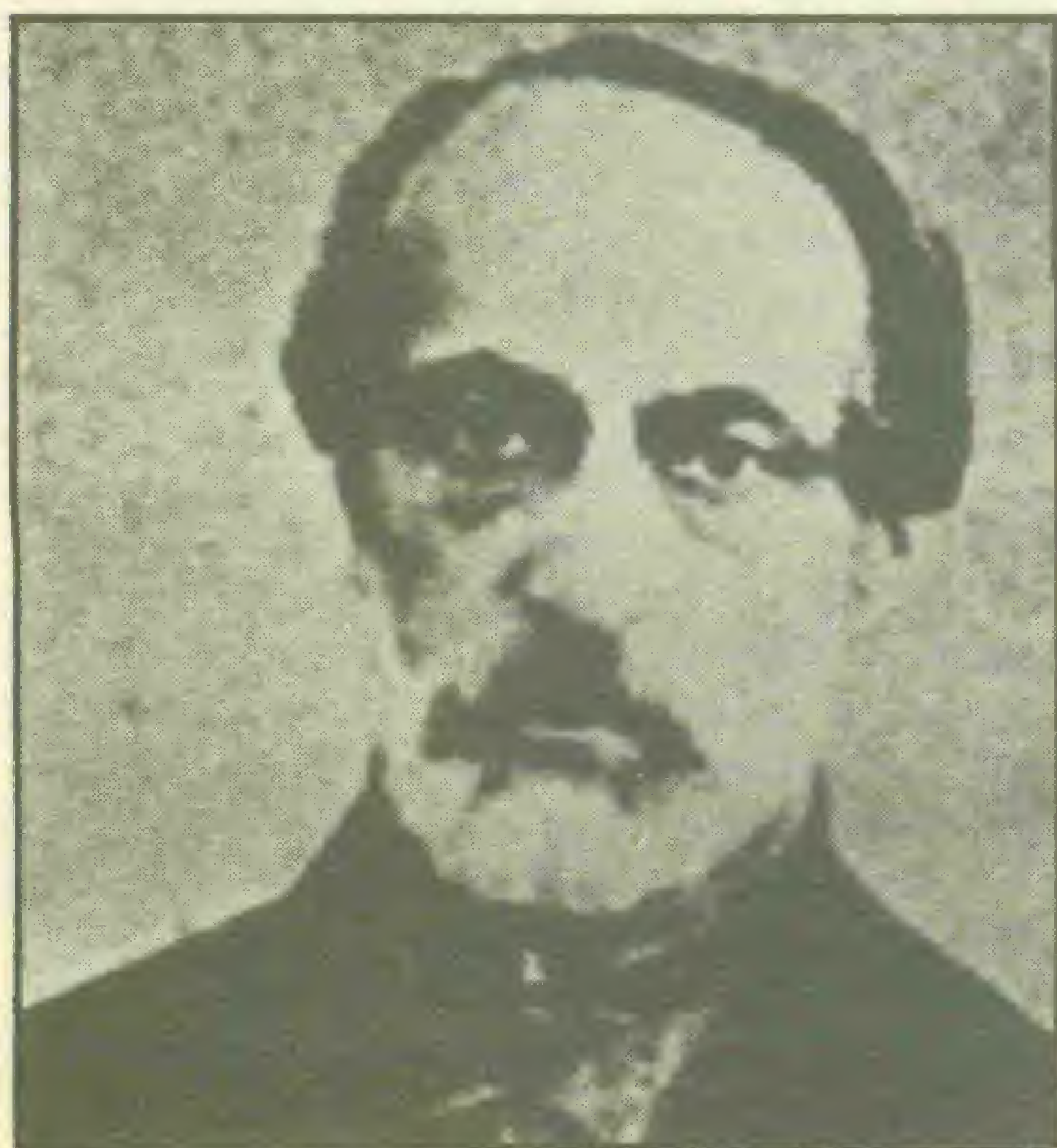
La conflictiva dialéctica romántica nos muestra, durante el período de existencia de estas personas, un panorama tortuoso, donde conviven la regresión nostálgica hacia formas de vida del pasado, el rechazo a la civilización maquinista y material, la exaltación de la libertad y el ascenso de las nuevas luchas sociales. Unas veces elabora utopías que se amparan en concepciones aristocráticas del mundo, y otras se trasmuta en vanguardia ideológica, atacando los baluartes burgueses, denunciando los problemas sociales y alzando su voz en favor de las naciones oprimidas. Pronto nuevas generaciones de poetas y escritores utilizarán el término «burgués» como alusión inequívoca al espíritu estrecho, aludiendo a ciertos rasgos que hacían a esta clase detestable a los ojos de los contemporáneos más sensibles.

Romanticismo y reacción, reacción y revolución, nostalgia del pasado y anhelo de progreso, todo puede llegar a confundirse, a veces, en un mismo espíritu. Si Alfredo de Musset resumía, en **Confesiones de un hijo del siglo**, su desencanto frente a la sociedad de la siguiente manera: «...Los ricos se decían: sólo es verdad la riqueza, lo demás es sueño; gocemos y muramos». Los de fortuna mediana se decían: «Sólo es cierto el olvido, lo demás es sueño; olvidemos y muramos». Y los pobres se decían: «Sólo es cierta la desgracia; lo demás es un sueño; blasfememos y muramos»; por otra parte, Byron anotaba en su **Diario: «Adelante...**, el momento de actuar ha llegado y poco importa la propia persona cuando una sola chispa de lo que

sería digno del pasado puede ser legado al futuro, inextinguible. No se trata de un hombre ni de un millón de hombres, sino del espíritu que debe ser difundido».

Todo esto se manifestó con mayor vigor en aquellos territorios europeos que estaban sometidos a príncipes extranjeros; allí el romanticismo no quedó limitado al terreno artístico y cultural, sino que se incorporó a las vetas políticas de los movimientos de resistencia nacional. La idea-fuerza que supuso el despertar de la conciencia nacional fue recibida con avidez por la comunidad italiana; el énfasis puesto en la importancia de la literatura nacional, en la reconstrucción histórica de instituciones jurídicas seculares, estuvo dirigido a despertar los sentimientos independentistas y consolidar la tendencia a la unidad. En 1820, liberalismo político y romanticismo intelectual conforman un grupo de ideas que se ecaminan en la misma dirección. Desde la emergencia de la corriente romántica hasta Manzoni, que en 1823 escribe su admirable carta sobre el romanticismo en Italia, y luego Giocomo Leopardi, debe señalarse la generación de los años veinte, que se asigna una misión patriótica cristalizada en la figura de Giovanni Berchet, de Gabriele Rossetti, desterrado en Londres, de Vicenzo Gioberti, representante de la corriente neo-güelfa durante el Risorgimiento, así como el propio Giuseppe Mazzini, autor de varios ensayos de importancia. El programa renovador del romanticismo, que acompaña a las grandes revoluciones europeas de la primera mitad del siglo XIX, se encuentra presente en las guerras de la independencia y la unidad italiana. Cierto es que aparece dividido en tendencias, articulado en torno a la compleja vida política e ideológica de la Italia del período, pero testigo y partícipe de acontecimientos esenciales.

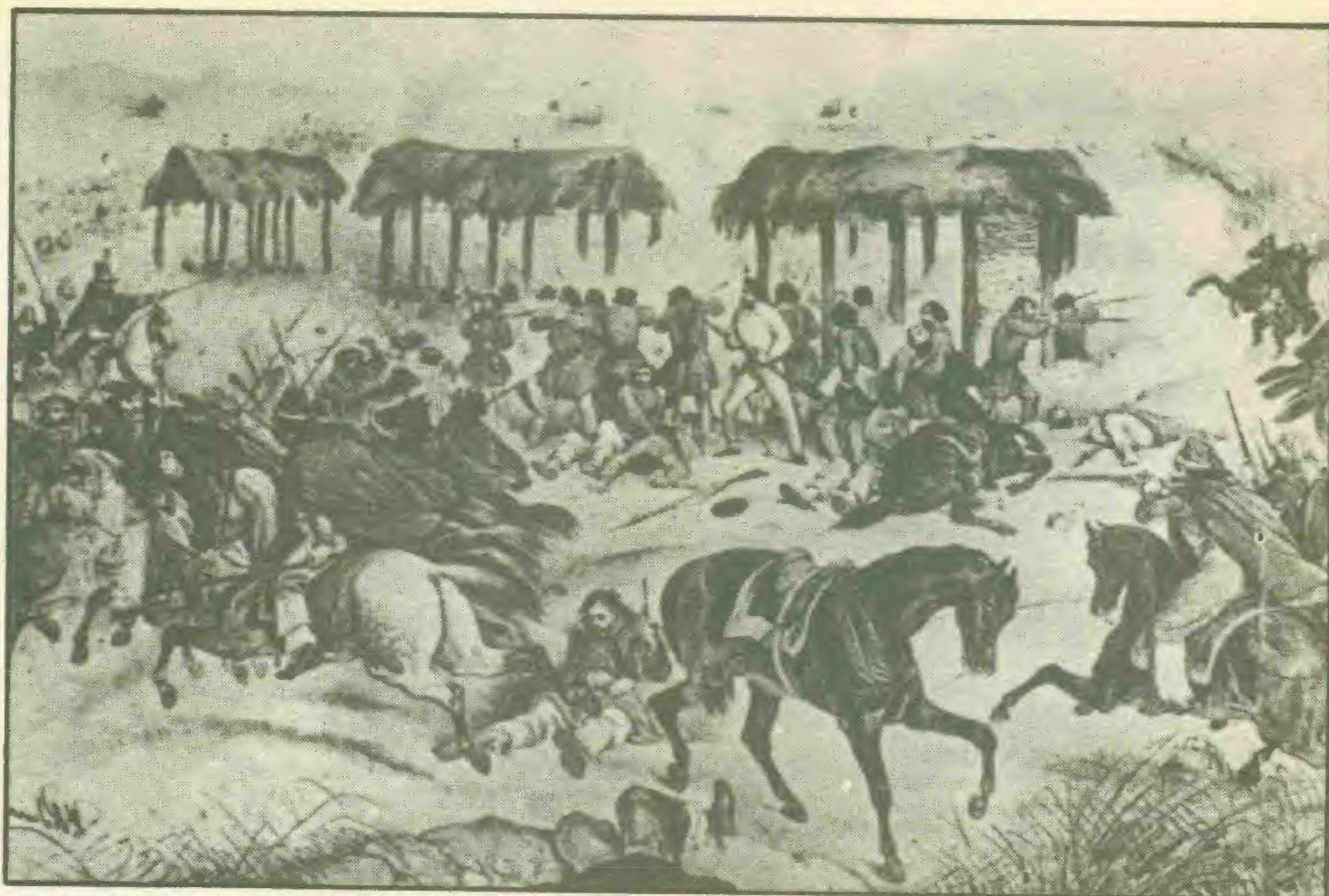

Garibaldi en tiempos de la fracasada conspiración de 1834. Su figura de revolucionario romántico sería conocida en Europa y América.


Mazzini, con su programa de la «Joven Italia» alentando el ideal republicano, se convirtió en personaje clave de la Unidad Italiana.

GARIBALDI Y LA JOVEN ITALIA

«Nací en Niza, el 22 de julio de 1807», nos dice Garibaldi en sus **Memorias.** Su abuelo y su padre habían sido marinos de profesión y los ingresos familiares permitieron al joven descendiente cursar algunos estudios. Más tarde, él mismo hablaría de ello: «No vayan a juzgar por esto que mi educación fue aristocrática. Mi padre no me mandó a que me enseñaran gimnasia, esgrima o equitación. La gimnasia la aprendí trepando por los cabos de los navíos y dejándome deslizar por las jarcias; la esgrima, defendiendo mi cabeza y procurando lo mejor que podía quebrar la de los otros; y equitación, tomando el ejemplo de los primeros caballeros del mundo, esto es, de los gauchos».

Corrían entonces malos tiempos para el libe-



En la batalla de San Antonio, en tierras uruguayas, los garibaldinos demostraron su fervor por la causa de la libertad de los pueblos.

ralismo europeo. La historia de las persecuciones, encarcelamientos, fusilamientos o destierros, es abrumadora. Paradójicamente, el resultado de una represión de extrema dureza fue la formación de la conciencia revolucionaria. Sobre todo en aquellos países que aparecían como marginales al nuevo orden europeo surgido en 1815, como el caso de Italia. Y este renacer de la ideología liberal se alió con el nacionalismo, emergiendo entonces con pujanza incontenible. Negada la posibilidad de expresarse en el pleno de la política legal, la ideología liberal se refugió en la clandestinidad integrándose a la nueva fuerza que conformaban los movimientos opositores a los regímenes autoritarios. Crece así la oposición de los estudiantes alemanes, la **Burschenschaft,** los carbonarios franceses se organizan, al igual que los **carbonari** italianos, o la masonería escocesa e inglesa. En Francia, los sansimonianos se convierten en algo así como una nueva iglesia de carácter revolucionario. Mazzini formula, desde su exilio en Marsella, el programa de la joven Italia. La prédica en favor de la unidad para obtener los ansiados objetivos de independencia y libertad partían de un hombre que gozaba de popularidad en los ámbitos progresistas, alguien a quien los conservadores estimaban como la figura más peligrosa de su tiempo. La «joven Italia» se convirtió entonces en serio problema para los gobiernos reaccionarios, sobre todo para los austriacos, a quienes Mazzini intentaba expulsar de la península como un paso previo para instalar un estado libre y democrático.

El movimiento no se encontraba aislado en el continente europeo. Pronto será fundada en Berna, un año más tarde, la «joven Europa», incluyendo a la «joven Polonia», la «joven Alemania» y la asociación creada por Mazzini. Todos estos antecedentes explican el pensamiento y la acción de hombres como Garibaldi, que recibían de Mazzini la idea de liberación de las patrias como paso decisivo para la efectiva libertad de los hombres y las uniones nacionales, así como les llegaba de los sansimonianos, pero sobre todo del fermental clima de agitación europea, la ideología revolucionaria. Cuando Garibaldi se afilia a la «joven Italia», según parece en un encuentro con Mazzini en Marsella, en 1833, se había forjado ya la decisión de luchar por la libertad de los pueblos subyugados por la tiranía.

Pero los pasos iniciales de los mazzinianos terminaron en el fracaso, como acontecía en general con las conspiraciones impulsadas por las sociedades secretas. Garibaldi, que se había enrolado en la marina sarda, aceptó la



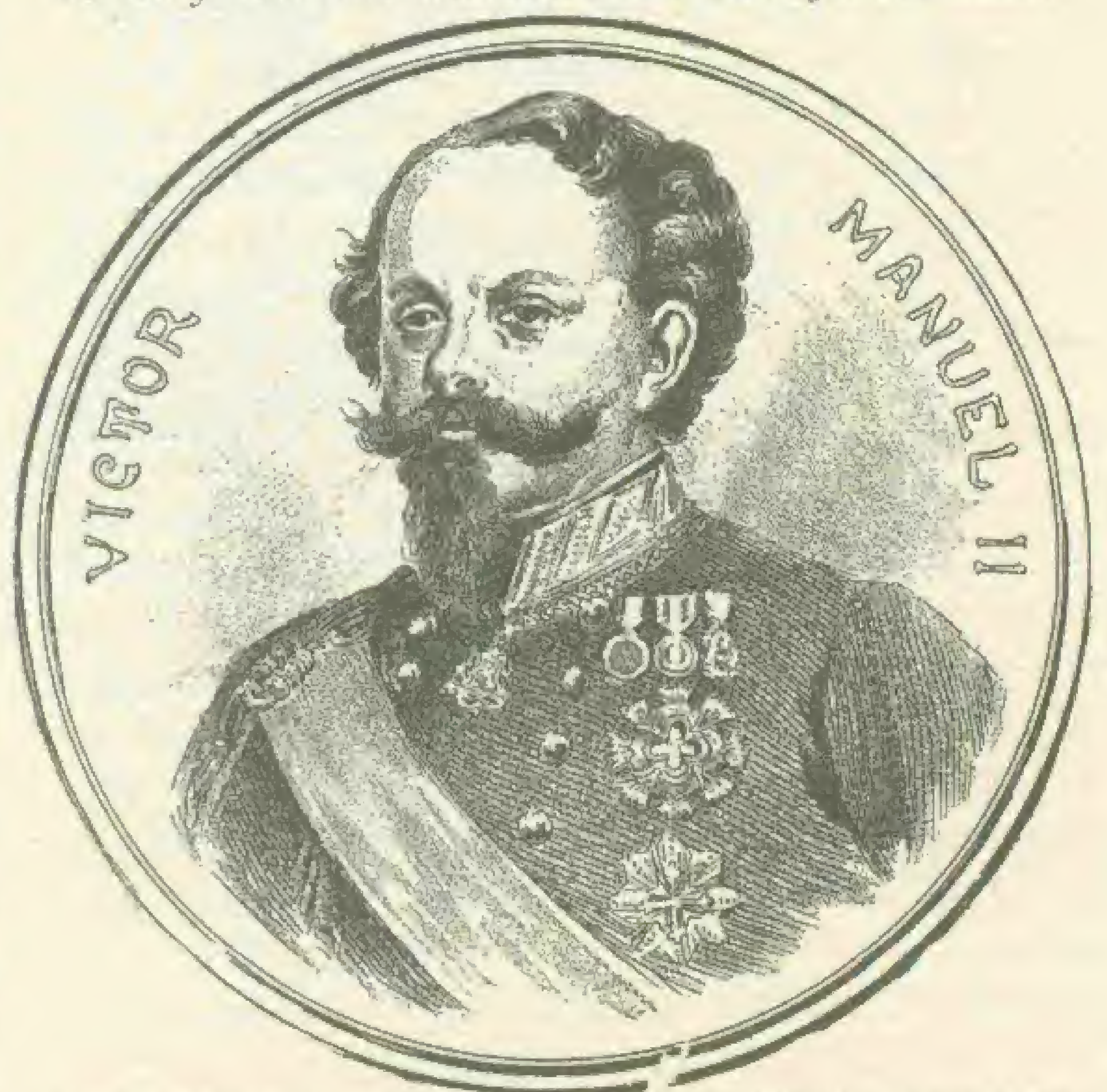
Retrato de Giuseppe Garibaldi realizado durante su estancia en Montevideo en el período de la Guerra Grande.

tarea de incorporarse a la insurrección que Mazzini haría estallar en febrero de 1834, penetrando desde Suiza con batallones de voluntarios. Era necesario contar con la sublevación popular en Piamonte y Génova, donde serían controladas por los insurrectos las gendarmerías. Pero cuando los revolucionarios intentan sus primeros pasos la policía estaba ya en posesión de los detalles fundamentales y el movimiento fracasa rotundamente. Garibaldi se vio obligado a huir cruzando la frontera fracesa y el propio Mazzini se exilió en Suiza para escapar a sus perseguidores. Condenado en ausencia a la pena de muerte por alta traición, el joven Garibaldi, luego de realizar algunos viajes por el Mediterráneo, consiguió escapar, bajo el nombre falso de Borel, en navegación desde Marsella hacia Río de Janeiro, puerto al que arribó como segundo comandante de un buque francés. La colonia italiana refugiada en Río era numerosa, y pronto el joven mazziniano se unió a sus compatriotas.

LA ETAPA AMERICANA

La revolución riograndense de 1835 fue un producto del clima de resistencia a la política regresiva del Gobierno imperial. Prologada por un fracasado intento anterior, el de Río de Janeiro en abril de 1830, el levantamiento de Río Grande do Sul tuvo un carácter autonomista, localista y federalista, dinamizado por un fervor republicano que partía del rechazo a todo poder que no tuviera origen en el libre y expreso consentimiento popular. Uno de los grandes problemas de la revolución era que la salida al mar estaba en poder de las fuerzas imperiales, que controlaban el puerto provincial y patrullaban las costas cercanas. Garibaldi llegaba, en consecuencia, a tiempo para desempeñar un papel fundamental en la «guerra dos farrapos», como se denominó a este enfrentamiento entre paisanos mal armados y peor vestidos y las tropas del ejército de Don Pedro II.

Una cita del historiador brasileño Lindolfo Collor nos ofrece el clima existente en la colonia italiana durante ese período: «Como a todos los carbonarios, animaba a los italianos refugiados en Brasil un sentimiento casi fanático de cosmopolitismo. Románticos de la regeneración política, enamorados de la justicia social, se enorgullecían con el epíteto de «filibusteros de la libertad» que por todas partes les acompañaba. Donde quiera que se encontrasen, tribu de precursores dispersadas por el exilio, no olvidaban las palabras de Mazzini, que les mandaba «anunciar al pueblo la insurrección que se avecina». Fue, precisamente, en Río de Janeiro, donde Garibaldi tuvo oportunidad de hablar con su compatriota Tito Livio Zambeccari, que actuaba como secretario de Bento Gonçalves, el conductor de la revolución riograndense. Ambos se encontraban entonces en prisión, pero Garibaldi consiguió visitarlos junto con su amigo Rosseti. Cuando Bento Gonçalves se fugó, junto con su secretario, para dirigirse hacia el sur y continuar la lucha, Garibaldi y Rosseti habían decidido ya su incor-



Victor Manuel II, un rey que jugó su papel histórico en el momento preciso, colocándose a la cabeza del movimiento de la Unidad Italiana.

poración a la causa de la república de Río Grande.
El cometido del joven marino fue, desde entonces, hacer presa de los buques enemigos y alejarlos de la costa. Navegando en un pequeño navío que habían bautizado «Mazzini», apresaron una galera perteneciente a un comerciante austriaco y la confiscaron para sus futuras operaciones bélicas, cambiándole su nombre por el de «Farropilha». Más tarde se dirigieron hacia el sur, anclando en el puerto de Maldonado, en Uruguay, esperando vender la carga de café confiscada y comprar víveres para abastecer la nave. Pero la llegada al Río de la Plata tiene lugar en momentos de grave tensión política y pronto los garibaldinos se ven obligados a huir, perseguidos por los navíos de la comandancia local.

Remontando el río Uruguay, que separa al país del mismo nombre y la República Argentina, llega a la provincia de Entre Ríos, en la orilla argentina. Garibaldi había resultado herido en el cuello durante el encuentro librado con sus perseguidores, y en Gualeguay es acogido por el gobernador Pascual Echagüe, quien le hace atender por su propio médico. Si adversa le había sido su experiencia en Maldonado, no resultaría mejor su estancia en Gualegay, ya que si al principio se le permite moverse con libertad, pronto la presión de la embajada de Brasil ante Juan Manuel de Rosas, y la inminencia del estallido de la guerra entre los bandos políticos de ambos márgenes del Plata, hacen que llegue la orden de encarcelamiento. Garibaldi se encontraba entonces alojado en casa del catalán Jacinto Andreas, un antiguo residente del lugar, y consiguió huir amparado por algunos vecinos. Pronto fue apresado y sometido a tortura, aunque sin lograr que mencionara los nombres de quienes le habían auxiliado; finalmente liberado, es forzado a abandonar la región y se dirige hacia el río Piratiní, en Río Grande, donde encuentra nuevamente a Bento Gonçalves.


El aire mefistofélico de Napoleón III en el retrato de Nadar traduce, fielmente, un político ambicioso, pero oscilante en su proyección exterior, apremiado siempre por los grupos sociales que sustentaban su poder en Francia.


Camilo Benso de Cavour, ministro excepcional y eficaz organizador en instancias fundamentales de la lucha por la unificación de Italia.

A su lado libraría el combatiente italiano numerosas batallas por la república riograndense, y en esa misma provincia encontró Garibaldi a Anita Ribeiro da Silva, una hermosa mujer criolla, quien abandonó a su marido para convertirse en la compañera de aquel joven romático que había atravesado el mar para internarse en las llanuras del sur de Brasil. Más de una vez las memorias escritas por Garibaldi rinden emocionado homenaje a esa mujer que supo seguirle a través de la intrincada maraña del Matto Grosso, que combatió a su lado, le acompañó cruzando sierras y llanuras uruguayas hasta Montevi-

deo, y viajó a Italia para morir acompañándole en su derrota luego de una de sus múltiples batallas. En Brasil permanece hasta 1840, para encaminarse entonces hacia la capital de la República del Uruguay, donde llevaría durante cierto tiempo la vida de un inmigrante. De su matrimonio con Anita, Garibaldi tendrá tres hijos: Menotti, que lleva el nombre de un compañero muerto en combate, Ricciotti y Teresita. Pero en febrero de 1843 comenzó un sitio a la ciudad de Montevideo que habría de prolongarse hasta 1851. Pronto se organizó un ejército para resistir a las fuerzas sitiadoras, integrado por muchos habitantes de la cosmopolita ciudad. Como ha señalado el historiador uruguayo Juan E. Pivel Devoto, siguiendo la relación de un contemporáneo, el ejército estaba dirigido por el argentino general Paz:

«Se calcula en 8.000 el número de combatientes con que llegó a contar el ejército organizado por Paz. Según Andrés Lamas, a los cuatro meses de iniciado el sitio, el ejército de Montevideo tenía un efectivo de 5.000 hombres, distribuidos en esta forma: 1.400 negros libertos, 2.500 franceses y vascos, 500 italianos». La organización de la Legión Italiana quedó encomendada a Garibaldi, y con el tiempo, a estos hombres que se vistieron con camisas rojas se les llamó, con justicia, los «garibaldinos».



La apertura liberal de Pio IX no logró conformar a los hombres que se batían contra los austriacos por la liberación de Italia, sobre todo en una etapa republicana y revolucionaria.

Garibaldi prestó servicios en la flota uruguaya, y también en el ejército de tierra con su Legión Italiana, que llegó a destacarse por el valor de sus hombres. Los intentos del Gobierno por recompensar sus servicios fueron rechazados por el marino en nombre de sus compañeros, enfatizando que su lucha era por la libertad y por esa causa querían



«Por amor a la Patria», el 24 de abril de 1861, Cavour y Garibaldi se reconciliaron en presencia del rey Victor Manuel.

compartir los peligros que corrían los naturales del país que les daba refugio. Alejandro Dumas, en su libro **Montevideo o la nueva Troya,** le defendía como un luchador permanente: «José Garibaldi, proscrito en Italia, donde había combatido por la libertad; proscrito en Francia, por haber tratado de combatir por la misma causa; proscrito en Río Grande, por haber cooperado a la fundación de una república, fue a ofrecer sus servicios a Montevideo». Pero las miradas de Garibaldi se dirigían ahora hacia Italia, donde el Risorgimento continuaba alentando en el sentido de la historia. En abril de 1848, acompañado de unos sesenta compatriotas, se dirige hacia su país natal para colaborar en la guerra de liberación que duraría aún varios años.



Miniatura de Anita Garibaldi realizada en Montevideo, en 1845, y reconocida por Ricciotti Garibaldi como: «único y auténtico retrato de mi madre».

HACIA LA UNIDAD ITALIANA

Cuando Garibaldi desembarcó en territorio italiano, en el mes de junio de 1848, contaba casi cuarenta y un años. El movimiento de independencia nacional se desarrollaba, entonces, sobre la base de tres corrientes ideológicas: una republicana, impulsada por Mazzini y que reconocía como antecedente una tradición liberal jalonada por sociedades secretas, conspiraciones y sublevaciones; otra «neo-güelfa», inspirada en la figura de Gioberti, procurando alcanzar una federación bajo la presidencia del Sumo Pontífice; finalmente, un movimiento piamontés, cuyos conductores fueron Balbo, D'Azeglio y Cavour. Este último colocaba sus esperanzas



Entrada de Garibaldi en Nápoles. Litografía existente en Milán, en colección privada.



Génova. Monumento a «Los Mil», la famosa fuerza garibaldina.

en la voluntad reformista del príncipe Carlos Alberto.
Desde 1846, la Iglesia tenía un nuevo pontífice: Pío IX, quien inició su gobierno dando claras muestras de una actitud progresista, por lo cual muchos de sus contemporáneos consideraron que su figura sería capaz de congregar voluntades en favor de la unidad del territorio. La tensión ascendía gradualmente y, en 1848, el rey Fernando de Sicilia se vio obligado a otorgar una Constitución a sus súbditos, ejemplo que debió seguir Carlos Alberto de Piamonte y Cerdeña, y luego el propio papado. Mientras tanto, en Austria se producía la caída de Metternich, odiado verdugo del liberalismo, ante el empuje de los jóvenes revolucionarios de su país. Resonaban con fuerza palabras nuevas, y por ello mismo atemorizantes, como «república», «pueblo», «trabajadores», «burgués»; de novedosa utilización por los sectores populares, que las incorporaron en sus manifiestos. Esta «primavera de los pueblos», como se la denominó, exhibía una gran fuerza expansiva; tal vez por ello mismo el Papa se negó a implicarse en la revolución contra los austriacos, defraudando a quienes lo proclamaban como conductor y cabeza de una federación italiana. Pero si en 1831 los monarcas absolutos habían optado por detener los movimientos populares y lo habían logrado en Alemania, Polonia e Italia de manera decisiva, ahora un príncipe, Carlos Alberto, se colocaba a la cabeza de la guerra contra Austria.
Desvanecida la popularidad del Sumo Pontífice, Rápidamente fue proclamada la República romana, por lo cual Pío IX abandonó la ciudad, colocándose bajo la protección de Fernando II. Garibaldi, que ante la desconfianza de Carlos Alberto hacia sus «camisas rojas», había ofrecido sus tropas a la ciudad de Milán, hace su entrada en Roma junto a Mazzini. Pronto, sin embargo, Luis Napoleón envió sus ejércitos en defensa de los derechos del Papa, presionando por el sector clerical que prestaba apoyo a su Gobierno en Francia; sitiados por los austriacos desde el norte, por los napolitanos desde el sur, y acosados por las tropas francesas, los republicanos de la ciudad eterna lucharon inútilmente. Los combates culminaron en un nuevo triunfo de la reacción europea y un exilio más para Garibaldi, que debe huir hacia la frontera suiza. Le acompañaba Anita, la mujer que había conocido en tierras americanas, pero esta vez, para morir consumida por la fiebre en los lagos, cerca de Ravena, cuando intentaban eludir la persecución de los austriacos.
En 1850, este hombre eterno navegante, eterno luchador por la libertad, se encuentra en Nueva York, trabajando en una fábrica de velas. Nuevos viajes como capitán de buque mercante le llevan ahora hacia Oriente, hacia Perú en el Pacífico, y luego a Australia. Cuando finaliza esta etapa se instala en la isla de Caprera, frente a Cerdeña, donde se dedica a los trabajos agrícolas.
Entretanto, un ministro excepcional, Camilo Benso de Cavour, había logrado organizar el Piamonte para iniciar la lucha contra Austria. La intervención de Italia en la guerra de Crimea, secundando a las fuerzas francesas e inglesas, formaba parte de una estrategia largamente madurada, que incluía una entrevista en Plombières con el emperador de los franceses. En el acuerdo logrado en ella, Cavour cedía a Luis Napoleón Saboya y Niza, a cambio del apoyo en un conflicto con Austria, aunque en los proyectos franceses no entraba la consideración de la unidad de Italia, o el deterioro de la autoridad del Papa sobre Roma, hecho que pronto ocasionaría

graves complicaciones. Los preparativos bélicos de Cerdeña provocaron una reacción de Austria, que presentó un ultimátum en 1859, tal como esperaba Cavour. Formalizado el conflicto, las tropas austriacas penetraron en el Piamonte, donde sufrieron, sin embargo, serias derrotas en Magenta y Solferino. No eran éstas decisivas, pese a todo, y Napoleón III comenzó a inquietarse ante el giro de los acontecimientos. Vehemencia revolucionaria y progreso hacia la unidad, posible intervención de Prusia en caso de situaciones demasiado críticas para Austria, eran factores demasiado inquietantes para sus planes políticos. En consecuencia, el mes de julio de 1859 se concertó un armisticio en Villafranca, ratificado ese mismo año en Zurich. Hasta el momento, Piamonte sólo había conseguido liberar Lombardía, mientras Garibaldi apoyaba la resistencia del Gobierno provisional en Toscana, opuesto al retorno del duque de Florencia.

Desde 1859 hasta 1861, se transitó un laborioso camino hacia la unidad. Garibaldi afirmó su lealtad al rey Víctor Manuel II por considerarlo única figura capacitada para reunir voluntades en esa larga lucha. Esta actitud le ocasionó diferencias con Mazzini, en tanto que, por otro lado, crecía su antagonismo hacia Cavour luego de la cesión de Niza y Saboya a los franceses. En Toscana, Modena y Parma, surgieron asambleas constituyentes que favorecían al Piamonte. En Sicilia se produjo una sublevación contra el borbón Francisco II y fue solicitada la colaboración de Garibaldi. Este se había encontrado en Génova con un emigrado siciliano, Francesco Crispi, y en mayo de 1850 se organiza la expedición de los «mil camisas rojas», que, no obstante contar tan sólo con armamento anticuado —viejos fusiles y alguna pieza de artillería—, protagoniza campañas fundamentales para la marcha de la unidad italiana. Estos voluntarios, casi todos de origen urbano, logran desembarcar en Sicilia, donde rápidamente se apoderan de Mesina y Palermo, batiendo a las fuerzas borbónicas. Las ciudades, en plena efervescencia revolucionaria, los acogen triunfalmente, y una serie de medidas eliminando las tasas sobre granos acerca a los campesinos a la causa garibaldina.

Uno de los primeros actos de Garibaldi fue la proclamación en Sicilia del rey Víctor Manuel; poco después cruza el estrecho de Mesina para entrar victorioso en Nápoles, mientras que Francisco II buscaba un refugio en Roma. La ciudad recibe al jefe de los



La revista londinense «Punch», publicaba esta caricatura de Garibaldi en 1860, calzando la bota italiana al rey Víctor Manuel II.

«camisas rojas», considerándole el héroe liberador, pero éste continúa sus campañas en Calabria, incorporando todo el sur de la península a la corona de Víctor Manuel. Mientras tanto, la preocupación máxima de Cavour era evitar que el fogoso marino continuara su proyectada campaña en dirección a Roma, y, en consecuencia, envió las tropas de Piamonte-Cerdeña en dirección al sur para reunirse con las fuerzas garibaldinas. La serie de medidas tomadas por Cavour en consideración a un posible enfrentamiento con Napoleón III, si se producía un ataque a los estados pontificios, consiguieron poner en manos del ministro la situación político-militar, al tiempo que relegaban a Garibaldi del primer plano político. Luego de una tensa entrevista con el rey, el jefe de los «camisas rojas» declinó el mando de sus tropas y se retiró a la isla de Caprera. En febrero de 1861 era proclamado el reino de Italia, que reconocía como soberano a Víctor Manuel II, luego de una asamblea de parlamentarios procedentes de todas las regiones



Encuentro de Teano entre Garibaldi y el rey Victor Manuel II, en 1860.

liberadas reunidas en Turín, al tiempo que decretaba la capitalidad de Roma.

El resultado, pese a constituir un sensible progreso, no dejaba complacidos a los italianos. Venecia permanecía aún bajo control austriaco, los estados pontificios no se habían incorporado, y Saboya y Niza habían pasado a poder francés. No obstante, el apoyo internacional prestado al nuevo reino de Italia por Francia, pero sobre todo por Inglaterra, hacía difícil la contraofensiva de Austria. Entretanto, Garibaldi rechazó los honores de general y esperó impaciente la reanudación de las acciones para completar el proceso de la unidad italiana. Pero Cavour decretó la desmovilización del cuerpo de voluntarios, en un intento de anular la obra desarrollada con gran esfuerzo por el propio Garibaldi. La burguesía peninsular había alcanzado buena parte de sus propósitos y los cuerpos no regulares constituían un elemento poco seguro en el futuro.

La muerte de Cavour, luego de un breve período de enfermedad, permitió que la «cuestión romana» y el problema de Venecia entraran de nuevo en discusión. Roma se encontraba, desde la caída de la república en 1849, ocupada por una división francesa que prestaba respaldo a Pío IX. Por consiguiente, los acuerdos y desacuerdos entre un Garibaldi que intentaba la conquista de Roma y el Gobierno del reino de Italia, que se mostraba indeciso, deben medirse a la luz de esta circunstancia. Dos sucesos de amplia resonancia europea cooperaron, finalmente, en la culminación de la unidad italiana. El primero de ellos fue la guerra austro-prusiana, paso inicial de la etapa agresiva de Bismarck para la unificación de Alemania; el apoyo italiano a Prusia facilitó la cesión de Venecia al reino de Italia en los acuerdos de paz. El segundo fue otra guerra, esta vez entre Prusia y Francia, que obligó a Napoleón III a recurrir a las tropas acantonadas en Roma y evitó, en consecuencia, un choque frontal de Italia con sus aliados de la víspera. La entrada de las tropas de Víctor Manuel en Roma se produjo en 1870, y el rey se instaló en la ciudad, que se convirtió en capital. En ese mismo período, Garibaldi demostró, una vez más, su espíritu generoso de ardiente luchador por la libertad al ofrecer a Francia, durante la invasión prusiana, la ayuda de sus voluntarios.

Finalizaba una larga marcha hacia la unión de Italia, y el nuevo estado se daba la forma política de una monarquía constitucional. Quedaban por resolver, es cierto, numerosos problemas económicos y sociales que deberían ser reajustados de acuerdo a las nuevas situaciones. Uno de ellos, el más difícil sin duda, era el enorme distanciamiento entre las formas de vida de Italia del norte y el sur de la península.

GARIBALDI DESDE EL MUNDO ACTUAL

Es indudable que Garibaldi brilla con luz propia entre los personajes más destacados del siglo XIX. Existencia romántica y turbulenta, en continua lucha por ideales que cobraron mayor fuerza a medida que avanzaba el siglo, la personalidad del héroe de dos

mundos tiene mucho de novelesco. Fue una figura inquietante en tiempos de afianzamiento de la burguesía; un héroe que combatía por la libertad sin fronteras nacionales, cuando la política de su época había optado por ceñirse a objetivos muy concretos. Para Cavour, por ejemplo, Garibaldi era un marino aventurero; un guerrillero que había desarrollado su afición a la idea revolucionaria en las llanuras sudamericanas; un hombre surgido de la masa popular, incapaz de comprender los sutiles mecanismos de la política en las cancillerías europeas. Algo de esto era verdad, puesto que Garibaldi nunca fue buen político. Pese a todo, Cavour le admiraba y le utilizaba. Muchos historiadores han coincidido en afirmar que ambos se complementaron admirablemente en la difícil tarea de realizar la unidad de Italia, aun manteniendo enconadas diferencias.

Varios hombres hicieron posible, no obstante, este proceso hacia la liberación nacional: Mazzini, Garibaldi, Cavour, a los que hay que sumar otro sin cuya presencia la materialización de los ideales del Risorgimiento habría, tal vez, fracasado, y éste fue el rey Víctor Manuel II. Porque si la unidad italiana tiene en Mazzini una personalidad dramática, que pasea su exilio de un país a otro, luchando siempre por mantener vivo el ideal republicano, en el entramado histórico del Risorgimiento, la figura deslumbrante es, claro está, Garibaldi, el combatiente infatigable, que lleva consigo más allá del Atlántico el prestigio de las ideas mas claras a la filosofía mazziniana: que la libertad de una nación no encuentra su total significado en tanto existan otras patrias oprimidas. La causa de la unidad italiana, una de las más altas expresiones del idealismo político del siglo, contó también con un hábil estadista como Cavour. Hombre dinámico y tenaz, culminó su vida en 1861, con el organismo agotado por una extraordinaria tensión, pero entreviendo el advenimiento de una nueva Italia. Y encontró, asimismo, en la figura del rey Víctor Manuel, el hombre que supo jugar su papel en el momento histórico, convirtiéndose en cabeza de la revolución para la unidad del territorio.

Garibaldi, cuya vida se extingue en 1882, es hombre que no puede reducirse al marco histórico de la unidad italiana. Ideas y acciones garibaldinas pertenecen al legado universal, puesto que su capacidad para desarrollar, sin contradicciones, su amor por la patria natal y por la libertad de los pueblos, le llevó a luchar en tres países distintos. Algunas de las páginas más extraordinarias del Risorgimiento fueron escritas por él, pero también dejó profunda huella en la historia de la fracasada república de Río Grande do Sul, en Brasil, y en la defensa del Montevideo liberal en Uruguay, al frente de la Legión Italiana. Era, en suma, un convencido internacionalista en idea y acción, de los que el siglo XIX ha brindado grandes ejemplos. Lo demostrarían, si otros testimonios no existieran, los monumentos y las calles que llevan su nombre, así como la emocionada memoria de su figura, en Europa y América. ■ **N. M. D.**

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

*Lindolfo Collor, **Garibaldi e a Guerra dos Farrapos**, Rio de Janeiro, 1977.*

*Alejandro Dumas, **Montevideo o la Nueva Troya**, Buenos Aires, 1961.*

*Giuseppe Garabaldi, **Memorias**, Buenos Aires, 1975.*

*Denis Mack Smith, **Garibaldi**. Col. Los Hombres de la Historia, Buenos Aires, 1970.*

*Juan E. Pivel Devoto, **Historia de la República Oriental del Uruguay (1830-1930)**, Montevideo, 1966.*

*Kruck von Poturzyn, **Garibaldi**, Barcelona, 1966.*

*Carlos M. Rama, **Garibaldi y el Uruguay**, Montevideo, 1968.*

*Pierre Renouvin, **Historia de las relaciones internacionales. El siglo XIX**, Madrid, 1964.*



El periódico reaccionario francés «Le Grelot», publicaba esta caricatura de Garibaldi en 1882. No obstante, el famoso «camisa roja» había ofrecido generosamente su ayuda a la causa francesa durante la invasión prusiana de 1870.

LA VERDAD

REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES: PLAZA DE LOS APOSTOLES — APARTADO DE CORREOS NUMERO 55

La Historia y el mundo dan la razón al Caudillo de España

Consejo de Ministros

Se nombra la misión que recibirá al presidente de Filipinas

El teniente general Esteban Infantes, nuevo presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar

EL HOMBRE QUE HA TENIDO SIEMPRE UNA AGUDA VISION DEL PORVENIR

Ha fracasado el levantamiento militar en la Argentina

El orden ha quedado restablecido en todo el país

INGLATERRA adoptará "todas las medidas posibles" para impedir la venta de petróleo por parte DE PERSIA

En 2.ª plana

ALCOYANO

Club Real Murcia

MANANA, DIA DEL CAUDILLO

Solemne Te-Deum en la Catedral y recepción en el Ayuntamiento

Atalaya frente al mundo

(«La Verdad», de Murcia, 30-IX-1951.)

ESPAÑA 1951

LA SALUD DE FRANCO

LOS INFUNDIOS DE AYER

COMPROBADA la inutilidad de las confabulaciones y complots, urdidos más allá de nuestras fronteras contra España y su Caudillo, quedaba siempre a disposición de los vencidos ese arma innoble con polvora rulenta de mentira y rencor: el infundio. Triturados en el terreno de las realidades, nuestros enemigos buscaban el cenagal de la calumnia, feudo que por derecho les pertenece. ¿Cuántas veces, «radios» y periódicos, incluso de aquellos que se cubren con clámides de patricios, pusieron en fuga al general Franco, y lo dejaron por caminos ignotos en busca de refugio donde ocultarse? Entonces se estimaba como la mejor manera para reducir al régimen español a escombros, describir a su jefe disfrazado y errante, hacia el castillo de Irlanda, adquirido previsoramente como escondrijo ideal para la hora de emergencia, o bien en vuelo hacia un rancho, allá en Patagonia, de cuyas características dieron muy cumplida información gráfica algunos libelos de América.



El Generalísimo Franco, fotografiado este verano con el ministro del Ejército, teniente general Muñoz Grandes. (Foto Lara).

LOS INFUNDIOS DE HOY

Pero como Franco se obstinaba en permanecer en España y dejaba en ridículo a los inventores de sus arriesgadísimas odiseas, se recurrió a un nuevo infundio, por el cual no se le imponía al general la penosa obligación de cruzar fronteras. Resultaba más cómodo. Podía permanecer en España, pero daba igual porque la cosa no tenía remedio: sus días estaban contados. Enfermedades misteriosas, no diagnosticadas de un modo concreto, que los «bien enterados», con informaciones directas y confidenciales de médicos eminentes llamados con urgencia a consulta, sabían entrañaban mucha gravedad y a plazo corto. Ciertos resonadores extranjeros, en constante impaciencia por propagar miasmas, dieron mucho vuelo a la información.

En el verano de 1950, en algunas ciudades del Norte, el infundio corrió como reguero de pólvora. Los fraguadores de la especie no estaban lejos, al otro lado de la frontera. Se decía fecha, lugar y el nombre del cirujano, para la



La esposa del Caudillo, doña Carmen Polo, con su hija, doña Carmen Franco, y su nieta Carmencita. (Foto Gyenes.)

intervención quirúrgica. Y los galenos, designados como jueces de garantía. Ante los «bien enterados», resultaba inútil la negativa formal, denunciándoles que habían sido víctimas de un engaño. Le miraban a uno con ojos de conmiseración y se decían para sus adentros: «¡Si lo sabré yo!».

EL «ENFERMO» REVIVE

Tres meses después de la proclamación del infundio sobre las extrañas dolencias de Franco, yo, en calidad de cronista, acompañaba al general, en su viaje a tierras de soberanía en Africa hasta Sidi Ifni, El Aaiún y Villa Cisneros y después en su triunfal recorrido por las islas Canarias. Causaba asombro contemplar a Franco —a quien, aficionados a diagnosticar sobre la salud ajena, nos lo habían presentado como extenuado y sometido a riguroso régimen de reposo y comida— en la interpretación de un programa capaz de rendir a un Hércules. Sin embargo, lo cumplió en su integridad y sin un solo fallo. En pie, apenas alboreaba, en incesante actividad hasta la madrugada, infatigable caminante bajo el sol de los trópicos, siempre lúcido en el diálogo, con la atención despierta a los problemas que su presencia suscitaba. Cinco horas seguidas dedicó en El Aaiún al examen de los asuntos del poblado, y, en especial, a uno referente a la explotación de un yacimiento de fosfatos. Otras tantas el día anterior en Sidi Ifni, al estudio del porvenir de la localidad. Lo mismo en Villa Cisneros. No esquivó visita, acto ni fiesta del programa, en el que se había llegado al aprovechamiento integral no de las catorce horas de la jornada, sino de los minutos.

EL VIAJE A CANARIAS

Pero con ser abrumadora la excursión por Africa, mucho más fuerte lo fue la de Canarias, donde puede decirse, sin que en estas palabras haya ni tilde de lisonja, que el general fue el único superviviente de unos días agitados capaces de aplastar al más animoso.

Cien o doscientos kilómetros de recorrido por cada una de las siete islas, con sus flecos de recepciones, desfiles, audiencias, discursos y reuniones con las autoridades, banquetes y la consabida fiesta nocturna. Hacía falta un temple de acero y una naturaleza de cuarzo para resistir aquel vendaval promovido por el entusiasmo y el cariño de un pueblo —el más español de los españoles— delirante a la visita de su caudillo. Sin embargo, Franco lo resistió con excelente espíritu y una entereza, bien calificada si la llamamos legionaria. Siempre recordaré la excursión del último día por las islas de Fuerteventura y Lanzarote. El número final de la visita a ésta lo constituyó una excursión al interior para contemplar los cultivos de la zona volcánica, hasta la infernal Montaña de Fuego. Muchos de los acompañantes se declararon vencidos y renunciaron a la expedición, en la que se invirtieron más de tres horas.

De regreso en Arrecife, ya de noche, hubo recepción en la residencia de jefes y oficiales. Franco les dirigió la palabra y conversó después con unos y otros con tal naturalidad y lozanía de ánimo, como si en lugar de estar en el epílogo de un día agobiador, empezara a vivirlo, repuesto tras prolongado descanso.

A uno de los personajes más calificados, de los que figuraba en el cortejo, le vi derrumbarse en un sillón de la residencia, mientras confesaba:

—El Generalísimo es de hierro.

UNA NATURALEZA PRIVILEGIADA

La Providencia ha dotado al general Franco de una naturaleza privilegiada. Lo dicen y repiten quienes por vivir cerca de él pueden afirmarlo. Uno de ellos me refería:

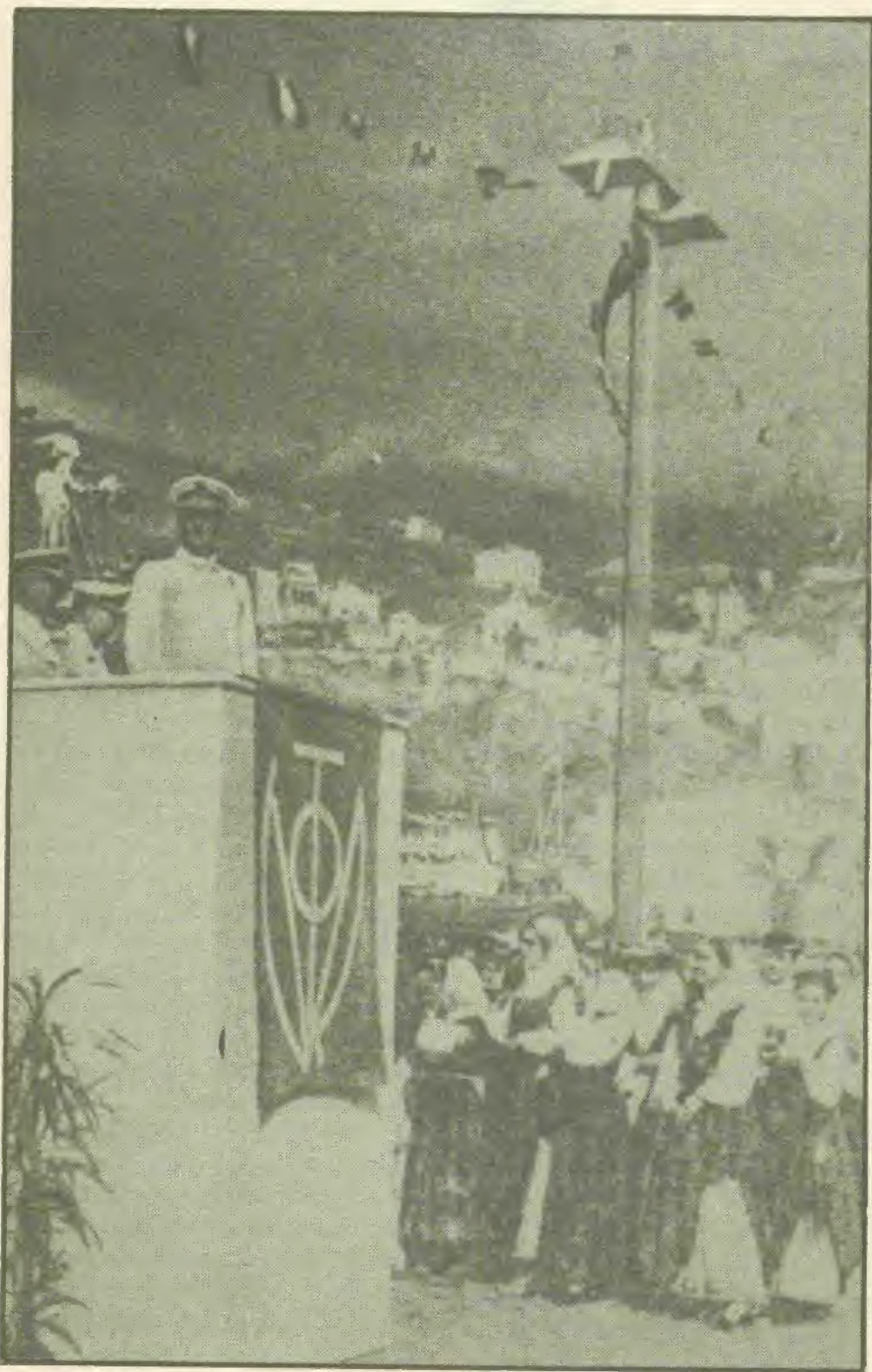
—La fortaleza del general se pone a prueba todos los miércoles, con ocasión de las audiencias, iniciadas a las once de la mañana y prolongadas hasta las cuatro o cinco de la tarde, sin que Franco dé señales de fatiga. ¿Las cinco de la tarde he dicho? Hubo un día en que las concluyó a las siete menos cuarto. A esa hora, se sentó sencillamente para almorzar, sin reflejar la menor contrariedad ni cansancio.

Sobre esta facultad de resistencia, y con noticias y comproba-

ciones hechas por el médico del Generalísimo, don Vicente Gil García, el redactor de «Arriba», señor García Serrano, puntualizaba hace pocos meses en una crónica, que valía por el mejor parte facultativo, la normalidad de las pulsaciones del general durante una ascensión por la sierra de Gredos, efectuada por entonces con agilidad y brío como en los días del asalto a los Malmusi y al monte de las Palomas.

UNA VIDA DE TRABAJO

Había terminado la visita a las islas, y ya a bordo del crucero «Canarias» pensé que el general se entregaría complacido al descanso. El señor Carrero Blanco me sacó de tal error. Franco no interrumpió un momento su trabajo. Durante la navegación, despachaba asuntos, examinaba otros, mantenía comunicación con Madrid, y escribía. Una noche me hizo el honor de sentarme a su mesa, y comprobé que el «menú», frugal, no estaba en consonancia con las prescripciones que prohíben a los hepáticos la coliflor y los huevos. Por lo demás, Franco ha mostrado siempre una superior y elegante indiferencia por la comida.



Tres meses después de la propagación de los rumores infundados sobre la salud del Generalísimo Franco, visitaba éste algunas tierras de soberanía española en Africa y hacía un recorrido triunfal por las islas Canarias. En esta fotografía aparece el Jefe del Estado español presenciando en Santa Cruz de la Palma un desfile en su honor. (Foto A B C.)

La sobremesa duró hasta la madrugada. El Caudillo es un gran conversador, y sea cualquiera el tema abordado, lo anima, eleva y abrillanta al discurrir sobre él, con singulares repentizaciones, anécdotas y pinceladas de su mucha experiencia y lecturas.

Se había retirado Franco a su camarote. Comentaba yo con el infortunado general García Escámez la incesante actividad del Jefe del Estado, y su vigor espiritual mantenido inalterable hasta el final del día. El general me atajó, jovial:

—¿Usted cree que se ha ido a dormir? No, señor. Ahora leerá una o dos horas antes de conciliar el sueño. Y luego, eso sí, se duerme como un Pepe.

Una vez pregunté a persona que desde hace mucho tiempo trabaja cerca de Franco:

—¿Usted le ha conocido alguna vez enfermo?

Y me respondió:

—Yo sé que, en treinta y cinco años, desde la herida en la acción de But, solamente ha guardado cama dos veces: una el año 1950: la otra, en 1939, a consecuencia de una gripe. Pocos conocen que el mismo día de la conquista de Madrid, el Generalísimo se consumía de impaciencias en la cama, con enfado de los médicos, que se vieron obligados a imponer su autoridad para contenerlo en el lecho.

Para bien de España y satisfacción y alegría de los españoles, el general Franco goza de buena salud. Que Dios guarde la vida del general durante muchos años, y no pongamos, como decía León XIII, límite a la divina misericordia.

Joaquín ARRABAS

(«ABC», 30-IX-1951.)

CRÓNICA de MADRID

EL BUEN SINTOMA DE LOS DIPLOMATICOS, en Salamanca y en Madrid



por EMILIO ROMERO

LOS quince años de presencia del General Franco en la Jefatura del Estado nos traen una realidad política difícilmente discutible: su necesidad histórica de estar en el Poder. En Madrid, donde se habla de política tanto como de fútbol, y aquélla tiene también sus «peñas Mariano», para sorpresa de algún corresponsal extranjero que nos suponía un pueblo atemorizadamente hermético, se concluye —a pocas dosis de serenidad y de objetividad que se ponga en la discusión— en esa verdad: Franco está actualizado por el giro de los acontecimientos mundiales, por la impresionante capacidad de aguante de sus nervios (siempre que los tenga), por la destreza con que domina (o doma) a los sectores políticos varios del país, porque el Movimiento es multicéfalo, y Franco obliga a la unificación, a la coalición, al esfuerzo común en una etapa dificilísima en donde lo principal ha venido siendo sacar a un pueblo del terrible atolladero en que estaba, y del que no ha salido todavía, porque quince años de paz interior, de tranquilidad pública, son un plazo insuficiente para todo lo que hay que restablecer, construir, innovar, crear, reparar. Así era de importante el daño. Quince años son, ciertamente, muchos para un estadista o para un político en el Poder, pero son pocos como tarea española de resurgimiento o de surgimiento, porque estamos creando cosas, incluso en la línea de respeto al hombre, que nunca han sido, ni cuando reinaba Don Felipe II, que, en ponderación de Ludwig Pfandl, «dominaba no sólo sobre Europa, sino sobre medio mundo, y de aquella nación de cruzados de la cual era él ídolo y señor». El teniente general Bermúdez de Castro escribía ayer un artículo muy sagaz en «ABC», manejando alguno de los juicios que maneja la gente sobre Franco. El primero de ellos es imputar sus éxitos a la suerte. Casi todos los españoles creemos que Franco es un hombre afortunado. Si esto fuera así, ya sería interesante. Quien ha de tener en sus manos importantes negocios no puede ser un hombre desdichado. Pero el teniente general Bermúdez de Castro dice: «Yo sé (porque he sido testigo) que nunca el Caudillo dejó a la suerte la resolución de problemas de guerra; los meditó mucho antes, o en el momento mismo de las acciones». Esto es verdad. Franco no es un improvisador iluminado. Pero tiene también suerte. Las dos cosas son bastante buenas.

Después viene aquello de su «diplomacia gallega». Este descubrimiento que la pequeña historia se lo imputa a sir Samuel Hoare, parece ya del conocimiento universal. Franco parece que tiene una original manera —la diplomacia gallega— de servir a su país en las relaciones con los extranjeros. El teniente general Bermúdez de Castro no discute este extremo. Dice así en otro párrafo: «Apoyado en los españoles, con su habilidad gallega y su instinto diplomático, se ha metido al mundo en el bolsillo de la guerrera».

Para España es una auténtica necesidad histórica. No es un general que eche de menos las campañas, sino que se encuentra a gusto en la paz. Pero frente a los peligros de una agresión tenemos a uno de los generales más prestigiosos del mundo como Jefe del Estado.

Su formación política puede promover una circunstancia de libertades políticas y económicas imprescindibles, pero su solidez política puede impedir que esas libertades sean excesivas y, por ello, dañosas.

En 1951, en fin, por lo que pasa en el mundo, y por lo que podría pasar en España, Franco es necesario. Si olvidáramos, tristemente, otras muchas cosas que en el terreno de las dignidades y de los afectos individuales nos acercan a Franco, estaría esa otra razón poderosa del realismo político que un pueblo no puede desestimar si desea permanecer o guardarse.

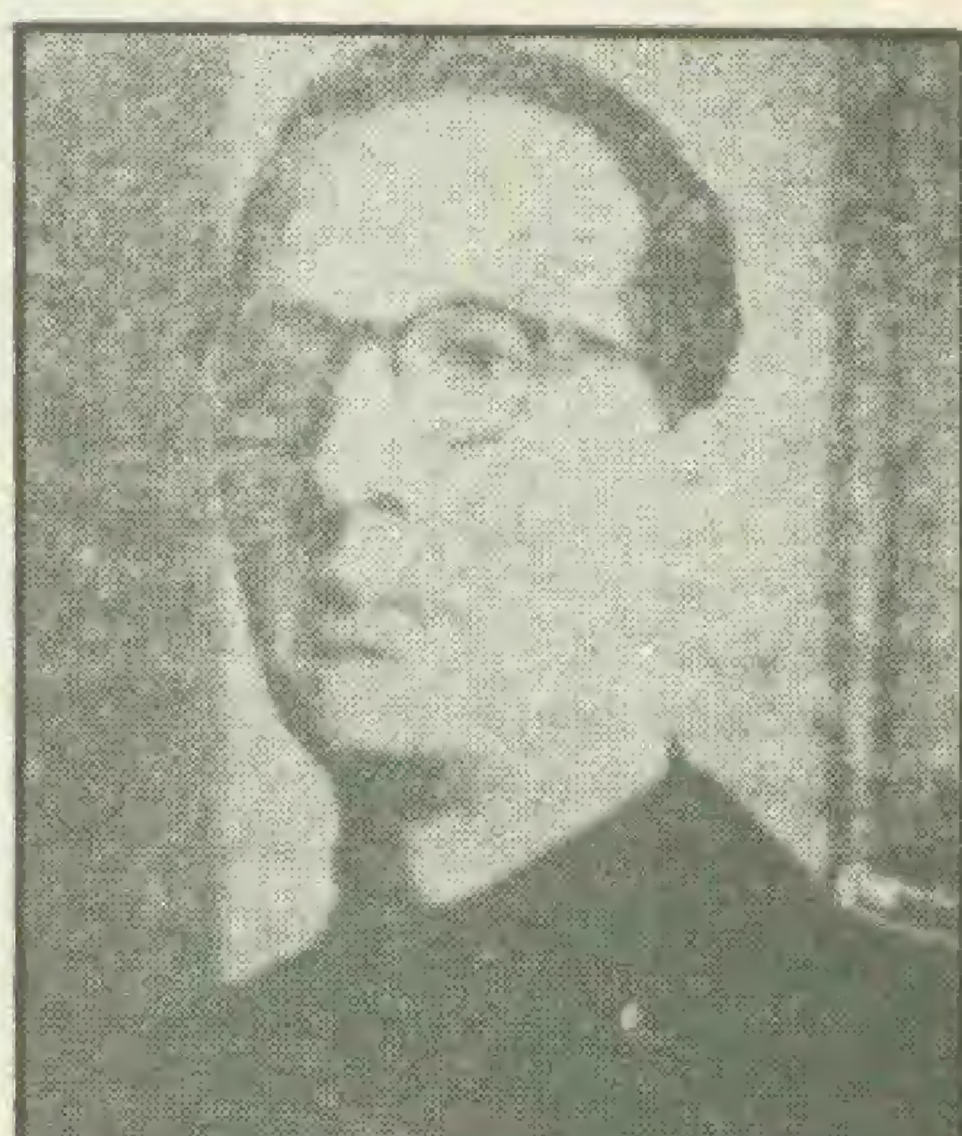
En una finca de la provincia de Salamanca hace hoy quince años que un grupo de caudillos militares elevara a Francisco Franco a la Jefatura de un nuevo Estado. Sobre este nuevo Estado ha llovido ya bastante. Un copioso Derecho lo perfila y lo veteraniza. Sobre la íntima peripecia de su jefe ha caído hasta ese indecible gozo familiar de una nieta, que estos días las primeras planas de los periódicos han difundido. Pero su actualidad de gobernante de España es la misma que en 1936. Los diplomáticos han empezado a venir a Madrid, como entraban en Salamanca. Entonces a dialogar con el próximo vencedor de la guerra. Ahora, a convenir con quien no ha sido derrotado en las últimas batallas políticas.

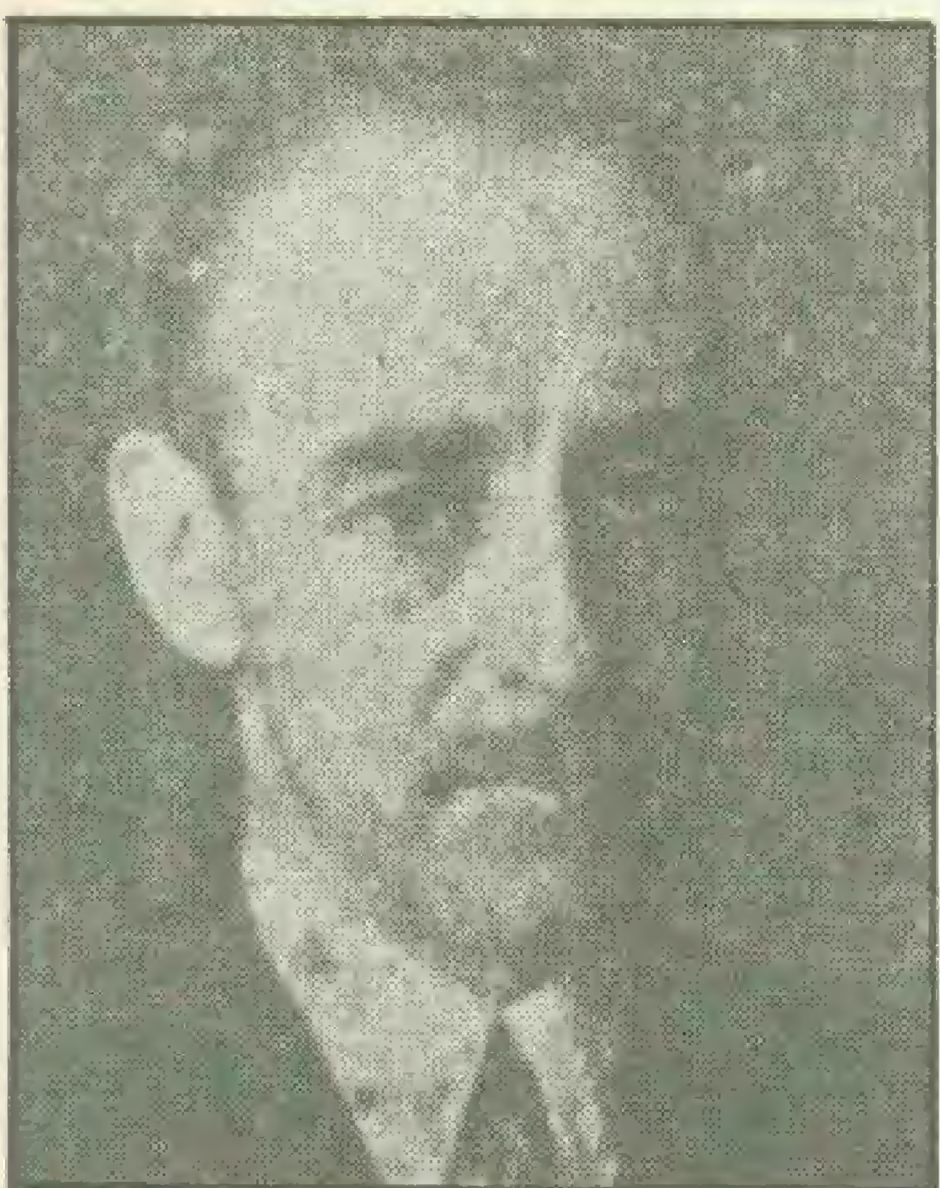
(«Pueblo», 1-IX-1951)

NUEVOS MIEMBROS DEL GOBIERNO


DON LUIS CARRERO BLANCO
Presidencia


DON FRANCISCO G. DE LLANOS
Hacienda


DON GABRIEL ARIAS SALGADO
Información, Prensa y Turismo


DON RAFAEL CAVESTANY
Agricultura

PERDON PARA los sancionados por las huelgas

LA PETICION, CURSADA POR LOS SINDICATOS, FUE HECHA SUYA POR EL MINISTRO SECRETARIO

Con ocasión del décimoquinto aniversario de su exaltación a la Jefatura del Estado, el Caudillo ha concedido el perdón a los sancionados con motivo de las pasadas huelgas.

La petición de perdón partió de los obreros y empresarios de las provincias afectadas por los intentos huelguísticos a través de las respectivas Organizaciones sindicales, y fué transmitida por los delegados sindicales correspondientes al ministro secretario general del Movimiento, quien hizo suya la súplica, elevándola al Caudillo.

La concesión otorgada hoy por el Jefe del Estado ha sido comunicada por el ministro secretario a los delegados sindicales de Barcelona, Navarra, Guipúzcoa, Vizcaya y Alava. Este perdón otorgado por Franco comprende la total anulación de las sanciones legales que las autoridades competentes se vieron obligadas a aplicar en cumplimiento estricto de la ley.

«Pueblo», 1-X-1951)


DON MANUEL ARBURUA
Comercio


CONDE DE VALLELLANO
Obras Públicas


DON ANTONIO ITURMENDI BAÑALES Justicia

(«La Verdad», 20-VII-1951)

EL HOGAR JOVEN Y



Sonrisa franca, abierta, la de Carmen Franco, sentada junto al hogar, en esta tarde en que se hizo para nuestra Revista el reportaje con los marqueses de Villaverde, ejemplar matrimonio español, pareja joven de inagotable simpatía



La amabilidad de los señores marqueses de Villaverde facilitó la labor de nuestro colaborador, acogido con extrema cordialidad. Aquí los hijos de S. E. el Jefe del Estado cuentan sus impresiones a Vizcaíno Casas, mientras Montes dispara su «flash»

APENAS unos minutos de espera en su recibimiento, menos aún los que harían falta para analizar hasta qué punto la premura de la información del periodista tiene derecho a perturbar la tranquila intimidad de los marqueses de Villaverde en esta tarde lluviosa —la primavera coquetea jugando con los soles— en que nos recibió en audiencia.

Y enseguida, el marqués de Villaverde, anticipando la cordialidad de su sonrisa, llega para disipar, con la gentileza de una acogida entrañable, los escrúpulos que pudo uno alimentar en una brevísima espera. Cruzamos el vestíbulo —a la derecha, una Virgen maravillosa de Rafael, la Virgen del Clavel, anticipa las riquezas artísticas que guarda esta casa, y en la biblioteca, mientras la radio envía sus ritmos, don Cristóbal Martínez de Bordiú confirma con sus palabras de reconocimiento la abierta disposición suya, con amable entrega a las exigencias de la más curiosa popularidad.

—Pregunte usted lo que crea de interés. Mi esposa —que en seguida llegará— y yo tendremos mucho gusto en contestarle. Pero no olvide que, a fin de cuentas, el nuestro es un joven matrimonio español, de características tan normales como otro cualquiera...

Y no es así —pienso yo—. No es así, porque la exquisita corrección del marqués, su amabilidad, su afectuosidad sin estridencias rebasan con creces los límites de lo normal.

—Señor marqués, usted perdonará que, inevitablemente, tengamos que recurrir a unos tópicos periodísticos ante los cuales debe rendirse siempre un reportaje. Este, por ejemplo: ¿cuál es su horario de cada día...?

El marqués de Villaverde sonríe, disculpando la rutina de la pregunta.

—Un horario sencillo —contesta—. Salgo de casa todos los días antes de las diez, y ocupo la mañana ejerciendo mi profesión de médico en el Hospital de San José y Santa Adela, en la Escuela de Tisiología —de la que soy profesor— y en varios dispensarios del Seguro de Enfermedad. Luego de almorzar y de aprovechar la sobremesa para leer la Prensa del día, celebro mi consulta particular, y después espero estudiando la hora de la cena. Por la noche suelo salir con mi esposa y con algunos matrimonios amigos...

—¿Cuál es su especialidad como médico?

—Me interesan mucho los quistes hidatídicos, una enfermedad en cuyo tratamiento me estoy especializando, y cuyo estudio me lleva muchas horas. Recientemente, en Valladolid, he pronunciado una conferencia sobre el tema. El resultado de los casos que he operado —casi cien— no puede ser más satisfactorio. Créame: avanzar en mis investigaciones, elevar el nivel de mi especialidad, constituye una de mis más legítimas aspiraciones.

Sí; cuando el marqués de Villaverde habla de su profesión no puede disimular su profunda vocación, la auténtica pasión que por ella siente. Este cariño suyo hacia la Medicina trasciende de sus palabras, se hace notar todavía más cuando explica:

—Yo quisiera que todos los españoles conocieran la labor magnífica que está desarrollando la Escuela de Tisiología; una labor que rebasa los ámbitos nacionales para merecer la atracción de los profesionales extranjeros. Le ruego a usted que, como periodista, lo haga constar así; a la Prensa española corresponde la jubilosa tarea de hacer que todos se enteren de esta labor ejemplar que en beneficio de los enfermos desarrolla este Centro...

Llega ahora Carmen Franco. La maternidad ha aumentado la belleza clásicamente española de la marquesa de Villaverde, cuya sonrisa —abierta, clara, acogedora— repite ese gesto de entrañable bondad que es peculiar en su padre, el Caudillo de las Españas.

—Estábamos molestando a su



Rincones del hogar de los marqueses de Villaverde. El comedor, con el estupendo bodegón de Schneider a la derecha; un ángulo de la sala de estar, que permite admirar en toda su belleza el magnífico Madrazo que la adorna. Y un retablo compostelano, sobre el clavecín, un magnífico conjunto. Toda la casa está llena de detalles que revelan la elegancia, el gusto y la sencillez de sus dueños

DICHOSO DE LOS MARQUESES DE VILLAVERDE

esposo, señora, nos dijo ya el horario que rige sus actividades de cada día. ¿Podremos conocer el suyo?

—¡Claro! —ríe la marquesa—. ¿Qué horario cree usted que pueda tener una madre joven? El que le deje su hija. Por la mañana, ir de compras, y estar el resto del día junto a la cuna, pero, algunas noches, salir a cenar con mi esposo y con los amigos más íntimos, y después, acudir a algún espectáculo.

—¿Teatro? ¿Cine? ¿Cuáles prefieren ustedes?

—Realmente, preferimos el cine al teatro. A los dos nos encanta la música verdaderamente. Y, sobre todo, somos unos apasionados de la Fiesta nacional. El fútbol, en cambio, nos gusta menos, no nos interesa tanto. Nuestro deporte preferido es la equitación.

El propio marqués de Villaverde ha preparado el café; un café que —también, como en el hogar de cualquier matrimonio español, merece severas críticas de los dueños de la casa. Unas copas de coñac sirven de pausa en la charla para que pueda uno pasar revista a los libros que se alinean en las estanterías de la biblioteca. Clásicos españoles, poetas del Renacimiento, la colección completa de la "Austral", filosofía cristiana, obras históricas... Allá, al final, teatro contemporáneo, novelas extranjeras, colecciones de Prensa gráfica. Junto a la máquina de escribir —donde se amontonan las cartas de buenos casos, sabedores de la bondad de los marqueses, acuden a ellos con sus peticiones—, la bibliografía profesional del marqués. Textos de Medicina que hacen desfilar una teoría inacabable de autores prestigiosos...



Y así, con la felicidad retratada en su pequeño rostro, ha sorprendido Montes a la nieta del Jefe del Estado, que confirmó ante nuestros compañeros la afirmación de sus padres: es una niña buenísima, que apenas da que hacer, que apenas llora, que se porta bien



—¿Querrán ustedes conocer a nuestra hija...? —dice Carmen Franco, adivinando nuestros deseos.

Y el ama entra, trayendo en brazos —dormida, feliz, radiante— a la primogénita de los marqueses. Su madre la toma entre los suyos con cariño, y los mimos del marqués —más feliz que nunca junto a su hija— no consiguen entreabrir los ojitos de la nena. (Porque, al pedir la gracia de unas fotos de la pequeña, su madre quiso que se hicieran cuando despertase, para que luciera la gracia completa de la nieta del Jefe del Estado, que a sus muchos encantos une una virtud poco común a su edad: la de ser extraordinariamente bondadosa, la de dormir silenciosamente durante toda la noche, la de no llorar apenas...)

—Dos meses y unos días, cinco kilos cuatrocientos sesenta y tres gramos —detalla el señor marqués ante la sonrisa feliz de su esposa—. Y todos estos nombres: María del Carmen, Esperanza, Alejandra de la Santísima Trinidad y de Todos los Santos...

—¿Les hace rabiar mucho?

—¡Pobrecita! ¡Si es buenísima...!

Ya ha tirado Montes sus placas. El ama se lleva de nuevo a la niña, después de insistir en que uno deje constancia de su docilidad. Y los marqueses acceden, otra vez, al interrogatorio para la Prensa...

—¿Les resulta cansada la popularidad?

—La popularidad no puede molestar nunca cuando es fruto del cariño. Pero, realmente, quisiéramos pasar inadvertidos, como un matrimonio cualquiera. En Italia, por ejemplo, adonde llegamos dispuestos a pasar unos días de absoluta intimidad, el afecto del pueblo, la popularidad enorme que nos dió la Prensa, hizo que no pudiéramos siquiera pasear a solas por las viejas calles de Roma. Y cuando, invitado por la Dirección del Instituto Forlanini —explica el mar-

ques de Villaverde—, opere en aquel Centro, varias docenas de fotógrafos estuvieron en el quirófano lanzando sus pl...s

Y bromea don Cristóbal:

—¡Menos mal que la operación salió bien...!

Con Montes, que ha pedido autorización para fotografiar los rincones mejores de la casa, va uno recorriéndoles. Aquí, un magnífico retrato de Madrazo; en el comedor, el bodegón, obra de Schneider, que regaló a los marqueses, en su boda, el Cuerpo Diplomático acreditado en Madrid; dos tablas del XVI en uno de los salones; una vitrina llena de estatuillas de jade, con una exótica fragancia oriental. Y dos grandes cuadros: el de su Excelencia el Jefe del Estado, que preside la Biblioteca, y otro de la marquesa de Villaverde, con traje de amazona, obra de Sotomayor. En todo el piso, mil detalles desperdigados, mostrando el gusto de sus dueños. Y una absoluta sencillez en la decoración, en el mobiliario, como trasunto de la sencillez encantadora de los marqueses. Aquel reloj —en solemne posición de firmes, con la abierta interrogación de su caja, donde qué pintar a los gruesos mosquitos— viene a recordarle a uno el mucho tiempo que robó al matrimonio. Y saltan de nuevo las crónicas —que una vez más disipará la cordialidad de los señores de la casa— cuando, en la despedida, piensa uno que este matrimonio joven, feliz y acogedor, bien merece, efectivamente, vivir la intimidad de su dicha. Esa dicha que Dios prolongará por muchos años en justo premio a la otra dicha, colectiva y mayor, que, gracias a su padre, el Caudillo de la Patria, puede alegrar hoy muchos hogares españoles.

F. VIZCAINO CASAS

(Reportaje gráfico de Carlos Montes.)



Carmen Franco Polo, marquesa de Villaverde, con su hija María del Carmen, Esper
Alejandra de la Santísima Trinidad y de Todos los Santos. Que en este momento du
feliz, ajena a la presencia del fotógrafo, bajo la mirada satisfecha de su madr





El hogar de los marqueses de Villaverde es el de un joven matrimonio español de características tan normales como las de otro cualquiera. La foto recoge el rato de charla y lectura después del almuerzo



Atentos a la sonrisa de la pequeña María del Carmen, los marqueses de Villaverde componen este simpático grupo familiar. Y su primogénita —que heredó la gentileza de sus padres— no regatea su risa...

(«*Fotos*», *número 740*)

ACABAMOS DE VER...

FIRMAMENTO MORENO

PLANO de un organete sonándole la panza, para indicar al espectador lerdo que el film se desarrolla en los Madriles. Como la pantalla es estrecha y no caben en ella todos los Madriles, la cámara retrata a un solo Madrid, eligiendo el más pobre de todos para que cueste baratito. Dentro de este Madrid, a mano izquierda, vive una costurera que cose como una descosida. La costurera no ve tres en un burro por parte de padre, y el populacho de los contornos la llama Dioptrita. Plano de varias dioptrías, jugando al coro en los párpados de la interfecta. Biplano de unas gafas con patillas. Triplano de Dioptrita dándose un porrazo en la cresta con un farol, por ser más cegata que una almeja. La miopicie de la chica causa espanto entre el elemento masculino, pues viendo esta película cualquiera diría que en los suburbios nadie ha visto unas gafas en su vida. ¡Inhóspitas barriadas, en las cuales no se han difundido aún adelantos tan ingentes como la gafa y el catalejo! ¡Tribus del cinturón madrileño que, según el director de este film, huyen despavoridos de quien lleva gafas como si llevara lepra!

Como el celuloide es largo y el asunto corto, se le añade a Dioptrita una madre pocha, para que se muera cuando la cámara tenga un rato libre. ¡Valiosísima idea para un guión que ya se utilizaba en tiempos de los cartagineses, cuando las películas se hacían con placas de mica y las cámaras eran de pedernal!

La pochez de la madre se agudiza metro a metro, pues tiene el corazón pinchado como un neumático y se le desinfla poco a poco.

MADRE.—Tienes que casarte antes de que acabe la película, hija, porque a mí me dará un tantarantán en el penúltimo rollo.

DIOPTRITA (secándose las lágrimas de las gafas).—¿Cómo quieres que me case, si estoy chiflada por un chulapo que atiende por Fortunato?

MADRE.—Pues si no te quiere, cázale con argucias femeninas. ¿Has probado a guiñarle una gafa?

DIOPTRITA.—Le he guiñado las dos. Pero me ha dicho que me zurzan.

MADRE.—¿Y tú qué le contestaste?

DIOPTRITA.—Que me zurciré yo misma, pues para algo soy costurera.

Planos de Fortunato por los cuatro costados, para que se le vea bien la chulez. A Fortunato no le gusta Dioptrita ni pun. Planos del ni pun. No obstante, la invita una noche a la verbena de San Belorcio para que el director de la película pueda lucirse retratando tiovivos. A la chica, de la emoción, se le llenan de lágrimas las dioptrías. Para estar un poco bella, roba un traje fino en la sastrería donde cose. ¡Ancestral argumento que, ya en la antigua Grecia, le valió a Sófocles el primer pateo de su carrera teatral! Dioptrita se peina, se cepilla los dientes más visibles, y lava sus gafas con agua y jabón. Ruega a su madre que haga el favor de no morirse hasta que vuelva de la parranda y se marcha con Fortunato echando felicidad por todos sus poros. La cámara se pone las botas retra-





NUEVA LINEA DE TRANVIAS

El alcalde de Madrid ha suprimido algunas líneas de tranvías para descongestionar las calles que estaban congestionadas. A consecuencia de esto se han creado nuevas líneas, cuya necesidad se hacía sentir ante el clamor del vecindario. Ayer se ha inaugurado el nuevo trayecto del disco 98. Antes la línea partía de la calle de Antonio López y pasaba por Gaztambide, mientras que ahora comienza en Conde de Peñalver y tuerce por Fuentecilla. Al llegar a Olavide tuerce por Santo Domingo, sube por el edificio Capitol, tuerce por el séptimo piso, pasa por el «hall», entra en el cuarto de baño, sale por el cuarto de plancha, baja por la terraza, entra en el bar y termina en el paseo de los Pontones. Enhorabuena.

(«La Codorniz», 28-X-1951)

tando tiovivos y tiomuertos. Plano de un churro crudo, tirándose de cabeza a una sartén de aceite hirviendo.

CHURRO (dando grititos mientras se fríe).— ¡Ay, Jesús!, ¡qué calentito está hoy el baño!

Plano de una rosquilla, a través de cuyo agujero se ve a una mujer cañón escupiendo una bala . Panorámica de un «pim-pam-pum». Primer plano del «pim». Primer plano del «pam». Primer plano del «pum». La cámara se toma unas copas de anís en un aguaducho, y empieza a dar tumbos retratándolo todo torcido. Gracias a esto, los encuadres resultan audacísimos y a los entendidos se les hará la boca agua. Temiendo que la cámara se emborrache más, el director suelta un chaparrón para refrescarla. Dioptrita y Fortunato empiezan a mojarse. Fortunato chaquetea, y se marcha corriendo a buscar una gabardina. Dioptrita le llama a gritos, pero nanai. Plano del nanai. El chico es prudente y no quiere acatarrarse. La muchacha, mohína, vuelve a su casa decepcionada con toda la ropa impregnada en líquido. Pero las desgracias nunca vienen solas: por si la mojadura fuera poco, Dioptrita encuentra a su madre agonizando que es un primor.

MADRE.—Como dijiste que no me muriese hasta que volvieras, te he esperado.

DIOPTRITA.—Has hecho bien. Aguarda a que me quite el traje para que se seque, y te traeré otra almohada para que te mueras más cómoda.

MADRE.—¡Pif! (Muere).

DIOPTRITA.—Peor para ti; ya no te traigo la almohada.

La huida de Fortunato, el óbito de la mamá, y la mojadura del traje, sobre todo, fastidian a la costurera. Harta de tanto disgustillo piensa que, para cuatro días que vamos a vivir, da lo



—Sí, señora; es una desgracia; desde que le atropelló la moto, todas las corbatas le están grandes.

(«La Codorniz», 19-VIII-1951)

mismo vivir tres. Y sale zumbando de su casa.

CAMARA (corriendo detrás de ella, cantando con acento madrileño):

¿Dónde vas con mantón de Ma-
[nila?
¿Dónde vas con el traje fané?

DIOPTRITA:

A mojarme un poco en la ver-
[bena
y a quitarme la vida después.

CAMARA (corriendo detrás de ella mientras la música toca un schottis de fondo) —¡Espera mujer! No hay que tomar las cosas por la tremenda. Al fin y al cabo, tu mamá ya estaba muy estropeadilla. Y ya encontrarás un novio que no haga tantos dengues a tu miopicie.

DIOPTRITA (corriendo cada vez más deprisa, perseguida por la cámara). —Es inútil. Yo soy muy terca. Y cuando se me mete una cosa entre gafa y gafa...

Después de una carrera tremenda, la cámara consigue alcanzar a Dioptrita y la sujeta por un brazo. ¡Menos mal! Dos buenos azotes a la picaruela, y a casita. ¡Vaya susto que nos dio la gafosa!

ALVAR-OTE

Pavillon

(Jardines del Buen Retiro)

Anoche, en su presentación, obtuvo un éxito clamoroso el gran humorista

GILA



(«La Codorniz», 30-IX-1951)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA Y DIEGO GALAN

Historia crítica de la Inquisición en España

E. Miret Magdalena

HOY día estamos planteando con mayor objetividad el tema de la Inquisición española. Ante la escalada de violencia que experimenta el mundo actual, tendemos a juzgar de ese injusto Tribunal siguiendo los estudios que sobre la violencia humana se han publicado en el campo de la psicología y de la sociología. Lo que siempre quedará sin posible justificación es el problema ético de fondo de toda violencia, y particularmente de la carencia de sentido evangélico que ha existido en este tipo de Tribunales.

Juan Antonio Llorente

Historia crítica de la Inquisición en España

Edición ilustrada



libros Hiperión

EN torno a lo «sagrado» frecuentemente surgió, a través de la historia, la violencia como algo unido a ello; y particularmente ocurrió esto así en el cristianismo de Occidente.

Bertrand Russell, con su desenfadado lenguaje, dice: «Cuanto más intensa ha sido la religión de cualquier período, y más profunda la creencia dogmática, mayor ha sido la crueldad y peores las circunstancias. En las llamadas edades de la fe, cuando los hombres realmente creían en la religión cristiana en toda su integridad, existió la Inquisición con sus torturas; hubo muchas desdichadas mujeres quemadas como brujas; y ocurrieron todo género de crueldades practicadas en toda clase de gente en nombre de la religión». Y refiriéndose a nuestra época contemporánea, afirma: «La primera guerra mundial fue completamente cristiana en su origen». Y basa su punto de vista crítico en que «los tres emperadores eran devotos, e igualmente lo eran los ministros más belicosos del gabinete inglés» en aquel tiempo.

Si alguno cree que este planteamiento es producto de una mentalidad enemiga de la religión, y en particular contraria al cristianismo por venir de un declarado agnóstico que es beligerante contra lo religioso, se equivoca. Un profundo pensador cristuano, como Denis de Rougemont, años después de Russell, dijo algo muy parecido en relación con las revoluciones violentas. Para él, «la idea de revolución es coextensiva al mundo influenciado por el cristianismo», como se deduce de su obra **«La aventura occidental del hombre»**, según el teólogo católico Leonardo Boff.

El gran antropólogo R. Girard publicó en 1972 un estudio decisivo sobre el tema. Su obra expresivamente la título. **«La violencia y lo sagrado».** Para él, el sacrificio y la violencia tienen una re-

lación directa de causa a efecto; y lo «sagrado» —que va siempre unido a lo sacrificial— tiene en su centro una carga de violencia que «constituye su alma», como asegura también el teólogo español contemporáneo Luis Maldonado. Por eso los etnólogos ven en lo «sagrado» la unión de dos actitudes que usualmente nos parecen contrarias, como son la paz y la guerra.

Para estos pensadores de lo religioso, el factor sagrado resulta ambiguo. Puede su energía orientarse de una manera inocua; o desviarse hacia una violencia destructiva. Este es el peligro que lleva en sí misma la religión, y al mismo tiempo su ventaja si es que está bien orientada, porque entonces se produce la reabsorción de la agresividad que acumula el ser humano, dirigiéndola proyectivamente sobre algo cuya destrucción resulta inocua, porque no produce ninguna consecuencia cruel ni injusta para otros hombres. Lo peligroso está en las religiones potentes —como el cristianismo— en las que, si esa fuerza agresiva no se sustituye «sacrificialmente» de modo inocuo, se producen resultados violentos, como vemos, por ejemplo, en la historia de Occidente.

La Inquisición fue uno de estos casos de violencia no absorbida inocuamente, porque desvió su fuerza sacrificial hacia otros hombres: como eran los judíos conversos, los moriscos o como —más tarde— lo fueron los herejes. Resultó ser una fuerza negativa porque fue destructiva, ya que su estructura misma de **«Tribunal de la Fe»** era difícil que llevara hacia algo positivo. Algunos han querido justificar la Inquisión sociológicamente, al atribuir su implantación a las costumbres de la época. Si todo tribunal —dicen— empleaba entonces la tortura y el castigo físico, ¿por qué no iba a hacerlo también la Iglesia? Y todavía se justifica más si su dura actitud —añaden— estaba fundamentada en la obtención de consecuencias sociales positivas, como era la pretendida unidad religiosa y política de la nación, según deseaban conseguir los Reyes Católicos al implantarla. Pero, además, fue implantada a destiempo, cuando en Europa había desaparecido ya este «santo» Tribunal, y cada vez se justificaban menos sus procedimientos por las costumbres de la época moderna.

Es un tema de actualidad la publicación de la primera obra crítica y documentada que valientemente escribió y publicó en nuestro país, a principios del siglo XIX, un buen conocedor de la Inquisición y se editó cuando ésta daba ya las últimas coletadas políticas, porque el catolicismo reaccionario todavía quería seguir manteniendo este antievangélico Tribunal. La **«Historia crítica de la Inquisición en España»** fue redactada por el antiguo Secretario General de este Tribunal del Santo Oficio, el clérigo Juan Antonio Llorente, quien arrostró las fuertes iras de los todavía numerosos defensores católicos de la violencia, y de la coacción religiosa en nuestro país. Es una obra muy completa, y casi se podría calificar de exhaustiva, porque en cuatro tomos ha recogido el actual editor el texto que se publicó en España en 1822 —tras la edición de 1817 hecha en Francia—, con expresivas láminas de la época sacadas de las varias ediciones que se hicieron después (en 1868 y 1870 en España). Es esta voluminosa obra un centón de datos y comentarios pertinentes, que interesarán profundamente al lector de la historia, a pesar de contener algunas exageraciones, como en cuanto al número de víctimas mortales que, según los actuales especialistas en la materia, no podrían ser las 31.912 que dice Llorente. Se ha dicho de esta obra que es «un libro de consulta, a veces difícil de leer por el estilo en que está escrito, y porque han pasado los años». Yo, sin embargo, no lo creo así: precisamente por ser un libro de consulta se lee con agrado, ya que sus variadas y heterogéneas partes se asimilan gustosamente si no tomamos su lectura como la de un relato histórico novelado, a los que tan acostumbrados estamos entre nosotros para desgracia de la seriedad histórica. Lo que quizá sí hubiese sido útil es complementar la obra con una introducción a la actual publicación que transcribiese el discurso que pronunció para su ingreso en la Academia de la Historia, por indicación de Floridablanca, el cánónigo Llorente, y que se titulaba **«Memoria Histórica»** (1).

Espigando en la **«Historia Crítica»**, de Llorente, se encuentran multitud de curiosos e interesantes datos, esmaltados de pertinentes observaciones del discutido ex secretario de la Inquisición. Por supuesto, que, como se trata de una crítica, solamente aporta los datos negativos; y, quizá, resulta conveniente completar el lector la selección negativa que hace el autor con algún comentario contrario —aunque sean éstos más apasionados quizá que los del pro-

(1) Llorente, **La Inquisición y los españoles**, *Ed. Ciencia Nueva, Madrid, 1967.*

pio Llorente— como el de Menéndez Pelayo que hizo ayer, y los de hoy del jesuita padre Bernardino Llorca o del más equilibrado de todos, el agustino padre De la Pinta Llorente (2).

Los Papas —a pesar de lo que algunos creen— fueron bastante opuestos a la implantación y al funcionamiento posterior de la Inquisición española. En cuestión de **Libros Prohibidos**, por ejemplo, y a pesar de lo que dice Menéndez Pelayo, el rigor de algunos tiempos inquisitoriales fue insoportable, de tal modo que el propio Papa San Pío V —no obstante su dureza— tuvo que publicar un breve pontificio moderando las prohibiciones de nuestro Indice inquisitorial, del que brotaban excomuniones a mansalva, porque nosotros, los españoles, hemos **sido más papistas** que el Papa a partir del siglo XVI, y no permitimos la publicación en nuestro suelo de este Edicto papel que era más tolerante. Había llegado incluso el Inquisidor General Valdés a poner entre las obras prohibidas «algunas obras reputadas no sólo como católicas, sino como pías y útiles». Y las delaciones calumniosas estaban al día, de modo que no escaparon a ellas ni siquiera el famoso arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera, puesto allí después de la conquista a los moros de esa ciudad, por los mismísimos Reyes Católicos. Condenada fue también la primera edición del famoso libro de enseñanza espiritual, del santo español Juan de Avila, titulado **«Audi Filia»**; así como el discutido —pero profundamente cristiano— **Catecismo** del arzobispo de Toledo, fray Bartolomé de Carranza; y las populares obras del severo fray Luis de Granada, **«De la oración y meditación»** y la **«Guía de Pecadores»**, en las que se quería ver un cierto iluminismo místico; del mismo modo que lo fueron las **«Obras del Cristiano»**, del superior general de los jesuitas, San Francisco de Borja. Tan desacertada fue esta cascada de condenaciones, y tan inadecuada aun para aquellos tiempos, que la propia Santa Teresa se atrevió a confesar: «Cuando se quitaron muchos libros de romance que no se leyesen, lo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos».

Los abusos y responsabilidad de los censores fueron tan drásticos en épocas posteriores, que el severo moralista padre Concina delató a las autoridades el fraude cometido, contra la cultura y la justicia más elementales, por los jesuitas con el apoyo del Rey Fernando VI. En este siglo XVIII tuvo que intervenir nuevamente el Papa Benedicto XIV en sentido tolerante, aunque no le hicieron caso algunos de los censores inquisitoriales. Fue la Santa Sede la que varias veces tuvo que intervenir también más tarde, con motivo de la condenación de los escritos del venerable padre Palafox, que fue arzobispo de México, y que el Vaticano vindicó y autorizó sus libros a pesar de nuestros inquisidores.

Son también curiosas las alusiones que hace Llorente a la persecución inquisitorial de aquellas personas y casas que tenían desnudos artísticos en sus familias, a pesar de que en templos, y sobre todo en el Vaticano, se exhibían desnudos artístico-religiosos y esculturas de arte sin que produjeran escándalo en nadie.

¿Es extraño, entonces, que —a pesar de los buenos propósitos del apologista de la Inquisición, que fue Menéndez Pelayo— debamos confesar que nuestra decadencia intelectual proviene en gran medida de la represión cultural existente en las épocas sometidas a la Inquisición española? Así lo asegura el nada sospechoso padre De la Pinta Llorente cuando dice: «Estudiado concienzudamente el problema español, para nosotros radican esencialmente las causas de nuestra decadencia intelectual en un aspecto: fundamentalmente en el dogmatismo de las escuelas (teológicas)... (donde) se momificaban los ingenios, y la defección valía la nota de herejía y descrédito, la impopularidad y la Inquisición». Y está de acuerdo, este investigador contemporáneo de su historia, en subrayar con Campomanes que «el abuso de las prohibiciones de libros, ordenadas por el Santo Oficio, es una de las mayores fuentes de ignorancia en gran parte de la nación».

Es cierto que no todos los **«Indices de libros prohibidos»** publicados por la Inquisición española, extendieron sus censuras a los libros intelectuales —que sin duda escapaban por su contenido al corto olfato de la menguada cultura de sus dirigentes—. Señala por eso Menéndez Pelayo que no estaban prohibidos en España los nombres de Marsilio Ficino, Campanella, Giordano Bruno, Galileo, Descartes, Spinoza y otros, que pusieron, no obstante, en guardia al propio Santo Oficio romano, y fueron incluidos más o menos severamente entre los libros prohibidos por el **Indice** de Roma. Los

(2) **La Historia de los heterodoxos**, *de Menéndez Pelayo; y los trabajos sobre la Inquisición de los religiosos citados.*

temas espirituales eran entre nosotros más alérgicos que los intelectuales.

Respecto a la violencia física y el sometimiento tiránico a la autoridad eclesiástica, la Inquisición nunca prohibió estas actitudes que tan claramente iban contra la paz o contra la independencia de que Jesús dio muestras respecto a los poderes profanos.

Lo que nuestros grandes teólogos clásicos del siglo XVI defendieron, fue luego suplantado y frenado por el reaccionarismo político - religioso imperante en la mayoría del clero de comienzos del siglo XIX: se permitía ahora claramente propugnar el regicidio, vindicar el poder de los Papas para destronar a los reyes, se condenaba toda independencia legítima del poder civil respecto al eclesiástico al que debía estar plenamente sometido, y se declaraban abusivamente exentos totalmente de cualquier ordenación ciudadana los bienes materiales del clero. Como dice descarnadamente Llorente: «La nueva Inquisición comienza condenando la doctrina de que los súbditos no son esclavos, ni rebaño de bestias que se compran».



Portada de la primera edición de la «Historia de la Inquisición Española», de Juan Antonio Llorente.

En cuanto a las penas y torturas que imponía la Inquisición, Llorente observa, con toda razón, que «son contrarias al espíritu de dulzura, tolerancia y bondad que el divino Fundador ha querido imprimir a su Iglesia». Y alega multitud de razones, extraídas del Evangelio contra toda crueldad de procedimientos: observa, por ejemplo, que San Marcos dice que cuando habla Jesús a «las ovejas perdidas de la casa de Israel, no manda a los Apóstoles castigarlas». Que de la parábola del trigo y la cizaña se deduce que «la voluntad de Jesús no era que se castigase a los herejes durante su vida». Y de San Mateo saca la conclusión de que «Jesús sólo aprueba, para la conversión de las ovejas descarriadas, los medios de suavidad inspirados por el amor y la bondad». Tampoco quería Jesús «que se ejerciese ningún rigor contra los cismáticos», según se sigue de su actitud con los samaritanos separados totalmente del judaísmo oficial en tiempo de Cristo, y que eran mal mirados por todo judío ortodoxo.

Sin duda estamos en presencia de un libro necesario en los estantes de quien esté interesado por el problema de la Inquisición, el cual tanto ha afectado a nuestra historia en sus aspectos conservadores y reaccionarios, y sin la que no podemos comprender muchas cosas que han ocurrido en nuestra Edad Moderna. ■ **E. M. M.**

Libros recibidos

EL TRABAJO EN GRECIA Y ROMA.—Claude Mossé. AKAL bolsillo. Madrid, 1980. 178 págs.

LA EXPERIENCIA MISTICA.—Aldous Huxley, A. H. Maslow, R. Bucke y otros. KAIROS. Barcelona, 1980. 316 págs.

VACAS, CERDOS, GUERRAS Y BRUJAS; LOS ENIGMAS DE LA CULTURA.—Marvin Harris. ALIANZA EDITORIAL. N.º 755. Madrid, 1980. 236 págs.

EL FUTBOL; MITOS, RITOS Y SIMBOLOS.—Vicente Verdú. ALIANZA EDITORIAL. N.º 751. Madrid, 1980. 208 págs.

FILOSOFIA DE LA PRAXIS.—Adolfo Sánchez Vázquez. CRITICA, GRIJALBO. Barcelona, 1980. 428 págs.

ENTRE LA REFORMA Y LA REVOLUCION, 1981-1939. Gabriel Jackson. CRITICA, GRIJALBO. Barcelona, 1980. 434 págs.

LA MUERTE EN EL ARROZAL, 30 AÑOS DE GUERRA EN INDOCHINA.—Peter Scholl-Latour. PLANETA. Barcelona, 1980. 318 págs.

LOS LOCOS Y LOS CUERDOS.— R. D. Laing. CRITICA, GRIJALBO. Barcelona, 1980. 170 págs.

LA MASONERIA EN LA PALMA (1875-1936).—Manuel de Paz Sánchez. Editado por el Excmo. Cabildo Insular de La Palma. La Laguna, Tenerife, 1980. 154 págs.

EDUARDO VIII, HISTORIA DE UNA ABDICACION.—Frances Donaldson. ARGOS-VERGARA. Barcelona, 1980. 252 págs.

LA OPERA DE LOS FANTASMAS.—Osvaldo Salazar. PREMIO CASA DE LAS AMERICAS 1980, NOVELA. 174 págs.

HISTORIA DE UNA BALA DE PLATA.—Enrique Buenaventura. PREMIO CASA DE LAS AMERICAS 1980, TEATRO. 70 págs.

EL EXTENSIONISTA.—Felipe Santander. PREMIO CASA DE LAS AMERICAS, 1980, TEATRO. 112 págs.

DONDE HABITA EL CANGREJO.—Eduardo Langagne. PREMIO CASA DE LAS AMERICAS 1980, POESIA. 70 págs.

CIDADE MORTA.—Octavio Alfonso. PREMIO CASA DE LAS AMERICAS 1980, POESIA (portugués). 50 págs.

LA BELIERE CARAIBE.—Anthony Phelps. PREMIO CASA DE LAS AMERICAS 1980, POESIA (francés). 132 págs.

MARACANA, ADEUS.—Edilberto Coutinho. PREMIO CASA DE LAS AMERICAS 1980, CUENTO (portugués). 136 págs.

EN LA NOCHE Y EN LA NIEBLA.—Raúl Pérez Torres. PREMIO CASA DE LAS AMERICAS 1980, CUENTO. 70 págs.

NOTA DE EDITORIAL: En el n.º 77 de TH correspondiente al mes de abril del presente año, y en su página 54, en el trabajo «De Tejero a Pavía», de nuestro colaborador Carlos Sampelayo, se hace referencia a don Jaime Torrubiano y Ripoll «... este último ex sacerdote anticlerical». Nos comunica su hijo, don Jaime Torrubiano y Aranda, que si bien la referencia al anticlericalismo de su padre es cierta, no lo es la de que fuera ex sacerdote, estimando que la errónea noticia pudiera deberse al hecho de que su padre hubiera estudiado (doctorándose) Sagrada Teología, en una Universidad de la Iglesia.

EN ESTE NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA

C. A. Caranci

Salvatore Giuliano, una leyenda siciliana



Escena de *«Salvatore Giuliano»*, de Francesco Rosi.

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Nelson Martínez Díaz

Garibaldi o la exportación del romanticismo



Giuseppe Garibaldi (SEF)